Cuando conocí a Lucia

Ciara Giannetti



Cuando conocí a Lucía

Ciara Giannetti

Título: Cuando conocí a Lucía (Bilogía Lucía 1)

Copyright © 2024, Ciara Giannetti

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Diseño de cubierta: Valeria Mendoza
Corrección y maquetación: Sandra Moya

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición, diciembre de 2020
2ª edición, noviembre de 2024

A todas esas personas que no creen en mí:
gracias por darme el impulso para seguir intentándolo.

Sin el arte, las letras y la música el mundo no existiría, así que aquí dejo la playlist *que ha inspirado este libro…*

You are the reason **(Calum Scott)**
Run the world (Girls) **(Beyoncé)**
Lucky **(Jason Mraz & Colbie Caillat)**
A dónde vamos **(Morat)**
More than friends **(Jason Mraz ft Meghan Trainor)**
Lie **(Lukas Graham)**
Naked **(James Arthur)**
Walking on Sunshine **(Katrina & the Waves)**
Dangerous Woman **(Ariana Grande)**
Bajo la mesa **(Morat & Sebastián Yatra)**
Physical **(Dua Lipa)**

Contenido

1. Lluvia
2. En casa
3. Ojos azules
4. La Virgen Lucía
5. Lástima
6. Dolor
7. Gafes del oficio
8. Una visita inesperada
9. Verdades como templos
10. Celos
11. Casualidades
12. Un susto
14. Bonitas vistas
15. Señales
16. El primer amor
17. Solo somos amigos
18. Cena para dos
19. Límites
20. In love
21. El cajón de mierda
22. Rompiendo los límites
23. Problemas de hombres
24. Lucía y el sexo
25. La foto
26. Las fake news
27. Confesiones y vino
28. De buena mañana
29. El factor sorpresa
30. Chiqui
31. Viento en popa, ¿a toda vela?

32. El dilema de Simona
33. Dilemas sentimentales
34. Más dilemas sentimentales
35. Una conocida
36. Fantasmas del pasado
37. La pregunta clave
38. Un lugar para recordar
39. Un sueño
40. Unas con cal y otras con arena
41. Mi examen
42. Una cita con el jefe
43. Decisiones tomadas
44. Y al final pasó...
45. El tiempo
Epílogo
Agradecimientos
Biografía

1. Lluvia

Lucía

¡Qué bien! Mi primer día en la pastelería y tiene que llover en pleno mes de marzo. Será una jornada de lo más emocionante… Bueno, al menos tendré tiempo para estudiar. Con la que está cayendo, dudo que ningún alma se deje caer hoy por aquí.

A ver, repasemos: caja abierta, puerta abierta, mesas colocadas, pasteles horneados, cafetera encendida… Creo que está todo. No es la primera vez que lo hago, pero parece que sea mi primer día.

Algunas veces mi tío me deja a cargo de la pastelería cuando necesita hacer algunas gestiones o en momentos puntuales. Hasta el año pasado tenía contratada a una chica que sí había estudiado repostería y cubría sus vacaciones. Se le daba bastante bien llevar las riendas del negocio, incluso los pasteles le quedaban casi tan buenos como los de mi tío, aunque —en mi opinión— no existen pasteles mejores que los suyos. Al cabo de unos meses le dieron una beca para estudiar de lo suyo en Francia, y ¿quién dice que *no* a una beca para estudiar en Francia? En fin, que mi tío volvió a quedarse solo con el negocio y ahora me toca pringar de nuevo a mí.

Ayer por la mañana empezó a sentirse indispuesto, fue al médico y le recomendaron que se tomara un par de días de descanso, así que, cómo no, ¡Lucía al rescate!

Si soy sincera, no me ha pillado en el mejor momento. Estoy preparándome las oposiciones de justicia, o al menos lo estoy intentando, y mi examen es dentro de unas semanas. Correcto, la chica que está sentada detrás de un mostrador lleno de pastelitos de colores es abogada, aunque no lo parezca. A veces lo pienso y me pregunto a mí misma cómo llegaré a ser jueza; si es que lo consigo. Yo, que mido un metro sesenta y cinco y siempre voy con el pelo alborotado, ¿a quién podría imponerle alguien que parece muy poquita cosa?

Aunque, a pesar de mi estatura y mi apariencia de chica frágil, me considero bastante fuerte y valiente. Creo que eso lo heredé de mi madre. Mi padre falleció de un cáncer de pulmón cuando yo apenas tenía seis años, y mi madre tuvo que hacer el papel de padre y madre para sacarme adelante. Por suerte, jamás estuvo sola.

A pesar de que recuerdo a mi padre y lo sigo queriendo muchísimo, mi tío Pedro —hermano de mi madre— ha sido el padre que siempre me faltó. Desde el primer momento, mi tía Bibi —su mujer— y él se encargaron de cuidar de mí como si fuera una hija más para ellos. Mi madre trabajaba casi todo el día en la cocina de un restaurante, así que me he criado con mis tíos y mis primos, Gabri y Maca.

Aunque no tenemos la misma madre ni el mismo padre, somos como hermanos. Siempre me pregunto de dónde habrán sacado el carácter que tienen; mis primos son unos verdaderos triunfadores. Gabri acabó Arquitectura y, con el paso de los años, se ha convertido en el jefe de uno de los estudios de arquitectura más importantes de la ciudad. Además, es guapo, rubio, con un cuerpo de gimnasio mega esculpido que mide 1,85 cm. Como se puede entender, se lleva a todas las chicas que quiere y siempre lo estoy riñendo por este motivo. Es el mayor de los tres y su lema es disfrutar de la vida.

Luego está Macarena, Maca para la familia y amigos. Ella sí que ha sabido triunfar; estudió diseño y moda. Se lo costeó con miles de becas y trabajó como camarera por las noches y dependienta en varias tiendas por el día. Aparte del dinero que mi tío le prestaba siempre que podía, pero finalmente Maca logró sus objetivos en la vida.

A día de hoy, tiene su propia tienda de ropa. Una pequeña *boutique* situada en una de las calles secundarias de Madrid. La inauguró hace poco más de un año, pero gracias a sus redes sociales ha conseguido sacarla hacia delante. Porque, claro, aparte de tener su propia tienda de ropa, es modelo y *blogger* de moda; o lo que muchos llaman *influencer*, y no me extraña… Es rubia, tan alta y atractiva como su hermano, con un cuerpo esbelto y fibroso. Todas las chicas quieren ser como ella y todos los chicos quieren estar con ella. A pesar de que podría tener a todos los hombres que quisiera, tiene novio desde hace más de tres años. Se llama Fernando, o Fer, como quieras llamarlo. Un metro noventa, pelo castaño, ojos verdes y un cuerpo que ha heredado una genética de esas que te bajan las bragas. Vamos, tan guapo como ella; hacen la pareja perfecta y me dan mucha envidia porque se los ve muy enamorados, como si estuvieran hechos el uno para el otro…

Anda, ¡mira! Las primeras clientas del día…

—¡Buenos días! —les digo desde el mostrador mientras me acerco hasta la mesa donde las clientas tienen la intención de sentarse.

Son tres señoras que tendrán la edad de mi abuela, en caso de que esta aún viviese. No sé sus nombres, ni ellas el mío, pero sé que son clientas habituales. Las he visto aquí en diversas ocasiones y son bastante adorables.

—¡Buenos días, guapa! ¿Se ha ido tu tío de vacaciones? Aún no es verano… —me pregunta una de ellas, extrañada de verme ahí.

Observo a las tres mujeres. Diría que no tienen menos de setenta años, pero van perfectamente maquilladas y arregladas, como si su única cita diaria fuera desayunar juntas cada mañana.

—¡No! Está enfermo, pero tranquilas, en un par de días estará por aquí —les contesto con una sonrisa amistosa—. ¿Qué desean tomar?

Les tomo nota, aunque a medida que van hablando, voy haciendo memoria de lo que suelen pedir: dos cafés con mucha leche y poco café, un cortado con canela y tres bollitos de crema. ¡Marchando! Me dirijo a la parte trasera del mostrador y comienzo a preparar los cafés y los bollitos.

A pesar de que la música está puesta, escucho cómo cuchichean preguntándose qué le habrá pasado a mi tío. Son muy pocas las veces en las que mi tío Pedro no viene a trabajar. Es normal que a la gente le extrañe no verlo aquí. El barrio entero lo conoce como «Pedro, el de los pasteles» y todos le tienen mucho cariño. Además, el local tiene un encanto especial, dado por el diseño de sus muebles y decoración al más puro estilo bohemio mezclado con *vintage* y paredes de colores (cómo no, decorado por mi prima Maca).

Me dirijo hacia la mesa de las señoras con la bandeja y, cuando les dejo lo que me han pedido, le acerco el periódico a la señora de cabello castaño, anticipándome a que ella me lo pida, y me responde con una sonrisa.

Miro de nuevo hacia fuera y veo que sigue lloviendo a cántaros, así que dudo mucho que venga más gente durante la mañana. De hecho, no sé cómo las *chicas de oro* han llegado sin empaparse…

No obstante, y para mi sorpresa, un rato más tarde llega una pareja que se sienta a desayunar

en una de las mesas del fondo. Les sirvo la comanda y me vuelvo detrás del mostrador. No me preocupo por el trío de *las chicas de oro*, sé que estarán ahí un par de horas dándole a la lengua como si hiciera meses que no se ven…

La pareja del fondo también está inmersa en una conversación, la cual tiene pinta de que durará bastante tiempo, así que aprovecho el momento de tranquilidad para sacar un libro lleno de apuntes —hechos por mí misma— y me dispongo a intentar estudiar un poco.

Estoy inmersa tratando de entender un párrafo infumable, cuando escucho de fondo que se abre la puerta de la entrada y alguien se dirige hacia el mostrador.

—Póngame un café con leche y un pastel de *brownie*, por favor, señorita —me dice una voz de hombre, muy seria y sensual a la vez, desde el otro lado del mostrador.

Cuando levanto la cabeza, me quedo como una idiota mirándolo fijamente con el bolígrafo en la boca. Es un hombre atractivo; alto, esbelto, de pelo castaño claro, ojos grisáceos y muy elegante. Lleva una barba que no pretende ser muy cargada, pero tampoco está recortada del todo, y sus labios dibujan lo que aparenta ser una sonrisa amable y extremadamente *sexy* sin mostrar los dientes. O eso quiero pensar, porque ni siquiera está sonriendo del todo, solo se limita a mirarme de forma muy seria como si estuviera cabreado con el mundo...

Al salir de mi letargo con el extraño, me percato de que ni siquiera me ha dado los buenos días y eso me cabrea muchísimo. No soporto a la gente prepotente.

—¡Buenos días, señor! —le digo en un tono bastante contundente para que se dé cuenta de que ha sido un mal educado. Asiente con la cabeza intentando ser cortés y, con toda la mala leche que puedo guardar dentro, me giro hacia la cafetera para servirle su café—. Puede sentarse, yo se lo sirvo —le respondo con educación al girarme de nuevo hacia el mostrador.

—No es necesario, gracias.

¡Al menos da las gracias! Todo lo que tiene de guapo, lo pierde con su actitud. Estaba claro que todo no podía ser perfecto… Le sirvo el café y el pastel en una bandeja, la coge con ambas manos, asiente de nuevo y se sienta en una mesa junto a la ventana.

Cuando se da la vuelta, me doy cuenta de que tiene un culo bastante sugerente. O tal vez sea porque el chino que lleva puesto le marca los glúteos a la perfección, dejándolos entrever por debajo de una blazer de tono azulón. Vuelvo a poner el libro por detrás del mostrador y agacho la cabeza disimuladamente, como si estuviera leyendo, mientras observo al pedante de glúteos *sexys.* Saca su móvil de uno de los bolsillos de su chaqueta y no para de leer algo en él y mirar por la ventana mientras desayuna con total tranquilidad, como si no tuviera ningún tipo de prisa.

Una de las veces en las que lo miro, gira la cabeza hacia mí y se percata de que estoy mirándolo. Intento disimular saliendo de detrás del mostrador para retirar la vajilla de la mesa de las tres señoras adorables, a pesar de que sé que seguirán un buen rato ahí cuchicheando y comentando algún que otro *reality* de televisión. Al regresar al mostrador, puedo notar que me sigue con la mirada, sin embargo, no se la devuelvo. Sinceramente, me parece un tipo de lo más prepotente y eso que solo lleva aquí diez minutos, pero tiene algo que…

Meto la loza en el lavaplatos y, en una de las veces en las que levanto la cabeza, observo que se levanta y sale por la puerta dejando su plato y su taza sobre la mesa. ¡Ni siquiera hace un amago de amabilidad trayéndolo hasta aquí! Espero que no vuelva, porque tiene toda la pinta de ser un capullo integral.

La pareja que estaba en la mesa del fondo se acerca hasta el mostrador para pagar. Les cobro y se me pasa un poco la mala leche porque son bastante amables, ¡incluso me dejan propina!

Me voy a recoger su mesa y la del señor antipático —que, a decir verdad, no me percaté de

que no le había cobrado—, y me encuentro algo escrito sobre una servilleta de papel junto al dinero del desayuno: «Qué tenga un buen día».

¡¿«Qué tenga un buen día»?! Sí, claro, si ya me lo has alegrado tú, ¡pedazo de borde! Cojo la servilleta y pienso en hacerla una bola y tirarla dentro de una de las tazas de café vacías que llevo en la bandeja, pero en el último momento —y sin saber muy bien por qué—, me la guardo en el bolsillo del delantal. A juzgar por el dinero que ha dejado, podría ser un cliente habitual de mi tío, porque deja lo justo que cuesta el desayuno y algo más de propina, así que mis esperanzas de que no vuelva por aquí se ven frustradas.

2. En casa

Lucía

Al llegar el mediodía pienso en irme a comer a casa, pero llueve tanto que cerraré la pastelería y me prepararé algo de comer aquí mismo, así también aprovecho para estudiar un rato en silencio.

A las cuatro, vuelvo a abrir la pastelería, pero la tarde pasa de lo más aburrido. Llueve incluso más que esta mañana, así que apenas aparece una familia y una pareja de ancianos para merendar. Vaya día más rancio. Espero que mi tío se recupere pronto para volver a encerrarme a estudiar en mi habitación.

A las ocho en punto, cierro la verja. Parece que ha escampado, aunque la carretera sigue empapada. Tardo media hora en hacer el recorrido hasta casa, algo que normalmente me lleva entre diez y quince minutos, pero la ciudad está colapsada con la lluvia. Meto mi viejo Polo negro en el garaje y subo al ascensor.

Mis tíos viven justo en el piso del lado, así que antes de entrar en mi casa, paso para ver cómo sigue el tío Pedro y comentarle cómo ha ido el día.

—¡Hola, hola! ¿Cómo sigue el quejica número uno de esta familia? —le pregunto a modo de broma cuando entro en el salón.

Llego hasta él y le doy un beso y un abrazo.

—Hija, ¡no ha parado de quejarse en todo el día! —contesta mi tía desde la cocina burlándose de él—. ¡Parece que no trabajar no le sienta bien!

Me río y me siento junto a mi tío.

—¡Qué graciosas sois!, ¿eh? —responde enfadado, apartando la mirada de la televisión—. Pues, hija, no te puedo decir que esté bien del todo, pero intento sentirme mejor. ¿Qué tal ha ido el día? —pregunta frunciendo el ceño preocupado.

Le cuento cómo han ido las ventas en la pastelería, la caja que se ha hecho y que el día ha sido un poco desastroso por culpa de la lluvia.

—Tranquila, cielo, los días de lluvia son así. Yo también me aburro, pero al menos tú has podido estudiar. ¡Yo ya no tengo edad para eso! —me responde con una carcajada seguida de una leve queja física.

—¡Anda! No te rías tan fuerte, que luego te duele todo —respondo con una risa.

—¿Podrás volver mañana? Creo que aún no me encuentro muy bien —me pide de forma seria.

—Lo dudo, estoy muy ocupada… —Pongo los ojos en blanco y me mira preocupado—. ¡Claro que sí! Por ti, ¡lo que haga falta! — añado dándole un beso en la mejilla.

—¡Gracias, hija! —me contesta sonriente, aunque noto algo extraño en él. Conozco a mi tío y nunca lo he visto tan decaído…

Después de pasar un rato hablando con ellos, cojo mis cosas y me voy a mi piso. Antes solía quedarme hasta la madrugada hablando con mis primos, pero desde que se han independizado, ya no es lo mismo. Estoy un poco más *sola*.

Al entrar en casa, me percato de que mi madre aún no ha llegado, así que me voy directa a la

ducha, me pongo el pijama, me preparo una ensalada para cenar y me tumbo en el sofá a ver la televisión. Cuando mi madre llega, aún estoy cenando.

—¡Luci! Te tengo dicho que no comas en el sofá —me reprende al entrar en casa.

—¡Hola, *mami*! Yo también he tenido un mal día, gracias —le respondo en tono irónico y ella se ríe.

—¿Qué te ha pasado? — pregunta mientras se quita el abrigo y deja su bolso sobre la mesa del comedor.

Le cuento cómo ha ido mi día, incluyendo mi encontronazo con el *sexy* —pero borde— señor de la notita en la servilleta, y cómo no, mi madre me dice que intentaba ligar conmigo. Pues vaya manera de ligar, chico… Después de hablar un rato, se va a dar una ducha y le preparo la cena mientras tanto. Mi madre se pasa la mayor parte del día de pie en su trabajo y me gusta mimarla cuando llega cansada, además, tiene unos horarios muy inestables.

A eso de las once se me cierran los ojos sobre el cojín del sofá, así que le doy un beso de buenas noches y me voy a mi cuarto. Me acuesto rogándole a quien haya allá arriba que mañana no llueva, de lo contrario, me esperará un día tan —o más— soporífero que el de hoy…

3. Ojos azules

Marc

Esta mañana, a las ocho y media, me ha sonado el despertador. Un nuevo día más en mi emocionante vida… Cada mañana me dan ganas de quedarme acostado en la cama durante todo el día. Si no fuera porque tengo que ir a trabajar para seguir pagando una hipoteca de mierda y la letra de un coche que ni siquiera me gusta, no saldría nunca más de entre las sábanas. La casa se me cae encima cada día. Ojalá se venda pronto, sino acabaré por volverme loco…

El pastel de *brownie* de Pedro es la única razón de peso que me queda para levantarme cada mañana. Por si no tenía pocos motivos para quedarme en la cama, hoy está lloviendo.

Me he puesto el jersey gris y, encima, el blazer azulón que mi hermana me regaló por mi cumpleaños. En los últimos dos años, mi madre y ella son las únicas personas que han comprado ropa. Si fuera por mí…

Al entrar en el ascensor, me he encontrado con la chica adolescente y su hermana pequeña que viven en el quinto. La mayor siempre me mira con los ojos vidriosos y me sonríe todo el rato. No sé, pero creo que le gusto y se ha creado alguna que otra película adolescente en su cabeza, pero ¿quién no se crea historias enamoradizas a esa edad? Ojalá volver a esos años… No habría cometido la mitad de los errores que he cometido en mi vida.

Al salir del edificio, doblo la esquina de la calle para entrar en la pastelería de Pedro y entro a trompicones para no mojarme. Cuando levanto la mirada de la alfombrilla, detrás del mostrador —donde debería estar Pedro—, hay una chica más joven que yo, de pelo castaño y piel tostada. Es muy parecida a Pedro. Está leyendo algo mientras hace aspavientos con un bolígrafo para llevárselo a la boca. Se la ve muy graciosa. Se me escapa una pequeña sonrisa, pero en seguida me pongo serio y le pido que me sirva un café y un pedazo de pastel. Quizás en un tono más brusco del que pretendía.

Al levantar la mirada hacia mí, he observado que tiene los ojos azules más intensos que he visto jamás. No es un azul cualquiera, sino un azul celeste profundo, como si se tratara del agua cristalina de alguna playa desierta, unos labios demasiado apetecibles y una naricita pequeña. Joder, es preciosa. Eso hace que me ponga nervioso y me comporte como un idiota, pero es que esta chica tiene *algo* que me desconcentra de forma brutal.

Me siento en la mesa y saco mi teléfono móvil para hacer que estoy leyendo algo y no quedarme embobado mirando hacia ella. Es jodidamente atractiva…

De fondo, la escucho hablando con las señoras que están sentadas en la otra mesa. Tiene un tono de voz muy dulce y agradable. Me siento un capullo por no haber entablado más de dos o tres palabras con ella, así que le dejo una nota en la servilleta para desearle un bien día, junto al dinero del desayuno.

Mientras voy en el coche de camino al trabajo, escuchando *Naked* de James Arthur, no puedo quitarme de la mente esos profundos ojos azules. Llego a la oficina y Amalia me recibe —como cada mañana— antes de entrar en mi despacho.

El día pasa de lo más rutinario: trabajo, almuerzo con los compañeros en el mismo restaurante de siempre, la misma comida de siempre y vuelta al trabajo a esperar a que el reloj

marque las ocho para ir al gimnasio. Y, por último, vuelvo a casa. Y esa es mi apasionante vida desde hace dos años, con la excepción de que hoy no he podido quitarme de la cabeza en ningún momento esos ojos azules…

4. La Virgen Lucía

Lucía

¿Ya son las siete y media? Si parece que me acabo de acostar. ¡Qué sueño, por Dios! Como de costumbre, me levanto con el reloj pisándome los talones, pero al mirar por la ventana, veo que hoy el día está soleado y eso hace que mi buen humor suba como la espuma. Me meto en la ducha —muerta de frío— hasta que el agua calentita me cae por los hombros y tarareo *Walking on sunshine*. Me pongo un vaquero, mis *Converse* blancas y un jersey turquesa *oversize* que me compré en las rebajas de invierno.

Me adecento el pelo y me voy a la cocina para desayunar con mi madre, que ya me tiene preparado el café y un sándwich mixto. ¡Es un amor! Le doy un beso de buenos días y nos sentamos a desayunar en la barra de la cocina. Cuando acabamos, cojo mis cosas y me voy a la pastelería. Deseo tener un día más interesante que el de ayer, aunque fue bastante productivo para mi estudio, todo hay que decirlo.

Tardo menos en llegar que el día anterior, así que abro la verja con toda la tranquilidad, preparo la caja, la cafetera, los pasteles, pongo la música en el ordenador, me coloco el delantal y finalmente abro la puerta. Como suele ser habitual, las tres señoras entrañables son las primeras en llegar. Me saludan y luego se van hacia su mesa de siempre donde les sirvo sus cafés y sus tres bollitos.

—Tu tío debe de estar enfermo de verdad, él nunca suele faltar al trabajo, ¿eh? —me dice una de ellas para sonsacarme qué le pasa al tío Pedro.

En realidad, ni yo misma sé qué le pasa. Él dice que se encuentra débil y tiene mareos, pero nada más. Supongo que estará incubando algún virus.

—No se preocupe, será algún virus o resfriado que habrá pillado. Seguro que mañana lo tenemos por aquí —le contesto sonriente.

—¡Esperemos que sí, hija! —responde otra de ellas con media sonrisa—. No es lo mismo poner verdes a los políticos sin él —añade entre risas y le seguimos las carcajadas. Saben tan bien como yo que a mi tío le apasiona hablar y opinar sobre política.

Las dejo en su mesa cuchicheando sobre el tema y me vuelvo hasta el mostrador. Cuando voy caminando, escucho que se abre la puerta, me giro y veo de nuevo al chico de ayer. Con lo bien que iba el día… aunque, para ser sincera, las vistas no están nada mal. Me sitúo detrás del mostrador y viene caminando hacia mí.

—Hola, póngame un café con leche y un pastel de *brownie*, por favor.

Pero… ¡si me ha saludado! Parece que ayer pilló la indirecta, aunque sigue hablando en un tono muy serio y tosco. Hoy lleva un jersey *beige* y una trenca marrón sobre un pantalón azul oscuro. Tiene muy buen gusto para vestir. O quizás sea mi apetito sexual que lleva meses dormido y está despertando al ritmo de *Dangerous Woman*. Estoy deseando que se dé la vuelta para volver a ver esos glúteos marcados de nuevo.

—¡Buenos días! ¡Marchando! —le respondo con una sonrisa como agradecimiento y me giro hacia la cafetera para prepararle el café.

—¿Pedro está de vacaciones? —me pregunta con el mismo tono de seriedad *mojabragas* mientras le sirvo el café en la bandeja.

—No, mi tío está enfermo, pero es posible que vuelva mañana —respondo con media sonrisa —. Puede sentarse, si quiere. Yo se lo serviré.

—No, no se preocupe. No es molestia —me dice sin mover un solo músculo de la cara—. No sabía que fuera familia de Pedro —añade intentando darme conversación mientras sirvo el pedazo de pastel.

—Sí, es mi tío. Bueno, más bien, es como un padre para mí… —respondo mientras acabo de servirle.

Él asiente varias veces con media sonrisa, pero sin decir nada, y coge la bandeja con las manos. Me fijo en que tiene unas manos que no llegan a ser demasiado anchas. A juzgar por su aspecto impoluto e hidratado, dudo mucho que tenga una profesión que requiera esfuerzo manual.

—Muchas gracias —responde dejándome sobre el mostrador el dinero justo y yo le dedico una sonrisa.

Se va hasta su mesa de ayer para permitirme observar ese culo que, aún con ropa, es casi perfecto. Lo que daría por tocarlo…

Hace casi un año que no estoy con nadie, mis amigas empiezan a llamarme *La Virgen Lucía*. No sé si es la edad —a veces hago comentarios de señora de 40 años—, pero ningún chico me termina de convencer del todo. Los que cumplen con los requisitos para ser el novio perfecto no me atraen, y los que me atraen físicamente son unos gilipollas completos; por no mencionar que la mayoría tiene el cerebro trabajando a medio gas.

Así que, a pesar de los esfuerzos que hacen mis amigas por intentar que vuelva a destinar algo de mi dinero a comprar condones, la verdad es que los alejo antes de que puedan darse cuenta. Y no es que yo sea *Miss Mundo* ni nada por el estilo como para mandar a la mierda a todos los tíos que conozco, de hecho, me considero del montón, pero creo que aún puedo permitirme el lujo de ser exigente.

Aunque, al que está sentado junto a la ventana, le enseñaría hasta la letra de mi DNI. Pese a que hoy sí que me ha saludado, sigue teniendo pinta de ser uno de los gilipollas completos que he mencionado antes.

Mientras coloco la vitrina de los pasteles, lo miro de reojo. Observo cómo se pasa el dedo húmedo suavemente por la comisura de los labios para limpiarse los restos de chocolate y luego utiliza la servilleta. Verlo de esa manera activa la poquita libido de mi cuerpo y me distrae de lo que estoy haciendo. Sin darme cuenta, doy un codazo a un plato, que hay junto a la vitrina, el cual se cae al suelo haciéndose añicos.

¡Mierda! Todo el mundo me está mirando y me muero de vergüenza. Me acerco hasta el almacén para traer la escoba y una pala, tengo que recoger el estropicio. Cuando vuelvo fuera, el chico ya no está. Me doy cuenta de que ha dejado la bandeja con la taza y el plato sobre el mostrador, junto a otra nota escrita en una servilleta: «Qué tenga un buen día». Madre mía… Si lo que pretende es ligar conmigo, ya puede ampliar su repertorio de frases o ser un poco más amable con el mundo. Su cuerpo no es lo único que va a ayudarle en la tarea, o sí…

Mientras releo la nota, me muerdo el labio y se me escapa una pequeña sonrisilla, pero vuelvo a aterrizar en la tierra y empiezo a recoger el desastre que he liado.

Al cabo de un rato, me percato de que las tres señoras sacan sus monederos y recogen sus cosas en señal de que ya se marchan, así que me acerco hasta su mesa para recogerla y cobrarles

la cuenta.

Aun así, no me quedo sola en la cafetería. Por suerte, hoy hay más gente que ayer, así que tengo una mañana atareada en la que apenas me ha dado tiempo de abrir mis apuntes.

5. Lástima

Lucía

Sobre las doce y media, suena el móvil dentro del bolsillo de mi delantal. Qué extraño…

—Dime, *mami* —respondo al teléfono pasando la bayeta por la encimera.

—Cariño, ¿cómo vas hoy? —me pregunta. Esto sí que es raro…

—Bien, mamá. Hoy hay más gente, así que atareada —respondo alegremente—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me llamas a estas horas?

—Bueno, a ver… no te asustes, pero —cuando las frases empiezan así, no auguran nada bueno y se me pone un nudo en la garganta— hemos tenido que llevar al tío al hospital y… lo han dejado ingresado. Quieren hacerle algunas pruebas y demás, pero tranquila, está bien.

Sus palabras retumban en mi cabeza y el corazón me va muy rápido. Esta es una de esas llamadas que preferirías que no llegara nunca.

—Pero… ¿seguro que él está bien? —pregunto asustada—. ¿Y la tía?

—Sí, cariño. Tranquila, él está bien —responde tratando de tranquilizarme—. Las dos estamos aquí con él, aunque ahora tengo que irme a trabajar. Si quieres, a mediodía, pásate a verlo cuando cierres.

Mi madre me deja los datos de la habitación del hospital en el que mi tío está ingresado y nos despedimos. A pesar de que me ha dicho que todo está bien, me deja preocupada. Sobre la una del mediodía, cierro la pastelería y me voy hasta el hospital a verlo.

∞∞∞

Cuando entro a ese lugar, me vienen a la mente una cantidad de recuerdos horribles de cuando mi padre estuvo ingresado. Pasó muchos meses yendo del hospital a casa y viceversa. Yo era muy pequeña, pero lo recuerdo como si fuera ayer. Me costó superar que ya nunca más volvería a pintar con él, pero por suerte, mi tío siempre estuvo ahí para hacer el papel de padre. No podría soportar que a él también le pasara algo. Aún no estoy preparada…

—Veo que tu jefe te ha dado permiso para ir a comer —me dice mi tío con una sonrisa al verme entrar por la habitación.

Mi tía está sentada junto a él en una butaca y mi primo de pie apoyado contra la pared.

—Tengo un jefe muy bueno —respondo con otra sonrisa mientras le doy un suave abrazo para no achucharlo demasiado. Saludo a mi tía y a mi primo y me siento junto a mi tío en la cama—. ¿Qué ha pasado?

—¡Nada, hija! Estos médicos me quieren hacer pruebas para ocupar una cama sin necesidad… —contesta entre dientes. No le gusta sentirse enfermo, adora ser independiente.

Mi tía me explica detalladamente lo que le han dicho los médicos y, sinceramente, no me deja más tranquila. Parece ser algún fallo en el corazón… pero para no preocuparlo, cambiamos de tema y le cuento cómo ha ido la jornada matinal.

—¡No está nada mal! Supongo que la clientela será la de cada mañana y alguien que se habrá

parado por allí, como siempre —me responde.

—¡Oye! No intentes quitarle mérito a mi trabajo —respondo orgullosa y él se ríe. De repente, me viene a la mente el chico de las notas—. Aunque… hay un chico que ha venido los dos últimos días y me pone de los nervios. ¡Qué tío más borde! Va muy bien vestido con ropa elegante y demás, pero los modales se le olvidan en casa…

—¿Marc? —pregunta mi tío.

—No sé cómo se llama, ni me interesa, pero vaya tío más antipático… —respondo poniendo los ojos en blanco.

—¿Pide un café con leche y un pastel de *brownie* y se sienta junto a la ventana?

—¡Sí! ¡Ese! —respondo con los ojos muy abiertos. No sé por qué me extraña que sepa quién es cuando mi tío se hace amigo de todo el que pasa por la pastelería, por borde que sea. Parece que este chico es cliente habitual…—. ¡Es un estúpido!

—Es un buen tipo, pero no suele hablar con nadie —responde mi tío—. Creo que soy la única persona de todo el barrio con la que puede llegar a mantener una conversación.

—Joder, ¡qué amargado! Ni siquiera sonríe… —respondo y mi primo se parte de risa mientras mira su móvil.

—La verdad es que no sonríe mucho —me dice mi tío esbozando una risa al escucharme—, pero si a mí me pasara lo que a él, a mí también me costaría volver a sonreír… —añade mi tío y me deja un poco descolocada.

—¿Qué le pasa? ¿Tuvo un accidente y se le quedó más pequeña? —pregunto con ironía y mi primo vuelve a partirse de risa junto a la pared.

—¡Qué mala eres, hija! —me reprende mi tía y contengo la risa.

—Te lo voy a explicar, pero tienes que prometerme que no vas a decirle nada. Es un buen hombre, pero sobre todo un cliente fiel que no me gustaría perder —me pide mi tío seriamente.

—Está bien, te prometo que tu secreto está a salvo conmigo, aunque dudo que tenga una conversación con ese tipo… —respondo entornando la cabeza.

—Se casó hace dos años. Él y su mujer compraron un piso justo en el edificio que hay encima de la pastelería. Desde que llegaron y empezaron a amueblar la casa, bajaban cada mañana a desayunar juntos. Se les veía una pareja de lo más feliz y unida y los tres hicimos muy buenas migas sin apenas conocernos.

No salgo de mi asombro al percatarme de los derroteros por los que va la conversación. Creo que está a punto de contarme que su mujer sufrió un accidente mortal y me sentiré la peor persona del mundo. Aunque, por otra parte, me asombra que se haya casado tan joven, o al menos lo parece.

—A los dos meses de estar viviendo allí, Marc entró un día solo en la pastelería, con un semblante de lo más serio, como si estuviera en estado de *shock* —continúa mi tío—. No me dijo nada, simplemente se sentó en la mesa de siempre, junto a la ventana. Yo esperé un buen rato para ver si me decía algo, pero nada. Se limitaba a mirar por la ventana, como si estuviera abducido…

—¿Su mujer murió? —interrumpo a mi tío para constatar mi teoría.

—¡No, cielo! —me responde tajante y respiro aliviada. Me siento un poquito menos mala persona—. Esa mañana, había dos mesas más: la de las señoras y una pareja de chicas desayunando. Estaban atendidos, así que me acerqué muy despacio hasta Marc para llevarle un café con leche. Me senté en una de las sillas y le pregunté por Silvia.

»Se giró hacia mí y, con los ojos llorosos, me respondió: “Silvia no va a volver”. Me quedé

callado, no sabía qué decir en esa situación… —añade mi tío, como si aún se sintiera culpable por preguntar—. Lo único que le dije fue que le traería un pedazo de tarta de *brownie* como siempre, pero al levantarme de la mesa, él me agarró el brazo y me pidió que me sentara.

»Me dijo "no sé por qué te voy a contar esto, pero con lo poco que te conozco, creo que eres un buen hombre". Me contó que el día anterior ascendieron a su mejor amigo en el trabajo, y él compró unas cervezas para llevarlas por sorpresa a casa de este y celebrarlo. Pero, cuando llegó allí y su amigo le abrió la puerta, se encontró a Silvia en su salón y en ropa interior.

»Me explicó que esa mañana había llegado a la pastelería por inercia porque era lo que solía hacer cada mañana con ella.

—¡JO-DER! —exclama mi primo con cara de asombro—. Por cosas como esta sigo, y seguiré, soltero —añade en tono de orgullo mientras huye de un manotazo de mi tía.

—Le agarré de la mano y le dije que todo iría bien —añade mi tío—. Estuvo en tratamiento psicológico durante mucho tiempo y, desde ese día, Marc cambió completamente su personalidad, pero no ha dejado de venir a desayunar ni una sola mañana. Hemos creado un vínculo especial y, para mí, no es solo un cliente más.

—No sé qué decirte tío, me dejas helada —le contesto impactada. Definitivamente, no puedes definir a alguien sin conocerlo—. He juzgado a ese chico sin saber cómo es, y ahora me siento un poco una mierda… —añado encogiendo los hombros.

—No te preocupes, cielo. Es normal que pensaras eso por su manera de ser —me dice mi tío con media sonrisa—. Se quedó muy tocado y aún se está recuperando, pero te aseguro que antes era una persona diferente. Se reía y era alegre.

—Ya, pero… ¡jolín! —contesto culpable—. Qué vergüenza me dará cuando lo vea, no sabré qué decir…

—¿No será que ese chico te hace tilín? —pregunta mi tía con un tono travieso y una sonrisilla pícara.

—¡No! Por Dios, ¡estuvo casado! —respondo indignada, como si eso fuera un obstáculo…

—Vaya problema… —responde orgulloso mi primo, haciendo alusión a su gran biografía sentimental, la cual solo conozco yo en esta habitación. Si mi tía se entera de que estuvo en la cama de más de tres mujeres casadas, le quita hasta los apellidos.

—Sé amable con él, es un buen hombre —me pide mi tío cogiéndome de la mano.

Le prometo que trataré bien a ese chico; bueno, a Marc. Bonito nombre, por cierto… tan bonito como su culo. ¡Mierda!, ¿por qué su culo me viene a la mente en un momento tan serio? ¡Parezco una desesperada! La verdad es que la historia me ha dejado trastocada, no esperaba algo así. Creía que era un tipo ególatra y un *fucker* de la vida, como mi primo Gabri. A decir verdad, es un poco el prototipo, pero joder, cómo engañan las apariencias…

Mientras almuerzo con mi tía y mi primo en la cafetería del hospital, no paro de darle vueltas al asunto. Siento muchísima compasión al pensar en todo lo que debió vivir, y en lo que se le debió pasar por la cabeza. Aunque no me habría importado consolarlo, si hubiera podido, a quién vamos a engañar…

∞∞∞

A las cinco en punto, vuelvo a abrir las puertas (siendo sinceros, me estoy pasando un poco por el forro el horario de cierre y apertura), pero hasta las seis no empieza a entrar gente para

merendar. Me da tiempo de colocar la horneada de *croissants* frescos y las galletitas de mantequilla con *fondant* de colores; después saco los apuntes para repasar un poco.

Sin embargo, no paro de darle vueltas a la cabeza a la historia de ese chico. Aunque no entiendo por qué pienso tanto en él. Supongo que me siento culpable por prejuzgarlo de esa manera, y que conste que no tiene nada que ver con que esté más bueno que un modelo de anuncio de perfumes…

Antes de volver a casa, llamo a mi tío para ver cómo sigue y ponerle al corriente de la tarde; me alegra escucharlo decir que está bien y que ha pasado la tarde sin sentirse mal, así que me voy más tranquila para casa.

Al llegar, me doy una ducha y, más tarde, mientras mi madre y yo cenamos, le explico todo lo que mi tío me contó esta mañana. Ella, que se implica mucho en los problemas de los demás —aunque no conozca a la persona—, pone una cara de pena inmensa, como si le estuviera contando que han torturado a un perrito durante semanas, y no para de pedirme que sea amable con el pobre chico.

Joder, que a todos nos han puesto los cuernos alguna vez. Y esa es la razón por la que sigo soltera…

6. Dolor

Marc

Esta mañana al levantarme solo he podido pensar en que hoy tenía que ser más amable con la chica de ojos azules, a quien no me he quitado de la cabeza desde que la vi. Necesito pedirle disculpas por mi comportamiento, aunque sé que no podré hacerlo. Me vuelvo vulnerable y arrogante cuando se trata de hablar con una chica que… ¿me gusta?

A pesar de que vivo solo, detesto el desorden, así que como cada mañana antes de salir, dejo mi cuarto recogido lo mejor posible. Antes era una tarea compartida, pero ahora me toca hacerlo a mí.

Cuando digo *antes*, me refiero a los seis años que pasé con Silvia. Desde el tercer mes de relación, alquilamos un piso y nos fuimos a vivir juntos. Al principio todo iba como la seda. Pasamos seis años muy buenos, tanto de convivencia como de relación, hasta que los dos conseguimos una estabilidad laboral. Creía que me sentía preparado para pedirle que se casara conmigo; suponía que ese era el siguiente paso cumplidos los treinta. Ella aceptó la propuesta como si fuera lo que más ilusión le hacía en la vida y, durante los preparativos de la boda, decidimos conjuntamente que era el momento de tener nuestra propia casa para formar una familia.

Y así fue cómo acabamos comprando este piso de noventa metros cuadrados, por el que cada mes me quitan parte de un riñón. Al final, lo que parecía tan perfecto, no lo era. Dos meses después de casarnos, la encontré en bragas en el salón de mi mejor amigo. Creí que se trataba de un error o una equivocación casual por su parte, pero me confesó que llevaban tres años viéndose a escondidas.

Y yo, como un verdadero gilipollas, me casé con ella y le pedí a él que fuera el padrino de nuestra boda. Una historia preciosa, ¿verdad?

Lo único que no acabo de entender es por qué aceptó la propuesta de matrimonio si no lo tenía claro… Aún me acuerdo de todo lo que pasó cuando me acuesto solo en la cama. Trato de pasar la mayor parte de mis días entre semana en la oficina, evadiéndome para que las paredes del piso no se me caigan encima, y los fines de semana procuro ir a casa de mis padres para no caer de nuevo en un círculo vicioso del que me costó salir con muchas sesiones de terapia.

En fin, cuando entré en la pastelería, lo primero que veo son esos ojos azules y una especie de tranquilidad me recorre el cuerpo. Lleva un jersey del mismo color que sus ojos, lo que los hace aún más profundos, bajo un flequillo castaño que le cae del lado derecho de la cara y me muero de ganas por apartárselo. ¿Qué me pasa con esta chica? Cuando estoy delante de ella, me pongo muy nervioso y me entran unas ganas irrefrenables de besarla…

Cuando está de espaldas preparando el café, no puedo evitar fijarme en las perfectas curvas que sus caderas forman en sus ceñidos vaqueros, seguidas de unas nalgas que me encantaría ver de cerca.

En un intento de entablar conversación, le pregunto dónde está Pedro. Es raro que lleve dos días seguidos sin venir. Cuando me dice que Pedro es su tío y que está enfermo en casa, pero que mañana volverá, mi mente empieza a atar cabos. ¡Claro! Por eso tiene un color de piel tan

característico como el suyo, ¡es su sobrina!

Pedro me ayudó mucho *sin quererlo* cuando Silvia me dejó, es un gran hombre.

Me siento en la mesa a desayunar y, de repente, me distrae el estruendo de algún plato cayendo al suelo. A la chica de los preciosos ojos azules se le ha caído un plato y, todos los que estamos en la pastelería, la miramos a la vez. Se pone roja como un tomate y se va hacia una especie de almacén que hay detrás de la cafetera. Me resulta de lo más tierno verla avergonzada, así que —de manera cordial— le acerco mi bandeja hasta el mostrador. Se me hace tarde, por lo que cojo una servilleta, saco mi bolígrafo y le vuelvo a escribir «Qué tenga un buen día» para intentar que se sienta menos avergonzada.

Mientras voy conduciendo hasta la oficina, me doy cuenta de que estoy cantando. Hace muchísimo tiempo que no canto y me asombro a mí mismo tras percatarme del hecho de que voy solo en el coche tarareando *Bajo la mesa* de Morat.

∞∞∞

Al llegar a la oficina, Amalia está sentada en su mesa, como cada día, recibiéndome con una sonrisa.

—Llegas tarde —me dice de forma irónica, sin quitar la sonrisa ni levantarse de la mesa.

—Lo sé, pero había tráfico —le respondo con la misma sonrisa irónica, como si no pasara nada—. Gracias por cubrirme, te debo otra —le digo en voz baja mientras entro en la zona de despachos y le guiño un ojo antes de entrar. Ella pone los ojos en blanco y retoma la atención hacia el ordenador.

Llevamos casi cinco años trabajando juntos y tenemos una relación fenomenal, pero a pesar de que es una atractiva morena de pelo negro y ojos marrones, nunca la he visto como nada más que una compañera de trabajo. Supongo que será por el buen rollo que tenemos y no quiero perderlo por echar un polvo. Sé, de antemano, que no llegaría a ningún lado. Ambos tenemos gustos distintos; a ella le encanta salir de fiesta en fiesta, viajar y salir a tomar copas cuatro veces por semana. Aunque a mí me gusta salir a cenar de vez en cuando, soy más clásico que un coche antiguo. Somos dos polos opuestos que solo tienen un *feeling* amistoso.

Al pasar, el jefe de las oficinas centrales está con su hijo, ambos esperándome en uno de los sillones de la salita. Lo invito a pasar a mi despacho y me disculpo por la tardanza, poniendo de nuevo como excusa el tráfico de la ciudad a esa hora y, para mi sorpresa, no me dicen nada al respecto.

Pasan las horas y llega el mediodía. Amalia y Hugo —uno de los diseñadores gráficos con el que me llevo muy bien— dan dos toquitos en mi puerta para que nos vayamos a almorzar. Bajamos al restaurante de siempre, donde los camareros ya nos conocen porque somos asiduos allí. Después de comer, volvemos a la oficina y sigo allí hasta que el reloj marca las ocho de la tarde y, entonces, llega mi momento favorito del día: ir al gimnasio.

Allí me evado de los problemas y me relajo. Es como si, al hacer ejercicio, soltara un poquito de mis disgustos. Luego vuelvo a casa, ceno algo y veo un rato la televisión.

Mañana será otro día, aunque probablemente no veré de nuevo esos ojos azules, y eso es algo que —sin yo quererlo— me inquieta…

7. Gafes del oficio

Lucía

No contaba con sustituir al tío durante tantos días, pero mientras esté en el hospital, no me queda otra opción que estar aquí. Durante toda la noche, casi no he podido pegar ojo pensando en si estaría bien o si le habría pasado algo. Esta mañana, cuando me he levantado, lo primero que he hecho ha sido llamarlo.

Por suerte, todo está bien, aunque creo que lo he despertado. Hay pruebas que aún no pueden hacerle hasta que pasen un par de días, tendrá que estar ahí hasta que lo dejen irse a casa. Imagino que estará rabioso por estar dentro de una habitación sin hacer lo que le dé la gana, aunque mi tía me ha dicho que se ha hecho amigo del señor de la habitación de al lado; ¡si es que es adorable!

Supongo que su amabilidad se debe a su profesión, ya que está en la obligación de ser amable con todo cliente que entre a la pastelería, a pesar de que haya gente muy borde en este mundo. Y hablando de gente borde, ¿hoy vendrá el tal Marc?

Que raro pensar que ya sé su nombre; me gustaba la intriga de no saber nada acerca de él, aunque en realidad agradezco saber algo más. Como siempre, mis pensamientos son un continuo de contradicciones…

Sobre las nueve, escucho un escándalo de carcajadas proveniente de la puerta mientras estoy preparando la cafetera. *Las chicas de oro* hacen su aparición estelar como cada mañana, pero hoy vienen especialmente sonrientes. Como ya sé lo que van a pedir, me he adelantado a prepararles el desayuno.

—¡Buenos días, hija! —grita una de ellas aun riendo de alguna ocurrencia de las demás.

Las tres se dirigen a su mesita a paso lento, y tardan unos cinco minutos en quitarse los abrigos y sentarse.

—¡Buenos días, chicas! ¿Todo bien? —pregunto amable mientras me dirijo hacia su mesa con la bandeja con los cafés y los bollitos.

—¡Anda! Ya nos conoces tanto como tu tío, ¡tienes buena memoria! —me dice sonriente la señora de cabello blanco y ojos muy grandes al ver que les traigo lo que suelen pedir—. Por cierto, ¿cómo sigue? —pregunta preocupada.

—Bueno… aún está pachuchillo, le están haciendo algunas pruebas, pero confío en que pronto se pondrá bien. Es un hombre muy fuerte —respondo con una sonrisa para quitarle hierro al asunto.

—Claro que sí, hija, verás que todo sale bien —responde la señora de cabello rubio y ojos verdes con una sonrisa de oreja a oreja poniendo su mano sobre la mía amablemente.

De pronto, escucho que se abre la puerta a mi espalda. Me giro y ahí está de nuevo, Marc, el hombre con el culo más turgente que he visto jamás… ¿Todo lo demás será igual? Joder, ¡sí que estoy necesitada!

Si pudiera verlo sin ropa, esperaría no llevarme una decepción…

—Buenos días —saluda en tono sobrio delante de la puerta.

—¡Buenos días! —exclaman sonrientes las tres señoras a la vez. Por sus caras, creo que ellas

también lo ven tan guapo como yo.

—Buenos días, señor. Enseguida le atiendo —le digo mientras me dirijo hacia el mostrador mordiéndome el labio, presa de unos nervios que provienen desde la parte baja de mi estómago. ¿Qué te pasa, Lucía? —. ¿Qué le pongo? —le pregunto cuando estoy detrás del mostrador.

—Pues un caf…

—Café con leche y pastel de *brownie*, ¿verdad? —interrumpo antes de que siga hablando.

Él esboza una pequeña sonrisa y deja entrever unos dientes blancos y perfectamente colocados, como si hubiera llevado ortodoncia alguna vez. ¡Por fin sonríe! Me ha costado tres días, pero al fin lo he hecho sonreír y ahora está aún más guapo. Hoy lleva un pantalón verde ajustado y un jersey negro que más de lo mismo… Deja espacio a mi imaginación para suponer que tiene un torso y unos brazos que no pierden la cita diaria en el gimnasio. No quiero decir que sea una especie de Jamie Dornan ni mucho menos, pero se acerca bastante…

—Veo que tienes buena memoria —responde, asintiendo con otra sonrisa, mientras yo me apresuro en servir el desayuno para que no se note que estoy haciéndole un escáner con los ojos.

—Son gajes del oficio —contesto con otra sonrisa.

—Es cierto, los hosteleros debéis tener buena memoria —responde tratando de ser amable.

—No soy hostelera, soy abogada, aunque ahora mismo lleve puesto este delantal negro —respondo un poco abochornada señalando el delantal.

—Eso sí que no me lo esperaba —responde impresionado arqueando una ceja.

Qué boca más apetecible… Lucía, ¡tienes un problema grave!

—Lo sé, no impongo demasiado, pero mientras mi tío siga enfermo, puedo esconderme detrás del papel de la dulce pastelera —contesto entre risas—. Aquí tiene su desayuno —añado poniéndole la bandeja sobre el mostrador.

—Creía que Pedro ya estaría aquí, ¿aún está enfermo? —pregunta mostrando algo de preocupación.

—Bueno… en confianza, le diré que está en el hospital. Le están haciendo algunas pruebas del corazón —respondo suspirando preocupada—. Supongo que tardará un par de días en volver…

—¿Puede recibir visitas? —pregunta frunciendo el ceño como si no estuviera muy seguro de decir lo que ha dicho.

—Sí, ¡por supuesto! Se pondrá muy contento —contesto sonriente ante su amabilidad. Cojo un pedazo de papel de la libreta y le apunto el hospital, la planta y la habitación donde mi tío se encuentra—. Puede ir cuando quiera, estará encantado de verle.

—Gracias —contesta sin más, dobla el papel y lo mete en el bolsillo derecho de su pantalón.

Asiente con la cabeza, coge su bandeja y se dirige hacia su mesa de siempre con toda la seriedad que lo caracteriza. Permanece sentado mirando por la ventana mientras desayuna. ¿Qué pasará por su cabeza? Quién sabe, este hombre es todo un misterio…

En ese momento, me doy cuenta de que se me ha olvidado poner la música, así que me dirijo al ordenador y pongo *You are the reason* de Calum Scott. Adoro esa canción, aunque tal vez sea un poco demasiado intensa para esta hora del día, ¿no?

Al cabo de diez minutos, acaba su desayuno y, antes de que se levante, me acerco hasta la mesa para retirar la bandeja.

—Gracias, pero no era necesario —responde mientras se levanta para acercarme la bandeja y, en ese momento, su dedo índice roza con el mío. Ese gesto hace que se me ericen todos los vellos del cuerpo y, cuando digo todos, me refiero a *todos* sin excepción. Sin embargo, él no

parece percatarse de ese roce.

—Es mi trabajo —contesto cuando vuelvo en mí después de la respuesta que mi cuerpo ha tenido ante el contacto con su dedo.

Mientras deja el dinero exacto sobre la bandeja, vuelve a sonreír tímidamente durante unos pocos segundos, aunque para mí son suficientes sabiendo que he conseguido provocar alguna reacción en él.

—Qué tenga un buen día —responde y se dirige hacia la puerta.

Hoy no me lo ha escrito, sino que ha sido capaz de decírmelo a la cara y mirándome a los ojos. Lucía 1, Marc… bueno, eso. «Pequeña, ¡parece que te lo vas ganando poco a poco!», pienso orgullosa. Pero ¿eso es lo que quiero? Es evidente que me lo llevaría a la cama, no voy a engañarme a mí misma, pero de ahí a buscar algo más… ¡No! Además, apuesto lo que sea a que, después de lo que le sucedió, se habrá vuelto un tío que utiliza a las chicas para echar un polvo y ya. Creerá que todas le harán lo mismo…

—Igualmente —respondo, algo intimidada tras mi diálogo interno.

Cuando se ha ido, regreso pensativa hacia la parte trasera del mostrador. ¿Qué pensará de mí? ¡Venga ya, Lucía! Si solo hace tres días que lo conoces, no seas tonta…

Me pregunto a qué se dedicará; debe de tener un puesto importante porque siempre va muy bien vestido. ¡Bah!, qué chorrada, Lucía. Tengo que quitarme esa manía de prejuzgar y sacar conclusiones erróneas.

En fin, la parte más interesante de mi día ya ha pasado. Puedo volver a abrir el libro tras el mostrador y alternarlo con el resto de clientela hasta que llegue la hora de comer. Hoy también comeré en el hospital, aunque si mi tío sigue allí, en algún momento nos echarán de la habitación. Al menos ayer, al menos, estuvimos despistando al personal sanitario durante un buen rato para que no nos llamaran la atención.

8. Una visita inesperada

Lucía

Es la una; ya es la hora de cerrar. Dejo mi libro de apuntes tras el mostrador para seguir luego, apago todo y cierro la puerta. Hoy hace un día precioso y, mientras camino hasta el coche, observo que hay tres niños muy pequeñitos correteando por el parque, y también algún que otro padre o abuelo corriendo tras ellos. La imagen es muy graciosa.

Me pregunto si algún día me veré así, correteando detrás de un ser pequeñito que haya salido de mi interior. En fin, todavía tengo veintisiete años, a pesar de que me queda nada para cumplir los veintiocho (bueno, quien dice *nada*, dice casi cinco meses), pero aún estoy en la edad de disfrutar de mi vida.

Y hablando de eso, debería escribirles a las chicas para vernos. Desde que mi tío enfermó, no hemos vuelto a quedar, ni siquiera les he dicho que está hospitalizado. Maca tampoco lo ha dicho.

Mis primos y yo tenemos casi el mismo grupo de amigos. Tal vez Gabri vaya un poco más a su bola y venga menos con nosotras; es el mayor de los tres y tiene otras amistades aparte. En cambio, Maca y yo siempre hemos salido juntas, por eso las chicas le tienen un especial cariño a mi tío, así que hablaré con Maca para quedar esta semana con ellas y ponerlas al día de lo que ha sucedido.

Cuando llego al hospital está sonando *Who run the world* de Beyoncé y lo estoy dando todo en el coche, pero con toda la pena de mi alma, tengo que apagar la música y bajar.

Desde la puerta de la habitación miro hacia adentro y creo que no cabe un alfiler ahí; están mis primos, mis tíos, mi madre, Fer y Felipe, un amigo de mi tío que lleva tantos años en la familia que ya es uno de nosotros. Se conocieron en el colegio, cuando mi madre y mi tío eran pequeños y, desde entonces, son inseparables.

—¿Es aquí la fiesta? —pregunto al entrar y todos me miran asustados creyendo que soy alguien del personal sanitario—. ¡No os asustéis! Que no voy a echar a nadie —respondo entre risas.

Saludo a todos, uno por uno, hasta que llego a mi tío y le doy un achuchón enorme sin pretender ser brusca.

—¿Cómo estás hoy? —pregunto acariciándole el hombro.

—¡Perfectamente, cariño! Seguro que estoy mejor que mi negocio… —responde intentando molestarme—. ¿Qué tal ha ido la mañana?

—Para que lo sepa, su pastelería va como la seda, caballero —respondo indignada—. El buen tiempo está ayudando mucho a la caja.

—¡Esa es mi chica! —responde sonriente.

—¡Por cierto! Hoy ese chico, ese tal… ¿Marc? —pregunto intentando hacer que no me interesa—, me ha preguntado por ti, le he dicho que estabas aquí y me ha preguntado si podía visitarte. ¿Te importa que le haya dicho que sí? —pregunto algo avergonzada.

—¡No, cielo! ¡Para nada! —responde—. Me agradará mucho su visita —añade sonriente.

Le devuelvo la sonrisa y seguimos hablando de otros temas. Al cabo de un rato, le traen el

almuerzo a mi tío, y nosotros acordamos ir a comer por turnos después de que la auxiliar nos pida amablemente que desalojemos un poco la habitación; primero Felipe, mi madre y mi tía, y luego mis primos, Fer y yo.

∞∞∞

—¿No hay una ensalada decente en esta cafetería? —pregunta Maca irónica cuando los cuatro estamos sentados en la mesa.

Cuando estoy con mi prima, me siento un poco… *extraña*, por no decir inferior, porque realmente no es eso lo que siento. Siempre va tan elegante, con sus trajes o vestidos de seda, maquillada y bien peinada, tal alta y tan rubia, y yo… Bueno, digamos que pretendo pasar el menos tiempo posible junto a mi cepillo del pelo. La quiero muchísimo, aunque he de admitir que a veces la odio de manera sana por ser tan guapa. Cuando íbamos al colegio y a la universidad, todos los chicos se fijaban en ella. Yo también tenía mi público, pero no era tan selecto.

—Sí, no hay mucha variedad que digamos… —responde su hermano.

—Estáis cortados por la misma tijera, ¡quejicas! —añade Fer.

Otro que también parece sacado de una portada de revista. Tan atractivo, elegante, siempre de punta en blanco y a la última moda. Cualquiera que no lo conozca, pensaría que es modelo, pero no. En realidad es empresario, de esos que tienen tantas empresas familiares diferentes que no sabes ni a qué se dedican.

—Yo pediré un sándwich de pollo con patatas —respondo sin quitar la vista de la carta—. Por cierto, Maca, he pensado que podríamos quedar con las chicas esta semana. Al final nos preguntarán dónde hemos estado y demás… —añado dejando la carta sobre la mesa con cara de desgana.

—Ya, sí… tienes razón, querrán estar al tanto de lo que le ha pasado a papá —responde mi prima con media sonrisa—. Les escribiré para ver si mañana les apetece almorzar. Él está bien, así que no creo que le importe que almorcemos fuera —añade mirándonos a todos a la vez.

—Sí, no te preocupes, no creo que le moleste —responde Gabri—. Si no, yo me escapo del trabajo a mediodía como hoy para comer con él.

—¡No! ¡Venid con nosotras! Y así pasamos un rato divertido, que hace tiempo que los chicos no os venís —le digo a mi primo—. Además, Paula no deja de preguntar por ti a cada rato… —añado con un movimiento de cejas para picar a mi primo.

—¡Joder, macho! ¡Qué pesada! No lo supera, ¿eh? —responde indignado.

—Hombre, si le haces ilusiones durante mil meses y, cuando te la tiras, *si te he visto no me acuerdo*… es normal que la chica esté así, aunque la advertí mil veces de que no se fiara de ti, pero en el amor nadie escarmienta por cabeza ajena —responde Maca de una manera muy sensata.

—¿Amor? —contesta mi primo con una carcajada—. No sé qué es eso, tampoco me interesa… De todas formas, nunca le dije que fuéramos a tener un perrito juntos.

—A mi tampoco me interesa el amor, aunque eso no quita que me cabree que le hayas hecho eso a mi amiga, ¿eh? —le respondo asintiendo.

—¡Buah! Qué tontos sois, ¡con lo bonito que es el amor! —responde mi prima tirándonos una servilleta de papel a cada uno.

—Somos dos afortunados, cariño, no todo el mundo tiene la suerte de enamorarse —le dice Fer dándole un beso en la mejilla para aumentar su indignación.

—¡Tú, calla! A ver si también voy a tener para ti —responde indignada y los tres nos reímos aún más.

Después de comer, nos levantamos y nos dirigimos a la habitación de mi tío. Delante van Maca y Fer y, justo en la puerta de la habitación, mi primo me agarra del brazo para que me quede en el pasillo.

—Oye, *chiqui*, ¿es cierto que la pastelería va bien? —pregunta preocupado—. No quiero hablarlo delante de Maca. Ya sabes que, si algo va mal, se pone histérica. Tampoco quiero que papá lo pase mal, que ya bastante tiene…

—Sí, no te preocupes, de verdad. Todo va genial, las cajas están resultando muy productivas y por ahora me manejo bien —lo tranquilizo con una sonrisa—. El único problema es que pronto se agotarán las reservas de los pasteles que dejó en la cámara frigorífica, pero confío en que esté mucho mejor antes de que eso pase.

—Si te soy sincero, estoy muy asustado, pero no quiero que papá ni nadie se dé cuenta. Si le pasa algo, deberé cuidar de mamá y de Maca… todavía no estoy preparado para perderlo —responde afligido cruzándose de brazos.

—No te preocupes, no va a pasar nada —contesto pasándole las manos por los brazos en señal de cariño—. Además, no te hagas el machote, que mi madre y yo también estamos aquí y estaremos siempre —añado con una sonrisa que él me devuelve y me abraza tan fuerte que está a punto de estrujarme—. Porque seas hombre no tienes que ser el cabeza de familia… —le digo para ofender su hombría, a lo que él me responde estrujándome aún más.

En ese momento, noto que alguien se para a nuestro lado y carraspea para decir que está ahí. Levanto la mirada mientras me aparto un poco de los brazos de mi primo y ahí está de pie, mirándome fijamente. Es Marc, ¡ha venido!

Creía que, cuando me preguntó por el paradero de mi tío, se estaba tirando el farol para quedar bien, pero no. En realidad, mi tío tiene razón y parece que es un buen hombre. Un buen hombre que está como un queso…

—¡Hola! —saludo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Perdón, no quería interrumpir. Solo venía a ver a Pedro —responde extremadamente serio, como si de repente le hubieran metido un palo por el culo.

—Sí, claro —contesto tajante al ver su seriedad—. Pasa, está dentro.

Asiente con la cabeza y entra en la habitación sin decir nada más.

—¡Qué borde! ¿Quién es? —me susurra mi primo.

—Ese es el chico que va a la pastelería, el de la historia que nos contó tu padre —respondo con el mismo tono de voz que él.

—¿El de los cuernos? —pregunta abriendo los ojos.

—Sí, el de los cuernos, pero ¡no te pases! —lo reprendo en voz baja y él hace una señal con las manos a modo de disculpa.

Entramos juntos en la habitación.

—¡Luci! ¡Mira quién ha venido a verme! —exclama mi tío de lo más contento.

—Lo sé, tío, yo le he dicho que estabas aquí —respondo con una pequeña risa.

—¿La nueva encargada de mi local te trata bien? —le pregunta mi tío a Marc para picarme. Está tan contento que ni siquiera le presenta a mi primo.

—Lo hace tan bien que temo que pueda robarle su trabajo —responde él mirándome a los

ojos.

—¡Bobadas! Ella merece algo mejor que eso —responde mi tío con su característico tono entrañable.

—Bueno, servir pasteles no se me da nada mal —respondo a mi tío con un movimiento de cejas.

—¡No, no! Tú a lo tuyo, que para los pasteles estoy yo —me contesta refunfuñando y los demás nos reímos.

Después de eso, le pregunta a Marc cómo le van las cosas. De repente, hablan de política y de una oficina, como si el resto no estuviéramos en la habitación. La única que presta atención a lo que hablan soy yo, los demás están enzarzados en sus teléfonos móviles, excepto mi tía que está colocando la ropa de mi tío en un bolso.

Noto que Marc me dirige la mirada en alguna que otra ocasión, pero me mira de una forma muy extraña. ¿Será porque no me queda bien el vestido que llevo?, ¿o tal vez llevo la cara manchada de restos de comida? ¿Estaré más despeinada que de costumbre? ¡Dios! Necesito verme en el espejo.

Me acerco hasta el baño de la habitación y él me sigue con la mirada, pero sin dejar de conversar con mi tío. No tengo nada; es decir, mi vestido no está manchado, tampoco mi cara y mi pelo está medianamente presentable. No obstante, lo remuevo un poco y vuelvo a salir a la habitación. En ese momento, Marc se está despidiendo del tío Pedro y le dice algo así como «Debo volver al trabajo».

—Lu, cariño, acompaña a Marc hasta la puerta —me pide mi tío.

Qué estupidez, si la puerta está ahí mismo…

—No es necesario, Pedro —le responde Marc con una sonrisa, aunque a él le sonríe más que a mí.

—No, no me cuesta nada, vamos —contesto, dejándolo pasar por delante de mí para observar el movimiento de esas nalgas. Cuando llegamos al pasillo, dejo la puerta un poco entornada—. Muchas gracias por venir, mi tío se ha puesto muy contento.

—No hay de qué. Pedro es muy buena gente y es lo menos que merece —responde con semblante serio—. Oye, te dejo mi tarjeta por si necesitáis algo, ¿vale? —me dice mientras mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca una cartera marrón de cuero y, a su vez, una tarjeta blanca que me ofrece.

Al cogerla, la leo con detenimiento.

—«Marc Williams, director de publicidad». ¡Guau! ¿eres un pez gordo? —pregunto asombrada. Claro, por eso va siempre tan elegante, ahora lo entiendo mejor. Él esboza una mínima carcajada que casi ni se siente.

—Te aseguro que, si lo fuera, no tendría que pagar una hipoteca —responde.

—Bueno… permíteme que discrepe ante esa afirmación.

—Discrepe, señorita letrada —me responde con sorna y yo sonrío.

—¿Puedo saber a qué te dedicas exactamente? —pregunto intrigada.

—Coordino las oficinas de mi empresa en la ciudad como publicista y, además, escribo artículos en algunos periódicos y revistas —responde muy serio.

—¿Qué clase de artículos?

—De todo un poco. Puedes verlo ahí, es público —me dice, señalando la dirección de su página web en la tarjeta.

—Está bien, le echaré un vistazo —respondo sonriente—. Muchas gracias por ofrecernos tu

ayuda, si me permites que te tutee.

—Por supuesto, será mutuo, y no me cuesta trabajo —responde con media sonrisa—. Ahora debo irme, ya debería estar en la oficina.

—Sí, claro… —respondo—. ¡Por cierto! No me he presentado: me llamo Lucía, Lucía Castro, o simplemente Lu —le añado tendiéndole la mano.

—Encantado, señorita Castro. Perdón… Lu —me responde sujetando mi mano.

Durante unos segundos, nos quedamos agarrados de la mano y mirándonos ensimismados. Mi ropa interior pide auxilio para salir de debajo de mi vestido. ¿Qué me pasa con este hombre? Mi deseo sexual se acentúa por segundos cuando está delante de mí…

—Bueno, hasta luego —me dice soltándome de forma brusca.

—Qué tenga un buen día —me despido con media sonrisa, haciendo un guiño a sus notas en las servilletas, pero él se da la vuelta y camina por el pasillo hasta las escaleras para desaparecer de mi vista.

Vuelvo a mirar la tarjeta que tengo en la mano y me fijo en su apellido. Es inglés, tal vez irlandés, o quizás lo sean sus padres… ¡Qué intriga! Y si lo es, ¿por qué está aquí?, ¿por trabajo? Cuántas dudas se me acumulan de repente, aunque lo que más me inquieta es su cambio de actitud conmigo; ahora se ha comportado más tosco y cortante. En fin, tengo que volver a la habitación o mis primos empezarán a crear historias paralelas sobre lo que está pasando aquí fuera. Como si los estuviera viendo.

9. Verdades como templos

Lucía

Tal y como sospechaba…

—¿Estabais ligando? —pregunta mi tío cuando entro.

—¿¡Qué dices!? —respondo indignada—. Me estaba diciendo que, si necesitamos algo, podemos contar con él.

—Sí, yaa… ya… —responde mi tía con ironía.

—Pues a mí me gusta, es muy guapo —añade Maca.

—¡Oye! —contesta Fer haciéndose el indignado—. Sabes que estoy aquí, ¿verdad?

—No te indignes, sabes perfectamente lo que quiero decir —le contesta Maca haciéndole un guiño que pretende ser romántico.

—No sé, yo creo que está demasiado rayado con la vida…—añade Gabri pensativo.

—¡Hola! ¡Estoy aquí! ¿Podéis dejar de especular sobre mi vida? ¡Gracias! —añado con indignación y poniendo los ojos en blanco.

—Yo solo te digo que a ese chico le gustas, te mira con un brillo en los ojos —me dice mi tía.

—¡Qué bobada! Tendrá alergia, seguro, la primavera está ahí mismo… —respondo entre risas y los demás me siguen la broma.

Después de seguir —durante un buen rato— haciendo especulaciones entre todos, sobre una posible relación amorosa entre el señor borde y yo, miro el reloj y me doy cuenta de que son las cuatro. Es hora de irme, así que me despido de todos con prisa.

∞∞∞

La tarde se me pasa volando. Han llegado tres familias con sus respectivos hijos para celebrar el cumpleaños de uno de ellos —de uno de los padres, no de los niños—. Por suerte, no han alargado la fiesta. A las ocho en punto, he cerrado la pastelería y he vuelto a casa.

Antes de meterme en la ducha, hago la pertinente llamada a mi tío para ver cómo ha pasado la tarde; todo bien. Me quito la ropa y, de uno de los bolsillos de mi abrigo, cae la tarjeta que Marc me entregó esta tarde. Vuelvo a mirarla y la dejo sobre el escritorio de mi cuarto.

Me doy una ducha, me pongo el pijama y me preparo un bocadillo. Cuando ya he terminado, recuerdo la tarjeta que he dejado sobre el escritorio, así que voy a por ella para curiosear su página web.

¡Joder! Este hombre hace mil cosas: escribe para varios periódicos, dos revistas y es director de publicidad en una agencia con varias oficinas por toda la ciudad. Me causa curiosidad saber qué escribe, aunque por sus conversaciones con mi tío, supongo que escribe sobre política… ¡Buah!, qué coñazo. Pulso en un apartado que pone «Textos» y empiezo a leerlos. Como esperaba, la mayoría hablan sobre política y sociedad actual. Sin embargo, hay algunos que me dejan boquiabierta…

Cuídala. Aunque te parezca que ya es tuya, todavía no lo es del todo. Y probablemente nunca lo será, porque nadie es pertenencia de nadie. Quizá tu mente holgazana piense que ya está todo hecho. Pero no.

Ella es tu crédito hipotecario.

Para tener una casa que puedas considerar tuya, debes pagarla poco a poco, mes a mes. Pues con ella es algo parecido. Cuídala, día a día, minuto a minuto. Y así tendrás un hogar que puedas considerar tuyo. Suyo. Vuestro. Un hogar al que siempre podrás volver.

No des nada por sentado. Porque si lo haces, lo que crees que está asentado, desaparecerá. Más tarde o más temprano. Pero acabará por disiparse.

Ella se irá. Pensará que merece algo mejor.

Alguien que la sorprenda y que le diga cada día lo afortunado que es por decirle que es maravillosa, mirándola a los ojos. Aunque, en el fondo, ambos sepan que está llena de fallos. Fallos que hacen de ella un ser único en su especie.

Una persona que haga que los demás se mueran de envidia. Cuando presuma de la maravilla, a la que tiene la suerte de pedirle que le regale el resto de sus días, para mimarla como el mayor de los caudales.

Y será, entonces, cuando se te llene la cabeza con ese angustioso «¿Qué fue lo que hice mal?». Las dudas y el desconcierto te taladrarán la paciencia día tras día, hasta que llegue un punto en el que te des por vencido. Y adiós… dirás adiós a todo resquicio de esperanza. Por tu ego, por tu orgullo y por creer que el amor se encuentra y que, una vez es tuyo, no hay que hacer nada más…

Jamás había leído algo tan bonito, ni siquiera sabía que existían los hombres que escribían así… Cada vez me sorprendo más con él. Me encanta, incluso creo que me he enamorado de alguno de sus textos, pero no de él, ¡ojo! No concibo esa posibilidad por muchos sentimientos que exprese con su teclado.

Entro en un apartado que me redirige a sus redes sociales y veo su Instagram. ¡Tiene más de sesenta mil seguidores! ¡Qué fuerte! Es un verdadero *instagrammer*… Seguro que tiene mensajes de mil chicas, y muy probablemente quedará con mil más. Es guapísimo, escribe muy bonito y, bueno, tal vez no tenga un carácter muy amable, pero ¿quién sabe cómo eres si solo te conocen a través de una red social? Yo sí que puedo saber cómo es en realidad (un poco) y, a pesar de sus maneras algo abruptas, creo que tiene un fondo que vale la pena conocer.

Lucía:

Escribes muy bien, me han encantado tus textos, pero me gustán más los que no habla de política...

Marc:

¿Quién eres?

Sin pensarlo dos veces, cojo mi móvil, anoto el número que aparece en su tarjeta y le escribo un mensaje:

Lucía:

La que te sirve el pastel de *brownie* desde hace un par de días.

Podría jugar un poco, pero voy a decirle quién soy.

Marc:
¡Ah! ¿La abogada que se esconde tras el delantal de pastelera? Me halaga saber que te guste lo que escribo. Gracias.

Lucía:
Sí, me gusta. Deberías escribir un libro que no hable sobre política.

Marc:
¿Qué tienes en contra de la política?

Lucía:
Es un coñazo, muchos son corruptos y la mayoría viven a costa de la gente como nosotros. Prometen cosas y luego hacen lo que les da la gana.

Marc:
En eso debo darte la razón, pero me tranquiliza saber que hay señoritas letradas que conseguirán meter en la cárcel a muchos de los corruptos.

Lucía:
Tenlo por seguro.

Marc:
Contigo el país será mucho mejor, aunque ya lo sea solo con tu presencia aquí.

Lucía:
Palabrería barata de un escritor acostumbrado a utilizar las letras para camelar.

Marc:
Verdades como templos, señorita. Buenas noches, la veo mañana en el desayuno.

Lucía:
Recuerde que acordamos tutearnos, así que buenas noches. Qué descanses.

¿«Verdades como templos»? ¿A qué se refiere? Entre más hablo con este hombre, más intrigada me deja. Ha sido una conversación muy corta, pero me da a entender que tiene una actitud diferente a la de esta tarde; más cercano y no tan distante, o tal vez para él es más fácil hablar con la gente a través del teléfono; a muchas personas les suele pasar.

En su foto de perfil, aparece dándole un beso a una señora; tendrá unos ochenta años. ¡Qué tierno! ¿Será su abuela? Es bastante guapa, como él. De repente, noto unas pequeñas cosquillitas que me suben por el estómago. ¿Qué me pasa? Me he puesto nerviosa al hablar con él, supongo que me daba palo que me dejara en visto y no le gustara que le escribiese para decirle que había leído su trabajo, aunque ya veo que no es así.

Ay, Lucía… cada día entiendes menos a los demás y, por supuesto, te entiendes menos a ti misma.

10. Celos

Marc

Al despertar esta mañana pensé que mis días de suerte se habían acabado y que no volvería a ver a la chica de ojos azules. Sin embargo, cuando entro en la pastelería, la veo de pie junto a una mesa. Lleva un vestido rojo muy corto, con unas medias color carne que dejan ver sus piernas a partir de sus rodillas. Son preciosas, como si las mimara cada día antes de salir. A pesar de las medias, se aprecia el tono de su piel tostada. Cuando se gira al mostrador, observo el contoneo de sus caderas bajo su vestido y trato de frenar mis instintos primarios sin mucho éxito.

Me cuenta que en realidad es abogada, pero que está sustituyendo a su tío. ¿Abogada? ¿Y qué hace aquí en lugar de estar trabajando en un despacho? No entiendo muy bien la situación, pero tampoco me veo con la suficiente confianza como para preguntar. Sea o no sea pastelera, daría lo que fuera por quitarle ese delantal y todo lo demás…

Cuando me cuenta dónde está Pedro y lo que le ha pasado, en seguida me pongo en alerta y, sin pensarlo dos veces, le pregunto si puedo ir a visitarlo. Tenía miedo de haber metido la pata, pero para mi sorpresa me responde afirmativamente y de lo más alegre. Me apunta en un papel el hospital, la planta y el número de habitación en la que se encuentra su tío. Cuando me siento a desayunar, suena la música. Empieza a sonar de fondo *You are the reason* de Calum Scott. Está muy de moda últimamente, aunque es una romanticada en toda regla. Tal vez, la chica de ojos azules, sea una de esas románticas empedernidas a las que le van los detalles y que le dediquen canciones románticas, algo así como yo. Lástima que a Silvia no le gustaran esas cosas, porque me encantaba regalarle flores, escribirle notas en el espejo de la entrada o dedicarle canciones que me recordaban a ella. Pero de los errores se aprende…

Al terminar de desayunar, viene hasta mi mesa para recoger la bandeja, y cuando pone las manos sobre ella, nuestros dedos se rozan sin querer. No sé muy bien qué ha pasado, pero siento un pequeño cosquilleo y se han removido cosas que llevaban demasiado tiempo muertas… Me he asustado por ello y, durante toda la mañana, no logro concentrarme. Le doy mil vueltas a la cabeza y solo aparece ella. Ella, sus preciosos ojos y sus increíbles piernas. Una y otra vez. Joder, me estoy volviendo loco…

A mediodía, cuando termino de comer, me llevo las manos a los bolsillos y encuentro el papelito que ella me escribió con el número de la habitación de su tío. Amalia se da cuenta de mi cara de preocupación y le pido que me cubra mientras visito a Pedro al hospital.

Al llegar allí, camino por el pasillo hacia la habitación, pero de lejos veo que la chica de ojos azules está hablando con un chico. Muy alto, rubio y tan atractivo que hasta yo me fijo en él. Ella le acaricia los brazos, y él la abraza. ¿Quién coño es ese tío? ¿Es su novio? Bueno, si lo es, no entiendo por qué me molesta tanto, pero… ¡Joder! Me encantaría abrazarla así…

Guiado por mis celos sin sentido, ni siquiera la saludo, sino que directamente entro en la habitación para hablar con Pedro, quien me presenta a su mujer, a su hija y a su yerno. Se ha puesto tan contento cuando su sobrina entra con aquel chico que no quiero hacer ninguna pregunta.

Cuando ya me iba, se empeña en que ella me acompañe a la puerta. Dice «Lu» y

automáticamente sé que la chica de ojos preciosos tiene nombre, pero a juzgar por cómo su tío la llama, deduzco que es un diminutivo. Necesito hablar un rato con ella, así que cuando me acompaña a la puerta, le ofrezco una de mis tarjetas con la excusa de que es para su tío, aunque espero que ella se la quede…

Acordamos tutearnos y finalmente se presenta: Lucía Castro. La chica de los ojos preciosos azules tiene un nombre aún más precioso. Durante algunos segundos, permanecemos agarrados de la mano mientras nos presentamos formalmente, sin mirar hacia ningún otro lado más que a los ojos del otro. Y, de repente, algo en mi pecho vuelve a encenderse… Me vuelvo a asustar, así que le suelto la mano de manera brusca y me despido.

Durante toda la tarde, intento quitarme de la cabeza lo que ha sucedido y, en la medida de lo posible, trato de olvidarme de Lucía, de sus ojos y de sus piernas perfectas.

Durante mi hora de gimnasio, estoy más a tope que nunca. Incluso mi entrenador me felicita al ver que estoy trabajando más de lo normal. Cuando llego a casa, me doy una ducha y me preparo algo para comer en el sofá mientras veo una serie. De pronto, suena mi móvil. Debe de ser Amalia o tal vez mi hermana, no creo que nadie más me escriba a esa hora.

Es ella, ¡es Lucía! ¿Qué hago? Ni siquiera sé qué responder. Le contesto con una pequeña broma y empezamos una insignificante conversación acerca de su opinión sobre la política y los textos que escribo.

Cuando agrego su número a mi teléfono, aparece su foto de perfil. Es una foto suya, lleva un bikini blanco que da paso a mi imaginación y un sombrero de paja que agarra con la mano derecha. Está sonriendo en la orilla de alguna playa de arena blanca y, detrás, un cielo y un mar de un azul menos bonito que el de sus ojos. Está preciosa, con la piel aún más tostada por el sol.

De pronto, me veo sonriendo a la pantalla de mi iPhone y siento la necesidad de cortar todo esto. Por mi propio bien y por el suyo, me despido dándole las buenas noches y vuelvo a dejar el móvil sobre la mesa del salón.

No quiero volver a pasar por eso. No quiero volver a sentir mariposas en el estómago. Pero Lucía es tan…

11. Casualidades

Lucía

Hoy me he levantado con una sensación extraña. Es uno de esos días en los que tienes la impresión de que va a suceder algo, pero no sabes el qué… Bueno, da igual, antes de abrir la pastelería, llamo al tío Pedro para ver cómo ha pasado la noche. De nuevo, todo bien. Me comenta que esta tarde le harán las pruebas y tal vez pueda regresar a casa. ¡Qué buena noticia!

Mi alegría me lleva a encender la radio para poner la música a todo volumen y, cuando entran las tres señoras por la puerta, seguimos el ritual de cada mañana

Antes de que acabe de servirlas, entra un grupo de cuatro chicos de unos veintipocos años y se sientan en una de las mesas. Les tomo nota y me voy detrás del mostrador, pero me doy cuenta de cómo me hacen una radiografía mental mientras camino.

Estoy en la faena cuando Marc aparece por la puerta y, de repente, me pongo tan nerviosa que derramo uno de los cafés.

—Parece que aún sigue algo dormida, Lu —me dice sonriente desde el otro lado del mostrador.

—Consecuencias de tener conversaciones a horas intempestivas, señor Williams —respondo con sorna— y recuerde que acordamos tutearnos.

—Está bien, pero también te lo tengo que recordar a ti —contesta.

—No puedo, usted es un cliente —respondo con una sonrisa traviesa.

¡Deja de coquetear, Lucía!

—Para tu tío soy algo más que eso, así que pensemos que para ti también es así —responde más sonriente aun, dejándome ver de nuevo sus dientes blancos.

¿«Algo más que eso»? ¿Qué habrá querido decir con que para mí también…? Mientras acabo de servir en la bandeja el desayuno de los chicos, automáticamente comienzo a preparar el suyo sin preguntar qué quiere y sin que él me diga nada.

—Le han dicho que probablemente hoy pueda salir del hospital —le digo muy sonriente mientras le sirvo el café.

—Ah, ¿sí? ¡Qué buena noticia! —contesta más sonriente que nunca.

Me quedo embobada mirando sus labios, tanto que hasta me quemo el dedo con la jarra de leche caliente.

—¡Ayy! —exclamo soltando la jarra sobre la encimera.

—¿Te has quemado? —me pregunta preocupado.

—¡Sí! —exclamo dolorida—. ¡Joder!

—A ver… —me dice mientras tiende su mano para coger la mía. Cuando lo hace, se me olvida que me he quemado, incluso se me olvida el dolor, porque se me dibuja una pequeña sonrisa en la cara—. ¿De qué te ríes? —pregunta riéndose también.

—No sé, me has recordado un poco a mi madre cuando me hago daño —respondo entre risas para evitar decirle que he muerto de amor cuando me ha cogido de la mano y se me ha erizado hasta lo impensable.

—No intentes hacerte la valiente, sabes que te duele —responde desafiante arqueando una

ceja de la forma más *sexy* jamás vista mientras me suelta la mano muy despacio y suavemente.

—Creo que podré soportar el dolor con un poco de hielo —contesto orgullosa—. Aquí tiene su desayuno, señor Williams.

—Muchas gracias, señorita Castro —responde siguiéndome el rollo y coge la bandeja.

Quería preguntarle de dónde viene su apellido, pero me ha dejado el dinero sobre el mostrador y se ha girado antes de que me dé tiempo.

Me doy cuenta de que aún tengo en el mostrador la bandeja de los chicos de la mesa del fondo, así que me apresuro en llevársela antes de que el café se enfríe. En un intento de ligar conmigo, me hacen preguntas sobre los pasteles y, al final, la conversación divaga tanto que acabamos hablando de la universidad.

Marc… ¿se ha ido? ¡Ni siquiera me ha dicho adiós! ¡Qué estúpido! Para una vez que parecía ser amable… Cuando acabo la conversación me voy hasta la mesa donde él estaba sentado para recoger su bandeja, y allí me encuentro de nuevo una nota escrita: «Qué tengas un buen día, Lucía». Bueno, por lo menos me la ha *dedicado*.

De repente, suena mi móvil dentro del delantal. Es Maca.

—¡Hola, *chiqui*! ¿Qué tal va la mañana? —pregunta a toda prisa sin dejarme ni hablar, como siempre—. Oye estoy muy liada, tengo una sesión de fotos, pero Bea me ha dicho que nos vemos a la una y media en aquel restaurante del centro, donde celebramos tu cumpleaños el año pasado, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo —respondo—. Está bien, nos vemos allí. ¿Has avisado a tu padre de que no comíamos con él?

—Sí, tranquila, ya he hablado con papá —responde—. Oye, tengo que colgar que me reclaman. Luego nos vemos. ¡Un besito, *chiqui*!

—Hasta desp… —No termino la frase, ya que me ha colgado.

Mi prima vive en un estrés constante. No me extraña que esté tan delgada, apenas tiene tiempo para comer. Me pregunto cómo se las arreglará con tan poco tiempo para darle rienda a su vida sexual con Fer… En fin, que divago de nuevo. Vuelvo al mostrador, meto la loza en el lavaplatos y me guardo en el bolsillo la nota escrita en la servilleta. Quiero guardarla para mí, igual que las anteriores.

∞∞∞

A la una en punto, cierro la pastelería, y en un trayecto de media hora por culpa del tráfico, consigo aparcar a tres calles del restaurante en el que he quedado con las chicas. Cuando llego a la puerta, Bea está fumándose un cigarrillo.

—¡Te tengo dicho que eso es malo para la salud! —le digo a modo de broma para saludarla y le doy un abrazo, huyendo del humo del tabaco.

—Anda, pasa, pesada. Todas están sentadas en la mesa —me dice para que la deje fumar tranquila su cigarrillo.

Entro al restaurante y, efectivamente, están sentadas en la segunda mesa a la derecha. Maca aún no ha llegado, qué raro en ella… Las saludo y me siento en una de las sillas que están vacías junto a Paula, pero me doy cuenta de que se están riendo disimuladamente mirando hacia mí.

—¿Qué pasa? ¿Tengo alguna mancha? —pregunto asustada al pensar en la idea de tener la máscara de pestañas corrida o el labial por toda la cara.

—Esta tonta lleva un rato mirando a ese chico de ahí —me dice Paula refiriéndose a Simona —. Está haciendo suposiciones en torno a su vida en general, pero desde que has entrado, se ha puesto celosa. Él no te quita los ojos de encima…

Simona pone los ojos en blanco. Mi amiga me guía con la cabeza hacia la mesa que está casi frente a la nuestra, aunque está un poco apartada y no me he fijado al entrar. No me extraña que el chico no pare de mirarme… ¡Es Marc! Está sentado junto a más señores con traje y corbata y, a su lado, hay una chica bastante guapa, con la que tiene cierta complicidad por la manera en la que le habla.

—¡Bah! Si está acompañado… —les respondo a las chicas intentando disimular.

Pero es demasiado tarde, él ya me ha visto y yo lo he visto a él.

Guiada por mi ataque de celos hacia la chica que está sentada con él, saco mi teléfono móvil y le escribo un mensaje.

Lucía:
Te veo muy bien acompañado.

Marc:
Son compañeros de oficina.

Lucía:
Ya, claro. Seguro que de ellos sí que te despides al irte...

Marc:
¿Celosa?

Lucía:
Indignada con la gente que no saluda al llegar ni se despide al irse.

Marc:
Te debo una disculpa.

Lucía:
Disculpas aceptadas.

Justo en ese momento, mi prima entra por la puerta. Las chicas aún siguen cuchicheando sobre Marc y sobre algunos de sus compañeros, que tampoco están nada mal. Todas son ajenas a que estoy manteniendo una conversación con él por el móvil.

Maca se entera de lo que está sucediendo y, a pesar de que ella normalmente vive en su mundo, recuerda la cara de Marc y se da cuenta de que es él, así que lo saluda con la mano desde lejos. El susodicho, al percatarse, se disculpa con sus compañeros y se levanta de la mesa con la intención de venir a saludar.

—¡Mierda, Maca! ¿Qué haces? —le reprendo en un susurro.

—¿Qué pasa? ¡Es muy majo! —me contesta sonriente—. Y está buenísimo —añade en voz baja.

—¡¿Lo conocéis?! —pregunta Simona asombrada, pero no nos da tiempo de responder.

Maca se acerca hasta Marc para darle dos besos, y yo me veo obligada de hacer lo mismo. Cuanto más me acerco a él, más nerviosa me pongo. Nunca lo había saludado tan de cerca, ni

siquiera me había percatado de su olor, una especie de vainilla amaderada que no llega a ser dulce. Estoy tan nerviosa y excitada a la vez que no acierto a decir una palabra.

—Nunca os había visto por aquí —nos dice mientras las demás se quedan embobadas mirándolo, incluida Bea, que ya ha acabado de fumar y ha entrado.

—No… no solemos venir, pero el año pasado comimos aquí por mi cumpleaños y hoy hemos decidido repetir —respondo un poco agobiada por la presión.

—Y tú, ¿qué? ¿Comida de empresa? —pregunta mi prima, la cotilla.

—Sí, mi oficina está justo arriba y solemos bajar a comer todos los días —responde él.

Mi prima sonríe, pero su móvil empieza a sonar y, disculpándose, se aleja un poco de nosotros para hablar.

—Jolín, qué aburrido comer cada día en el mismo sitio, ¿no? —le pregunto para no crear un silencio incómodo.

—Bueno, también desayuno cada día en el mismo sitio, y cada vez me lo paso mejor —me responde con una sonrisa que hace que me ponga roja como un tomate.

—¡Lucía! ¡Vámonos! —exclama mi prima a mi espalda, al borde del ataque de nervios, mientras guarda su teléfono en el bolso.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada girándome en su dirección.

—¡Es papá! ¡Ha tenido un infarto!

12. Un susto

Lucía

Las palabras de mi prima y sus lágrimas corriendo por las mejillas impactan en mi cerebro como si me hubieran clavado cien mil agujas. No, por favor. Otra vez no…

—No… no puede ser… —respondo apenas sin voz.

Las demás se quedan paradas en sus sillas, sin apenas pestañear y sin saber qué decir ante la situación. Nadie dice nada y se crea el silencio total y a mí me cuesta respirar. De pronto, Marc me agarra de la mano y siento que el aire vuelve a entrar por mis pulmones.

—Esperad, yo os llevaré. No podéis conducir así y tengo mi coche aquí mismo.

Sin esperar respuesta, me suelta y se dirige a su mesa para decirles a sus compañeros —que no salen de su asombro— que tiene que irse. Vuelve hacia nosotras, pasa su brazo por encima de mis hombros dejándome sentir su calor acogedor y también coge a mi prima suavemente del brazo. Les decimos a las chicas qué hospital es, y los tres salimos del restaurante, giramos a la derecha y entramos en un enorme edificio para montarnos en un ascensor que nos lleva al garaje donde Marc nos dirige hacia un Audi Q5 de color negro.

El coche es precioso, pero ahora mismo no tengo la cabeza para fijarme en nada, solo puedo pensar en mi tío y en si estará vivo o muerto… Me tiembla todo el cuerpo, me cuesta respirar y no soy capaz de decir una sola palabra. Miro al frente con los ojos fijos en algún punto del tráfico y sostengo mi cabeza con la mano derecha apoyada sobre la ventanilla. Mi prima va en el asiento trasero soltando palabras inconexas que se topan con su llanto, cuando intenta explicarle a Fernando por teléfono lo que ha ocurrido. Mientras, las lágrimas van brotando muy despacio por mis mejillas y noto que tengo el cuerpo cada vez más frío.

De pronto, siento el tacto de una mano caliente que aprieta la que tengo sobre mi muslo. No digo nada, solo giro la cabeza hacia la izquierda y veo los ojos de Marc. Unos ojos que rezuman preocupación, a lo cual solo puedo responder apretando su mano más fuerte para que no me suelte hasta que todo esto acabe. Porque por alguna razón, estando con él, siento que nada malo puede pasar…

Al llegar al hospital, dejamos el coche en el primer aparcamiento que vemos libre y subimos hasta la habitación de mi tío. Pero… ahora no está, solo están mamá, mi tía Bibi y Gabri. Al verlos con unas caras de extrema preocupación, a lo que se suma el llanto desconsolado de mi madre y mi tía, se me pone un mal cuerpo horrible. Todo me da vueltas y siento que voy a caerme al suelo.

Enseguida me acerco hasta mi madre y la abrazo; mi prima hace lo mismo con la tía Bibi y su hermano. Marc se queda tímidamente apoyado en la pared de la puerta de la habitación hasta que se va fuera, al otro lado de la puerta, para dejarnos intimidad familiar.

Tras un largo rato de explicaciones y ya más calmados, vuelvo a salir fuera. Él sigue ahí, apoyado en la pared, a la espera de noticias. Lo primero que hago, impulsada por un instinto que sale desde lo más profundo de mi ser, es abrazarlo para agradecerle lo que ha hecho.

—Gracias, de verdad, muchísimas gracias —le digo entre lágrimas con la cabeza sobre su pecho.

—No tienes que agradecerme nada —me responde al abrazo apoyando su cabeza sobre la mía de forma intuitiva y me acaricia el pelo. Me aparta un poco con delicadeza hasta que quedamos uno frente al otro mirándonos a los ojos mientras él enjuga mis mejillas con sus dedos—. ¿Qué ha pasado?

—No lo saben exactamente, es decir, ha tenido un micro infarto. Han conseguido estabilizarlo y ahora está en observación —contesto aún preocupada.

—Todo saldrá bien —me dice cogiéndome de las manos—, tu tío es un hombre fuerte —añade con una media sonrisa y, por un momento, me olvido del mal rato que estoy pasando.

—No sé cómo agradecértelo, de verdad —le digo avergonzada—. ¡Te invitaré al desayuno durante un mes! —exclamo desesperada en un intento de buscar la manera para devolverle el favor.

Él esboza una pequeña carcajada, que provoca la misma reacción en mí. Por primera vez, desde que salimos del restaurante, vuelvo a sonreír.

—No hace falta que me invites al desayuno, aún puedo permitírmelo —responde con una sonrisa.

—Bueno, está bien. Entonces… permíteme que te invite a cenar algún día.

¡Esta es la mía! Pone un gesto en su cara que no me permite descifrar lo que está pensando en este instante, y me suelta las manos poco a poco.

—¿Me estás pidiendo una cita? —pregunta confundido.

—No, para nada —respondo intentando mentir lo mejor posible, aunque se me da fatal—. Solo es una cena de agradecimiento.

—En ese caso, acepto —contesta con una sonrisa de nuevo—. Pero ¿tu novio no se molestará? —añade mirando a la puerta de la habitación.

¡Oh, por Dios! Ha supuesto que Gabri es mi novio…

—¡Madre mía! ¡Es mi primo! —respondo riéndome ante tal situación—. Gabri es el hermano de Maca, hijo de mi tío. ¿No te lo dijo cuando estuviste aquí?

—No, la verdad es que no se dio el caso…. Y, bueno, como os vi abrazados y demás, yo pensé que… —responde avergonzado—. Discúlpame, supuse demasiado.

—No te preocupes, disculpas aceptadas —respondo sonriéndole.

¿Qué habrá querido decir antes con «En ese caso»? Tal vez no le gusto y me ha dicho que sí por pena. ¡Dios! Me he hecho ilusiones por un par de notitas en una servilleta. ¡Qué idiota! Ahora mismo debe de pensar que cenará conmigo porque le da vergüenza decirme que no le apetece. No le debo gustar, sino no me habría tratado tan brusco desde que lo conocí, aunque por otro lado… ha salido de él lo de venir hasta aquí conmigo, incluso me ha cogido de la mano cuando estábamos en el coche y, bueno, *creo* que se ha puesto algo celoso de Gabri…

¡Joder, Lucía! Te estás haciendo ilusiones y estás siendo patética. Está claro que, después de lo que ha pasado con su exmujer, como para fijarse de nuevo en una chica… ni siquiera el más cuerdo de los cuerdos cometería semejante estupidez. Bueno, va, ¡se acabó!

—Oye, si no te apetece, no estás en la obligación de decirme que sí —respondo seria—. Solo era una sugerencia.

—No me siento obligado, me apetece cenar contigo —contesta tajante.

—Está bien —respondo sonriente, como si hubiera ganado un premio en la tómbola de la feria del pueblo.

En ese momento, llega Fer corriendo por el pasillo. Nos saluda y nos pregunta qué ha pasado, para posteriormente entrar los tres a la habitación de nuevo. Allí pasamos casi toda la tarde

esperando a mi tío. Nadie puede entrar a verlo, solamente la tía Bibi.

Marc se queda con nosotros todo el tiempo. Por más que le digo que vuelva a su trabajo, me insiste con que pueden prescindir de él por una tarde. Me siento algo culpable, sé que tiene un puesto importante y ahora mismo debería estar allí, pero me reconforta saber que quiere acompañarnos. O acompañarme, no lo sé muy bien. Solo sé que me encanta que esté aquí.

A media tarde, me empiezan a sonar las tripas y, aunque todos tenemos el estómago cerrado, vamos a comer a la cafetería mientras esperamos noticias. No obstante, cuando volvemos a la habitación, aún no sabemos nada, así que permanecemos allí sentados esperando…

Creo que es la tarde más bochornosa de toda mi vida. A mi madre y a Maca no se les ha ocurrido otra cosa para amenizarla que contar anécdotas de cuando éramos adolescentes; entre ellas, la vez que me caí por las escaleras del colegio delante de la mitad del alumnado, o la primera vez que le pedí salir a un chico y me dijo, literalmente, «Prefiero tenerte como amiga». Ese fue uno de los peores momentos de mi vida, estuve meses sin mirar a ese chico a la cara y eso que íbamos a la misma clase, pero yo me moría de vergüenza.

Marc no se ríe mucho, la verdad, supongo que está en su línea de seriedad. A pesar de eso, me avergüenza muchísimo que se esté enterando de todas estas cosas.

De pronto, las chicas, encabezadas por Bea —siempre quiere ser la primera en enterarse de todo—, aparecen por la puerta de la habitación. Se quedan paradas en la entrada al darse cuenta de que la habitación está llena de gente, pero mi madre las invita a pasar.

Paula empieza a soltar cosas estúpidas desde que se percata de que mi primo está aquí… Se nota que está loquita por él y, cualquiera que vea su comportamiento cuando él está delante, se daría cuenta. Siempre le ha gustado Gabri, desde que estábamos en el instituto, aunque… como a todas. Bueno, a mí no, obviamente, ¡es mi primo! Pero Gabri era el chico guapo del colegio y siempre destacó en los estudios, lo tenía todo. Sin embargo, Paula era una estudiante mediocre tirando a buena, alguien como yo; incluso en la universidad, a pesar de que estudiáramos carreras diferentes.

Pero volviendo al tema de Paula: era medianamente buena estudiando, sí, pero en esa época no era una de las que destacaba por su cuerpo, ni siquiera tenía un cuerpo de esos que los estereotipos de belleza consideran *pasable*. Todos decían que era gordita, aunque yo jamás la vi así, solo estaba algo más entrada en carnes. Además, usaba gafas; algo que no le favorecía nada, debo admitir. Con el paso de los años y el estrés de la universidad, su cuerpo empezó a cambiar y cada vez estaba más delgada y esbelta; cambió sus gafas de pasta por unas lentillas y ahora es una de esas chicas a las que el resto del mundo considera que está dentro de los cánones de belleza.

En fin, hace cosa de un año, mi primo se dio cuenta de que Paula había cambiado. Estaba más guapa y había más chicos que se fijaban en ella, así que como el gran machote que es —nótese la ironía— decidió que tenía la *obligación* de tener algo con ella y empezó a camelarla. Total, Paula no tardó nada en caer en sus redes y, al final, quedaron a solas.

Quedaron una vez, y otra, y otra… pero no fueron seguidas, eran momentos esporádicos que duraron algo así como dos meses y eran para lo que eran. Al final, mi primo se cansó de ella y dejó de responderle a los mensajes y llamadas. Ahí decidió que ya no saldría más con nosotras y, claro, si no iba él, tampoco iba Fer y, si Fer no iba, el novio de Bea pensó que no pintaba nada sentado en una mesa rodeado de chicas que hablaban de cosas de chicas.

Y así fue cómo nuestras reuniones se volvieron femeninas y le repetíamos a Paula la bendita frase de «Te lo dije» una y otra vez hasta que, al parecer, lo entendió y dejó de enviarle mensajes

a Gabri.

No obstante, a día de hoy, sigue coladita por él. Le advertimos que mi primo no es de historias románticas, pero supongo que ha acabado haciendo lo que le da la gana. Cuando estás enamorado, haces cosas que ni siquiera sabías que podías hacer solo por estar con la persona a la que quieres. Y, si algo está claro desde que teníamos trece años, es que Paula está enamorada de mi primo hasta las trancas.

14. Bonitas vistas

Lucía

Desde que han llegado las chicas, me percato de que Marc se ha alejado un poco. Tal vez se sienta incómodo o fuera de lugar, así que intento acercarme a él para que no se sienta desplazado.

En ese preciso momento, un señor de unos cuarenta y pocos años con bata blanca, pelo negro y unos ojos verdes muy bonitos, entra por la puerta; es el médico que está tratando a mi tío. En cuanto lo vemos aparecer, nos quedamos todos avergonzados en silencio. Nos han pillado en excursión dentro de la habitación. Pero para sorpresa de todos, nos hace un comentario gracioso acerca de la cantidad de personas que estamos allí y luego procede a explicarnos el estado de salud del tío Pedro.

Pasará la noche en observación y, si sigue evolucionando de manera favorable, mañana volverán a traerlo a la planta. No es que sea la mejor de las noticias, pero es la mejor dentro de la gravedad que supone la situación. Después de eso, el doctor nos aconseja que desalojemos la habitación, dado que las enfermeras se ponen un poco tiquismiquis con el tema.

Simona propone que nos vayamos a la cafetería y no puedo evitar darme cuenta de cómo Marc clava la mirada en ella. No me extraña, la verdad. Mi amiga es preciosa, la más guapa de todas, tiene el pelo ondulado, tan rubio que casi parece blanco, los ojos verdes y enormes, una delantera que ya la quisiera cualquier equipo de fútbol y un culo más redondo y firme que una pelota de baloncesto. Además, tiene una sonrisa perfecta y pequitas en la parte alta de sus mejillas y en la nariz que le resaltan muchísimo las facciones de la cara. Pero, lo mejor de todo, es que tiene un cerebrito que le ha dado un presente y futuro laboral más que codiciable. Lo raro sería que ningún chico se fijara en ella, y creo que por eso nunca ha tenido novio. Todos los chicos con los que ha estado la han utilizado, pues… para lo que han querido, y por eso no cree en el amor. No nos parecemos en nada físicamente, pero ese pensamiento es algo que ambas compartimos desde hace mucho tiempo. El amor no existe y, si existe, al cabo de tres meses muere para convertirse en algo que hacemos por costumbre, hasta que nos damos cuenta de que lo estamos haciendo mal y decidimos cortar por lo sano. O también existe la posibilidad de cortar por lo insano, en otras camas y con otras personas.

Aceptamos la propuesta de Simona para ir a la cafetería, pero al salir, Marc me agarra del brazo para pedirme que me quede y los demás avanzan dejándonos intimidad para hablar. Cuando nos quedamos solos, aún me tiene agarrada por el brazo y la respiración se me entrecorta al notarlo tan cerca de mí y oler su perfume. Creo que él se da cuenta, porque noto cómo se aparta un poco.

—Oye, creo que es hora de que me vaya —me dice mirándome a los ojos—. Tu tío está bien y ya os he molestado durante bastante rato.

—Tu presencia no es molestia, todo lo contrario —le digo con una sonrisa tímida—, pero no es justo que estés aquí cuando tendrías que estar en el trabajo.

—Bueno, por eso no te preocupes —me dice con una sonrisa—, no es tan interesante como parece.

—Ya, pero tienes unas bonitas vistas —suelto de repente, entornando los ojos en un ataque

de celos tras recordar a la chica que estaba sentada a su lado en el restaurante.

Él frunce el ceño en un gesto de no entender qué quiero decir, pero a los pocos segundos se da cuenta de mis intenciones.

—Las mujeres no son mi prioridad en este momento, aunque aparente lo contrario —responde tajante.

¡Bien, Lucía! Un punto más que sumar a tus cagadas y tu verborrea sin sentido.

—Lo siento, no quería que te sintieras ofendido —le digo disculpándome.

—No te preocupes, no me ha molestado —responde—. Bueno, creo que es momento de irme. Prométeme que, si pasa cualquier cosa, me llamarás —me dice cogiéndome de las dos manos de una manera dulce y tierna. Yo asiento con la cabeza y sonrío.

—Gracias por todo una vez más —le digo—. ¿Puedo darte un abrazo?

—Claro —me dice con media sonrisa hundiéndome entre sus brazos. Qué bien huele… siento que ahora mismo estoy en el cielo—. No tienes nada que agradecerme —añade mientras aún me está abrazando.

Me suelta muy despacio dejándome de nuevo sin el calor de su cuerpo y se despide. Le digo adiós con la mejor de mis sonrisas y observo cómo desaparece por el pasillo hasta que baja por las escaleras. Me quedo como una idiota, ahí de pie, durante al menos tres minutos. Pienso en el abrazo que acaba de darme y sonrío estúpidamente.

Pero, de pronto, pongo los pies en la tierra y me doy cuenta de mi realidad, así que camino hasta la cafetería, donde los demás ya están sentados.

Después de una larga charla, miles de millones de insinuaciones por parte de todos de que Marc y yo nos gustamos, y de tener que repetir otro millón de veces que no quiero nada con él ni él conmigo, nos levantamos de allí y nos despedimos de mi tía que tiene que irse a observación.

Las chicas vuelven a sus respectivos trabajos. Mi primo hace lo mismo, mamá se vuelve a casa y Fer se ofrece para llevarnos a Maca y a mí a buscar nuestros coches, que dejamos aparcados junto al restaurante.

Durante el camino, mi prima no para de darme consejos: «Lu, ve con cuidado», «Lu, ese hombre lo ha pasado mal» y «No quiero que vuelvan a hacerte daño». Mientras ella habla, yo voy mirando el móvil y le respondo que sí a todo. De vez en cuando, Fer me mira por el espejo retrovisor y esboza una pequeña risilla sin que ella se dé cuenta. Me pongo el dedo índice sobre la sien y, muy dramáticamente, simulo que me pego un tiro con todo lo que está diciendo, lo que provoca en él una risa aún mayor. Mi prima se da cuenta de que nos estamos riendo de ella y muy indignada, me insinúa que ya me acordaré de sus palabras más adelante.

Y benditas las palabras de mi prima…

15. Señales

Marc

Tras salir del hospital, voy directo a la oficina para recoger mis cosas. En cuanto entro, Amalia se levanta de su silla como si le hubiera dado un calambre en alguna nalga, sale de su mesa y me para con un «Quieto ahí» que no habría sonado tan contundente ni en una película policíaca.

—¿Me puedes explicar quién es esa chica y por qué has desaparecido con ella y su amiga durante toda la tarde? —pregunta inquisitiva.

—¿Debería llamarte *mamá*? —le pregunto levantando una ceja.

—No, pero soy lo más parecido que tienes a una amiga y me preocupa que lleves toda la tarde sin aparecer en tu puesto de trabajo en el que, por cierto, soy la única que siempre te cubre —responde tajante cruzándose de brazos y levantando las dos cejas. Chasqueo la lengua contra el paladar y pongo los ojos en blanco.

—Está bien, ¡tranquila! —le respondo—. Te lo contaré todo.

Ahí, de pie, junto a la entrada de las oficinas, ambos nos apoyamos en la pared y comienzo a contarle lo que ha sucedido desde el día en que conocí a Pedro y, consecuentemente, a Lucía. Por momentos, creo que me falta el aire de tanto hablar, pero las interrupciones de Amalia con preguntas irrelevantes del tipo «¿Te estás enamorando?» y la salida de los chicos de las oficinas hacia la puerta me dejan tiempo para llenar de nuevo los pulmones.

—O sea que… eso es todo, ¿no? —pregunta ella con un brazo cruzado y el otro apoyado sobre el mismo. Pasa el pulgar por debajo del mentón y hace movimientos por la mejilla con el dedo índice, a modo pensador—. Es la sobrina de un amigo, a quien le debes una y pretendes prestarle tu ayuda a través de ella, ¿me equivoco?

—¡No pretendo ayudarlo a través de ella! —exclamo indignado—. Ella solo está en la cafetería, me sirve el desayuno por las mañanas y me parece una persona interesante. ¡Punto y final!

—Sabes que al único que estás intentando engañar es a ti mismo, ¿verdad? —me pregunta arqueando una ceja, con mirada penetrante y con la misma posición en sus manos y brazos.

—No intento engañarme, es la verdad —respondo tajante—. No me gusta esa chica, solo puede llegar a ser una amiga, nada más. Tú bien sabes que no puedo permitirme otra cosa.

—Sí que puedes, pero tienes miedo —me dice entornando la cara y cambiando su mirada por una de cariño y preocupación que me hace pensar que estoy hablando con mi hermana—. Sea lo que sea, no permitas que vuelvan a hacerte daño, aunque ya sabes que yo siempre te apoyaré en todo.

Sus palabras me reconfortan y le dedico una sonrisa cariñosa para luego ofrecerle un abrazo en agradecimiento. Amalia y yo llevamos años trabajando codo con codo. Cuando yo llegué a la empresa como un simple becario, ella ya estaba sentada en su mesa desde hacía algún tiempo. Fue la primera que me ayudó a integrarme y a tratarme como a uno más del equipo, algo que siempre le agradeceré. Pero ahora mismo me siento mal porque acabo de mentirle.

Sí, me gusta Lucía y, muy a mi pesar, me gusta demasiado. Me encantan sus ojos, sus piernas, los hoyitos que se le forman en las mejillas cuando sonríe y la manera en la que el

flequillo le cae sobre la cara cuando agacha la cabeza. Sin embargo, por mi bien, debo seguir autoengañándome y pensar que no puedo tener nada con ella.

Cuando acabo de hablar con Amalia, voy hasta mi despacho y recojo mis cosas para irme directo al gimnasio y descargar toda la frustración que llevo dentro.

Lucía:

No sé cómo agradecerte lo de hoy.

Mi tío tenía razón, eres un buen hombre.

Una vez acabo de entrenar, me despido del entrenador y me subo al coche, pero antes observo que tengo un mensaje de Lucía.

Al ver su mensaje, no puedo evitar que me salga una sonrisa. Recuerdo que hoy la he abrazado y la he sentido muy cerca de mí. Su pelo huele a coco, mezclado con alguna otra fruta tropical. Es tan pequeña y delicada que, cuando se hundió entre mis brazos, sentí que ese hueco estaba hecho expresamente para ella. Me embriaga todo de ella: sus ojos, su olor, su sonrisa, su mirada y esas piernas que parecen infinitas, a pesar de no medir más que cualquier chica de estatura media.

Abro su conversación para responder al mensaje, pero la cierro y decido llamarla para aclararle que no tiene nada que agradecerme, que lo hago porque me nace. Y, además, tengo unas ganas irrefrenables de volver a escuchar su voz.

—Hola —me responde una voz que se hace pequeña entre sollozos al otro lado del teléfono.

—¿Lucía? ¿Estás bien? —pregunto alarmado pensando en que le ha ocurrido algo malo a su tío—. ¿Ha pasado algo?

—¡No! Tranquilo, mi tío está bien —responde y yo respiro algo más tranquilo—. Pero me has pillado en un momento de bajón. No esperaba que me llamaras.

—¿Dónde estás? ¿Necesitas hablar? —le pregunto intentando servir de ayuda para que deje de llorar.

—Pues mi madre estaba en casa y yo necesitaba desahogarme, así que he venido al parque que está frente a la pastelería para coger algo de aire —responde entrecortada por los suspiros—. Le he dicho que salía con las chicas para distraerme…

Está en el parque que hay frente a mi casa. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? Me muero de ganas por abrazarla y consolarla hasta que se sienta bien, pero no quiero agobiarla, ni agobiarme yo tampoco… aunque, la verdad, esto último poco me importa.

—Estás enfrente de mi casa y yo salgo del gimnasio, así que en cinco minutos estoy ahí —le respondo algo asustado de mí mismo—. ¿Te apetece que me siente contigo y charlemos?

—Pues… no te quiero molestar, hoy has perdido bastante tiempo conmigo —responde avergonzada—, pero me vendría bien hablar con alguien.

—Tranquila, espérame ahí —le respondo, cuelgo el teléfono y arranco el coche.

El gimnasio queda a unos siete minutos de casa, pero debo admitir que he pisado el acelerador más de lo que debía y he llegado a mi garaje en cuatro minutos.

Cuando estoy justo en la entrada, la veo de lejos, acurrucada sobre un banco de madera, tan pequeña y tan indefensa. Es abril, así que aún está anocheciendo, y la imagen de la luz anaranjada del atardecer cayendo sobre ella es algo indescriptible.

Caminando despacio hasta el banco para que no parezca que voy acelerado. Tiene los ojos rojos y húmedos de llorar, está mirando hacia un niño pequeño que corre detrás de uno de los

patos de la charca del parque para darle de comer, lo que provoca en ella una pequeña sonrisa que supone un respiro para mí.

—Mira, intenta pillarlo, pero tiene las piernas tan cortas que el pato corre más que él —me dice con una sonrisa cuando me ve llegar.

—Cuando somos niños, creemos que nada es imposible, incluso alcanzar un pato que puede volar en cualquier momento y dejarnos como tontos corriendo tras él —le respondo y me siento a su lado.

—Es cierto. Da lástima pensar que nunca más seremos niños y que, en realidad, existen las cosas imposibles —me responde apenada sin quitar la vista de ese pequeño que corre como un loco.

—Oye, ¿qué haces aquí? Hace frío y es tarde —le pregunto preocupado.

—No lo sé… me sentía triste por lo de mi tío y necesitaba estar sola en algún lugar bonito —responde girando la cabeza hacia mi—. Cuando era pequeña, este era mi lugar favorito —añade con una pequeña sonrisa inocente.

De repente, me vienen a la mente las vistas que tengo desde la cristalera de casa. Ahí arriba se puede observar todo el parque en su esplendor y, a decir verdad, cuando me siento triste o agobiado, me asomo al cristal y todas las preocupaciones desaparecen al ver esa maravilla.

—Ven, quiero que veas algo mejor —le digo cogiéndola de la mano—. Además, aquí hace mucho frío.

—¿Hay algo mejor que esto? —me pregunta incrédula y yo asiento sonriente.

Ella me sigue sin preguntar dónde vamos, y yo me doy cuenta de que vamos cogidos de la mano y que me gusta esa sensación. Por primera vez en mucho tiempo, me siento protegido y aliviado, pero debo soltarla, básicamente porque necesito sacar las llaves y abrir el portal.

Entramos en el ascensor y ella sigue sin preguntar nada, debe de fiarse demasiado de la gente o de mí… Al llegar a la puerta del piso, la invito a pasar. Entramos al salón y abro las cortinas grises que tapan el ventanal. Nunca me gustaron esas cortinas, pero Silvia se empeñó en comprarlas en una tienda de telas tan caras… que no me pude permitir el lujo de tirarlas a la basura cuando tiré todas las cosas que me recordaban a ella. Ya no queda nada, solo esas cortinas y un pequeño cuenco de madera que compramos en nuestro viaje a Marruecos, que ni siquiera sé por qué lo he dejado ahí.

Cuando abro una de las ventanas, entra en casa el olor a hierba fresca del parque y el sonido sordo de la gente que pasea por él. La cara de Lucía se ilumina y la luz del atardecer se refleja en sus increíbles ojos azules mientras sonríe para dar paso a los pequeños hoyuelos de sus mejillas.

—Es precioso…. —me dice, admirando el paisaje—. Eres muy afortunado de vivir aquí.

—En eso estamos de acuerdo —respondo—. Si no viviera aquí, no te habría conocido. —Su cara cambia en un instante y torna la cabeza hacia otro lado para evitar mirarme a los ojos—. Discúlpame, creo que me he pasado de confianza…

—No, no es eso… —contesta dubitativa—. Es que no estoy acostumbrada a que los hombres me digan ese tipo de cosas.

—No entiendo por qué, eres una persona que vale la pena conocer.

—Quizá sea porque no dejo que nadie me llegue a conocer… —contesta con un tono de voz muy tajante.

Lucía se dirige hasta el sofá, pero se queda parada justo al lado, pidiéndome permiso para sentarse. Le hago un gesto con la mano para invitarla mientras yo me posiciono a su lado, pero sin acercarme demasiado.

—No sé si debería preguntarte por qué o me estoy metiendo en algo demasiado personal… —respondo confundido.

—Tranquilo, ya lo he superado —responde haciendo un movimiento con la mano para quitarle importancia—. Hace varios años, alguien me conoció, y mucho… Primero fue mi mejor amigo y luego se convirtió en un amante increíble. Tras varios intentos fallidos de volver a ser mejores amigos, nos enamoramos y lo formalizamos todo. Duró cuatro años y fue maravilloso, pero me hizo muchísimo daño…

Se queda callada y agacha la cabeza. Yo permanezco en silencio durante un rato, sin saber exactamente qué decir. Ella también está rota, igual que yo. A ella también le hicieron daño y, por más que crea que lo ha superado, aún lleva esa espina clavada en su interior. Entiendo que a mí me hicieran daño, pero no comprendo que alguien hiciera pasarlo mal a una chica como ella. Con un fondo tan puro e inocente. Tan preciosa…

—No puedo decirte que me alegra lo que me cuentas, pero sí que me alegra saber que confías en mí como para contármelo.

—Con el tiempo, he aprendido que no debo avergonzarme porque alguien a quien quería muchísimo me engañara —me dice, muy segura de sí misma—. En la vida todo pasa por algo. Y está claro que quien te engaña es porque no está hecho para seguir en tu vida y, en ese caso, quizá te haya hecho un favor al engañarte —añade como si intentara darme algún consejo. Me pregunto si su tío le ha contado mi historia con Silvia, aunque lo dudo mucho—. Cuando nos pasa algo malo es porque algo mejor nos va a llegar, lo mismo ocurre con las personas. Si alguien sale de nuestra vida es para dejar paso a la persona correcta.

Sus palabras me dejan pensativo. No sé muy bien si intenta lanzarme una indirecta o me está hablando con sinceridad, pero el caso es que hay algo de cordura en su discurso. Tal vez Silvia no era la persona de mi vida y me haya hecho un favor alejándose de mí… Quién sabe, pero jamás me lo había planteado de esa manera. Ha pasado tanto tiempo, tantas cosas… Pero ahora que Lucía está aquí y parece que las cosas tienen un sentido diferente…

—Tal vez tienes razón, pero eso no quita que cualquier chico quiera conocerte —le digo volviendo al tema anterior—. Eres preciosa y muy madura para tu edad.

—Que aún siga en la veintena no quiere decir que tenga que pensar solo en fiestas y en emborracharme —responde frunciendo el ceño—. ¿Es que a los treinta uno se vuelve aburrido?

Suelto una pequeña carcajada ante su indignación.

—Podría decirte que no, que todo sigue igual, pero cuando cumples los treinta, todo el mundo te presiona para que te vuelvas serio, tengas hijos y todas esas cosas… —respondo aburrido.

—¿También para que te cases? —pregunta de forma tajante.

—También. —Empiezo a sospechar que sabe algo.

—Bueno, pero tú no has hecho todas esas cosas, así que no cumples con los cánones de treintañero normal… ¿o sí?

Su pregunta me deja dudando, no sé qué responder. ¿Le confieso que estuve casado y que mi mujer me dejó por mi mejor amigo?

—¿Qué te hace pensar que tengo más de treinta años? ¡Ni siquiera tengo canas! —respondo para evitar el tema.

—En tu página web sale tu fecha de nacimiento… —Arquea una ceja.

—Cierto, no contaba con ese golpe.

—Bueno, veo que te agobia hablar sobre la crisis de los treinta —contesta riéndose—, pero ya me llegará, supongo… —me dice entornando los ojos—. Oye, ¿vives solo? —pregunta

mirando alrededor de todo el piso.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, todo está tan bien decorado, como si lo hubiera decorado, ya sabes… una mujer —me dice moviendo una mano mientras introduce la otra entre sus muslos y vuelve a mirar alrededor—. ¿O eres uno de esos *gays* con muy buen gusto? ¡No pretendo ofender! Pero es real que hay chicos *gays* que tienen un gusto exquisito, ¿eh?

Tras escuchar sus palabras, no puedo evitar reírme a carcajadas. No sé si pretende ser inocente o realmente lo es, pero consigue hacerme reír.

—No soy *gay*, pero sí, el piso lo decoró una mujer. No tengo tan buen gusto —respondo cuando me repongo de la risa.

—Entiendo… es una chica de la que no quieres hablar —me dice—. Está bien —añade con una sonrisa cómplice.

—Es un tema pasado que no me apetece revolver…

Quizá debería ser sincero con ella, al fin y al cabo, ha abierto sus sentimientos conmigo. Pero creo que aún no estoy preparado para hablar del tema, prácticamente acabo de conocerla, aunque en mi cabeza tenga la sensación de que hace años que la conozco…

Para tratar de quitarle tensión al asunto, la invito a que se quede a cenar, aunque no tengo gran cosa…

—Me encantaría cenar contigo y seguir charlando, pero estoy muy cansada y quisiera descansar —responde apenada—. Mañana debo abrir de nuevo la pastelería.

—Está bien, lo entiendo —respondo—, pero te recuerdo que me has invitado a cenar...

—¡Por supuesto! —Sonríe—. ¿Mañana te parece bien?

—Me parece perfecto.

No se me ocurre un plan mejor en el mundo que cenar con Lucía.

—Tendrás que verme dos veces en un mismo día, ¿estarás preparado para eso? —me pregunta en tono de sorna.

—Te recuerdo que hoy hemos pasado prácticamente todo el día juntos…

—Es cierto —responde con media sonrisa—, pero me siento muy a gusto contigo.

—Lo mismo digo —respondo en un tono de romántico empedernido.

¡Marc, para! Se te está yendo de las manos…

—Me alegra saberlo —contesta con una sonrisa que muestra sus pequeños hoyuelos—. Me voy a casa —añade mientras se levanta del sofá y se dirige hacia la puerta—. Por cierto, tu casa es muy bonita.

—Ni siquiera has visto el resto, solo el salón —respondo confundido.

—Si quieres, puedo volver otro día —responde—. ¿Te doy dos besos, un abrazo o me voy sin más?

—Creo que un abrazo estaría bien.

Ella asiente y se acerca a mí con una sonrisa para hundirse en mi pecho. De nuevo vuelvo a oler su pelo. Que, más que oler, sabe a coco y frutas tropicales. Es embriagador. Tanto como sostenerla entre mis brazos y saber que he logrado que dejara de llorar, a pesar de que no hayamos hablado en ningún momento del tema que la preocupaba: su tío.

Al soltarme, se queda muy cerca de mi cara, mirándome a los ojos, con esas dos pupilas rodeadas de un océano profundo en el que me hundiría sin pensarlo. Admiro su cara, el color de su piel.

Sus labios no son demasiado gruesos ni demasiado finos, tienen el tamaño perfecto para dar

besos perfectos, pero… no puedo. Aunque me muero de ganas, no puedo besarla.

No quiero *hacernos* daño.

Me aparto un poco de ella y abro la puerta para dejarla ir. Se despide con una sonrisa impecable y camina por el pasillo hasta el ascensor, mientras veo sus piernas infinitas tapadas por la tela de un pantalón que me gustaría quitarle. Permanezco embobado observándola hasta que las puertas del ascensor se cierran con su sonrisa y, tras ellas, desaparecen los profundos e inquietantes ojos de Lucía…

16. El primer amor

Lucía

Estoy sentada en el coche con una estúpida sonrisa en la cara desde que he salido de su casa. En mi Spotify suena *Lucky* de Jason Mraz y siento que me he quitado un peso de encima. Necesitaba distraerme, estar fuera de casa y hablar con alguien. Me acordé de él mientras estaba sentada en el parque y miraba hacia la pastelería; el sitio donde lo conocí. Fue tan amable conmigo que le envié un mensaje de agradecimiento, pero jamás imaginé que fuera a llamarme, y mucho menos que apareciera para llevarme a su casa.

Me ha llevado a su casa, el hogar que compartió con su exmujer. Aún no doy crédito, pero así es. No lo notaba incómodo, al contrario, parecía estar bien conmigo allí. Sin embargo, no ha querido hablar de ella, por más que he intentado sacarle el tema. No es que yo quiera inmiscuirme en su intimidad, pero quería que se abriera conmigo, porque yo lo había hecho con él, aunque no en todos los sentidos que me habría gustado…

Me atreví a contarle la historia de uno de los peores momentos de mi vida. Tenía veinte años y estaba acabando el segundo curso de Derecho. Justo al empezar el verano, Aitor y yo nos conocimos una noche de fiesta en una discoteca del centro. No me gustaba tontear con extraños, hasta el momento solo tuve rollos esporádicos con chicos que conocía desde hacía años, pero él era diferente… Era un amigo del que, a su vez, era el mejor amigo de Simona, y esa noche yo salí con las chicas para celebrar que habíamos acabado los exámenes. No soy de bailar, así que mientras ellas lo daban todo en la discoteca, me quedé sentada en una de las butacas junto a la barra.

Él se dio cuenta y se acercó a mí, bromeando con que ambos éramos unos aburridos, pero nos reímos muchísimo esa noche y nos lo pasamos genial. Nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común. Antes de irnos, intercambiamos los números de teléfono y quedamos para ir al cine a ver una película que estrenaban esa misma semana.

Durante dos meses fuimos los mejores amigos del mundo. Nos contábamos nuestros problemas, nuestros líos con otros chicos y chicas y nos consolábamos el uno al otro con nuestros miedos e inseguridades. Todo cambió, de repente, un día que estábamos solos en su casa y… nos besamos. Del beso pasamos a las manos en lugares indebidos para dos amigos y, de ahí al sexo, solo hubo un pequeño paso. No sabíamos qué hacer, no queríamos perder la amistad que teníamos. Los dos estábamos bien de esa manera, así que lo dejamos en «amigos con derecho a roche» y, mientras tanto, podíamos salir con otras personas.

Pero la cosa no funcionó, ya que acabaron por aflorar los celos y los sentimientos que nos negábamos a aceptar por el miedo a perder una bonita amistad. Al final, no nos quedó más remedio que hacerlo, lo que supuso el inicio de una —aún más bonita— relación de pareja.

Éramos amigos, confidentes, amantes, pareja y lo pasábamos increíble cuando estábamos juntos. Por no hablar del sexo, que era brutal. Sin embargo, de la noche a la mañana, y sin darnos cuenta, llegó la temida *rutina* y se hizo un enorme hueco entre nosotros dos. Cada vez nos alejábamos más el uno del otro. A pesar de que pasábamos mucho tiempo juntos, daba la impresión de que nos separábamos más y más.

Cada uno empezó a hacer su vida por su lado, él salía con sus amigos y yo con los míos, sin presiones ni reproches por miedo a discutir, pero aun así seguíamos pasándolo bien juntos.

De buenas a primeras, comenzó a comportarse diferente. Ya no se divertía conmigo, no me besaba ni me tocaba, y fue cuando noté que algo no iba bien. Me confesó que se había acostado con una de sus amigas y que sentía que la relación entre nosotros ya no era igual.

Me destrozó, me hizo pedacitos tan pequeñitos que todavía no he terminado de recomponerme. Tardé dos años en perdonarlo y sentir que ya lo había olvidado.

En la actualidad, nos tratamos de una manera cordial, aunque hace muchísimo tiempo que no nos vemos. No obstante, el miedo a que me hagan daño no he logrado dejarlo de lado. Lo pasé tan mal durante tanto tiempo que lo último que quiero es pasar por lo mismo.

Es por eso que no quiero empezar a sentir nada por Marc, y menos aun cuando a él también le hicieron daño. No quiero hacerle ilusiones y salir corriendo, obcecada por mis miedos, para dejarle con el corazón hecho una mierda otra vez. Es una buena persona, y no se merece eso…

∞∞∞

Cuando llego a casa, mi madre está dormida como un tronco en el sofá. Le paso una manta por encima y apago la televisión para irme a mi cuarto. Le mando un mensaje a mi tía para cerciorarme de que el tío Pedro sigue estable. «Todo *OK*», es la respuesta que recibo y me provoca una pequeña sonrisa. Vuelvo a dejar el móvil sobre la mesita de noche y me doy una ducha rápida. Al volver del baño, veo que tengo un mensaje.

Marc:
Espero que te encuentres mejor.
Todo va a salir bien, confía en mí.
Buenas noches, señora letrada.

Lucía:
Gracias por el rato, has conseguido que me despeje y me encuentre mucho mejor. Por cierto, recuerde que tiene ustred mañana una cena para dos amigos, señor director. Buenas noches.

Esbozo otra pequeña sonrisa estúpida y me pongo el pijama mientras tarareo *Lucky*, algo que no he dejado de hacer desde que bajé del coche. ¿Qué te pasa, Lucía? ¿Tienes dieciséis años o qué? Me subo a trompicones el pantalón del pijama y me siento en la cama para responderle:

De nuevo, la sonrisa de quinceañera se dibuja en mi cara tras recordar el ratito que he pasado en su casa, donde me gustaría volver, pero solo porque me han encantado las vistas, ojo. Trato de despejarme leyendo un rato mis apuntes, hoy no he tenido ni tiempo para estudiar, pero parece que esta noche tampoco será el momento. En menos de lo que me doy cuenta, me quedo dormida con el libro de apuntes sobre el pecho…

17. Solo somos amigos

Lucía

A la mañana siguiente me levanto sobresaltada. He tenido una pesadilla en la que mi tío me decía que tenía que irse, pero no decía dónde. Estoy temblando y sudando cuando abro los ojos, el corazón me va a doscientos por hora. Trato de tranquilizarme, pero necesito saber que está bien. Cojo mi teléfono móvil para comprobar que todo sigue igual, pero mi tía se ha adelantado y me ha escrito hace dos minutos: «Tu tío vuelve a la planta. Todo está perfecto, cielo. Besos».

Al leer su mensaje, vuelvo a tumbarme relajada en la cama y, a causa de la tensión, me salen unas breves lágrimas que pronto se disipan cuando escucho a mi madre acercarse para despertarme. Me seco rápido la cara, me levanto y salgo de mi cuarto hacia el baño antes de que a ella le dé tiempo a entrar en la habitación. Le doy un beso de buenos días y entro en la ducha. Me visto, desayuno y salgo pitando para la pastelería.

Mientras estoy parada en un semáforo, escuchando a Morat, *¿A dónde vamos?*, Marc se cuela en mi mente y recuerdo que esta noche cenamos juntos. Unas pequeñas cosquillitas me suben desde lo profundo de mi estómago, pero… ¡Para ya, Lucía! Solo amigos, ¿recuerdas? Inmersa en mis pensamientos, escucho de fondo cómo un coche me pita para que arranque porque el semáforo se ha puesto en verde.

A las nueve en punto, tengo todo preparado para abrir y, justo cuando me agacho para subir la verja, una mano masculina se cuela por debajo para ayudarme. Levanto la mirada a medida que la verja sube por inercia y observo la sonrisa de Marc justo al otro lado.

—Buenos días.

—¡Buenos días! —respondo con una sonrisa—. ¿Hoy has madrugado?

Él ríe y con eso ya tengo suficiente para el resto del día.

—Sí, tengo una reunión a las nueve y media —responde.

—¡¿Qué?! Pero ¡si son las nueve en punto! —exclamo apurada—. ¿Te sirvo el desayuno? Lo de siempre, ¿verdad? —le pregunto mientras me dirijo a toda prisa hacia la parte trasera del mostrador.

—Sí, pero ¡tranquila! —exclama entre risas—. Puedo permitirme llegar tarde, son las ventajas de ser el jefe.

—Precisamente el jefe es el primero que debería llegar a su puesto de trabajo —replico.

—¿Me defenderás cuando me echen a la calle con un despido improcedente por llegar tarde? —me pregunta desafiante en un intento de burlarse de mí.

—Dudo mucho que tu sueldo llegue para pagar mis honorarios —le contesto con sorna guiñándole un ojo. Sé que quedaría muy brusco si le dijera que puede pagarme en orgasmos…

—Oye, ¿por qué no te dedicas a la abogacía? —me pregunta curioso.

—Pues porq…

—¡Buenos días! —exclaman las tres señoras mayores al unísono mientras entran por la puerta.

—Perdón si interrumpimos. Ponnos lo de siempre, hija —me dice la señora de pelo canoso

mientras las otras dos no pueden evitar la risa.

Creen que Marc y yo estamos ligando o algo por el estilo, supongo.

—¡Enseguida! —les digo desde el mostrador—. Mejor te lo cuento luego, ahora tengo que trabajar y tú tienes una reunión. Espero que no hayas olvidado lo de esta noche o me veré obligada a despedir a tu secretaria —le susurro en tono de broma para recordarle nuestra cena.

—Jamás olvidaría una cita tan importante —responde en el mismo tono con una sonrisa—, pero no creo que puedas despedir a Amalia; más que mi secretaria, es casi mi jefa.

¿Amalia? ¿Quién coño es Amalia? Sí, su secretaría, pero no entiendo a qué viene que se tome tantas confianzas al hablar de ella. Pero ¿qué me pasa? ¿Estoy celosa? Joder, Lucía, ¡no seas niñata! Ni siquiera la conoces.

—Aquí tienes tu desayuno, espero que te guste —le digo poniéndole la bandeja sobre el mostrador—. Hoy invita la casa.

Se queda pensativo mirándome a los ojos y, de pronto, suelta una sonrisa traviesa.

—Está bien, yo pagaré la cena —responde.

—¡No! ¡No quería decir eso! —exclamo en voz baja llevándome las manos a la cabeza y él se ríe.

—Tengo que desayunar o llegaré tarde —me dice sonriendo mientras se aleja hasta su mesa.

Desde el mostrador, mientras sirvo los cafés de las señoras, le hago una mueca y pongo los ojos en blanco, pero él vuelve a reírse de nuevo. Cuando termina su desayuno, yo aún no he acabado de hornear los bollitos de las señoras, pero él se levanta y se despide con un sutil «Qué tengan un buen día, señoras». Las señoras le dan exactamente igual, lleva días —años, diría— desayunando junto a ellas y lo máximo que les ha dicho es «Buenos días» por educación. Creo que hoy se ha mostrado tan amable para llamar mi atención.

—Es muy guapo ese chico, ¿no? —me pregunta una de ellas mientras les sirvo los cafés, intentando meterse donde no la llaman.

—Sí, lo es. Si alguna quiere su número, puedo pedírselo —contesto para girar el tema hacia la broma.

—Mejor pídeselo para ti. Nosotras ya no estamos en edad, cariño —dice la señora de pelo castaño mientras las tres se ríen a la vez.

—¡Uy, no! Yo no quiero saber nada de hombres —les respondo.

—Me parece muy bien, cielo. Las chicas de hoy tenéis la suerte de decidir por vosotras mismas —me dice una de ellas dando vueltas a su café.

—Los tiempos han cambiado, por suerte —respondo y vuelvo hasta el mostrador antes de que sigan haciendo preguntas incómodas.

∞∞∞

La mañana pasa muy rápido. Entre la música de mi lista de Spotify y el entrar y salir de clientes, llega el mediodía casi sin darme cuenta. A la hora de comer, voy hasta el hospital para ver a mi tío y, cuando llego allí, lo veo tumbado sobre la cama de la habitación. Respiro tranquila tras percatarme de que está bien.

Tienen que operarlo para ponerle una especie de aparatito en el corazón. No entiendo muy bien qué es ni para qué sirve, pero tampoco quiero entenderlo; solo quiero que vuelva a casa con nosotros. Lo abrazo muy fuerte y, justo en ese momento, suena mi teléfono móvil en el bolsillo

de la rebeca. Es Marc. ¿Qué querrá?

Me alejo un poco de mis tíos y mis primos para hablar con él.

—Hola —respondo algo asustada—, ¿qué pasa?

—¿Tiene que pasar algo para que quiera llamarte? —me pregunta—. Buenas tardes, por cierto.

—No, no tiene por qué, pero me extraña que me llames…

—Escuchar tu voz resulta tranquilizador —me dice y noto cómo sonríe al otro lado del teléfono. Creo que me voy a derretir…

—Quieres pedirme algo, ¿verdad? —le pregunto desconfiada.

—Pues sí, no te voy a engañar —me dice con una carcajada—. Supuse que estarías con tu tío y quería saludarlo, pero no te voy a negar que me gusta hablar contigo —añade y yo sonrío tímidamente para que nadie me vea. Definitivamente noto cómo mi corazoncito se derrite dentro de mi pecho.

—Está bien, te pasaré con él —le digo—, pero la cena la pago yo.

—Eso ya lo veremos —me desafía.

Le doy el teléfono a mi tío, quien pone una cara extraña por no saber qué pasa. Cuando se da cuenta de quién es, su cara cambia y se le ilumina. Mi tía me pregunta con gestos quién es y trato de vocalizar el nombre de Marc sin ponerle voz a lo que digo.

—¿Y por qué te llama a ti? —pregunta mi primo extrañado.

—Pareces nuevo, chico… —responde Maca poniendo los ojos en blanco.

—¿Te lo estás tirando? —me pregunta Gabri en voz baja.

—¡Gabriel! —le reprende mi tía, también en voz baja, mientras mi tío Pedro habla por teléfono.

Cuando acaba, me lo devuelve para que me despida de Marc.

—¿Lucía? —escucho al otro lado.

—Sí, dime —respondo seria, ya que estoy delante de mi familia.

—Nos vemos esta noche —me dice.

Al escuchar esa frase, las cosquillitas vuelven a subir desde el fondo de mi estómago y trato de evitar la sonrisa que quiere ponerse en mi cara. Pero, aunque no sonría, mi prima ya se ha dado cuenta de lo que hay.

—Claro, hasta luego —me despido y cuelgo el teléfono.

—Madre mía… —suelta mi prima resoplando.

—¿Qué pasa? —pregunta mi tío extrañado.

—¿No la ves? ¡Está loquita por él! —responde ella.

—¡Anda ya! No digas tonterías… —le reprendo intentando que pille mi indirecta de «Luego hablamos».

Mi prima y yo siempre nos hemos compenetrado muy bien y a veces, solo con mirarnos, sabemos lo que quiere decir la otra. Parece que pilla mi señal, porque no vuelve a decir nada más.

—¡Chorradas! El chaval solo quería saber cómo estoy —responde mi tío y seguimos con la conversación, a pesar de los intentos de mi primo en hacer alguna que otra broma con el tema de si Marc me gusta o no.

∞∞∞

Después de comer, me quedo medio dormida sentada en una silla y con la cabeza sobre el borde de la cama de mi tío, pero la siesta apenas dura quince minutos. Mi prima me despierta dándome unos pequeños toquecitos en el hombro. Abro los ojos y la veo de pie junto a mí. Miro a mis tíos y los dos están dormidos, Gabri ya se ha ido a trabajar, y vuelvo a mirar a Maca, quien me hace una señal con la mano para que la siga fuera de la habitación.

—Lu, dime qué pasa —me pide, pero no entiendo muy bien qué es lo que quiere que le diga. Creo que aún no me he despertado del todo.

—¿Qué pasa con qué? —pregunto confusa.

—¿Qué hay entre ese chico y tú?

—No hay nada, Maca, solo somos amigos —respondo resoplando.

—Mientes —contesta tajante—. Te conozco desde que saliste de este mismo hospital después de nacer, así que ya me puedes decir qué es lo que te pasa con él.

—¡No lo sé, Maca! ¡No lo sé! —exclamo exasperada. No puedo ocultarlo más—. Puede que me esté empezando a gustar un poco…

—¿De verdad? —pregunta preocupada.

—Sí —respondo tajante—, pero no te preocupes, sé perfectamente hasta dónde tengo que llegar, tranquila —añado agarrándole el brazo cariñosamente para tranquilizarla. Aunque, en realidad, debería ser al contrario.

—No quiero que te vuelvan a hacer daño —me dice—. Te quiero mucho y no soporto verte mal —añade afligida—. Y créeme, sé cuándo te gusta un chico más de lo normal…

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto con una risita cómplice.

—Pues porque te cambia la cara, estás más… No sé —contesta dubitativa—, más alegre… como si fueras más feliz.

Las palabras de mi prima me dejan pensando. ¿De verdad me ven así desde fuera? En ese caso, tengo un serio problema…

—Bueno, quédate tranquila —le digo—, sé lo que tengo que hacer.

—Eso espero —me dice con una sonrisa y nos fundimos en un abrazo eterno.

¿Estoy segura de que sé lo que tengo que hacer? Está claro que no. Todo lo que provoca Marc dentro de mí me tiene desconcertada, por no hablar de lo que siento cuando me toca… eso es algo de otro mundo.

18. Cena para dos

Lucía

A las ocho en punto, cierro la verja de la cafetería. Marc me ha enviado un mensaje para pedirme mi dirección. Quiere pasar a recogerme y ha reservado una mesa a las diez en un restaurante italiano que me costará más de lo que podría permitirme. No obstante, un día es un día.

Aún no sé qué ponerme. Le he dicho a mi madre que saldré a cenar con Simona y Paula. Si le digo que salgo con un chico —no es una cita— después de tantos meses, el interrogatorio puede ser importante.

Al salir de la ducha, me siento delante del armario con una toalla enrollada en la cabeza y otra alrededor del cuerpo. Abro el cajón de mi ropa interior y, bueno… para salir con los amigos también se puede usar la ropa interior de las ocasiones especiales, ¿no? No creo que Marc la llegue a ver, pero ¿qué más da? Me pondré el conjunto negro de Victoria's Secret que Maca me regaló cuando viajó a Londres.

Voy a elegir un vestido de satén verde botella con medias color carne y unos Stilleto negros, a juego con mi abrigo y el bolso. Llevaba guardando ese vestido para una ocasión especial desde hace seis meses, pero en vista de que mi vida social no es amena, voy a usarlo hoy. Acabo de maquillarme, me pongo perfume y remuevo mi pelo después de secarlo.

—Vaya, qué guapa, cariño —me dice mi madre desde la cocina con un pedazo de pan en la boca y sin interés de dejar de masticarlo—. Aún no habías estrenado ese vestido, ¿verdad?

—No, pero lo he visto y pensé que, si no me lo pongo ahora, no me lo pondré nunca más —le contesto acabando de retocarme el brillo de labios en el espejo de la entrada.

—¿Seguro que sales con las chicas? ¿No habrás quedado con un chico y no me lo quieres contar? —me pregunta confundida.

—¡¿Qué dices?! Claro que salgo con ellas, mamá —respondo mientras me coloco bien el zapato izquierdo—. Simona se ha empeñado en que vayamos a tomar una copa a un sitio de esos a los que van los *influencers* y los famosos. Como comprenderás, no quería ir hecha un trapo, ya sabes…

—¡Ah, bueno, sí! En esos sitios se creen que tienen el derecho de decirte cómo debes ir vestido —responde haciendo una regañina que me hace reír.

—Bueno, *mami*, me voy. Paula está abajo esperándome, ¿vale? —Le doy un beso en la mejilla. El beso de Judas, el de una auténtica mentirosa—. No me esperes despierta, no sé a qué hora vuelvo.

—¡No llegues tarde! —me grita desde la cocina.

—¡Mamá!, recuerda que tengo veintisiete años. ¡Te quiero! —le contesto al mismo tiempo que cierro la puerta.

∞∞∞

Subo al ascensor y doy un repaso general a mi aspecto en el espejo. Estoy realmente *sexy*, hacía meses que no me veía tan potente. ¿Qué coño?! ¡Estoy buenísima!

El ascensor para y la puerta se abre, se enciende la luz del portal y veo desde dentro cómo Marc me está esperando en el interior del coche. Solo espero que, desde ahí, le dé tiempo de apreciar mi vestidazo y vea lo que se está perdiendo porque solo somos amigos… Venga, Lucía, para ya, suficiente dosis de endiosamiento por esta noche.

—Hola —le digo al subirme.

—Estás… estás guapísima. —Traga saliva y me responde mirándome de arriba abajo—. Hola, por cierto —añade con una pequeña sonrisa y arranca.

¡Joder! Qué bien huele y qué guapo está. Lleva un pantalón chino negro, una camisa celeste Ralph Lauren que marca todos y cada uno de los músculos de su torso y brazos. En el respaldo de su asiento, descansa un abrigo azul marino, pero dios… qué bien huele. Al verlo, se han activado todas las hormonas de mi cuerpo y la poca ropa interior que llevo pide auxilio para salir. Digo *poca* porque con este vestido no me he puesto el sujetador.

—Gracias, tú también estás muy elegante —respondo sin que se note que estoy colorada y que le quitaría toda la ropa que lleva puesta. «Amigos, Lucía, ¡amigos! Vaya calentón más tonto…»—. Por cierto, tu coche es muy bonito.

—¿De verdad? Pues estoy pensando en venderlo… —contesta pensativo apretando los nudillos en el volante.

—Vaya, pertenecía a esa chica misteriosa de la que no quieres hablar, ¿no? —pregunto para de sonsacarle información.

—No, el coche siempre fue mío, pero… no guarda muy buenos recuerdos —responde en tono serio sin apartar la mirada de la carretera.

Me doy cuenta de que se siente un poco incómodo cuando nombro a esa chica, así que trato de cambiar de tema.

—Bueno, ¿y qué tal el día? —pregunto.

—¿No crees que esa es la típica pregunta que se hacen las parejas cada noche al verse después del trabajo? —me contesta con una pequeña sonrisa seductora.

—Vaya, tienes razón… No ha sido la más acertada —respondo incómoda, pero su risa se me contagia—. Pues no sé… ¿qué tal va tu equipo en la liga nacional, *colega*? —De repente, empieza a reírse como si le hubiera contado un chiste buenísimo—. ¿De qué te ríes?

—¿Esa es tu percepción de la amistad con un hombre? ¿Hablar de fútbol?

—Bueno, no sé, mi mejor amigo es mi primo Gabri y solo sabe hablar de fútbol y de tías. Así que, como puedes ver, he elegido el tema menos incómodo —respondo encogiéndome de brazos.

—Siento decepcionarte, pero no suelo ver el fútbol, *colega* —me contesta en tono de burla—. No es que no me guste, pero el trabajo no me deja mucho tiempo. Como mucho, lo veo algún fin de semana en casa con mi padre.

—Vale, así que no podemos hablar de chicas ni de fútbol… Se me acaban las ideas —le contesto poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué tal si me cuentas por qué no estás en un despacho de abogados y prefieres llevar el delantal de pastelera? Que, a propósito, te queda muy bien —añade intentando ser cordial.

—Porque, en realidad, no quiero ser abogada. No me importaría serlo si la cosa no va bien, pero estoy preparándome las oposiciones de justicia. Quiero ser jueza —respondo con duda, ya que no sé si pasaré el examen.

—Vaya, ¡qué pasada! No me lo habría imaginado —responde asombrado—. ¿Cuándo es el

examen?

—Como te dije el otro día, no impongo mucho. Quizás por eso la gente no se imagina que quiera ser jueza —le digo vergonzosa—. El examen es dentro de un mes y medio.

—A mí me impones bastante, es decir… me impones respeto —añade nervioso y algo sonrojado—. Debes de estar deseando que llegue.

—Pues sí, pero con todo esto de mi tío, la cosa se ha complicado un poco para estudiar y…

—Tranquila, ya te dije que todo saldrá bien —me dice poniendo una mano sobre mi muslo para tranquilizarme y hace que me suba un calor por todo el cuerpo.

¡Por dios! ¿Qué tiene este hombre que me pone tanto? Ah, sí… ¡que parece un puñetero dios! Solo que este Dios no quiere saber nada de mujeres. Se da cuenta de que me he sonrojado al ponerme la mano en la pierna y la retira avergonzado.

—Ya hemos llegado —anuncia.

El sitio tiene hasta aparcamiento privado, no me extraña que sea tan caro. Nos bajamos del coche y lo rodeo hacia el otro lado para caminar hasta el restaurante, pero antes me detengo para observar el cuerpo de Marc mientras se coloca el abrigo. Si ya me parecían *sexys* los abrigos en los hombres que visten bien, ahora me parecen lo máximo.

De camino al restaurante, veo un coche que es igual que el de Gabri, incluso diría que es el suyo. No obstante, soy malísima para las matrículas…

Al llegar a la puerta, nos preguntan si teníamos reserva y el camarero nos acompaña hasta la mesa que nos han preparado. El restaurante es precioso, parece que estemos en el mismísimo barrio de Trastévere con sus lucecitas con encanto. La mesa está junto a una cristalera con lámparas y vegetación y…

—¡Joder, Gabriel! —exclamo al ver la cabeza de mi primo al fondo.

—¿Qué pasa? —me pregunta Marc cuando estamos sentados—. ¿Gabriel?

—Sí, el capullo de mi primo. Míralo, ¡está al fondo!

Marc gira la cabeza y lo ve, pero al instante se vuelve hacia mí.

—¿Ahora eres su madre? ¿Lo vigilas cuando sale con chicas? —me pregunta riéndose.

—La chica es una de mis mejores amigas, a quien se folló hace meses y la dejó tirada... ¡Voy a cantarles las cuarenta! ¡A los dos! —respondo cabreadísima.

—¡Tranquila, pequeña fiera! ¿No crees que son dos personas adultas para hacer lo que les dé la gana? —me dice Marc arqueando una ceja. La verdad es que tiene razón, no sé qué contestar ante un argumento tan contundente.

—Quizás tienes razón, pero a ver quién la aguanta cuando la vuelva a meter en su cama y la mande a tomar por saco… —respondo refunfuñona.

—Bueno, tal vez solo sea una cena de amigos como la nuestra… —contesta dubitativo.

—Sí, claro… —Empiezo a reírme y a él se le contagia la risa, pero enseguida llega el camarero para tomarnos nota.

Tomamos una botella de Moscato blanco y, para comer, yo me pido un plato de *gnocchi* al pesto y él un plato de ravioli con boletus. Antes de empezar a cenar, le envío a mi primo un mensaje:

Lucía:
Eres un capullo.

Gabriel:

Y tú una mentirosa, pero ya hablaremos en casa.
Paula aún no te ha visto.

Le respondo con una cara de enfado y guardo el móvil. Mientras cenamos, Marc se interesa por saber la historia de cómo he llegado a querer ser jueza, así que le cuento que, cuando era pequeña y murió mi padre, quería ser médico para salvar a la gente de lo que le pasó a él. No obstante, cuando vi que debía pasar demasiado tiempo viendo cosas muy asquerosas, cambié de idea. Empecé a interesarme por Derecho cuando estábamos en el instituto. Teníamos una asignatura que trataba sobre las desigualdades sociales y, aunque no guarda mucha relación ni tiene mucho sentido —como todas las decisiones que tomo en la vida—, elegí Derecho para ayudar a solventar esas desigualdades. Una vez entré en la carrera, vi la oportunidad de opositar a jueza. Una cosa llevó a la otra y aquí estoy.

Su historia es mucho más interesante que la mía; mientras estudiaba Publicidad y *Marketing* en la universidad, hacía aportaciones para algunas revistas de la facultad. Hizo las prácticas en un periódico nacional y, más tarde, en varias revistas de política hasta que acabó como becario en la empresa que ahora dirige. Eso sí que es currárselo, lo mío es un amago.

—¿Y cómo es eso de ser *instagrammer*? —le pregunto mientras me llevo una cucharada de coulant a la boca.

—¿*Instagrammer*? —Suelta una carcajada enorme—. ¡Yo no soy *instagrammer*! Me siguen muchos políticos y gente de la alta sociedad, pero solo por los periódicos y revistas con los que colaboro. También me sigue la gente que le gustan mis textos «que no hablan de política» como tú… aunque creo que aún no me sigues en ninguna red social —añade levantando una ceja.

—Solo trato de hacerme la interesante. Si ves mis fotos en bikini, ya lo habrás visto todo, ¿no? —pregunto lamiendo la cuchara en un intento de parecer *sexy*.

—Entonces, ya lo he visto todo —responde tajante y la cuchara se me cae sobre la mesa. Él se ríe y me pasa la servilleta.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto confundida.

—Por si no te has dado cuenta, tienes una foto en bikini en tu perfil.

¡Bravo, Lucía! Décimo novena vez pareciendo idiota…

—Ah, sí, es verdad —contesto ruborizada—. Es de cuando estuve en Cancún con mis amigas al acabar la carrera.

—¿Te gusta viajar?

—¡Me encanta! —contesto ilusionada—, pero el único viaje interesante que he hecho fue ese. Nunca he tenido, ya sabes… recursos suficientes para permitirme viajar mucho —contesto avergonzada—. Solo soy una pastelera que estudia.

—Ser pastelera se te da genial —contesta con una sonrisa pícara y una mirada que hace que me muerda el labio—. Entonces, ¿aún no conoces Londres, París, Roma, etc.?

—¿Cuentan las visitas por Google Maps? —le pregunto esbozando una risa y se ríe conmigo.

—Si quieres, algún día, podríamos hacer un viaje de *amigos* a Londres —me responde haciendo hincapié en la palabra «amigos» y yo abro tanto los ojos que, al darme cuenta, parpadeo muy rápido para que no se note—. Mi familia paterna es de allí. Bueno, no es Londres, sino un pueblito muy pequeño que está a una hora; Wendover, pero conozco Londres muy bien —añade y yo sigo sin salir de mi asombro.

—¡Claro! ¡De ahí viene tu apellido! —Misterio resuelto por mi parte—. No me sonaba que fuera español, la verdad…

—Vaya, veo que sabes atar cabos… —contesta intentando reírse de mí y yo le lanzo la servilleta, pero la esquiva rápido antes de que le caiga sobre el regazo.

Pedimos la cuenta, pero cuando voy a pagar, el camarero me dice que la cena está pagada con anterioridad por parte del caballero, lo que me cabrea enormemente. Cuando el camarero se va, le suelto una verborrea enorme sobre lo que opino acerca de que un hombre siempre pague todo, pero mis palabras caen en balde porque él no hace más que reír y me da la razón irónicamente hasta que llegamos al coche.

Estaba tan enfrascada en mi discurso que, al salir, no me percaté de que Paula y mi primo ya se habían ido. Al llegar al aparcamiento, su coche ya no está.

Me subo al Audi de Marc y aún seguimos charlando sobre nuestros pensamientos —afines, pero opuestos— acerca del tema y al final, acepta que le pague el desayuno durante toda la semana. Al llegar a la puerta de mi edificio, detiene el coche justo en frente.

—Me lo he pasado muy bien, Lu —me dice mirándome a los ojos—, eres muy divertida.

—Tú también, aunque confieso que cuando te conocí me pareciste un capullo integral —respondo tratando de parecer tímida—. Esta semana has cambiado mucho mi percepción sobre ti.

—Normal, yo también pensaría eso de mí mismo —responde con una pequeña carcajada y nos quedamos en silencio—. Sé que te lo habrán dicho mil veces, pero tienes unos ojos preciosos.

—Los heredé de mi padre.

—Pues es la herencia más bonita que he visto nunca —me contesta con media sonrisa sin enseñar los dientes y apartando mi flequillo a un lado de mi frente.

En este momento, no sé qué hacer. Estamos solos en su coche, está increíblemente guapo y yo llevo una de mis braguitas especiales. ¡Quiero besarlo!

—Lu, ¿quieres que te acompañe hasta el portal?

¿Acompañarme hasta el portal? ¡Lo que quiero es que me quites las bragas aquí, ahora y ya!

—Oh, no, no te preocupes —le contesto cortada—, puedo hacerlo sola. Soy mayorcita —le respondo sonriente—. Muchas gracias por esta noche, me ha encantado.

—A mí también.

Sonríe y se le forman unas pequeñas arruguitas bajo los ojos. Me acerco a él, de forma que no parezca que quiero abalanzarme, y le doy un beso en la mejilla. Me despido, bajo del coche y empiezo a caminar hacia el portal de casa.

—Lucía, ¡espera!

Me giro, pero cuando intento dar un paso, ya lo tengo justo detrás de mí. Nos quedamos a menos de un centímetro el uno del otro y, durante un rato —que parece una eternidad—, estamos ahí parados mirándonos. Tiene su mano en mi cintura. Al darme la vuelta, nuestros cuerpos chocaron e hizo que no me tropezara. Me sube un calor tremendo desde el estómago hasta el cuello. Lo tengo tan cerca que noto los músculos de su torso en mi pecho y el roce provoca que se activen todas las zonas erógenas de mi cuerpo. Y creo que a él le pasa lo mismo.

—Te… te dejaste el móvil en el coche —consigue decir mientras pone mi teléfono en mi mano y se aleja un poco de mí.

—Gra… gracias —titubeo un poco, aún nerviosa por el momento—. Buenas noches.

—Buenas noches —me contesta y hace un amago de girarse hacia el coche, pero de pronto, me agarra del brazo y me atrae contra su cuerpo dejando que nuestros labios se rocen, pero sin llegar a besarse.

Nuestras caras se acarician y se tocan, me pasa una mano por debajo de la oreja para tocar mi pelo y, con la otra, me aprieta más contra él. A mí se me escapa un leve gemido. Mis braguitas no aguantan tanta presión…

Al final me separa suavemente de su cuerpo para darme un beso en la frente, gesto que me hace pensar que se siente culpable por lo que acaba de pasar.

Se aleja poco a poco de mí, sube al coche, me dice adiós con la mirada y se va. ¡Aterriza, niña! Estás en medio de la calle parada y con las bragas mojadas, ¡muévete! No sé qué acaba de pasar, pero lo que sí me ha quedado claro es que los dos queremos que pase y, a juzgar por su reacción, ninguno de los dos queremos dejarnos llevar para no sentirnos culpables.

Subo a casa. Aún no es tarde, pero mi madre ya se ha acostado. Y menos mal, porque con el calentón que traigo… si me llega a preguntar qué tal ha ido, le pediría un Satisfyer por mi cumpleaños. Me quito la ropa y me meto en la ducha en un intento de apaciguar todo lo que siento. Al meterme en la cama miro el móvil creyendo que tengo un mensaje de Marc, pero no…

Creo que se siente culpable, y no quiero lo sienta porque a leguas se nota que esto es cosa de dos, así que abro su conversación y le escribo:

Lucía:
No tienes que sentirte culpable por lo que ha pasado. Los amigos también pueden atraerse físicamente, pero ambos debemos entrenar el límite entre la amistad y el físico. Buenas noches.

Bloqueo el móvil y lo dejo sobre mi mesita de noche. Tengo la falsa sensación de que me contestará, pero como he dicho, solo es una falsa sensación. Apenas duro cinco minutos despierta desde que pongo la cabeza en la almohada…

19. Límites

Marc

No he podido pegar ojo en toda la noche. El olor de Lucía y la sensación de haberla tenido tan cerca, me vienen una y otra vez a la mente. Ese olor a coco, mezclado con otras frutas tropicales. Sus labios, no necesariamente carnosos, me pedían a gritos que los probara cuando la tuve a menos de un centímetro. Por no hablar del resto de su cuerpo y la curva de su cintura, en la que mi mano encaja a la perfección. El roce de mi torso con sus pechos sobre la ropa, aunque bajo su vestido se advertía que ella también sentía lo mismo que yo.

¿Qué coño me pasa con esta chica? Ni siquiera cuando estaba con Silvia sentía tantas ganas de tenerla conmigo, pero con Lucía… me pasaría horas con ella, desnudos en la cama o dónde sea. ¡Joder! Me siento tan extraño que ni siquiera le he contestado al mensaje de anoche. ¿*Límites*? ¿Eso es lo que quiere? Tengo la sensación de que ella quiere sobrepasar esos límites tanto como yo, pero hay *algo* que la frena. Quizás el miedo a volver a sufrir, igual que a mí.

Necesito tenerla cerca, quiero acariciar cada centímetro de esas piernas perfectas. Anoche sentía un deseo irrefrenable de arrancarle el vestido y besar todo lo que había debajo. Estaba absolutamente impresionante… ¿Qué se supone que debo hacer ahora?

∞∞∞

—¿Mamá? ¿Papá? ¡Ya estoy aquí! —grito desde la entrada de casa de mis padres dejando las llaves en la mesita del descansillo.

Nadie me contesta, así que supongo que están en el jardín. Cuando salgo por el ventanal, que separa la cocina del jardín, los veo justo de frente. Mi padre está en la cocina del porche preparando la carne, mi madre haciendo un poco de todo moviéndose de un lado a otro, mi hermana tumbada en una de las hamacas con su incipiente barriga y, por último, mi cuñado jugando con mi sobrino dentro de la piscina.

Al verme, Martín se impulsa empujando a su padre y trata de salir corriendo por la parte menos honda de la piscina para venir a saludarme. Ese enano es pura alegría. Ha heredado el pelo rubio de mi hermana y los ojos marrones de su padre, aunque todo el mundo dice que se parece mucho a mí cuando tenía su edad. Al ver mis fotos de esos momentos, yo podría pasar por su padre, pero es mucho más inteligente de lo que yo lo era a su edad.

—¡Titoooo! —grita mientras se acerca corriendo a mí con su flotador y los manguitos puestos. Al abrazarme las piernas, me empapa los pantalones.

—¿¡Qué pasa, enano!? ¿No tienes frío o qué? —le pregunto aupándolo en brazos. Está helado y, aunque el día está soleado, los dieciocho grados no ayudan—. Mamá ¿por qué lo has dejado meterse? Se va a resfriar…

—Hijo, no tenía elección, montó el berrinche para que llenara la piscina, y en fin…. —me dice mi madre poniendo los ojos en blanco y apartándose el flequillo rubio que se le suelta de la coleta mientras recoge algunas cosas que Martín ha tirado por el suelo—. ¿Qué tal, cariño?

¿Cómo va el trabajo?

—¡Genial, mamá! —le respondo dándole un beso en la mejilla mientras que ella no para de recoger juguetes y pongo a Martín en el suelo.

—¿Genial? Estás raro, ¿eh? —responde mi madre arqueando una ceja y mirándome extrañada—. ¿Seguro que todo va bien?

—No le agües la fiesta al chico, querida —responde mi padre sin moverse de la zona de la cocina.

—¿Qué fiesta? ¿Quién se va de fiesta? —añade mi hermana acercándose a mí para saludarme.

Camina a duras penas y resoplando, y eso que aún tiene pocos meses de embarazo. Dicen que, al ser una niña, la tripa se hincha más hacia los lados. Se le nota muchísimo.

—¿¡Que pasa, *gordi*!? —le contesto tocándole la barriga y le doy un abrazo.

Hacía dos semanas que no nos veíamos y, no lo voy a negar, somos de esos hermanos que pelean cada dos por tres por tonterías, pero siempre hemos estado muy unidos. Desde pequeños, somos el confidente del otro y, cuando Silvia me dejó, mi hermana fue mi mayor apoyo. De hecho, ella y mi sobrino hicieron que el trago fuera más llevadero.

—¡Nadie se va de fiesta! Mamá dice que estoy raro —contesto encogiéndome de hombros y riéndome.

—¿Estás riéndote sin motivo? Uy, sí que estás raro, sí… —contesta mi hermana también en un tono de extrañeza—. No sé… te advierto que el embarazo me ha aguzado el olfato en todos los sentidos —contesta con cara de sospechar algo y mirándome de arriba abajo.

—¡Anda! Venga, vamos a poner la mesa antes de que tu hijo y tu marido se conviertan en cubitos de hielo… —le contesto señalando al pequeño que tirita disimuladamente.

—¡¿Qué pasa, tío?! —exclama mi cuñado acercándose con la toalla por encima y me da la mano—. Joder, ¡qué frío hace! Voy a cambiarme y comemos, ¡tengo un hambre impresionante! —añade cogiendo un trozo del queso que papá ha partido y se lo lleva a la boca—. ¡Vamos a cambiarnos, campeón!

Mi sobrino lo sigue —aún con el flotador puesto— y, cuando se da cuenta, lo deja tirado en medio del porche; con los manguitos hace lo mismo. Este niño aún no ha aprendido la educación del orden de mi madre, y no será porque no pasen tiempo juntos. Mientras mi hermana trabaja, mis padres son quienes se ocupan de cuidarlo, llevarlo al colegio, a las actividades extraescolares y demás. Incluso algunos fines de semana prefiere quedarse en casa de los abuelos que estar en casa con sus padres. No me extraña, yo también me quedaría si me dan todos los caprichos que quiero.

Le echo una mano a mi madre poniendo la mesa y, por más que le digo a mi hermana que se siente y descanse, no para de colocar las servilletas y los cubiertos por toda la mesa mientras ambas me hacen un interrogatorio de cómo ha ido mi semana.

Dudo si contarles que he conocido a alguien, pero aún no estoy preparado para tener esa conversación con mis padres; empezarán a hacerse ilusiones de que he rehecho mi vida. Solo les contaría que nos llevamos muy bien, pero pueden llegar a la conclusión de que sería una buena madre para mis hijos.

¿Lucía sería una madre para mis hijos? No sé por qué estoy planteándome esta estupidez, ni siquiera sé si le gustan los niños o si quiere tener hijos. En fin… maldito sea mi caos mental.

Mi padre se apresura en terminar de asar la carne y las verduras, al mismo tiempo que mi cuñado se las come. Hoy hay fútbol y, por nada del mundo, pueden perdérselo. Si algo bueno le

ha regalado mi hermana a mi padre, aparte de mi sobrino, es un yerno que comparte su afición favorita como buen descendiente de ingleses.

Mi hermana Nicky conoció a Gonzalo en la universidad, se enamoraron, consiguieron curro, se fueron a vivir juntos, luego vino la boda y finalmente el pequeño Martin. Nunca lo he dicho en voz alta, pero la trayectoria de mi hermana, desde que conoció a Gonzalo, marcó la presión a la que mi familia me sometió cuando me fui a vivir con Silvia para que nos casáramos. No les estoy echando la culpa de mi fracaso matrimonial, pero… algo tuvo que ver la presión.

Al terminar de comer, me ofrezco a ayudar a recoger la mesa y la cocina para que mi padre y mi cuñado se vayan a ver el fútbol sin remordimientos. No es que a mí no me guste, pero no soy un gran aficionado como ellos.

—Mamá, ¿podrías darle una ducha a Martín antes de que se quede dormido en la siesta? Si no, luego no hay quién lo meta en la bañera… —le pide mi hermana a mi madre.

—¿Y vosotros recogéis todo? —pregunta mi madre agobiada.

—Sí, tranquila. Nos ocupamos nosotros —le responde mi hermana con media sonrisa cómplice.

Mi madre coge a mi sobrino de la mano y se lo lleva casi a rastras hasta la ducha. Le prometo que, si se ducha, jugaremos a la pelota.

—Venga, Marc, dímelo ya… —me reprocha mi hermana cuando mi madre se está alejando por el fondo de la cocina.

—¿Qué te diga el qué? —le pregunto aparentando no saber de qué me habla mientras pongo los platos en el lavaplatos.

—Espero arrepentirme de esta pregunta, pero… ¿has vuelto a ver a Silvia? —me pregunta mi hermana en voz baja y yo suelto una carcajada tan sonora que hasta mi padre se gira a mirarnos.

—¡No! ¡Claro que no! ¿A qué viene eso?

—No sé, Marc, te conozco. No sé si será cosa del embarazo o qué, pero intuyo que estás ilusionado con algo… —responde mi hermana recogiéndose detrás de la oreja el pelo que le cae sobre la cara mientras pone sobre la isla de la cocina restos de la vajilla.

—¿Y por fuerza tiene que ser una mujer? —pregunto levantando una ceja.

—Bueno, no sé… a lo mejor me estoy columpiando —añade mi hermana sintiéndose algo confundida.

—No estoy ilusionado, Nicky —le respondo sin saber exactamente cuánto hay de verdad—. He conocido a una chica, pero solo somos amigos, nada más… Nos llevamos muy bien.

Y también me pone como una moto cada vez que la veo, pero a mi hermana no se lo voy a contar.

—¡Ajá! ¡Sabía que había algo! —contesta mi hermana muy sonriente en voz baja para que nadie se entere—. ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica? ¿Es inteligente?, ¿guapa? ¡Enséñame una foto!

Está tan emocionada y hace tantas preguntas a la vez que las palabras se le tropiezan unas con otras.

—¡Oye, oye! ¡Para el carro! —le digo señalándola con el dedo a modo de advertencia mientras guardo las sobras de la comida en la nevera—. Ya te he dicho que solo somos amigos, y se llama Lucía. Y sí, es inteligente, guapa, divertida, está opositando para ser jueza y me lo paso muy bien con ella —le digo mientras busco la foto de perfil de Lucía en mi móvil, y veo que aún no he contestado al mensaje de anoche.

—Joder, chaval… estás hasta las trancas —me dice mi hermana poniendo los ojos en blanco

y me quita el móvil de las manos para ver la foto—. Oye, pues tienes razón, ¡es muy guapa! ¡Os saldrán unos niños preciosos! —añade a sabiendas que eso me va a molestar y le quito el móvil de las manos de un manotazo.

—Bueno, ¡se acabó! Nos conocemos desde hace dos semanas y hemos pasado algo de tiempo juntos, nada más —añado en tono serio.

—¿Nada más? O sea que… ¿aún no ha habido *sex*? —me pregunta mi hermana entornando los ojos y haciendo hincapié en la palabra *sex*.

—¡No, cotilla! Ni lo va a haber… —añado con un semblante sobrio—. Ella también ha pasado por una situación parecida a la mía, y… no quiero hacerle daño ni que me lo hagan a mí.

—Pero, *honey*… —mi hermana pone un tono algo más tierno y me pasa la mano por el hombro—, te gusta esa chica, ¿verdad? Es decir, más allá del físico.

—Puede ser…

—No, *puede ser* no. Lo es —añade mi hermana tajante—. Te conozco desde que saliste del útero de mamá y sé que esa chica te mola —añade apoyándose sobre la barra de la cocina y cruzando los brazos sobre su incipiente tripa que ha crecido después de comer—. ¿Sabes? Creo que te mereces pasar página, tú ya me entiendes… Olvídate ya de esas paranoias de que todas las mujeres son como Silvia. Eso solo está en tu cabeza, hay muchísimas chicas que están deseando conocer a un tío como tú, y si esa tal… ¿Lucía?, se ha cruzado en tu camino de una forma especial, creo que deberías de darle la oportunidad —concluye tajante poniendo ambas manos sobre mis hombros.

—Pero ¿y si me estoy equivocando? —No sé si realmente tengo más dudas de que yo pueda hacerle daño a ella o ella a mí.

—Si te equivocas, te vuelves a levantar. Ya lo hiciste una vez, y la vida sigue —me dice mi hermana sonriente. Levanto mis brazos para achucharla de la mejor manera que puedo. No sé cómo lo hace, pero siempre me ayuda a ver algo de luz cuando no sé hacia dónde ir—. Venga, coge ese jodido teléfono y llámala para que podáis quedar y lo hagáis en todas partes antes de que te veas con un niño corriendo a tu alrededor o una barriga enorme que no te permita casi tener vida sexual —añade fastidiada apartándose de mí y resoplando. Me echo a reír y me manda al jardín para que llame a Lucía.

Durante unos minutos, me quedo dubitativo delante del teléfono. No sé si enviarle un mensaje o llamarla directamente. Debe de pensar que soy un auténtico capullo que no da señales de vida… Creo que será mejor que la llame, es lo justo. Necesito escuchar su voz para saber si me odia o si aún quiere hablar conmigo.

—Hola —escucho en un tono neutro al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo, el capullo que no te contesta desde anoche —le respondo intentando suavizar algo que ni siquiera sé si hay que suavizar.

—Lo sé, tengo tu número grabado… —responde algo más amigable.

—¿Me tienes guardado como *capullo*? —le pregunto poniendo algo de humor.

—Ajáh… —responde y se queda callada.

No sé cómo interpretarlo. ¿Estará enfadada? Quizás no quiera volver a verme…

—Oye… —esbozo pasándome la mano por la nuca—, me gustaría saber si podemos vernos hoy. Quisiera… quisiera hablar contigo. —Al decir eso, siento como si me quitara un par de piedras de una mochila imaginaria que llevo en la espalda.

—Sí, claro… —responde quitándome otro peso de encima—. Te parece bien a las… no sé, ¿siete? Quiero pasar por el hospital esta tarde —me dice en un tono más amable—. Pero, oye,

¿ocurre algo?

—¡No, no! Solo quiero hablar de algo contigo —contesto—. ¿Nos vemos en mi casa? Es decir… no me malinterpretes —añado llevándome una mano a la frente. No quiero que piense que quiero llevarla directamente a la cama. O tal vez sí—, pero me gustaría mantener contigo una charla como la del otro día en mi casa y, bueno, aclarar esos *límites* de los que me hablaste…

—¡Vale, sí! Por mí no hay problema, estaré allí a las siete —contesta desde el otro lado y puedo adivinar que se dibuja una pequeña sonrisa en su cara—. ¡Hasta después!

—Hasta después, Lu.

Cuelgo el teléfono y, sin darme cuenta, a mí también se me ha dibujado una sonrisa tonta en la cara. ¿Qué está haciendo conmigo? No lo sé, pero al menos he decidido ser sincero con ella. Creo que se lo debo, después de que el otro día ella lo hiciera conmigo. Me giro hacia el ventanal de la cocina y veo a mi hermana desde dentro levantando ambos pulgares en señal de triunfo y con una sonrisa de oreja a oreja.

La que me espera…

20. In love

Lucía

—¡Vale ya, tío! —le grito a mi primo poniendo una expresión de hartazgo cuando cuelgo el teléfono.

Desde que ha llegado, no ha parado de increparme con la exigencia que siempre utiliza cuando se ve acorralado. Anoche lo vi con Paula y sabe que voy a reclamarle un par de explicaciones, así que, para evitarlo, no para de reprocharme que haya salido con Marc sin decir nada a nadie.

Hablando del susodicho, se ha dignado a llamarme. Empezaba a pensar que, después de mi mensaje de anoche, había hecho bomba de humo. Quizás se había acojonado y quería salir corriendo porque pensaba que ya me había enamorado de él… Cualquiera sabe lo que ha pasado por su cabeza. Sea lo que sea, me ha dejado un poco asustada con eso de «tener una conversación contigo». ¿De qué querrá que hablemos? Bueno, aparte de establecer los límites que yo misma le propuse establecer. ¡Ay, Lucía! A veces se te ocurren unas cosas que parece que no te llega la sangre al cerebro, chica…

¿Y si me propone que seamos «amigos con derechos»? Solo de pensar en ello, se me encoge el estómago… No me trae muy buenos recuerdos esa *situación sentimental*, si es que se le puede llamar así. Solo es una forma de autoengañarte para no pensar que te has enamorado de alguien que te importa demasiado. Eso nunca acaba bien… Cuando una relación de ese tipo desemboca en una pareja ideal y de película, es exactamente ahí: en las películas. En la vida real, uno de los dos acaba jodido. O los dos.

¿Qué le digo si me propone algo así? De repente, me entra una especie de agobio intenso... ¿Estoy temblando? Está claro que me gusta; me gusta y mucho, pero no estoy dispuesta a volver a revolcarme en el mismo charco del que salí llena de mierda. Necesito pensar.

—¡Eh! ¡Relaja la raja, guapa! —exclama mi primo alzando ambas manos desde una de las butacas de la cocina—. Solo quiero saber qué te ha dicho.

—¿Acaso tengo que darte explicaciones de lo que hago con mi vida? —le increpo levantando la ceja izquierda—. ¡Ni que fueras mi madre, chaval!

—¡Eh! A mí no me metáis en vuestras cosas —nos reprende mi madre alzando un cucharón de madera que estaba guardando en el cajón—. Y dejad de hablaros así, no me gusta que discutáis —añade.

—Tranquila, tita —le dice mi primo más calmado—, no estamos discutiendo. Solo que, no sé… ese tío ha pasado por algo bastante jodido y ¡soy hombre! Sé qué pensamos y qué hacemos con las mujeres después de algo así —añade y entona algo de inquietud en sus palabras—. No quiero que le hagan daño a Lu…

Por alguna razón que desconozco —o eso creo—, las palabras de mi primo me causan cierta *gracia* y una sonrisa irónica se me dibuja en la cara. Meto mi teléfono en el bolsillo de mi sudadera y me acerco despacio hasta la butaca que hay junto a la suya para sentarme.

—Cariño… —le digo pasándole la mano por el antebrazo—, te agradezco mucho que te

preocupes por mí, pero te aseguro que lo que me suceda a mí es el menor de tus problemas —añado entornando la cara y arqueando una de mis cejas—. Te recuerdo que tienes a tu padre en el hospital y estás en proceso de volver a romperle el corazón a una de mis mejores amigas. Creo que los problemas se te apilan peligrosamente…

—No es exac… —trata de interrumpirme.

—No he acabado —le digo—. En lo que a mi estabilidad sexual y emocional respecta, puedes quedarte tranquilo. Sé cuidarme sola y ya le he pedido disculpas a mi madre por *engañarla* —agrego con un movimiento de cabeza casi amenazante—. Y, aunque no debería darte explicaciones, Marc me ha llamado para quedar esta tarde porque quiere hablar conmigo. —Me encojo de brazos para que entienda que no sé de qué quiere hablar conmigo—. Ahora tú vas a coger el teléfono y hacer lo mismo para que le dejes claro a mi amiga que solo sabes pensar a favor de tu entrepierna.

Mi primo pone una mirada con la que quiere fulminarme, pero no lo consigue. Escucho a mi madre soltar una carcajada sonora de fondo.

—¡Perdón, perdón! —dice mamá intentando controlar la risa—, pero ahí te ha dado…

—¡Vale! Está bien, supongo que me lo tengo merecido —dice mi primo alzando ambos brazos para situar sus manos en la parte trasera de su cabeza—. Soy consciente de que nunca he sido el tío más serio del planeta y de que no me gusta hablar del compromiso y todas esas cosas, pero… estoy jodido —añade mi primo agachando la cabeza con cierto pesar.

Mi madre y yo nos miramos a la vez por inercia. Supongo que las dos estamos tan impresionadas de escuchar a Gabri hablar así, que no hemos podido tener una reacción más instintiva. Me alzo un poco en la misma butaca para tratar de ponerme en una posición más seria.

—¿Qué quieres decir con que «estás jodido»? —le pregunto frunciendo el ceño con cara de perplejidad.

—Mira, no sé… —me dice mi primo levantándose de la butaca. En un ademán de desesperación, empieza a caminar despacio por la sala hasta que se para y resopla mirando al techo para luego coger aire—. El día que nos vimos en el hospital, sentí una especie de interés inusual por hablar con ella, saber cómo le iban las cosas… En fin, interesarme por ella. Ya sabes, más allá de su sujetador… —añade mi primo moviendo la mano para tratar de explicármelo como si no supiera lo que intenta decir. Tengo la necesidad de abrir la cámara de mi móvil y grabar este momento. ¡Es acojonante! Mi primo hablando de sentimientos. Anonadada me hallo —. En fin, esa noche le envié un mensaje y estuvimos hablando durante un rato, pero nada más allá de la típica conversación de «¿Cómo te va la vida?».

»Al día siguiente, fui a almorzar con unos clientes a un restaurante por el centro y, cuando aparqué el coche, la vi de lejos con un tío —agrega poniendo un gesto de incomodidad—. Se estaban enrollando y él le tocaba el culo de manera insistente.

—Espera, espera… —le interrumpe mi madre sentándose en una butaca al otro lado de la barra de la cocina y apoyando los codos encima con cara de «Me interesa, cuéntame más»—. ¿Te pusiste celoso de ese chico?

Vaya, ¡mamá sigue al día en cuestiones amorosas!

—¡No lo sé! —exclama mi primo como si estuviera cabreado consigo mismo—. No sé qué fue lo que me pasó, pero sentí algo que… ¡Me jodió mucho!, ¿vale? —añade como, si al decir eso, se hubiera quitado un peso de encima—. Me jodió verla con otro tío y no sé, no podía quitarme de la cabeza la idea de cómo sería si estuviera conmigo.

—Pero, a ver, un momento… —le corto la palabra para tratar de asimilarlo—. ¿Te jodió en

plan «no me gusta ver como otro tío la toca» o en plan «me duele el corazoncito al pensar que pueda sentir algo por otra persona»? —le pregunto intrigada por sus palabras.

—Joder, tía, no me hagas ponerme rancio como vosotras… —me dice en su intento por aparentar ser un macho que no tiene sentimientos—. En plan… sí, que sienta algo por otro tío.

Gabri quiere mantener su estatus de hombre frío al que no le afecta nada, pero su cara le delata.

—Ay, ¡la hostia! —exclamo llevándome las manos a la cabeza y con los ojos muy abiertos al escucharlo.

—¿Estás queriendo decir que te has enamorado de Paula, cariño? —le pregunta mi madre, parece que su cerebro aún no es capaz de asimilar la situación.

—¡Jolin, mamá! No hay que ser ingeniero para ver que es evidente que está *in love* —le digo poniendo las palmas de las manos hacia arriba ante tal evidencia, valga la redundancia.

—Tranquilízate, monada, yo no he dicho nada de amor —responde mi primo poniendo especial énfasis en la palabra *amor,* como si fuera un término prohibido para él—. Solo quiero ver qué pasaría si, ya sabes… pasamos más tiempo juntos —añade metiendo una mano en el bolsillo de su pantalón y agita la otra en el aire—. Me gusta pasar tiempo con ella. —De repente empiezo a imaginarme cómo serían sus hijos. ¿Tendrían el pelo rubio como mi primo o serían morenos como Paula? Saldrían monísimos—. Y para que veas que voy en serio, aún no me he acostado con ella. Bueno, esta vez, quiero decir… —me dice sonrojándose.

—¡No te creo! —grito impactándome aún más si cabe.

—¿Tengo que ir buscando vestido para la boda? —pregunta mi madre haciéndome un guiño para molestarlo.

—¡No sé para qué os cuento mis cosas! —exclama mi primo haciendo un intento de enfado que acaba en risas.

—Vale, por esta vez voy a darte un voto de confianza —le digo cuando acabo de reírme—, pero quiero que seas claro con ella. Nada de medias tintas ni de hacerle ilusiones cuando veas que las cosas no te cuadran.

Le hago un gesto de advertencia con la mano.

—¡A sus órdenes, jefa! —me dice irguiéndose y se lleva la mano derecha a la cabeza como si fuera un militar—. Y tú… mantente a raya con ese tío —añade.

—Psssé… ya te contaré cuando tenga algún avance —le digo poniéndome en pie—. Ahora voy a darme una ducha, quiero visitar a tu padre antes de ver a Marc.

Le doy a mi primo un abrazo con extra de énfasis cariñoso y un beso, revolviéndole el pelo con la mano y me dirijo hacia el baño para darme una ducha y arreglarme, mientras él sigue charlando con mi madre. Tal y como intuía, cuando salgo del baño ya no está.

En realidad, estoy hecha polvo, pero parece que la ducha me ha despejado un poco. Se me ha hecho raro estar en la pastelería toda la mañana y que Marc no viniera a desayunar… ¿o será que lo estoy empezando a echar de menos? No creo… Otra vez me estoy montando películas yo sola. Cualquier día me dan un Óscar.

No me voy a arreglar demasiado; no quiero volver a casa compuesta y con las bragas puestas. Me pondré un pantalón negro, mis botines a juego y un jersey. Sencilla, pero con estilo. Algo de brillo de labios, un poco de colorete y puede que le dé algo de volumen al pelo. Cuando ya estoy lista, salgo al salón y, como si me hubiera leído la mente, mi madre me tiene preparado un café en la mesita.

—Ve con cuidado, cielo —me dice al sentarme en el sofá y le doy el primer sorbo a mi café

—. Hoy entro a las siete y ya sabes que los sábados son duros en el restaurante. No sé a qué hora llegaré…

—Tranquila, mamá —le digo con una sonrisa cómplice—, estaré bien.

Ella asiente y me dedica otra sonrisa. Nunca se ha inmiscuido en lo que a mi vida sentimental se refiere (si es que a lo mío se le puede definir como vida sentimental), así que esta vez no esperaba que fuera menos. Siempre se ha limitado a darme consejos sin pedirme explicaciones, y es algo que agradezco.

∞∞∞

La visita a mi tío no es todo lo productiva que me hubiera gustado. Paso un rato charlando con él, le pregunto qué tal ha ido el día y cómo ha pasado la noche, pero de pronto tocan en la puerta.

Son el señor de la habitación de al lado y su mujer. No son tan jóvenes como mis tíos, tendrán unos setenta y pocos, pero son bastante adorables. Han hecho muy buenas migas con ellos y todas las tardes se hacen una visita rutinaria para hablar de todo un poco, mayormente de lo mal que va el país. Por un momento, me siento como una niña que escucha la conversación que están manteniendo los mayores sin opinar ni moverse del sitio, así que creo que es hora de que me marche.

Me despido de ellos y, cuando miro el reloj, me doy cuenta de que el tiempo se me ha echado un poco encima. Son las siete en punto y he quedado con Marc a esta hora. ¡Bah! Que espere…

∞∞∞

En el camino hasta su casa, pongo una lista aleatoria de Spotify y empieza a sonar *More than Friends* de Meghan Trainor y Jason Mraz. ¡Por favor…! Gracias a quién esté ahí arriba por mandarme señales que no he pedido.

No sé cómo voy a reaccionar cuando lo vea. ¿Le doy dos besos? ¿Entro en su casa sin más? El simple hecho de saber que voy a volver a su casa, que estaremos completamente solos, me produce un pequeño cosquilleo por la espalda. Me muerdo el labio inferior ante el morbo que me produce, mientras por mi cabeza pasan todo tipo de cosas perversas y se me escapa una pequeña sonrisilla diabólica. ¡Necesito acabar con esto de una vez!

Cuando llego a su portal, me doy cuenta de que aún me acuerdo del número y de la letra de su piso, así que pico en el porterillo como si llevara toda la vida viniendo aquí. En cuestión de segundos, la puerta del portal se abre. Parece que lleva un rato esperando a que llegara para abrirme. Y, tal vez, espera en todos los sentidos de la palabra *abrir*…

Al llegar a la cuarta planta, suena un leve timbre proveniente del ascensor y las puertas se abren. Empiezo a andar y el taconeo de mis botines retumba por todo el pasillo. Quizás por eso, cuando llego a la puerta, ya está abierta...

Ahí está Marc, apoyado sobre su hombro en la puerta de roble de la entrada, esperándome con media sonrisa. Es lo más provocador que he visto nunca y, además, me mira directamente a los ojos. Noto una especie de brillo en el color gris que rodea sus pupilas y se ven aún más bonitos. Se ha recortado la barba, y lleva puestos unos vaqueros ajustados y un jersey azul marino que, por desgracia para mis hormonas, también permite que mi imaginación juegue con

la silueta de sus brazos cruzados y sus pectorales. Noto que algo dentro de mi estómago se remueve al verlo, y la *playlist* de *covers* —que se escucha desde el salón—, no ayuda demasiado a que por mi cabeza empiecen a volar pajaritos.

Dios, si estás ahí arriba, deséame suerte para lidiar con esta situación sin acabar el día pasando mi lengua por sitios improcedentes…

21. El cajón de mierda

Marc

Aquí está, por fin, aunque llega algo tarde. Esperaba un mensaje de arrepentimiento para decirme que no vendría, pero Dios… está preciosa. Desde que he abierto la puerta, me ha llegado el olor de su perfume desde el fondo del rellano. Tengo unas ganas locas de besarla. Por su estatura, cualquiera diría que es una chica frágil, pero eso lo diría cualquiera que no se dignara a conocerla. Si la miras a los ojos, irradia una fuerza que parece infinita. Como si, a través de ellos, contara mil historias.

¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Le doy dos besos o solo la invito a pasar? Cuando la tengo enfrente, me bloqueo totalmente por momentos.

No quería verme en la tesitura de la última vez que estuvo en mi piso, así que he pasado por el supermercado para comprar vino y algo de picoteo.

—¿No vas a invitarme a pasar? —me pregunta desafiante arqueando una ceja desde el otro lado de la puerta, interrumpiendo mi diálogo interno.

—Sí, claro —respondo risueño. Pequeña pero peleona, me encanta—. Estás en tu casa.

—No creo que esté preparada para compartir piso con un chico —me contesta a modo de broma.

Le hago un gesto con la mano para que pase y cierro la puerta.

Puede que esté bloqueado, pero ella tampoco me ha dado dos besos... ¿Se habrá enfadado porque no contesté al mensaje anoche?

—¿Quieres tomar algo? —le pregunto aún en el pasillo.

—Pues sí, vengo sedienta —me dice dejando su bolso sobre el mueble de madera de la entrada—. Un vaso de agua, por favor.

—Puedes dejar el abrigo aquí.

Me acerco a ella y la ayudo a quitárselo para dejarlo en el perchero que hay junto al mueble. Al pasarlo por sus hombros, me invade una ráfaga de perfume que me transporta a alguna playa del Caribe. Eso, y tenerla cerca de nuevo, provocan una mezcla explosiva dentro de mí que solo puede desembocar en excitación.

—Voy a por el agua. Puedes pasar al salón, si quieres —le digo alejándome tímidamente de su espalda para que no pueda notar toda la testosterona que desprendo.

Cuando me asomo al salón, la veo junto al ventanal con las manos apoyadas en el quicio de una de las ventanas mirando el paisaje. Desde aquí puedo observar cómo se forma su silueta; empezando por sus hombros rectos, bajando por su espalda, las exquisitas curvas que forman sus caderas y ese culo de diosa, hasta bajar a esas piernas que me hacen pensar en todas las veces que podría meterme entre ellas. Se podría formar un debate ahora mismo sobre dónde hay mejores vistas: si a este lado del ventanal o al otro. Iría hasta allí y la abrazaría por la espalda para empezar a besarla desde el cuello hasta los pies. ¿Qué tiene para que me haga perder la cabeza?

De pronto, su pelo se remueve un poco y eso hace que vuelva en mí y deje de mirarla como un obseso acosador. Pongo ambos vasos de agua sobre la mesita del salón.

—Te gustaron las vistas, ¿eh? —le pregunto para acabar con el silencio que empieza a ser incómodo.

—Son unas vistas increíbles, eres un afortunado —responde sin quitar la mirada del exterior del ventanal.

—Bueno, no durarán mucho… La casa está en venta —respondo sin darle importancia.

—¿Cómo? —contesta dando un pequeño respingo que casi parece un susto, y se gira hacia mí —. No puedes mudarte —añade titubeante—, es decir… no querrás perderte esto, ¿no? —me pregunta cambiando el gesto de su cara y entornando la cabeza hacia un lado.

—Bueno… no te niego que es una maravilla, pero la casa lleva dos años en venta —respondo confundido. No sé qué es lo que quiere escuchar de mí—. Supongo que, tarde o temprano, alguien la querrá comprar. Es… bonita y está bien situada.

¿«Bien situada»? ¿Qué gilipollez es esa? Chaval, está claro que ahora mismo hay un incendio en tus neuronas.

—Pero… —me dice alejándose del ventanal y dirigiéndose al sofá para quedarse de pie junto a él—, si te mudas, ya no te podré servir el desayuno…, y eso hará que nuestra amistad se resienta —añade poniendo la mano derecha sobre su codo izquierdo como si quisiera cruzar los brazos.

—Puedes sentarte —la invito con un movimiento de mano en dirección al sofá. Ella sonríe vergonzosa y se sienta—. Bueno… en primer lugar, no podría dejar de desayunar en la pastelería de tu tío ni aunque quisiera y, en segundo lugar, tú no vas a estar eternamente sirviendo cafés y pasteles. Te espera un futuro prometedor —le contesto sonriente intentando suavizar un poco el tema—. A propósito, ¿cómo está el jefe?

—¡Ah! Pues… bien —responde algo desorientada por el cambio de tema—. Tiene que esperar hasta que lo operen, así que, en fin… en su línea de quejas por estar en el hospital —añade poniendo los ojos en blanco y haciendo un leve movimiento de cabeza.

—Me alegra mucho saber que está bien —contesto recolocándome en el sofá.

La noto inquieta, no para de mover las manos y de frotarse los dedos. De vez en cuando, se remueve un poco o se toca el pelo para apartarlo de la cara. Tal vez no quiere estar aquí. Tendré que coger al toro por los cuernos, y nunca mejor dicho…

—¿Estás bien? —le pregunto—. Te noto nerviosa.

—¡No! Para nada, solo… estoy intrigada por saber qué es eso que querías hablar conmigo —me dice tajante mirándome a los ojos.

De repente noto cómo se me corta la respiración por unos segundos, pero no me queda otro remedio que desembuchar.

—Vale, pues… —contesto temeroso, pasándome la mano por detrás de la cabeza.

Hace meses que no hablo del tema con nadie (sin contar con mi psicóloga o mi hermana) y no es nada fácil volver a abrir *el cajón de mierda* después de tanto tiempo… No sé cómo reaccionará. Tal vez piense que soy un perfecto idiota o, peor aún, que sienta pena por mí. Y eso sí que me jodería...

—Quizás esto no se me dé tan bien como se te dio a ti el otro día, pero… —vuelvo a dudar unos segundos antes de lanzarme— me gustaría hablarte de esa chica de la que no te he querido hablar antes.

—¿La chica que vivía contigo? —me pregunta curiosa metiendo ambas manos entre los muslos.

—Sí, mi exmujer —contesto concluyente—. Silvia.

—¿Tu exmujer? —me pregunta incrédula, pero como si no le pillara por sorpresa—. Ajáh…

—Perdóname, quizás es demasiada información de repente —respondo fatigado.

—¡No, no! —exclama removiéndose en el sofá—. Tranquilo, solo me surgen ciertas dudas. Supongo que es normal —añade sonrojada.

—Sí, claro, es lo más normal —contesto un poco abochornado por la situación—. Me conoces desde hace poco… —añado aún más abrumado, si cabe.

—Sí, bueno… tienes razón —contesta mirando al suelo—, pero puedes contarme lo que sea —me dice levantando la mirada y pone su mano sobre mi pierna, lo que provoca un pequeño estallido de electricidad dentro de mis pantalones. No sé qué tiene que, cuando me toca, me eriza todo el cuerpo—. No voy a juzgarte, te lo prometo —concluye con una sonrisa cómplice.

Sus palabras me tranquilizan y me aportan más confianza de la que esperaba obtener. Así que, sin pensarlo, me abro en canal y le cuento lo que ha sido mi vida desde que pensé que casarme sería una buena decisión. Con ella me siento seguro para hablar de esto.

Lucía no me interrumpe. Se ha propuesto ser una mera espectadora de mi monólogo de desgracias. De vez en cuando, se coloca el pelo detrás de la oreja o pestañea al mismo ritmo que cambia la expresión de su cara en base a lo que sale de mi boca.

A medida que pronuncio palabras, noto cómo si se fueran desabrochando una serie de clavijas metafóricas sobre mis hombros. Me siento ¿liberado? No creo que sea esa la palabra exacta que defina lo que estoy sintiendo ahora mismo; *aliviado* lo definiría mejor. Puede que me hiciera falta hablarlo con alguien que no fuera de mi *círculo de confianza* para sentir que lo he dejado ir. Y no es que no confíe en ella, todo lo contrario, pero mi mente es capaz de distinguir que nos conocemos desde hace unas semanas.

De vez en cuando, me distrae el intenso color de sus ojos, que me miran sin quitar atención de cada sílaba que digo. Tengo la sensación de estar cada vez un poquito más cerca de ella. ¿Qué estará pasando por esa cabecita? Ojalá tuviera el mismo acceso a su diálogo interno como lo tengo al mío. Pueden ocurrir varias cosas; desde abrazarme y decirme «Venga, ya pasó» con una palmadita en la espalda, hasta levantarse y salir corriendo por la puerta.

Al acabar de hablar, me siento diferente, como si me hubieran dado una especie de permiso para salir de la espiral de negatividad en la que me había metido y remetido yo mismo.

—Bueno… —le digo al ver que sigue callada—, ahora puedes decirme algo o correr todo lo que puedas hasta tu casa —añado en un intento de poner algo de humor al momento de tensión.

—A ver, Marc… —me dice, cogiendo aire—, no puedo seguir hablando contigo sin ser sincera del todo, como lo has sido tú conmigo. —Vaya, empezamos bien—. Yo ya sabía lo que te había pasado; es decir, no todo. Hay detalles que me has contado que desconocía, como lo de que siguen juntos, por ejemplo —añade inquieta.

»Cuando te conocí el primer día en la pastelería, me llamaste mucho la atención. Me pareciste el tío más borde que me había echado en cara. —A medida que sigue hablando, noto cómo sus mejillas se van tornando en un color coral casi rojo y, de vez en cuando, se echa el pelo hacia atrás acalorada—. Esa tarde, cuando fui a ver a mi tío, le conté cómo había ido el día. En fin… una cosa llevó a la otra y le prometí que no te diría que me lo había contado—me dice expirando un suspiro, como si en él soltara algo que llevaba guardado durante meses—. Para mi tío, eres una persona bastante importante, ¿sabes? Por eso le prometí que no diría nada, pero me siento en la obligación de sincerarme contigo… Me entiendes, ¿verdad? —me pregunta abrumada, como si pensara que la confesión provocará en mí una reacción de ira incontrolada.

Es cierto que no me hace mucha gracia saber que Pedro ha *roto* la promesa de no contarle a

nadie lo que me había pasado, pero ¿qué más da ya? Gracias a eso, Lucía está aquí, en mi sofá junto a mí.

—Sí, claro… —respondo.

—Ahora tú eres el que estás en tu derecho de echarme de tu casa por ocultártelo o de darme la oportunidad de demostrarte que solo le guardaba el secreto a alguien que me importa —me dice entrelazando los dedos nerviosa y me mira a los ojos.

—¿Por qué presupones que voy a echarte de mi casa?

—No lo sé… Era tu intimidad, algo que se suponía que yo no debía saber a menos que tú me lo contaras —me dice encogiéndose de hombros.

—Y ya te lo he contado —le respondo con media sonrisa—. Lo supieras de antes o no, iba a contártelo igualmente y, si lo he hecho, es porque confío en ti y creo que me importas más que cualquiera —admito tratando de que los nervios no me jueguen una mala pasada—. Con el resto de mis amigos, ni siquiera he tocado puntos tan *profundos* de la historia.

—Entonces, ¿seguimos siendo amigos? —me pregunta tímida.

Es ahora o nunca. Tengo que tomar las riendas de la situación. Si le confieso lo que siento por ella, no sé cómo se lo tomará. Tal vez solo me quiera como un amigo y nada más. Aunque, a juzgar por lo que anoche expresó su cuerpo, cuando estábamos tan cerca el uno del otro, me arriesgaría a decir que siente algo muy parecido a lo que siento yo.

¿Y si resulta que me la juego a decirle lo que pienso y alguno de los dos acaba jodido? O peor, los dos. En estos momentos, me vienen a la cabeza las palabras de mi hermana: «Tienes derecho a pasar página». Sí, tengo derecho a pasar página y me siento más confiado que nunca para hacerlo, pero no sé si ella está preparada para dar ese paso.

Es evidente y palpable que existe una atracción brutal entre nosotros. Cada vez que me toca, se me endurecen todos los músculos — sin excepción— del cuerpo. Y, cuando nos rozamos, puedo notar cómo se le eriza la piel y se le sonrojan las mejillas, por no hablar del calor que se aprecia entre los dos. Pero, antes de atreverme a dar cualquier paso en falso, necesito estar seguro de que ella piensa lo mismo.

—¿Es lo que quieres que seamos? —le pregunto sin apartar la mirada de sus profundos iris azules.

Se queda pensativa durante unos segundos, los cuales me parecen una eternidad. Se crea un silencio entre los dos y, por primera vez desde que ha llegado, no sé qué decir.

—No… O sea… —añade por fin— no estoy segura.

—¿De qué no estás segura?

Su respuesta me extraña un poco, nunca me ha dado la sensación de ser una persona indecisa, pero a la vez siento que es algo con lo que ya contaba.

—Me gustas, Marc —responde haciendo alarde de la seguridad que la caracteriza—, y me gustas mucho más de lo que debería. Pero no sé si ninguno de los dos estamos preparados para algo así —añade y se levanta del sofá emanando algo de desesperación y agobio con cada movimiento que hace—. Está más que clara la situación en la que estamos cada uno; tú aún te estás recuperando de algo que probablemente te hace pensar que todas las tías somos iguales.

»Y yo… —dice dubitativa, llevándose una mano a la frente— no es que piense que todos los tíos seáis iguales, para nada. Pero no quiero volver a entrar en un puto socavón emocional; me costó bastante salir de ahí. No sé si me explico… —Se mueve de un lado a otro delante del ventanal del salón, como si necesitara expresar con movimientos todo lo que siente dentro de ese pequeño y maravilloso cuerpo. El sonido de los tacones de sus botines retumba por toda la sala

con la música de fondo—. Joder, ¡lo siento! Estoy montando un escándalo con los zapatos, tus vecinos deben de estar contentos… —exclama de una forma de lo más graciosa apoyando la espalda contra uno de los cristales del ventanal.

Intento contener la gracia que me hace verla moverse así. Me levanto y me dirijo hacia donde está.

—Nos conocemos desde hace poco, es cierto, pero ha sido suficiente para darme cuenta de cuál es uno de tus principales defectos —le digo con media sonrisa apartando el pelo que le cae sobre la frente y lo coloco detrás de su oreja.

—Ilumíname… —me contesta arqueando una ceja como si intentara retarme.

—Presupones demasiado sin antes preguntar —le respondo sin quitar mi mano de su pelo—, y creo que compartimos ese defecto. Pero podríamos aprender a perfeccionarlo juntos —añado acercándome un poco más a ella.

—¿Qué quieres decir?

Noto cómo se le acelera la respiración a medida que me voy acercando más y más.

El corazón me va a mil por hora y, en estos momentos, bombea a una presión más elevada de la que acostumbra. Mi respiración se entrecorta casi al compás de la suya y siento la necesidad de acercarme más. Ya no hay vuelta atrás. ¡A la mierda los putos límites! ¿Qué gracia tendría la vida si siguiéramos siempre las reglas de lo establecido?

22. Rompiendo los límites

Marc

Pongo mi mano izquierda sobre su cintura, acariciándola suavemente, mientras la derecha permanece apoyada en su pelo. La atraigo hacia mí y percibo cómo ese calor vuelve a colarse entre los dos, cada vez de forma más intensa. Nuestros cuerpos vuelven a estar pegados, y será cuestión de segundos que dé un paso que —hasta ahora— no me había atrevido a dar con nadie. Pero Lucía es… diferente.

Puedo apreciar cómo se erizan sus pezones debajo de su jersey y, a estas alturas, ella se habrá dado cuenta de dónde se concentra toda la sangre de mi cuerpo. Con la mayor suavidad que me es posible, llevo mis labios hasta los suyos y nos besamos. Ella no hace ningún intento de parar la situación; al contrario. Nuestras lenguas se rozan en un beso que parecía imposible. Ambos llevábamos tiempo esperando a que pasara, por más que tratáramos de dilatarlo. Necesitaba besarla, tocarla, sentir de cerca el olor de su perfume que hace que se me ponga dura cada vez que pienso en ello.

Noto cómo se pega tímidamente cada vez más a mí poniendo las manos sobre mi espalda. Bajo la mano despacio hasta su culo; ese culo que llevaba días ansiando tocar. Su lengua sigue jugando dentro de mi boca, en un beso que ya se ha convertido en mucho más, sin dejar un tinte de delicadeza entre tanta pasión. Pero, de pronto, para y se aleja un poco de mí emitiendo un breve jadeo.

—¿Es esto lo que tú quieres que seamos? —me pregunta aun tratando de mantener el compás de su respiración.

—Sé que tú no eres como las demás, Lucía —respondo y aprovecho para tragar saliva—. No me hace falta conocerte más para saberlo —añado acariciando su mejilla con mi mano. La deseo y no me arrepiento de besarla, porque me apetece hacerlo una y otra vez—, y quiero sobrepasar los límites contigo.

Lucía sonríe al escuchar esas palabras de mi boca y vuelve a pegarse a mí. Bastó una confesión para que desatara a la pequeña fiera que guardaba dentro de sí misma. Con cuidado, me arroja hacia el sofá y quedo sentado con la espalda pegada a los cojines. Se sienta encima de mis piernas, con las suyas a ambos lados de mi cuerpo, y empieza a besarme tan apasionadamente que ni siquiera me he dado cuenta de que sus botas de tacón han desaparecido. Primero los labios, la mandíbula, sigue hasta mi oreja y envuelve el lóbulo entre sus labios y después sus dientes con mucho cuidado para bajar rozando todo mi cuello. Mete las manos por debajo de mi jersey y yo hago lo mismo exhalando un jadeo casi animal. Acaricio su espalda despacio por debajo de la ropa hasta toparme con su sujetador, y entonces me doy cuenta de que no quiero que esto sea así.

—Espera —le digo apartándome un poco de ella sin quitar mis manos de su espalda. Noto los latidos de mi corazón en los oídos.

—¿Qué pasa? —responde jadeante y me mira fijamente.

Está sonrojada y me parece lo más precioso que he visto.

—Quiero que sea algo en condiciones —añado.

Ella suelta una leve y casi insonora carcajada.

—¿Algo especial, quieres decir?

—Llámalo X —respondo y me levanto del sofá cogiéndola en peso por debajo de sus muslos.

Sin parar de besarla y, en un intento fallido de no chocar con ninguna pared, la llevo hasta mi cuarto. Cuando llego a los pies de la cama, la dejo sobre el colchón y, por un momento, me paro a pensar en lo que estoy haciendo. Ninguna mujer ha pasado antes por mi cuarto aparte de Silvia, y eso me choca; pero no me frena en lo que quiero hacer. No me importa lo que antes pasó aquí. Me importa lo que está pasando *ahora*. Lucía y yo, en mi cuarto, por fin.

Me quedo a los pies de la cama y me deshago de mi jersey. Observo cómo ella se queda contemplando mi torso con una sonrisa pícara, como si llevara tiempo deseando hacerlo. Se pone de rodillas frente a mí y empieza a desabrochar los botones de mi pantalón. Miro al techo y se me escapa un leve gemido cuando besa la parte baja de mi abdomen por encima de mi ropa interior. Me deshago de mi pantalón por inercia. Bajo los brazos para quitarle el jersey y ella me ayuda con sus movimientos. Me reclino sobre su cuerpo, me quedo de rodillas encima de ella y comienzo a besarle el cuello, la clavícula y el hueco entre sus pechos.

Ella no para de jadear y pone sus manos sobre mi pelo para revolverlo. Sigo el recorrido con mis labios por su abdomen hasta llegar a la cinturilla de su pantalón, desabrocho el único botón que tiene y bajo la cremallera. Me deshago de él despacio para que me dé tiempo de contemplar sus piernas.

Una vez nos quedamos sin ropa, observo su cuerpo entero, su piel tostada y sus piernas rozando la perfección. ¡Es una puta obra de arte! Me fijo en que ella hace lo mismo; acaricia mis brazos y mi torso y me mira de arriba abajo, como si hiciera demasiado tiempo que ansiaba algo así.

¿Cuánto tiempo hará desde la última vez que se acostó con alguien? En todo caso, apuesto a que menos de la última vez que yo estuve con una mujer.

—Lu… —susurro mientras me tumbo sobre ella de nuevo—, hace mucho tiempo que no… ya sabes, que no estoy con nadie.

—¿Quieres que vayamos más despacio? —me pregunta moviendo la cabeza en un gesto de timidez.

—No, no —le digo—, me gusta esto, pero puede que dure menos de lo que nos gustaría —añado sofocado.

—Tranquilo, creo que estamos en las mismas condiciones —me responde y mira hacia un lado con una sonrisa que vuelve a ser tímida.

Le devuelvo la sonrisa y la beso. Sin tratar de ser demasiado brusco, meto la mato por debajo de su espalda, desabrocho su sujetador y lo tiro al suelo. Observo sus pechos, los beso y paso mi lengua por ambos. Al hacerlo, sus gemidos aumentan el nivel y noto cómo arquea la cadera para pegarse más a mí. Eso hace que mis ganas de hacerlo aumenten y lo hago con más intensidad. Los lamo, los muerdo y, a medida que lo hago, noto su entrepierna más húmeda.

—Joder, Lu…

Me pongo de rodillas y coloco mis manos a ambos lados de su cintura para bajar lo que queda de su ropa interior. Ahora que la observo desnuda en mi cama, puedo decir que es jodidamente perfecta en todos los sentidos. Más aún de lo que mi imaginación había percibido. ¿Quién, en su sano juicio, dejaría escapar a alguien así?

Una vez me deshago de su ropa interior, también lo hago con la mía, y vuelvo a acercar mi cuerpo al suyo. Llevo mi mano desde su tobillo hasta su cintura y clavo mis dedos en su nalga

mientras le beso el cuello. Llevaba demasiado tiempo deseando hacer ese recorrido con mis manos.

Noto cómo introduce su mano entre nuestros cuerpos, y llega hasta mi erección para tocarla una y otra vez. Entretanto, no puedo evitar los gemidos del placer que eso me produce y llevo mi mano hasta el interior de sus piernas para hacer lo mismo, pero ella me para. Coge mi mano y la lleva hasta sus pechos.

—Ahí mejor —susurra con una sonrisa pícara. Intuyo que quiere guiarme con lo que le gusta.

Encajo su pecho en mi mano y lo masajeo mientras ella gime revolviéndose en las sábanas. Llevo mi boca hasta la suya y la pasión vuelve a fundirse en nuestras lenguas. La noto muy húmeda, y yo estoy tan excitado que empiezo a sentir un leve dolor. Ella clava sus uñas en mi espalda de arriba abajo.

—Necesito hacerte el amor —le digo jadeante cuando consigo separar mis labios de los suyos.

Por un momento, Lucía contiene la respiración, como si no esperara escuchar esas palabras, pero pronto se le escapa media sonrisa. ¿Es real que necesito hacerle el amor?, ¿o solo estoy confundiéndolo con sexo sin más? No… está más que claro que esto no es sexo sin más. Nunca me había sentido de esta manera.

—¿No se nos olvida algo? —me pregunta mordiéndose el labio y poniendo los ojos en blanco haciendo una evidente alusión a los condones. Por suerte para ambos, compré una caja antes de venir.

Le sonrío y me inclino hacia la mesa de noche. Alcanzo a coger uno, pero los labios de Lucía por mi torso y sus manos acariciándome el cuerpo mientras estoy de rodillas me dificultan aún más la maniobra, hasta que por fin consigo quitarle el envoltorio y colocármelo.

Me dejo caer lentamente sobre ella, apoyándome en mi brazo izquierdo, pero antes de pegarme más a su cuerpo y pasar a lo que se viene a continuación, me paro delante de su boca y le acaricio la cabeza con la mano derecha.

—¿Tú también estás segura de que esto es lo que quieres?

—Yo también quiero sobrepasar los límites —responde acercando mi cara hasta su boca con la mano en mi cabeza—. Quiero que me hagas el amor —añade en un susurro.

Coloco mis caderas y las encajo con las suyas. Vuelvo a pegar mi cuerpo al suyo, la beso de una forma suave pero apasionada. Con ayuda de mi mano, me hundo dentro de su cuerpo y noto su húmedo calor. Se nos escapa un gemido ahogado a la vez, pero los gemidos ahogados no duran mucho.

A medida que me adentro en ella una y otra vez, el nivel de los suyos va en aumento. Si mis vecinos llevan la cuenta de mi vida sexual, deben de estar celebrando que vuelvo tener sexo. Pero no me importa, no quiero que se contenga. Quiero que disfrute tanto como yo.

—Esto es increíble —le digo al oído.

—Mejor de lo que me había imaginado —me responde mordiéndome el lóbulo de la oreja izquierda y contrae su cuerpo en un gemido.

Permanezco sobre ella con un movimiento que roza los niveles insospechados del placer, hasta que me pide que pare. Me quedo perplejo, pero caigo en la cuenta de que quiere que cambiemos de postura. Me aleja un poco de ella y me tumbo boca arriba al otro lado de la cama. El calor de nuestros cuerpos —sumado a la calefacción encendida— hace que el sudor empiece a correr entre los dos.

Se incorpora y se sienta encima de mí, me la tiene tan dura que ya ni siquiera hace falta que

utilice las manos para llevar mi erección hasta su interior. Se queda sentada y clavo ambas manos sobre sus nalgas. Como si eso le diera más placer, ella empieza a moverse con un ritmo que empieza lento, pero cada vez va siendo más ligero hasta que lo convierte de nuevo en algo más pausado y se inclina sobre mí para besarme. Primero suave y luego con más intensidad mientras frota su cuerpo con el mío y clava sus uñas en mis brazos y mi espalda. Hasta que empiezo a notar cómo se contrae poco a poco y el nivel de intensidad de sus gemidos aumenta a un ritmo eróticamente desorbitado y, en un grito final —aclamando a Dios—, llega al culmen de lo que fallidamente intentamos reprimir.

Sin perder el movimiento, espero a que ella acabe, pero por más que quiera, no puedo aguantar mucho más y empiezo a sentir esa descarga por todo el cuerpo que precede al orgasmo. Agarro sus nalgas con más fuerza, y luego sus muslos, hasta que —en una sacudida final— no puedo más y me dejo ir en su interior con un gemido que concluye con mis deseos contenidos por disfrutar de todo aquello que ella había provocado en mí previamente.

¿Dónde has estado todo este tiempo, Lucía?

23. Problemas de hombres

Lucía

Doy la vuelta sobre mí misma, me hago un ovillo entre las sábanas y me giro hacia el lado de la cama que da a la ventana. ¿Qué hora será? ¿Las ocho y media? ¿Las nueve, quizás? Ni idea, solo sé que tengo tanta hambre que me comería un elefante. Normal, después de lo que hemos hecho… ha sido algo que no puedo describir con palabras.

Busco por debajo de las sábanas y encuentro mis bragas para ponérmelas. Justo después de ese orgasmo brutal y de darme un beso con el que casi me succiona hasta las entrañas, Marc se ha levantado y se ha ido al baño. Me pregunto cómo será el postcoito para las chicas que no utilizan condón, aunque algo sobre eso se le ha escapado —*sin querer*— a Simona alguna vez.

La puerta se abre y lo observo caminar hasta la cama, totalmente desnudo y sonriéndome como si viniera andando sobre una nube. Me permito el lujo de contemplar todos los sitios por los que hace un rato estaba pasando mi lengua, desde arriba hasta abajo.

Dios, si estás ahí, has estado flojito con la ayuda, ¿eh?

Recoge su ropa interior del suelo para ponérsela y, cuando me doy cuenta, ya está debajo de la sábana de nuevo. Estira un brazo y me agarra por la cintura en un tira y afloja de lo más sugerente y juguetón para atraerme hacia él. Apoyo mi cabeza sobre su pecho y paso mi mano por su torso, acariciándolo una y otra vez. Hay que aprovechar, nunca se sabe lo que pueda durar lo bueno…

Se queda mirando al techo y yo, que aún sigo impactada al ver de cerca unos músculos tan marcados, no puedo dejar de mirarlos y tocarlos.

—¿Tienes hambre? —me pregunta acariciándome el pelo con el brazo que pasa por debajo de mi cabeza.

Oh, Dios… el ritual de caricias y mimitos después del sexo debería de ser obligatorio, aunque sea sexo de una noche; es un plus añadido y eso que te llevas. Es una pena que la mayoría de los tíos se pasen por el forro tanto los preliminares como el magreo sensiblero postcoito.

—Mentiría si dijera que no me muero de hambre —respondo.

Ante todo, sinceridad. Él murmura una pequeña risa.

—¿Qué te apetece cenar?

—Mmmm… ¿a ti, quizás? —le pregunto juguetona haciendo un círculo en su pectoral izquierdo.

—Estaría bien… —responde cogiendo mi dedo y llevándoselo a los labios para besarlo—. Pero ¿qué te parece algo de vino y sushi?

—Podría estar bien —respondo besándole el cuello.

Marc pasa su otra mano alrededor de mi cintura abrazándome, se inclina sobre mí y me quedo debajo de él. Levanta la mano izquierda y me aparta suavemente el flequillo.

—Quédate a dormir conmigo —me dice, mirándome a los ojos mientras no aparta la mano de mi cabeza. Su mirada va de mi boca a mis ojos, ida y vuelta. Y joder, qué boca tiene… Es tremendamente apetecible.

Espera, ¿ha dicho… que me quede a dormir con él? ¿Eso no es ir demasiado lejos para ser la

primera vez que nos acostamos? ¿¡Qué coño!? En realidad, me apetece pasar la noche con él, los dos desnudos en su cama. Hacía tanto tiempo que no tenía sexo que admito que creía que se me había olvidado cómo era. Pero no. Después de ese orgasmo, me he sentido como un animalito que llevaba enjaulado desde hace muchos meses y, de repente, alguien ha abierto la puerta de la jaula. Marc ha soltado a la fiera.

Ha sido tan… ¿increíble?, ¿diferente? No sabría cómo definirlo, pero contra todo pronóstico, me he sentido con la suficiente confianza para dar rienda suelta a la pasión y las sensaciones que me invadían poco a poco. No lo he sentido como si fuera nuevo ni extraño, solo íntimo y diferente. Diferente a todos los tíos con los que estuve, incluido Aitor. El sexo con él era de vicio, pero con Marc… he tenido una vorágine de sensaciones que no sabría cómo definir. Es como si nuestros cuerpos llevaran tiempo atrayéndose, deseando tocarse, rozarse, besarse… Una conexión extraordinaria.

—¿Tengo más opciones? —respondo entornando la cabeza y bajando la mirada de forma seductora hacia su torso.

—Puedes dormir en el sofá, si te apetece… —me dice metiendo una mano entre los dos y poniéndola sobre uno de mis pechos para tocarlo de una manera a la que me rindo completamente.

—Está bien. Si me lo pides así, puede que la cama sea la mejor opción —le contesto pegándome más a su cuerpo y atendiendo a las sugerencias que me hace, pego mis labios a los suyos y nuestras lenguas se funden dentro en una espiral de libido y descontrol de hormonas lujuriosas.

Después de otra media hora de desenfrenado e irracional sexo y de darnos una ducha —con su correspondiente toque de picardía y calentón—, Marc, con un pantalón azul de algodón y una camiseta a juego, da vueltas por la cocina de un lado a otro cogiendo vasos, platos y todo tipo de parafernalia necesaria para preparar la cena que guarda en la nevera. Yo salgo del baño con una camisa blanca abotonada que me ha dejado. Me acerco hasta el mueble de la entrada, cojo el teléfono móvil de mi bolso, me voy al salón y le escribo a mi madre para decirle que no me espere despierta.

Tengo un mensaje de Simona en el grupo de las chicas:

Simona:
Mañana a las ocho en mi casa, picotea y vinito del bueno. No acepto un *no* por respuesta.

Ella siempre tan decidida y dispuesta a decidir por todas. Cualquiera diría que es psicóloga y que su trabajo es escuchar a los demás…

Tengo otro mensaje de Bea que me preocupa un poco más:

Bea:
Gordi, tenemos que hablar.
Avísame cuando pueda llamarte.

Ni siquiera contesto, sino que la llamo directamente.

—¿Hola? ¿Qué pasa? Me has dejado preocupada… —le digo en un tono inquieto moviéndome por el salón de un lado a otro.

—A ver… —responde con esa angustia particular que le da cuando algo no le cuadra—, ¿estás sola? Bueno, espero que sí. Voy directa al grano, ¿vale? —añade tajante sin dejarme

responder a su pregunta—. Acabo de ver a Fer por el centro con una chica que no es Maca.

—¿Y qué tiene de malo? —respondo dejando que se me escape una carcajada—. Podría ser una compañera de trabajo, o yo que sé… ¡Vaya paranoia llevas!

—¿Una compañera de trabajo? ¿Un sábado por la tarde en el centro? —me pregunta irónica desde el otro lado y noto desde aquí cómo levanta su ceja izquierda—. Además, no creo que vaya con sus compañeras de trabajo a joyerías o *boutiques*…

—¿Joyerías? —pregunto más rayada.

—Sí, chica, han entrado en *La Petit*. Sabes que ahí no entra cualquiera… —contesta bufando un suspiro de indignación— y sí, como te habrás dado cuenta, llevo un rato siguiéndolos —añade sin dejarme formular la pregunta que intuía que rondaba en mi cabeza—, pero tengo que irme ya. Vamos a cenar con los clásicos de mis suegros que no soportan cenar más tarde de las nueve, así que te quería llamar para tenerte al tanto.

Bea lleva cuatro años con Dani. Cuando conoció a sus suegros, le parecieron unos señores mayores de lo más encantadores. Pero, desde que se fueron a vivir juntos, empezó —lo que nosotras llamamos— s*u cruz personal*. Los llaman a todas horas para ver dónde están, qué comen, cómo les ha ido en el trabajo, ¡incluso se presentan para pasar días en su casa! En fin, un control excesivo derivado de unos padres sin vida social, obsesionados por su único hijo, quien nunca ha vivido fuera de casa. Bea no está acostumbrada a ese tipo de situaciones. Siempre ha sido una tía independiente, pendiente de llevar al día su trabajo y su vida. Sus padres nunca la han controlado, tampoco lo necesitaba, siempre fue muy responsable. Ese férreo control al que está sometida desde que vive con Dani, por parte de personas que ni siquiera son sus padres, la tiene como una olla a punto de ebullición. Y conociendo cómo se las gasta, dudo mucho que la tapa de esa olla aguante más tiempo la presión. Aunque hay que admitir que está teniendo excesiva paciencia; yo ya los habría mandado a la mierda.

—Vale, me llamas para decirme eso y ahora me dejas con la mosca detrás de la oreja sin saber qué pasa, ¿no? —le pregunto frustrada porque ahora me deja con la duda de quién será esa chica—. ¿Crees que puedes hacerme eso sin más, *chata*?

—¡Relaja la raja! —exclama—. ¿Qué pretendes que haga? ¿Qué los siga con el coche y unas gafas de sol a modo incógnito? —pregunta siendo sarcástica—. ¡Ni que yo no tuviera una vida!

—Ah, perdona, se me olvidaba que cenar con *tu cruz personal* es un planazo… —contesto burlándome de ella.

—¡Vete a la mierda un ratito! —responde ofendida, sabe que tengo razón—. Por cierto, no estarás tumbada en el sofá con el Netflix y una mantita, ¿no? Deberías buscarte un churri, o mejor, ¡debería regalarte un Satisfyer! —añade como si se le hubiera ocurrido una gran idea.

Si supiera que acabo de tener orgasmos que no me los darían ni cinco vibradores a la vez…

—¿Dónde voy a estar si no? Estáis todas ocupadas… —contesto sin que se me note demasiado que estoy mintiendo—. Sí, qué genial idea. Cómprame un cacharro de esos, total, el único problema que da es que se les acaba la batería y hay que cargarlo. No como los hombres… —La escucho reírse al otro lado y noto cómo Marc me agarra por la cintura, me aparta el pelo y empieza a besarme el cuello mientras me ofrece una copa de vino blanco—. Oye, te dejo para que llegues a tiempo, ¿vale? ¡Nos vemos mañana en casa de Simo!

—¡Vale, amargada! Hasta mañana —cuelga.

¿Amargada? Ni de lejos en este momento… Cuelgo el teléfono y lo dejo sobre la mesita del salón. Cojo la copa que Marc me ofrece.

—Así que los hombres damos problemas, ¿eh? —me dice en un tono demasiado *sexy* y tira

de mi brazo para sentarme sobre él en el sofá.

Cuando estoy encima de su pierna izquierda, me acaricia los muslos con la mano en la que no tiene la copa.

—Bueno, me negarás que no dais quebraderos de cabeza, aunque las mujeres también tenemos lo nuestro, pero… —le respondo entornando la mirada— sino mira el novio de mi prima.

—¿Qué le ha pasado?

—Bea dice que lo ha visto por el centro con otra chica… —contesto suspirando y poniendo morritos a modo de indignación total.

—Y, según vuestras conclusiones femeninas, ya por eso se la debe de estar tirando, ¿no? —contesta soltando lo que intenta ser una carcajada con retintín.

—Bueno, ilumíname con tu experiencia masculina, ¿qué podría ser si no?

—¡Su hermana o una amiga! Pero no por fuerza tiene que estar poniéndole los cuernos a tu prima… —añade dándome unos pequeños toquecitos en la punta de la nariz.

—¡Anda ya! —le contesto cogiendo su dedo y dándole un pequeño mordisco del que rehúye —. Para tu información: Fer no tiene hermanas, solo tiene un hermano, y él no suele salir con amigas… Suelen salir los dos juntos —añado encogiéndome de hombros.

—Ya te dije antes que presupones demasiado… —contesta llevándose la copa de vino a la boca—. ¿Comemos? —me pregunta después de dar un trago.

24. Lucía y el sexo

Lucía

Cuando estamos dentro de la cocina, me fijo en que Marc, para ser un hombre, mantiene un orden impoluto de las cosas, es evidente que la organización no es una de las virtudes masculinas destacadas. Tiene la vajilla colocada, ha puesto una mesa digna de mi señora madre… Todo un partidazo. Y no es algo que vea solo en la cocina.

Mientras nos vestíamos en la habitación, me fijé en que la disposición de su armario es casi impecable, a excepción de que la ropa no está ordenada por colores. Eso sería demasiado pedir, ¿no?

Y el salón más de lo mismo. Aunque, si hay algo que no he visto por toda la casa —al menos en las estancias en las que he estado—, es un portarretrato o un cuadro con una foto. Me pregunto si, cuando su exmujer vivía aquí, sería diferente. En un momento de silencio en nuestra conversación durante la cena, en la que no para de hablarme sobre su trabajo y flipo con la cantidad de cosas que hace, me tiro al barro:

—Oye, Marc… —le digo pasándome la servilleta por los labios, por si me queda algún resto de salsa de soja, y la vuelvo a dejar sobre la barra de la cocina—, ¿puedo preguntarte algo?

—¿Tengo opción de negarme? —me pregunta tomando un sorbo de vino y le hago una mueca con ojitos.

—¿Ya te has…? O sea… —noto que las palabras se me atropellan a medida que intento hablar—, ¿ya te has divorciado?

—¿Te refieres a si ya hemos firmado los papeles? —me pregunta dejando la copa sobre la barra y apoyando los dos brazos.

—Sí… —dudo un poco sobre si esta pregunta pueda incomodarlo, pero ya me he metido hasta el cuello.

—Sí —responde pasándose la mano por la cabeza—, hace un año y medio —añade con cierto recato—. Nos costó llegar a un acuerdo porque ella quería que me quedara con todo, supongo que para limpiar su conciencia e irse en paz con su nuevo novio. Yo no quería nada que fuera de los dos, y en fin… se me hizo todo tan complicado que cedí y me quedé con la casa a mi nombre —sentencia.

Levanta los brazos inspirando a modo de alivio mezclado con algo de confusión y se inclina hacia atrás en la butaca.

—¿Y por eso quieres venderla? —le pregunto para llevar la conversación hacia otros derroteros que corten la tensión del momento.

—Supongo… —responde haciendo una mueca con la boca.

—¡Vaya bobada! ¡Mira este pedazo de piso! Es… joder, ¡ojalá yo pudiera tener un piso así! —le contesto, levantándome indignada.

A decir verdad, me parece una gran estupidez que quiera deshacerse del piso por esa razón, y más después de acostarse conmigo en la que supongo que también era la cama de su exmujer…

Él se ríe y se levanta para acercarse hasta mí. Me coge por la cintura y me apoya contra la barra de la cocina. Me acaricia por debajo de la camisa que llevo puesta. Baja ambas manos hasta

mis nalgas y las clava en ellas para subirme sobre la barra, lo que me provoca un pequeño ataque de risa. Me quedo sentada encima del mármol y enredo mis piernas alrededor de su cintura.

—¿Sabes? —me dice acariciándome el cuello con el dedo índice y lo baja deslizando el borde de la camisa por mi hombro—. La verdad es que, contigo aquí, este piso no me disgusta del todo.

Joder, ¿qué coño tiene este hombre? Mis bragas están pidiendo auxilio de nuevo. Desde que esta tarde nos metimos en la habitación, no me había percatado de que la *playlist* de acústicos sigue sonando de fondo. Se escucha *Lie* de Lukas Graham.

Marc lleva sus manos hasta los botones de *mi* camisa para desabrocharlos uno a uno, muy despacio, sin quitar la boca de mi cuello, mi pecho, mis brazos… Cuando me la quita, la tira en algún lugar de la cocina y deja mis pechos al descubierto. Me inclina un poco hacia atrás con cuidado y me besa el vientre muy despacio. En un intento de no rendirme a su dominio, me levanto y le quito la camiseta para dejar su torso al descubierto, pero él vuelve a tumbarme sobre la barra y me besa hasta que llega al límite de mis bragas. Noto cómo pone ambas manos a los lados de mi cuerpo para quitármelas y tirarlas junto a la camisa. Así que, aquí estoy, completamente desnuda sobre la barra de la cocina de Marc, después de tener sexo con él dos veces y vamos a por el triplete. ¡Estás en racha, Lu!

Escucho cómo echa mano de la cubitera, donde teníamos el vino, y saca un cubito de hielo en sus manos. Empieza a rozarme el cuello con él, luego el hombro, el pecho, baja hasta el vientre y vuelve a subir hasta mis pezones. ¡Oh, dios! ¿Qué tipo de placer colosal es este? El hielo acaba por derretirse cuando llega a mi entrepierna y jo-der… Me inclino jadeante para encontrar su boca y lo veo sonriendo mientras se muerde el labio inferior.

—¿Te gusta? —me pregunta al oído cuando me acerco hasta él y, sin parar de jadear, asiento con la cabeza.

De un movimiento, Marc se baja el pantalón de algodón lo justo y necesario para que se vea lo único que necesito ver, pero se le cae hasta los tobillos y se lo quita para darle una patada hasta Dios sabe dónde.

Me coge por la cintura y me baja de la barra. Sin quitar los labios de mi cuello y las manos de mis caderas, me da la vuelta y me inclina de frente hacia la barra. Mete una mano entre el trozo de mármol y mis piernas. Empieza a tocarme muy lentamente. ¿Cómo puede saber lo que me gusta?

De repente para, pero me quedo en la misma posición. Noto cómo se agacha hacia su pantalón y saca un preservativo de uno de los bolsillos. Hombre precavido vale por dos. Escucho rasgarse el plástico y, en cuestión de segundos, noto su erección cerca. Permanezco de espaldas, pero por más que en las películas lo pinten de puta madre, hay ciertas posturas que entre una bajita y un tío de metro ochenta y cinco son imposibles.

Me giro hacia él y me coge en peso, clavando las manos en mis nalgas y dejando que vuelva a atraparle con mis piernas. Me lleva hasta una zona de la encimera más baja y me deja sentada. Me besa el lóbulo de la oreja, el cuello, succiona mis pezones y los muerde muy despacio, hasta que vuelve a cogerme de la cintura, me atrae hasta él y se mete dentro de mí de una embestida.

Creo que he tenido más sexo en un día que en los últimos seis meses. Bueno, no lo creo, es una evidencia que la ciencia podría certificar. No imaginaba que volvería a sentirme como si tuviera dieciocho años, con las hormonas en rompan filas y follando en cantidades indecorosas por toda la casa de un tío que ha nacido con un manual aprendido, llamado *Cómo ser un seductor y un follador increíble sin despeinarme*.

Pues sí, el sexo ha vuelto a mi vida y de una forma sencillamente… brutal.

25. La foto

—Buenos días —dice Gabri saliendo del baño y tumbándose en la cama junto a Paula.

—Buenos días —responde ella con una sonrisa que mezcla la satisfacción con el enamoramiento tonto. Él se acerca para abrazarla de espaldas y le da un beso tierno en el hombro—. Debería… debería irme ya.

—¿Quieres irte?

—No, pero… en fin —contesta abrumada y nota cómo se le ponen las mejillas coloradas—. Ya sabes…

Él se inclina por encima de ella para verle la cara.

—No hace falta que te vayas —le responde con una sonrisa—. Mira, lo de anoche… fue increíble, mucho mejor que la vez anterior —contesta obnubilado casi sin creerse que esas palabras estén saliendo de su boca—, pero no quiero que esto sea como la vez anterior, ¿vale? —añade apartándole un poco el pelo de la cara—. Esta vez quiero hacer las cosas bien contigo. No sé cómo ni cuándo ha pasado, pero me he dado cuenta de que me gusta que pasemos tiempo juntos.

Ella se derrite al escuchar esas palabras, asiente con la cabeza y lo besa para quedarse un rato más allí abrazados. Tampoco se cree del todo lo que está pasando…

Lucía

—Buenos días, dormilona —me dice Marc cuando me apoyo en el quicio de la puerta de la cocina.

El olor a café me ha despertado hace unos diez minutos, justo el tiempo que llevo en la cama remoloneando y pensando en si todo lo que pasó anoche fue real o si ha sido producto de mi imaginación sedienta de sexo. Pero no, todo fue completamente real. En la cama, en la cocina, en el sofá… Me duelen todos los músculos del cuerpo, pero valió la pena. Y no solo el sexo, sino todos los momentos que compartimos.

Anoche, tras la cena, recogimos el estropicio de platos y algún vaso que rompimos —después de que me empotrara sobre la encimera de su cocina—, nos dimos una ducha y nos metimos en la cama. Apenas duré unos minutos despierta; entre el madrugón de ayer, las elevadas dosis de ejercicio físico que soportó mi cuerpo en un solo día y las caricias de Marc en mi espalda, caí rendida en un sueño más que profundo hasta las once de la mañana. Vamos, hasta hace diez minutos.

Tímidamente me acerco un poco más hacia él y, agarrándome por la cintura, me da un beso que me activa y provoca que mi cabeza olvide que mis hormonas ya tuvieron suficiente actividad. Ha preparado tostadas y algo de fruta con el café. ¡Qué mono!

—Qué buena pinta —le digo llevándome una fresa a la boca.

—Bueno, creo que después de dos semanas preparándome el desayuno, es lo mínimo que puedo hacer —añade sonriente—. No está tan bueno, pero… he hecho lo que he podido. —dice encogiéndose de brazos. Sonrío y me siento en una de las butacas junto a la suya—. ¿Has

dormido bien?

—Divinamente —respondo y me llevo la taza de café a la boca—. ¿Y tú?

—En la gloria —contesta con una sonrisa de lo más atrayente.

—Me alegra oír eso, creí que te habría despertado con alguna patada nocturna.

—Creo que esta noche no te has metido en tu papel de *Karate Kid* —responde entre carcajadas. De pronto, empieza a sonar un móvil que no es el mío (el cual debería revisar, por cierto). Espero que, para una noche en la que me olvido del teléfono, no le haya pasado nada mi tío—. Discúlpame un segundo. —Se levanta y va hasta la encimera de la cocina, donde su teléfono está sonando—. Dime, Nicky.

¿Nicky? ¿Quién es? ¿Otra de sus secretarías con curvas perfectas y melena de envidia? ¿O tal vez una amiga? Bueno, tampoco quiero rayarme. Solo hemos tenido sexo y ya está, no es que nos hallamos prometido amor eterno. Somos dos personas libres, ¿no?

—Síííííí —responde a *Nicky*, la persona que está al otro lado del teléfono, en un tono de hartazgo y poniendo los ojos en blanco—. Luego hablamos, ¿vale? Estoy aquí con ella.

¿«Con ella»? Sea quien sea con quien esté hablando por teléfono, sabe de mi existencia y están hablando de mí. Pero ¿a quién coño le ha hablado de mí y por qué? Joder, ¡qué intriga!

Marc, ¡cuelga ya el maldito teléfono!

—Que sí, vale, después te llamo. Dale un beso al enano —responde para acabar la conversación y pulsa el botoncito rojo de su iPhone—. Perdona, era mi hermana, es muy pesada.

Deja el teléfono de nuevo sobre la encimera y se pasa la mano por la nuca un poco abochornado. Se sienta en la butaca junto a la mía.

—¿Tienes una hermana? —le pregunto impresionada. Eso cambia bastante mi perspectiva de la llamada—. ¿Por qué sabe que estás aquí conmigo?

—Porque se lo he dicho yo, ¿no me has escuchado? —me contesta tratando de vacilarme.

—Ja, ja… ¡Qué gracioso! —Le doy un manotazo en el hombro indignada—. Me refiero a por qué sabía de antemano que estarías conmigo.

—Digamos que mi hermana ha sido la instigadora para que ayer te llamara y quedáramos —responde dando un sorbo al café.

—Oh… —le contesto con la boca muy pequeñita.

Así que le ha hablado a alguien sobre mí. Y no a alguien cualquiera, sino a su hermana. Ese dato aporta un giro inesperado a los acontecimientos… ¿Qué le habrá contado? Dios, ¿¡por qué no me diste el poder de estar dentro del cerebro de los demás!?

—¿Y puedo preguntarte qué le has hablado de mí?

—Nada fuera de lo normal —contesta levantando una mano con la palma hacia arriba y hace una mueca—, que eres una exconvicta y que estás en tratamiento para dejar la adicción a sustancias estupefacientes, pero que me gustas demasiado y lo paso por alto.

—Oh, ¡venga ya! —le reprendo e intento darle otro manotazo entre risas, pero se queda en el aire porque él se aparta antes de tiempo contagiándose de mi risa—. Va, ahora en serio…

—Le conté que, desde que te vi el primer día en la pastelería, he intentado dejar de pensar en ti, pero no he podido —responde poniéndose algo más formal y dulce—. Y que, por encima de todo, no quería hacerte daño y viceversa… —añade cruzando los brazos y llevándose una mano a la frente. Pasa el dedo índice por su sien y vuelve a levantar la mirada hacia mí—, pero mi hermana me aconsejó que era el momento de dejar de pensar en negativo y volver a empezar, que me dejara llevar por lo que estoy sintiendo.

—¿Y qué estás sintiendo? —pregunto intentando ahondar un poco más en la situación.

—Que me gustas demasiado —me dice inclinándose hacia mí y pasando la mano por mi mejilla—, pero no quiero cagarla.

—El sentimiento es mutuo —le respondo con media sonrisa y las mejillas a punto de echar fuego—. Propongo que nos dejemos llevar y que todo vaya fluyendo, ¿qué te parece?

—Me parece una idea de lo más acertada —responde con otra sonrisa y me da un sutil y suave beso en los labios.

—Entonces, ¿solo tienes una hermana? —le pregunto curiosa.

—Sí, pero vale por dos. Bueno, dentro de poco, por tres… —me dice soltando una minicarcajada—. Está embarazada y tiene un enano de cuatro años, mi sobrino Martín.

—Alá, ¡qué guay! Tienes un sobri y, en breve, tendrás dos —exclamo como si me hubiera regalado dos nenucos con los que jugar para cuidarlos y darles de comer, a pesar de que uno es una pequeña lentejita en el útero materno—. ¿Me enseñas una foto?

—Sí, claro —contesta riéndose y vuelve a levantarse a por su móvil para enseñarme una foto de su sobrino—. Mira, aquí está.

Me muestra un niño con el pelo rubio y los ojos castaños, al que tiene cogido en brazos, con una sonrisa de dientes de leche muy pequeñitos y descolocados. Es precioso, su hermana debe de ser un bellezón.

—Espera, a ver si encuentro una foto de cuando nació —me dice y empieza a subir en la galería del móvil.

Entre las fotos que va pasando, observo con claridad —en una de ellas— a una chica vestida de novia junto a él. Es morena, de ojos castaños y piel pálida. No hace falta ser matrícula de honor para saber que es una foto del día de su boda. Al verla, noto que se siente un poco incómodo o nervioso y empieza a mover el dedo más rápido por la pantalla en busca de la foto que estaba buscando.

—Bueno… si algún día la encuentro, te la enseño —añade con una sonrisa y cierra la galería de fotos del móvil.

—Es muy guapo —respondo tratando de hacer como que no me he dado cuenta de lo que ha pasado—, se parece a ti.

—¿A mí? —contesta riéndose—. Creo que él es más guapo que yo.

—¿En tu familia sois todos así de guapos? —pregunto entornando la mirada con algo de envidia sana.

—Será que me ves con buenos ojos —responde riéndose.

—Los que tengo —añado encogiéndome de hombros.

—Los más bonitos que he visto, sin duda —me dice acercándose para besarme.

Después de desayunar, ayudo a Marc a recoger la cocina y, cuando intento ayudarlo a hacer la cama, digamos que… él quiere que la deshagamos de nuevo. Con este fin de semana, tengo para otro medio año sin desesperarme por no tener un orgasmo. Aunque, esta vez, sospecho que la espera no será tan larga.

∞∞∞

Al llegar a casa, mi madre está dormida en el sofá y no quiero despertarla. Los sábados por la noche trabaja como una condenada, igual que los domingos, así que la dejo descansar. Me voy al baño y me quito la ropa que llevo puesta desde ayer y que, si no fuera porque no me sobra el

dinero para irme de compras, iría directa a la basura.

Después de darme una ducha, me pongo algo cómodo y preparo un poco de arroz con verduras para almorzar. Mientras estoy cocinando, mi madre se despierta y llega hasta la cocina. Con la mayor suavidad que puede, para no inmiscuirse demasiado en mi vida privada, me pregunta cómo fue mi noche.

Le cuento un poco sobre lo que hablé con Marc de su trabajo, el hecho de que hemos decidido *fluir* y poco más. Como es evidente, no le voy a contar todas las veces que me ha empotrado en las diversas estancias de su piso. Eso sería pasar la raya…

Me encanta hablar con mi madre, nunca se mete a opinar sobre nada de lo que le cuento, ella solo asiente y, de vez en cuando, hace alguna pregunta o me da algún consejo, pero no es de esas madres metiches. Creo que, el hecho de criarme sin la ayuda de una figura paterna, ha supuesto que vea la vida de otra manera.

Después de comer, me tumbo un rato en el sofá para mirar el móvil. Tengo veinte mensajes en el grupo de las chicas hablando sobre la cena de esta noche en casa de Simona, un mensaje de Gabri que pone «Creo que sí estoy *in love*» que me hace tanta gracia que incluso se lo enseño a mi madre, y otro de Marc.

Marc:
Estar contigo ha sido increíble.
Estoy deseando verte mañana por la mañana.

¿Qué le contesto? ¿Me hago la difícil o paso al modo dulce sin retorno? No sé… creo que aún es demasiado pronto para los mensajes románticos.

Lucía:
Cierto, ha sido increíble.
Nos vemos mañana en el desayuno, lo estoy deseando.

¡Ala! Creo que no ha sido ni demasiado cursi ni demasiado cortante, ¿no? Y, si lo ha sido, ya está enviado. Voy a echarme una pequeña siesta antes de ver a las chicas. Aunque, a decir verdad, me cuesta quedarme dormida. No paro de pensar en la foto que vi en el teléfono de Marc. ¿Por qué aún guarda esas fotos? ¿Quizá no la ha olvidado del todo? A lo mejor se le ha olvidado borrarla o tal vez la quiera de recuerdo como un día importante en su vida…

No puedo negar que es una chica bastante atractiva, y no me extraña que estuviera con él. ¿A qué se dedica? ¿Trabajan juntos? Y si es así, ¿se siguen viendo? ¡Mierda! Otra vez esa sensación de celos asquerosos. Puñetero Aitor y su puñetera infidelidad. Me dejó secuelas paranoicas de por vida. Debería denunciarlo por daños y perjuicios.

En realidad, lo que debería hacer es empezar a tratar de obviar esa sensación. Marc insistió en que no quiere hacerme daño, así que solo me queda confiar en él y fluir…

26. Las fake news

Lucía

A las ocho menos cuarto, llego al portal de Simona, toco el timbre y me abre la puerta sin preguntar. Tiene esa maldita costumbre de abrir sin saber quién es. Como un día se le presente un asesino en serie, verás tú la que se lía…

—¡Pasa, *gordi*! Estoy en la cocina —me grita desde dentro con la puerta de la entrada abierta. ¡Viva la seguridad en el barrio!

—¿Cómo que «Pasa, *gordi*»? Si llega a ser cualquier otra persona, ¿lo dejas pasar sin más? —le pregunto dándole un beso en la mejilla y un cachetón en la nalga.

—¡Chorradas! Sabíamos que eras tú, siempre llegas entre diez y quince minutos antes —contesta señalándome con el cuchillo con el que está cortando una cuña de queso.

—Está bien, pero deja de señalarme con eso. A ver si vamos a terminar en Urgencias —le digo apartándome de ella—. ¿Las demás ya están aquí? Maca me ha dicho que tardará un poco, ha ido a no sé dónde con Fer a hacer un par de fotos con el atardecer y cosas de esas de *influencers* —añado echándome un pico de pan a la boca.

—Sí, están en el salón. Cógete una copa del armarito y sírvete vino, lo tienen ellas.

—¡Vale!

Cojo una copa de vino y voy por el pasillo —del pedazo de piso que tiene Simo— hasta el salón. Cómo se nota que en la consulta privada le va bien, de lo contrario, no se podría permitir un piso así en la ciudad. La muy capulla siempre ha tenido suerte, aunque realmente es una psicóloga de puta madre que se lo ha montado muy bien.

—¡Ey! ¿¡Qué pasa!? —grita Bea cuando me ve entrar por la puerta del salón.

—¿Qué habláis en un tono tan bajito? Que os oigo cuchichear desde el pasillo —les pregunto después de darles un beso y un abrazo a Paula y a ella.

Espero que no estén hablando del tema *Paula y mi primo* porque la situación puede calentarse y al final me tocará ser la defensora del señorito con *nuevos* sentimientos.

—Le estaba contando lo de Fer con la tía esa… —dice Bea entornando la cara hacia un lado.

—¿Aún sigues con eso? Anda ya, ¡seguro que no es nadie en particular! —le contesto dándole un manotazo suave en el hombro y me sirvo una copa de *Frizzante*.

—Tía, no sé… a mí me raya un poco, ¿qué quieres que te diga? —contesta Paula haciendo una mueca con la boca.

—¿Ves? Si es lo que yo te digo… —contesta Bea orgullosa de que alguien le dé la razón.

—Ya, pero no sé… Si quisiera ponerle los cuernos a Maca, ¿no creéis que se escondería en vez de ir en pleno centro de la ciudad con otra chica? Y más con la repercusión que Maca tiene en las redes. Cualquiera podría verlos y publicar el chisme —respondo encogiéndome de hombros.

—¡Hostias! —exclama Bea mirando el móvil—. Mira, ¡los han pillado!

—¿Qué pasa? ¿Qué jaleo armáis? —pregunta Simona entrando en el salón con la bandeja de comida.

Parece algo asustada por los gritos de Bea, aunque no me extraña. Se ha puesto cómo si se

hubiera muerto alguien…

—Nada, hija, que ayer Bea vio a Fer por el centro con una chica y está empeñada en que le está poniendo los cuernos a Maca —le contesto tratando de restar importancia al asunto— y parece que más gente los ha visto y lo han puesto en Instagram… En fin, no me creo nada.

—Uy, ¡a ver! —exclama Simona cogiendo el móvil—. Es bastante mona, pero un poco joven, ¿no?

—¿Queréis dejar de especular ya? Joder, macho, parecéis marujas —les contesto indignada.

—Cariño, siempre lo hemos sido —me contesta Bea alzando una ceja—. La cuestión es… ¿se lo decimos a Maca o dejamos que lo vea ella misma cuando empiecen a etiquetarla?

No sé si nos está haciendo la pregunta a nosotras o se la está haciendo a ella misma para resolver su dilema interno.

—Yo creo que deberíamos decírselo… —contesta Paula.

Ella siempre tan prudente y responsable.

—Pues no sé… quizás ya se ha enterado y ahora mismo están discutiendo —añade Simona dando un trago a la copa de vino—. Ya sabéis lo rápido que funcionan las redes…

De repente, suena el timbre y todas damos un brinco en el sillón. Es Maca.

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclama Bea levantándose y poniéndose a andar nerviosa de un lado al otro del salón.

—Tía, ¡para ya! ¡Me vas a poner nerviosa a mí también! —exclamo en un tono lo más bajo posible porque Simona ya ha ido a abrirle la puerta.

Mi prima entra con una sonrisa de lado a lado y nos saluda a todas como si fuera un día más en su vida normal. Empieza a contarnos que han ido a una especie de parque para hacerse fotos al atardecer, que le van a quedar chulísimas para la colaboración con la marca y bla, bla, bla…

Sí, vale, pero ¿te has enterado de que tu novio te está poniendo los cuernos? Creo que esa es la pregunta que a todas nos ronda por la cabeza mientras Maca habla y habla sin parar, como siempre.

Nos miramos unas a otras disimuladamente, pero dudo mucho de que Bea pueda disimular por más tiempo. La tensión en el ambiente se corta con un cuchillo.

—¡Ah! ¡Y no os lo perdáis! Que, según las redes, Fer me pone los cuernos —añade Maca a su monólogo riéndose, como si fuera lo más gracioso del mundo.

Creo que todas nos quedamos igual de blancas que las paredes del piso de Simo.

—Tía, ¿te hace gracia? Lo hemos visto hace un rato y no sabíamos cómo decírtelo… —responde Bea, quien no aguanta más la presión y revienta. Puedo notar como su pecho se desinfla y respira algo más aliviada.

—Tía, ¡es la novia de mi cuñado! —contesta Maca que aún sigue riéndose—. Ayer la acompañó a comprar un regalo para el cumpleaños de su hermano, yo no pude ir porque la tienda estaba a reventar.

Ahora todas soltamos aire, aliviadas de escuchar las palabras de Maca. ¡Vaya angustia más innecesaria! Cómo si no tuviera bastante con mi movida personal…

—¡Qué alivio, coño! —exclama Simona echándose hacia atrás en una de las butacas del salón.

—¿En serio pensabais que Fer me ponía los cuernos? —pregunta mi prima cambiando el tono a uno más serio e indignado—. Tía, pero si tú conoces a mi cuñada, te la he enseñado en fotos de las fiestas de navidad en casa de mis suegros… —me dice mirándome y señalándome con la palma de la mano hacia arriba.

Lo admito, soy culpable de tener una memoria de pez.

—*Gordi*, yo que sé, me enseñas fotos con tanta gente que… ¡no me puedo quedar con todas las caras! —le contesto alzando ambos brazos en señal de derrota.

—Bueno, no pasa nada, ha sido un malentendido y ya —contesta Paula sonriente, siempre tan pacífica.

—Sí, claro, como no es tu novio del que piensan que es un infiel, guapa… —contesta mi prima, que aún sigue indignada.

Paula y yo nos miramos porque ambas sabemos lo que la otra sabe. De repente, la tensión vuelve a palparse y le doy un trago a la copa de vino pensando en otro tema del que hablar.

—Eso, ¿con quién estabas anoche, *zorrilla*? Que no quisiste salir conmigo de copas… —le pregunta Simona a Paula.

Demasiado tarde, ya estamos de mierda hasta el cuello.

27. Confesiones y vino

Lucía

Observo cómo Paula me busca con la mirada, pero no puedo mirarla a los ojos. De lo contrario, acabaré yo misma confesando su secreto ante la presión.

—Pues… con un tío que conocí en el trabajo, nada serio —contesta ella para restarle importancia.

También le da un trago a la copa y ahora mira hacia otro lado. Pero sus mejillas, rojas como tomates, la delatan.

—¿Nada serio? Venga ya, ¡desembucha por esa boquita! —exclama Bea tratando de picarla.

Noto que Paula se agobia cada vez más y me gustaría echarle una mano, pero no creo que sea asunto mío. Ya somos lo suficientemente mayorcitas para dar explicaciones sobre nuestra vida sexual/sentimental, así que esto es cosa de ella.

—Está bien… —responde dejando la copa en la mesa, agacha la cabeza y la hunde entre las dos piernas para taparse con los brazos. Se avecina drama del gordo—. Estuve con Gabri. Y antes de ayer también…

¡BUM! Bombazo reventado.

—¿¡Estuviste con mi hermano!? —exclama mi prima asombrada—. ¿¡Otra vez!? Joder, tía, ¡no aprendéis ninguno de los dos! Y tú —me señala como si yo fuera a solucionar el mundo—, échame una mano.

—Bueno, es que… —respondo haciendo un mohín y mirando hacia un lado sin saber dónde meterme— yo ya lo sabía.

—¿¡Que tu ya lo sabías!? —exclama mi prima, acrecentando su nivel de indignación. Simona y Bea observan estupefactas la situación sin atreverse a abrir la boca por si se llevan parte del cabreo de Maca—. ¿Y por qué no me has dicho nada?

—A ver, Maca, tranquilízate —respondo dejando la copa en la mesa—. Ayer por la mañana, tu hermano estuvo en mi casa. Almorzó con mi madre y conmigo, y se sentía algo… raro. No sabía muy bien qué le estaba pasando, así que se desahogó con nosotras y nos lo contó —añado haciendo un aspaviento con la mano—. Le dije que le cortaría los huevos si Paula volvía a llorar por él y me prometió que no iba a ser así.

—¿Le dijiste que le cortarías los huevos? —me interrumpe Simona con una ceja levantada—. Esa expresión no es propia de ti…

—Bueno, le dije algo parecido, pero más suave… —contesto con un chasquido de lengua.

—¿Y qué le pasa exactamente al cabronazo de mi hermano? —me pregunta mi prima frunciendo el ceño y clavándome la mirada de forma muy penetrante.

—Pues que se está enamorando de esta tía —le respondo señalando a Paula.

Mi amiga todavía tiene la cabeza metida entre los brazos y las piernas, pero al escucharme, la levanta y me mira incrédula como quien escucha que ha ganado la lotería, pero no está seguro de si es verdad o no.

—¿Qué has dicho? —me pregunta pasmada cuando consigue hilar palabras—. Tampoco será para tanto…

—Lo que oyes, *chata* —le respondo llevándome un trocito de queso a la boca—. No sé qué le ha pasado o qué clase de Dios le ha hecho abrir los ojos, pero parece que se ha dado cuenta de que eres una tía que vale la pena —añado con una media sonrisa que se me escapa. No puedo evitar alegrarme al saber que pueden estar juntos—. Te ha costado unos, mmm… ¿doce años?, ¿trece? ¡No sé! El caso es que lo tienes *in love* y eso ya es mucho decir con Gabri.

—¡Esto sí que es fuerte!, y no los cuernos ficticios de esta —añade Bea riéndose y señalando a mi prima, quien le pega un pequeño empujón sobre el sofá.

—Yo es que todavía estoy alucinando… —dice mi prima en una especie de enajenación mental transitoria—. Mi hermano tiene sentimientos. ¡Increíble, pero cierto!

—¡Oye, guapa! Que, los que no queremos nada serio, también nos llega el momento —responde Simona—. El mío aún no ha llegado, pero supongo que será cuestión de tiempo —añade llevándose la copa a la boca—. ¿Verdad, *gordi*? —pregunta dirigiéndose a mí.

—Supongo que tienes razón… —respondo tratando de disimular que no tengo el pensamiento en ningún hombre en concreto.

Aparte de ser culpable por olvidadiza, también soy una pecadora por ocultar información.

—Pues, cuando os llegue el momento, aseguraos de que sus padres no van a tratar de dirigir vuestras vidas… —responde Bea.

—¿Otra vez? —pregunta Maca que parece haber salido de su asombro circunstancial—. Madre mía, chica, me doy con un canto en el pecho con los padres de Fer.

—Sí, hija, sí, dátelo —responde Bea resoplando y pone los ojos en blanco—. Anoche nos insinuaron que sería buena idea que ellos se mudaran para estar más cerca de nuestro piso por «si necesitábamos algo». Casi lanzo la cena por la ventana del agobio que me entró.

—¿En serio? ¡Acojonante! —responde Simona—. Deberías traer a esos señores a mi consulta para que tratemos ese síndrome del nido vacío antes de que acaben con tu relación.

—No sería mala idea porque, si es lo que se han propuesto, están a poco de conseguir que me harte del todo —contesta Bea.

—Bah, tía, seguro que solo se queda en una conversación —le digo.

—No conoces a esa gente. Si pudieran ponerle la ropa a Dani por las mañanas para ir a trabajar, como si tuviera cinco años, te aseguro que lo harían —me responde fastidiada—. Lo único que pido es no dar explicaciones de lo que mi novio y yo hacemos.

—Tía, ahora te voy a hablar como profesional, no como amiga: habla con Dani y deja claros los límites o vuestra relación se va a resentir mucho —le dice Simona.

—Si ya lo hemos hablado mil veces, pero no sirve de nada… —contesta Bea soltando un resoplido aún más grande que el anterior—. Estoy un poco harta de decirle siempre lo mismo.

—Pues dale un ultimátum —añade Paula que por fin ha salido del pensamiento de un mundo ideal con mi primo—. Total, al final acabará pasando, quieras o no… En algún momento tendrá que decidir cuál es su prioridad.

—Quizás tienes razón… —contesta Bea—, pero tampoco quiero ponerlo en esa situación. Es incómodo.

—Ya… —le digo—. Creo que, por tu bien y el de tu relación, deberías hacerlo.

Bea no contesta, se limita a poner una mueca de resignación y cambia de tema. Se nota que le afecta tanto como para no querer ni hablarlo. Me consta que quiere muchísimo a Dani, están muy enamorados el uno del otro. Cuando se fueron a vivir juntos, le costó sangre, sudor y lágrimas que sus padres lo aceptaran. No obstante, el hecho de que él mantenga esa relación paterno filial tan tóxica no les deja avanzar.

—Por suerte, tú no tendrás ese problema cuando te compre el Satisfyer —me dice con sarcasmo para desviar el tema hacia otros derroteros.

—No me hace falta —contesto—, estoy bien servida.

Genial, ha llegado el momento de declararme culpable una vez más, de abrir la caja de Pandora y confesar toda la perversión de la que he disfrutado durante el fin de semana.

—¿Perdooona? —pregunta Bea parpadeando sin parar con los ojos fijos en mí.

Por la reacción de las demás, piensan que estoy de broma. Ninguna reacciona más allá de lo normal.

—Ayer me acosté con Marc —respondo mirándome las uñas de ambas manos algo ruborizada—. Bueno… ayer, en la madrugada, esta mañana…

—¡¿Qué?! —exclama mi prima dando un saltito en el sillón, ahora sí se ha dado cuenta de que lo digo en serio—. Pero ¡¿qué coño ha pasado este fin de semana?! ¡Y yo pensando que sería la diana con mis cuernos ficticios! ¡Manda narices!

—Y yo pensando en gastarme dinero en un cacharro de batería cuando ya tienes tu propio *aparato* en el que montar… —añade Bea indignada.

—¿Marc? ¿El chico que estuvo en el hospital? —pregunta Paula acercándose un poco más, como si eso la ayudara a enterarse mejor.

—Ajá… —contesto con un sonidito casi sordo.

—¡Esa es mi chica! —exclama Simona—. ¡El tío está buenísimo! Incluso pensé en entrarle, pero me di cuenta de que le gustabas y te cedí el paso —añade moviendo las cejas arriba y abajo —. ¿Está potente en todos los sentidos?

—Joder, tía, esas cosas no se preguntan… —responde Paula algo abochornada.

Es a la única que aún le quedan resquicios de la educación católica que recibimos en el colegio hasta la secundaria, todavía le da reparo hablar de sexo.

—Tranquila, a ti no te lo pregunto porque la hermana de tu chico está entre las presentes, porque si no ¡te cagas! —le contesta Simona entre risas y Maca casi la fulmina con la mirada mientras que Paula le tira un cojín que consigue esquivar—. Venga, ¡cuéntalo todo!

—A ver, tranquilidad —respondo ante la insistencia de más datos sobre el nuevo giro de mi vida sexual—. En primer lugar, sí. En todos los sentidos… —añado con una mezcla rara de orgullo y bochorno—. Y en segundo lugar, aunque no me habéis preguntado, quiero aclararlo, hemos decidido dejarlo fluir. Sin presiones ni etiquetas ni esas cosas…

—O sea, que acabará de dos maneras: o terminái fatal porque uno querrá ir un paso más allá y el otro no, o por el contrario, y lo que yo quiero que pase, terminaréis bien porque ambos os daréis cuenta de que os gusta estar juntos —aclara mi prima sacando ella sola sus propias conclusiones en base a su corto recorrido sentimental y apuntándome con el dedo de la mano en la que tiene la copa.

—Bueno, tampoco la agobies, solo han follado un par de veces, tía —contesta Bea.

—A ver, no es solo sexo… —respondo más avergonzada—. Me gusta mucho cómo es, cómo me trata y, aunque cuando lo conocí pensé que era un capullo integral, me he dado cuenta de que no es así… y por lo que pude intuir en él, yo también le atraigo en plan *atracción mental*.

Nunca he sabido cómo definir ese punto en el que dos personas conectan más allá del físico, pero sin que haya amor. *Atracción mental* es lo mejor que se me ocurre.

—Pues mi teoría cobra más fuerza con esas declaraciones, *chata*… —responde mi prima levantando una ceja—. Aunque ya te dije lo que opinaba, que fueras con cautela…

—Pero vosotros habéis quedado en fluir, ¿no? ¡Pues ya está! —añade Paula sonriente y me

guiña un ojo.

—Oye, ¿y te habló de su exmujer? —me pregunta Maca. Ya sabía yo que el tema no pasaría desapercibido—. Tranqui, Gabri me lo contó —añade cuando ve mi cara de circunstancia al no entender cómo se ha enterado de eso.

—Maldito chismoso… —rebufo.

—¡Eh! —exclama Paula.

Vaya, qué bien. Ahora mi primo tendrá dos defensoras cuando quiera meterme con él.

—Me contó lo que le pasó y, bueno, no es que lo viera cómodo, pero me dijo que antes de hacer nada conmigo necesitaba contármelo —respondo encogiéndome de hombros.

—Ohh… —suspira Bea—, pero ¿qué pasó?

—Su mujer le puso los cuernos con su mejor amigo un mes después de casarse —contesta mi prima antes de dejarme hablar—. Ah y, por lo visto, ¡llevaba haciéndolo tres años!

—¡Joder! ¿Y para qué coño se casó con él? —pregunta Bea.

Yo me encojo de hombros y le hago una mueca de ignorancia total.

—Bueno, poner los cuernos tampoco es un delito… —añade Simona.

—De hecho, sí que lo es en algunos países árabes —contesta Paula riéndose de ella y se lleva un cojinazo en la cara.

Después de contarles la historia de Marc con su exmujer mientras devoramos el sushi —que también he tenido en exceso durante este fin de semana—, Simona da su perspectiva más profunda acerca de la infidelidad. Bea, Maca y Paula casi se la comen rebatiendo todo lo que decía.

También bromeamos acerca de dónde dormiría Paula esta noche, si en su casa o en casa de mi primo —al final duerme en su casa— y, a las once y media, nos despedimos en la puerta de Simona para irnos por nuestros respectivos caminos.

A los diez minutos de llegar a casa, escucho a mi madre abrir la puerta de la entrada. Hoy no habría mucha gente en el restaurante, dado que los domingos suele llegar sobre la una de la mañana. Le cuento alguna que otra novedad, los cuernos ficticios de Maca y poco más.

Estoy tan cansada que me doy una ducha rápida, me peleo con el secador cuando intento sacarlo del armario del baño, y me pongo el pijama. Al acostarme vuelvo a darle vueltas a todo lo que hemos charlado esta tarde sobre Marc.

¿Simona tendrá razón y la infidelidad es algo normal? Eso me lleva a recordar cuando Aitor me dijo que me quería y que quería volver a intentarlo, pero que se sentía culpable por lo que me hizo. Tal vez no debí comportarme con él de esa manera tan tajante.

¿Qué habría pasado si lo hubiéramos vuelto a intentar? Tal vez me habría vuelto a poner los cuernos, o tal vez no. Quién sabe… Esa duda me quedará eternamente. Aunque creo que, si lo hubiéramos vuelto a intentar, los dos habríamos tratado de estirar la relación de una forma tóxica, solo por el miedo de no volver a estar juntos. Quizás habría sido peor. Tal vez dejarlo sí que fue la mejor decisión.

Pero ¿qué coño hago pensando en Aitor? A veces divago tanto que no entiendo por qué llego hasta puntos tan extremos… Lo que está claro es que, si hubiéramos estirado la relación como un chicle venenoso, no habría vivido lo que he vivido este fin de semana con Marc. Cojo el móvil y, por un momento, dudo en si escribirle un mensaje de buenas noches.

Creo que será mejor seguir fluyendo y no agobiarnos, así que me voy a dormir. Mañana tengo que madrugar para ir a la pastelería de nuevo…

28. De buena mañana

Son las ocho y cuarto. Bea termina de maquillarse y se pone los zapatos para ir a trabajar. Dani aún está en la ducha.

—Cariño, me voy —le dice asomándose a la puerta del baño.

—Vale, mi amor, hasta después —responde él desde la ducha.

—Te quiero.

—¡Y yo a ti!

Cuando sale de casa, se enciende un cigarrillo y empieza a andar hasta la oficina, entonces, no puede evitar pensar en el ultimátum que Paula le sugirió…

Lucía

—¡Buenos días! —escucho por encima del mostrador. Estoy tan absorta en recoger la taza que se ha hecho añicos que ni siquiera me he percatado de que Marc ha abierto la puerta de la pastelería y ha entrado—. El trabajo te va a salir caro como sigas rompiendo la vajilla…

—Já, ¡qué gracioso se ha levantado el señorito! —le respondo y me levanto del suelo para tirar los trocitos de cerámica que llevo en el recogedor. Me giro hacia el mostrador, pero casi no me da tiempo a darme la vuelta porque lo tengo pegado a mí agarrándome por la cintura—. Te vas a librar de una bronca por meterte aquí dentro solo porque aún no hay nadie en la pastelería… —le respondo con la boca casi pegada a la suya.

Él sonríe, me atrae hacia su cuerpo y pega sus labios a los míos para besarme, mete su lengua dentro de mi boca y, por unos segundos, noto cómo mi entrepierna se está dando cuenta de que está muy cerca. Joder… sí que empieza bien el día.

—Si no estuviera la puerta abierta, te subiría ahora mismo sobre el mostrador y te quitaría toda la ropa —me dice separando nuestros labios de una forma casi aterciopelada y sensual.

—No creas que no entra dentro de mis planes —respondo alejándome un poco de la tentación —, pero… te recuerdo que estoy cubriendo a mi tío en su puesto de trabajo, así que le debo un respeto —le añado, señalándole el otro lado de la vitrina para que salga fuera.

No es mi intención cortar el rollo, al contrario, me subiría yo misma. Pero las tres señoras están a punto de entrar por la puerta y no quisiera que le llegara a mi tío ningún chisme fuera de lugar. Marc me sonríe y levanta las manos en señal de rendición. Me da un beso fugaz, se pone al otro lado y le devuelvo la sonrisa.

Justo al instante, como si las hubiera invocado, entran las tres señoras por la puerta, nos dan los buenos días a ambos y se sientan en su mesa de siempre.

—¿Lo de siempre, caballero? —pregunto en voz alta disimulando delante de las señoras. Él esboza una carcajada y asiente con la cabeza.

Me giro hacia la cafetera para preparar su café y el de las señoras, pero cuando me vuelvo a dar la vuelta, ya no está. Se ha sentado en la mesa sin esperar a que le sirva el desayuno. ¿Se habrá molestado? Coloco en la bandeja la comanda de las *jovenzuelas* y me dirijo hacia su mesa para servirles.

—Creo que le gustas a ese chico —me dice la señora del pelo blanco en un tono de voz muy bajo y poniéndose la mano sobre la boca para que Marc no se percate.

—No, no creo… —le respondo en el mismo tono y sonrío.

Espero que no se note la mentira y que no sea pecado engañar a una señora mayor adorable, sino iré derechita al infierno. Aunque, bueno, ya iba desde hace rato…

—Uy, sí, sí… yo también lo creo —añade la del pelo castaño en el mismo tono de voz de forma disimulada.

Me río siguiéndoles el rollo y les sirvo el desayuno con extra de cortesía para que no se note demasiado que estoy mintiendo como una bellaca. Luego cojo la bandeja de Marc y me dirijo hasta su mesa.

—Esas señoras de allí dicen que te gusto —le digo poniéndome en su lado de la mesa para dejarle la taza.

Me tomo mi tiempo; coloco el plato, la taza sobre este, la cuchara, el sobre de azúcar, la servilleta y, por último, el *brownie*. Todo lo hago a un ritmo lento para seguir un ratito más cerca de él. En un par de minutos se irá a trabajar, y a saber cuándo volveremos a estar cerca.

—Puede que tengan razón… —me contesta subiendo la mano despacio, por la parte posterior de mi muslo izquierdo, hasta llegar a mi nalga y la aprieta muy suave.

Trago saliva y ahogo un leve gemido que está a punto de salir de mi garganta. Me acaba de poner el corazón a mil por hora.

—Dios… no vuelvas a hacer eso, tengo muy poco autocontrol —le digo en voz baja y entre dientes con una sonrisa para que nadie sospeche.

—Eso me aporta cierta ventaja —me contesta con un susurro de lo más tentador y *sexy*.

Me llevo la mano libre a la parte baja del cuello. Lo hago en un acto reflejo para comprobar que aún sigo teniendo pulso. Con la otra mano, cojo la bandeja de la mesa y vuelvo a la parte trasera del mostrador. ¡Madre mía! Si la pastelería no se llenara de gente a esta hora, me lo llevaría al almacén y lo pondría contra la cámara frigorífica. A ver ahora quién aguanta todo el día con el calentón que me ha dejado…

Se pasa unos diez minutos de reloj desayunando con toda su paciencia, mira el móvil, también hacia la ventana y hacia mí cada dos por tres. Cada vez que lo hace, siento un pequeño cosquilleo en el cuerpo. Cuando termina, se levanta, se coloca la chaqueta y sale por la puerta con un simple «Hasta luego» y un guiño de ojo.

¡Por favor! Qué tortura más húmeda acabo de sufrir.

De pronto, suena mi móvil en el bolsillo del delantal con un mensaje:

Marc:
Me gustaría comprobar hasta qué punto llega tu capacidad de autocontrol.

¿Piensa seguir torturándome durante todo el día?

Lucía:
Hasta límites insospechados.

Marc:
¿Te apetece que almorcemos juntos y lo comprobamos?

Lucía:
Uy... siento aguar la fiesta, pero a mediodía me tengo que pasar por el hospital.

Le contesto tratando de hacerme la dura. En realidad, puedo prescindir de la visita a mi tío, pero quiero comprobar hasta qué punto llegan las ganas de Marc por tocarme. Me gustaría saber si llegará al mismo punto que yo…

Marc:
Vale, no entraba en mis planes comer en el hospital, pero... ¡nos vemos allí! ;)

¿En serio? ¿Piensa ir hasta el hospital para comer conmigo? No, no… mis primos estarán allí y le harán preguntas. Prefiero obviar ese trance.

Lucía:
No, mejor nos vemos esta noche cuando salga de la pastalería.

Pasa la mañana y aún no me ha contestado. Tal vez tenga mucho lío en el trabajo… pero ¿tanto como para no mirar el móvil? Me extraña, ni que fuera el presidente del gobierno en el debate de la nación…

29. El factor sorpresa

Lucía

A las dos menos cuarto, llego al hospital. Cuando entro en la habitación, me quedo tan aturdida que parece que me ha dado algo.

—¡Lu, cariño! Pasa, ¡mira quién ha venido a ver a tu tío! —me dice la tía Bibi desde los pies de la cama.

Es Marc y está sentado en la silla que hay junto a la cama de mi tío, mirándome con una sonrisa de «yo no he sido» y una mirada de *bajabragas* que no puede con ella. No sé ni qué hacer. ¿Sonrío? ¿Me hago la seria? Joder, ¡no contaba con este factor sorpresa!

—Hola… —respondo poniéndome cada vez más roja y me acerco un poco hasta ellos. Le doy un beso a mi tía, otro a mi tío y me quedo de pie al otro lado de la cama.

—Hola, Lucía —responde Marc poniendo media sonrisa y arqueando un poco una ceja cuando se percata de que no me acerco para saludarlo.

—¡Hola! ¿Qué haces por aquí? —le pregunto con algo de bochorno sin saber ni dónde poner las manos.

Me entra un calor por todo el cuerpo que tengo que quitarme hasta la chaqueta.

—Pues… había quedado para almorzar, pero me han dejado tirado, así que pensé que sería buena idea aprovechar la oportunidad para visitar a tu tío —me responde con algo de indignación en sus palabras.

—Vaya, qué majo —le contesto irónica con una sonrisa aún más irónica. ¡Yo no lo he dejado tirada!—. Y tú, ¿qué? ¿Te han dicho algo? —le pregunto a mi tío apoyando la mano en su hombro.

—¡Ah, sí! Justo estábamos hablando de eso —contesta sonriente y ajeno a la tensión sexual que se percibe en las miradas entre Marc y yo—. El doctor pasó hace un rato y me ha dicho que me operan el jueves por la mañana —añade alegremente.

—¡Genial! Qué bien, ¿no? ¡Por fin vas a volver a casa y dejarás de quejarte de la comida de aquí! —le contesto contagiándome de la alegría que reboza.

Por fin buenas noticias.

—¡La sopa es insípida y la carne parece plástico! —me responde mi tío con cara de asco—. ¡Estoy deseando comerme un buen guiso casero! —añade mirando a mi tía.

—Para eso aún tienes que esperar un poco —le contesta ella dándole una palmadita en la pierna—. Oye, Lu, ¿por qué no acompañas a este chico para que coma algo? ¡Ya que se ha tomado las molestias de venir hasta aquí! Os acompañaría, pero he comido hace poquito…

Genial, mi tía tratando de hacer de celestina cuando Julieta hace rato que tuvo que cambiarse de bragas por culpa de Romeo.

—Pues… vale —contesto intentando mantenerme firme en mi posición de hacerme la interesante—. Si le agrada la comida de la cafetería del hospital, no hay problema.

Le dedico a Marc una sonrisa de cortesía. No puedo reprimirme, me jode bastante que diga que lo he dejado tirado. ¡Ni siquiera habíamos quedado!

—No es una estrella Michelín, pero no está nada mal —me responde poniéndose en pie.

Se coloca la chaqueta del traje gris marengo que lleva puesto y hace lo mismo con el pantalón. A juzgar por la indumentaria que lleva, sospecho que ha tenido alguna reunión de esas importantes de señores publicistas, editores y cosas de esas que yo no entiendo. ¿Quizás por eso no ha contestado a mi mensaje? Lo dudo, ¡siempre hay hueco para escribir un mensaje breve!

—¡Está bien! —respondo y me giro hacia mi tío—. Nos vemos en un rato —le digo dándole un beso en la frente.

Me giro y empiezo a andar hacia la puerta de la habitación. Noto que él va detrás de mí, pero no me paro en el pasillo. Sigo andando hasta el ascensor y, cuando se abre la puerta, entramos. Una vez estamos en el interior, nos miramos y él se dirige hacia mí, empujándome despacio contra la pared y se pega a mi cuerpo.

—¿A qué ha venido ese plantón? —me pregunta con los labios tan cerca de los míos que el roce me hace cosquillas.

Sube la mano por mi muslo hasta mis caderas para pegarme a él.

—¿Plantón? ¡Ni siquiera habíamos quedado! —le digo impasible, sin mover un músculo del cuerpo y arqueando una ceja.

A pesar de que intento no moverme, mi cadera se contonea para pegarse más a él.

—Algo me dice que *sí* querías quedar conmigo —responde con una sonrisa de las *sexys*.

—¿Sabes? Yo también quería ver hasta dónde llegaba tu autocontrol, pero visto lo visto… —le respondo aún sin moverme y dirigiendo la mirada hacia su entrepierna, que quiere salir de su ropa interior.

—Yo nunca dije que tuviera autocontrol… —contesta apretando su mano en mi nalga y se me escapa un pequeño jadeo.

De repente, las puertas del ascensor se abren y tenemos que separarnos rápido. Dos enfermeras están al otro lado de la puerta, así que para disimular lo máximo posible, salimos los dos de allí.

—¡Ven! —dice Marc.

—Pero ¿qué…?

Tira de mi cintura y nos metemos en lo que parece el baño para personas con discapacidad. Cierra la puerta y pasa el pestillo. Se gira hacia mí y vuelve a agarrarme por la cintura para pegarme a él y apoyarme contra la cerámica. Acerca su boca a la mía y empieza a besarme lascivamente; la boca, el cuello, la mandíbula, mi escote…

¡Se acabó! ¡Me rindo! A la mierda el autocontrol.

Subo las manos hasta el cuello de su camisa y abro los primeros botones para seguir el mismo recorrido con mi boca que él. Pone una mano sobre mi pelo y, con la otra, sigue apretándome por la parte baja de la espalda contra él.

Noto cómo su erección sigue ahí, pero no tiene intención de irse sin más. Se me cae el bolso al suelo haciendo un ruido sordo contra las paredes de cerámica del baño y se me escapa una pequeña carcajada.

—¿De qué te ríes? —me pregunta.

—De que no es posible que estemos en el baño de un hospital metiéndonos mano —contesto y le muerdo el labio inferior.

—No vamos a meternos mano —me contesta en un tono casi obsceno—, vamos a follar.

Madre mía, si pensaba que mi termostato interno estaba al límite de calentura, acaba de estallar y necesita un recambio. Marc vuelve a besarme y baja las manos hasta la cinturilla de mi pantalón vaquero para desabrocharlo. Mete la mano dentro de mis bragas y llega con un dedo

hasta mi entrepierna para realizar círculos tan lentos que me hace temblar. Inclino la cabeza hacia atrás, apoyo ambas manos a los lados del lavabo y los jadeos empiezan a ser cada vez más seguidos. Él me besa el cuello y el escote de una forma jodidamente erótica.

De repente, para y me pide que me dé la vuelta para estar frente al espejo. Lo hago y noto cómo intenta —sin mucho éxito— bajarme los pantalones; los vaqueros *slim fit* nunca son fáciles de quitar. Le echo una mano y yo misma los bajo hasta dejarlos a la altura de mis rodillas; lo suficiente para que pueda abrir las piernas y acabe con esta agonía de vicio incontinente.

Noto cómo desabrocha su pantalón y me inclina suavemente hacia delante.

—Sigo pensando en que quiero esto todos los días… —me dice al oído con una voz ronca que me sube otro tono.

Saca un preservativo del bolsillo de la chaqueta, rasga el envoltorio, lo deja sobre el lavamanos y se lo coloca. Percibo su erección rozando mis nalgas al borde de mi braguita brasileña. Con la mano derecha, la echa hacia un lado, se agacha para encajarse a mi cuerpo y, muy lentamente, se mete dentro de mí.

Entra y sale una y otra vez, ahogando gemidos en su garganta, sin embargo, yo no puedo reprimirlos y se me escapan en un tono casi imperceptible.

—Inclínate un poco más —me dice al oído apartando el pelo de mi cuello para besarlo.

Me inclino más hacia delante y noto que se mueve con más facilidad. Despacio y suave. Parece que dos días han sido suficientes para que haya aprendido lo que me gusta. Mete su mano entre mi cuerpo y la cerámica hasta llegar a mi entrepierna y empieza a tocarme al mismo ritmo que entra y sale de mí. ¡Esto es un placer de dioses! Con la otra mano, agarra fuerte mi cintura clavando los dedos en ella, y yo mantengo mis manos apoyadas sobre el lavabo para no caerme.

—No puedo aguantar mucho más… —le susurro casi sin aire entre jadeos.

—No hace falta que aguantes —me contesta inclinándose a mi oído—. Quiero que te corras cuando quieras.

En menos de cinco segundos, alcanzo el clímax de una forma brutal. Siento tanto placer dentro de mí que llevo mis manos hasta su culo y lo aprieto fuerte contra mi cuerpo permitiéndome ver su cara de placer a través del espejo. Eso hace que acabe de irme del todo. Me vuelvo a agachar hacia adelante para facilitarle los movimientos una vez que yo he acabado. Él se inclina conmigo y sigue moviéndose dentro y fuera de mí.

—Me voy a correr —me susurra al oído.

Enseguida, esboza un jadeo de placer apretando los dedos de sus dos manos fuertemente contra mi cadera y dejándose caer extasiado sobre mi espalda.

Dios mío, ¿qué acaba de pasar? Jamás en la vida me habría imaginado que tendría sexo en el baño de un hospital. Ojalá me lo hubieran dicho esta mañana, al menos me habría preparado un poco mentalmente para la vorágine morbosa que acabo de vivir.

—El vaquero no facilita mucho estas cosas —me dice colocándose la camisa por dentro del pantalón.

—Ah, sí, perdona… Fallo mío, debería haberme vestido esta mañana para follar contra el lavabo de un hospital —le contesto irónica revolviéndome el pelo en el espejo y me doy la vuelta de nuevo hacia él. Me agarra de la cintura y me pega a su cuerpo de nuevo.

—Estás preciosa —me dice dándome un tímido beso en los labios que nada tiene que ver con todo lo que ha pasado antes.

—No intentes arreglarlo con cumplidos —le contesto con una pequeña risa—. ¿Te importa? —le digo señalando el váter—. Necesito hacer pipí.

—Oh, sí, claro —responde aturdido. Creo que no esperaba esa respuesta tan banal por mi parte ante unas palabras bonitas—. Te espero fuera.

Abre la puerta del baño y, antes de salir, se cerciora de que no haya nadie en el pasillo que lo vea y saque conclusiones de lo que ha pasado aquí dentro.

Al cabo de unos minutos, como si no hubiera pasado nada, salgo por la puerta del baño. Me acerco a Marc, le doy un toquecito en el brazo y empezamos a andar hacia la cafetería.

—¡Me moría de hambre! —le digo al terminar de comer un plato de carne con patatas.

—No me extraña, has hecho cardio en *ayunas* —me contesta riéndose y se pasa la servilleta por la boca. Cojo un trocito de papel y se lo lanzo, pero consigue esquivarlo antes de que le dé—. ¿Sabes qué? Si tuviera un hijo, me encantaría que tuviera unos ojos como los tuyos.

¡Hostias! Así, sin anestesia. Esto está cogiendo un ritmo algo arriesgado…

—¿Quieres tener un hijo conmigo? —le pregunto parpadeando incrédula.

Él se echa a reír.

—¡No he dicho eso! Solo te estaba haciendo un cumplido, ya sabes… por tus ojos —responde nervioso con media sonrisa.

—Ah, bueno… se te da muy bien escribir, seguro que las palabras bonitas te salen con mucha facilidad —respondo para hacerme la digna, pero por dentro me he derretido un poco.

—Las palabras bonitas salen cuando la persona correcta o la situación te inspiran.

Ahora sí, me he derretido del todo. Mi corazón de hielo es un vasito de agua que rebosa minicorazoncitos. Noto cómo las mejillas se me ruborizan y el calor llega a ellas.

—¿Vamos? —me pregunta sonriendo al darse cuenta de que me he puesto algo nerviosa.

Asiento con la cabeza y nos levantamos de la mesa para volver a la habitación. Cuando estamos en el ascensor, nos acercamos para besarnos. Él levanta la mano y la pasa por mi pelo, justo por debajo de mi oreja y una especie de hormigueo me recorre desde el final de la espalda. Nos fundimos en un beso tan tierno y delicado que no nos damos cuenta de que hemos llegado y la puerta del ascensor se ha abierto.

—Ejem… —carraspea alguien desde el otro lado de la puerta.

Mierda… es mi prima, con Fer detrás de ella.

30. Chiqui

Lucía

En estos momentos no sé dónde meterme…

—Maca… —le digo reponiéndome. Marc y yo nos alejamos el uno del otro e intentamos disimular, pero creo que ya está todo el pescado vendido—, ¿qué tal?

Salimos del ascensor y me acerco a saludarlos.

—No tan bien como tú, por lo que veo... —me dice arqueando una ceja para molestarme—. ¿Venís de comer? —pregunta.

Creo que ha reparado en que ya no estamos en esa edad de molestarnos la una a la otra con el chico que nos gusta.

—Sí, ¿y vosotros? —le pregunto para desviar el tema lo máximo posible—. Ah, por cierto —añado en cuanto me percato de que hay dos personas más ahí aparte nosotras—, él es Marc. Marc, este es Fernando, el novio de mi prima. Creo que la otra vez no os presenté en condiciones —les digo señalando a uno y a otro.

Ambos se dan un apretón de manos y se saludan, Maca aprovecha para cortar un poco la tensión y le da dos besos.

—Nosotros vamos a comer ahora, se me ha hecho un poco tarde en la tienda —me dice mi prima.

—Bueno, pues… ¡nos vemos cuando subáis! —exclamo sonriente poniéndome el pelo detrás de la oreja.

—Vale, *chiqui*, ahora nos vemos.

Mi prima y Fer entran en el ascensor y desaparecen de nuestra vista cuando las puertas se cierran.

—¿*Chiqui*? —me pregunta Marc entre risas cuando caminamos por el pasillo.

—Sí, así es como me llaman mis primos. Son las desventajas de ser la más pequeña de los tres —contesto abochornada.

Nunca me ha molestado que mis primos me llamen con ese mote cariñoso, pero ahora que lo pienso, suena un poco ridículo.

—Ah, vale —responde él—. Entiendo, *chiqui* —añade riéndose y haciendo hincapié sarcástico en la palabra.

Le doy un manotazo en el hombro y él me agarra por la cintura para darme un beso en la cabeza antes de entrar a la habitación.

—¿Qué tal? ¿Ya habéis degustado el menú selecto? —pregunta mi tío cuando nos ve entrar por la puerta.

—Sí, delicioso —contesta Marc—, nada que envidiar a una buena marisquería —añade riéndose—. Creo que va siendo hora de irme, en la oficina empezarán a llamarme sin parar —dice sacando el móvil de su bolsillo.

—Claro, ya has hecho bastante con venir hasta aquí —le dice la tía Bibi levantándose del sillón para despedirse—. No tenías que haberte molestado —añade poniéndole las manos en los antebrazos de forma cariñosa—. Cariño, esta semana, no dejes que pague ningún desayuno en la

pastelería, ¿vale? —me dice mi tía volviéndose en mi dirección.

—Oh, sí… por supuesto. —Si mi tía supiera que ya me está pagando en carnes…—. ¡No le cobraré ni un céntimo!

—¡Me vais a dejar pérdidas a este paso! —exclama mi tío entre risas.

Marc se despide de ellos y se acerca hasta mí para despedirse con un beso en la mejilla. Quiere camuflar todo lo que hay entre nosotros, pero cuando se acerca, no puedo evitar subir mi mano con disimulo por debajo de su chaqueta hasta su espalda y tocarle de nuevo sin que nadie se percate de lo que hago.

Sale por la puerta y, sin ser consciente de ello, me quedo con una sonrisa tonta en la cara y una sensación de mariposillas volando alrededor de mí.

—Te gusta el chico, ¿verdad? —me pregunta mi tío sacándome de mi visita exprés al país de las maravillas.

—¿A mí? ¡Qué va! —respondo con un chasquido mirando hacia otro lado, pero el rubor de mis mejillas me delata—. Es un buen chico y me cae muy bien, pero nada más.

—Ya… —añade mi tía pasando las hojas de una revista que, de repente, tiene entre manos y arquea una ceja.

—No te negaré que me alegraría mucho si pasase algo entre vosotros —contesta el tío Pedro.

¿Puedo pensar que está feliz, aunque no sepa lo que está pasando entre los dos? Le dedico una sonrisa.

—Te avisaré si eso pasa —respondo cómplice.

¿O es que acaso ya está pasando?

31. Viento en popa, ¿a toda vela?

Lucía

Hace dos semanas que operaron al tío Pedro. Por suerte todo salió genial y ya está en casa. Cuando llegó, le teníamos preparada una sorpresa de bienvenida. Maca y yo nos encargamos de decorar el piso con globos, un cartel gigante de *Bienvenido* y le escribimos una pequeña carta diciéndole lo mucho que lo habíamos echado de menos. El detalle lo emocionó tanto que, incluso, se le saltaron las lágrimas y eso es difícil de conseguir. Lo he visto llorar muy pocas veces en mi vida.

Ese día, las chicas se empeñaron en ir a casa para recibirlo, así que, por supuesto, no puedo obviar el detalle de que la relación de Gabri y Paula se hizo *formal* (he de admitir que los presionamos un poquito para que lo hicieran). Total, solo faltaba que Fer y mis tíos se enteraran, que no fue poco… Mi tía se alegró tanto que parecía que le importaba más que el hecho de que mi tío estuviera sano. Supongo que se alegraba porque alguien había conseguido meter en vereda a mi primo y quien mejor que Paula, que la conoce desde hace años.

Desde entonces, mi amiga ha venido a comer más que la propia Maca y, por todo el tiempo que pasan en el piso de Gabri, parece que vivan juntos. Me asusta un poco la rapidez de los acontecimientos, pero, bueno, hasta el momento les va bien y es lo único que importa.

A quien no le va del todo bien es a Bea con Dani. La noto demasiado desmotivada cuando habla de él, incluso evita el tema. Creo que la relación con sus suegros está causando más estragos de lo que ella esperaba…

Maca sigue en su vorágine de trabajo, *shootings*, publicidad y demás. En su línea, vamos. Menos mal que Fer tiene una paciencia infinita y, además, también le gusta el mundillo de las redes sociales, de lo contrario, ya no estarían juntos. El ritmo de vida de mi prima es agotador; entre la *boutique*, los eventos, pasar el día pendiente del móvil y exponiendo su vida, debe de generarle mucho estrés.

∞∞∞

En cuanto a Marc y a mí, estas dos semanas han sido tan surrealistas como indescriptibles. Surrealistas porque aún no me creo que, después de tanto tiempo sola, me esté pasando esto con un chico. Es inteligente, le gusta hablar de cultura, es guapo, tiene un cuerpo escultural, es amable, cariñoso, detallista, humilde, respetuoso, sabe expresar sus sentimientos sin miedo y folla como los dioses. Lo que viene siendo un partidazo.

Y lo de *indescriptible* se debe a que no sé aún cómo describir este ciclón de sensaciones y sentimientos que tengo por dentro. Me encanta pasar tiempo con él; hemos ido al cine y a cenar, he dormido en su casa muchos días, también me ha hablado de su familia, de sus gustos musicales y literarios. Lo hemos hecho como locos en la cama, en el sofá, en la ducha, por el suelo, en la alfombra de su salón, la cocina… Ha sido brutal.

Me resulta algo tan extraordinario que, por las noches, me pregunto cuánto tiempo durará esta

sensación. Está claro que todo va viento en popa en nuestra *relación*, si es que se le puede llamar relación, pero no sé si vamos los dos al ritmo que quisiéramos ir. O, mejor dicho, al ritmo que nuestros miedos nos permiten ir. Tal vez estamos acelerando y deberíamos de pisar un poco el freno, pero no es que yo quiera hacerlo. Me gusta ir con él a doscientos por hora, a pesar del miedo a que nos podamos estrellar.

Pero ese es el problema, que siempre aparece el dichoso miedo. ¿Por qué? No lo sé, creo que inconscientemente me viene a la cabeza lo mal que lo pasé con Aitor por ir demasiado rápido cuando formalizamos la relación. Enseguida conocimos a nuestras familias y, en menos de una semana, ya estaba metido en mi casa. Justo como le está pasando a Paula con mi primo.

A pesar de que intento esquivar ese dichoso fantasma del pasado, cuando siento que estoy siendo feliz de nuevo, aparece para advertirme…

32. El dilema de Simona

—¿Ya te vas? —pregunta Simona medio adormilada y revolviéndose entre las sábanas de seda de su cama.

—Sí, tengo que recoger a los niños en clase de piano —responde Nacho abrochándose uno a uno los botones de su camisa blanca impoluta y recolocándosela por dentro del pantalón.

—Oh, claro… está bien —le contesta ella con un mohín—. ¿Nos vemos mañana?

—Yo te aviso, ¿vale?

Nacho se acerca, le da un beso en los labios, coge su chaqueta del silloncito azul del cuarto de Simona y se va dejándola allí, desnuda en la cama.

Ella se siente utilizada y sabe que, lo que están haciendo, está demasiado mal. Va en contra de todos sus principios como mujer, como profesional y como persona. Pero cuando el corazón habla, el cerebro y todos nuestros principios se quedan ciegos, sordos y mudos; incluso empezamos a pensar y a actuar irracionalmente. Nos volvemos idiotas y hacemos cosas que, en caso de tuviéramos que darle consejo a otro, le diríamos que no lo hiciera.

A pesar de sentirse como una mierda, a Simona le valen los ratos que pasan juntos en su piso, revolcándose como animales por todos lados y mendigando de vez en cuando un poquito de cariño a Nacho. Si estuvieras en su situación y fueras a su consulta para pedirle ayuda, te diría que te quisieras más a ti misma y dejaras de arrastrarte por un hombre casado —que, además, fue su paciente— que tiene dos hijos y que solo te quiere para el sexo.

No obstante, Simona se ha metido hasta el cuello, así que es una de esas personas de «consejos vendo que, para mí, no tengo».

Después de remolonear un poco entre las sábanas, de darle vueltas a la cabeza y de pensar en todas las probabilidades de que esa *relación* saldrá mal, se seca alguna lágrima que le recorre por la mejilla y se incorpora.

Coge su teléfono móvil de la mesilla de noche y escribe un mensaje por el grupo:

Simona:
Chicas, necesito hablar con vosotras, ¿podemos vernos esta noche? Conozco un sitio muy chulo donde podemos cenar, os mando ubicación. Os quiero.

33. Dilemas sentimentales

Lucía

El lunes es mi examen de las oposiciones. Mi tío me ha dado la semana libre para que acabe de prepararlo y estudiar a conciencia. Durante el día me la paso pegada a los apuntes y, alguna que otra noche de la semana, me pego al insuperable cuerpo de Marc para distraerme un poco y no acabar pálida por la luz de la lámpara del escritorio. Este mismo vibra cuando me llega un mensaje de Simona al móvil. Parece urgente. Esta noche he quedado con Marc para cenar en su casa, pero si mi amiga me necesita, no hay hombre —por muy suculento que esté— que pueda interponerse. Le respondo diciéndole que allí estaré y, acto seguido, marco el número de Marc para comentarle el cambio de planes.

—Buenas tardes, señorita, ¿a qué debo el placer de su llamada? Espero que no se esté distrayendo de sus obligaciones… —contesta al otro lado del teléfono.

—Va usted a disculparme, pero me veo en la obligación de decirle que yo sé perfectamente cuáles son mis obligaciones y nadie tiene por qué recordármelo —digo en un tono de broma, pero con un trasfondo de seriedad. No soporto que me digan lo que debo hacer—. Le llamaba para decirle que nuestra *reunión* de esta noche debe ser pospuesta para mañana. Me ha surgido un imprevisto con el que no contaba.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunta cambiando el tono a preocupado y dejando la broma a un lado—. ¿Es tu tío?

—¡No, tranquilo! —le respondo riéndome—. Está todo bien, mi tío está perfectamente y yo también, aunque con demasiadas ganas de verte sin ropa —añado pícara—. Se trata de Simona, dice que necesita vernos esta noche, parece algo serio.

—Me dejas más tranquilo —responde y parece aliviado tras escucharme—, aunque eso de tus ganas de verme sin ropa me inquieta bastante. Ya sabes lo que me gusta satisfacer tus necesidades —añade con un tono travieso—, es más, si quieres, ahora mismo voy hasta tu casa… ¡Tus deseos son órdenes para mí!

Yo me río al escucharle decir eso. No estaría nada mal traerlo a mi casa. Total, estoy sola y… Pero podrían verle mis tíos y, además, ¡tengo que estudiar! No sé cómo este hombre siempre consigue obnubilarme con su puñetera y descarada sensualidad.

—¡Ni de coña! Me has dicho que no me distraiga de mis obligaciones, ¿no? —respondo desafiante—. Esto es lo que me toca ahora, mañana tienes vía libre para satisfacer mis necesidades como te apetezca.

—Me gusta la idea, aunque me impacienta bastante —me contesta.

Tengo muchísimas ganas de besarlo, de que me apriete contra su pecho y me envuelva con sus brazos haciéndome sentir todo su torso, de que me quite la ropa con tantas ansias que incluso pueda llegar a romperla, de oler su perfume y de acurrucarme con él en el sofá para ver cualquier película de Netflix en la que consigamos ponernos de acuerdo para luego quedarme dormida.

—Esperaré a mañana y lo haré con más ganas.

—Te tomo la palabra.

—Siempre cumplo con mi palabra. Te di mi palabra de que no te iba a hacer daño y hasta

ahora lo estoy haciendo bien, ¿no? —responde.

Su pregunta me deja descolocada, ¿a qué ha venido eso? ¿Será porque también le ha dado vueltas a la situación de nuestra *relación*? Tal vez se está planteando las mismas cosas que yo, o se le haya aparecido el miedo como a mí. Deberíamos de tener una charla acerca de eso…

—Demasiado bien, incluso.

—Estupendo —responde y puedo escuchar cómo esboza una mínima risa tonta al otro lado del teléfono—. Pásalo bien con las chicas. Te veo mañana, preciosa.

—Muchas gracias —le contesto y, sin querer, a mí también se me escapa un plagio—. Hasta mañana, guapetón.

∞∞∞

A las nueve menos cinco, llego al restaurante del que Simo nos envió la ubicación. Es un sitio muy chulo, tiene las mesas de madera roble maciza con las patas blancas y las sillas tan chulas de Ikea que me encantan; las blancas rígidas con las patas de madera imitando a roble. El decorado también es precioso; tiene una especie de jardín *flotante* en el techo, del que cuelgan helechos y hiedras que bajan por algunas de las paredes. El suelo es de parqué —también de roble—, y en muchas de las esquinas de las paredes blancas hay Ficus o Monsteras.

Me dispongo a preguntar por nuestra mesa cuando diviso a Paula y a Bea sentadas en una mesa baja y redonda, casi al fondo del local. ¡Qué bonita, por favor! Tiene la vajilla de colores: copas, vasos, platos y, en el centro de la mesa, hay pequeños cactus; algunos más grandes que otros, metidos dentro de unos cuencos dorados. ¡Qué sitio tan ideal!

—Ey, ¿¡qué pasa, vividora folladora!? —exclama Bea.

Menos mal que lo dice en un tono medio bajo que solo nosotras lo escuchamos, de lo contrario, me moriría de la vergüenza.

—Qué recibimiento tan… ¡especial!, por llamarlo de alguna manera —le contesto y me acerco para darles dos besos y achuchones—. Te recuerdo que el lunes tengo el examen, así que *vividora* precisamente no es que sea…

—Bueno, pero folladora sí, ¿no? —añade Paula con un movimiento de cejas.

—Tía no te pega nada usar esas palabras, ¿eh? —le responde Bea. Paula siempre ha sido la más educada y correcta de todas, y tiene razón; escuchar de su boca ese tipo de improperios suena rarísimo—. Pero sí, ¿no? Cuéntanos, ¿cómo va con *mister* M?

—¿*Mister* M? —pregunto y me sale una carcajada enorme.

—Como no queréis hacerlo público y tal… ¡reservo su identidad como los famosos! —me responde ella.

—Nos va bastante bien, la verdad —contesto poniendo los dos codos sobre la mesa y apoyo mi barbilla en mi mano derecha—. Es todo tan… surrealista que me estoy empezando a acojonar un poco. No sé… demasiado perfecto todo, ¿no?

Apoyo mi cabeza en ambas manos a la espera de que mis amigas me den, al menos, un consejo o algo que me ayude a disipar el puñetero miedo de volver a enamorarme.

—A ver, *gordi*, deja ya la rayada mental —me dice Bea cerrando su barra de labios y la guarda en el bolso—. Sé lo que estás pensando y desde ya te digo que no todos los tíos son como Aitor.

»Además, ¿por qué algo iba a salir mal? Bueno, a ver, todas sabemos que ninguna relación es

perfecta. Si lo fueran, enamorarse sería un coñazo, pero de ahí a estar siempre con el miedo a que te pase lo mismo o algo parecido… No sé, incluso tu prima y Fer han tenido sus más y sus menos, igual que Dani y yo… y esta con tu primo… pues no lo sé, la tía no suelta prenda —dice señalando a Paula.

»Pero en eso se basan las relaciones, en la confianza, en que cada uno ponga de su parte para que todo salga bien y, bueno, obviamente en el amor y todas esas cosas cursis… pero en un mes, no creo que te haya dado tiempo de enamorarte —me dice poniendo los brazos en jarra con la palma de las manos hacia arriba.

—O quizás sí… —añade Paula que siempre aboga por el amor.

—Pfff… —suelto un suspiro que dura una eternidad—, no sé, tías, estoy muy rayada. A ver, entendedme, la última vez también iba todo perfecto y… ¡ZASCA! Me los pusieron y bien puestos…

—*Gordi*, Bea tiene razón, no todos los tíos son Aitor y no siempre tienen por qué salirnos las cosas igual —me dice Paula estirando la mano y agarrándome con suavidad el brazo—. Si no míranos a Gabri y a mí, toco madera —dice dando toquecitos sobre la mesa—, pero nos va genial. Se está portando increíble conmigo y me siento muy feliz. No se parece en nada a la primera vez que tuvimos *algo*, ni siquiera se parece a mis relaciones anteriores —añade moviendo cariñosamente el pulgar por mi antebrazo.

»Creo que tu problema es que solo has tenido una relación larga durante toda tu vida. Lo demás fueron rollos, y, claro, ahora todo lo que te venga, lo vas a comparar con tu relación anterior, pero debes quitarte eso de la cabeza.

—Ay, ¡qué sabia es mi niña! —exclama Bea entre risas y apretuja a Paula.

Justo en ese momento, Simona y Maca entran por la puerta. Por la cara de estrés que tiene mi prima, presupongo que se han encontrado en la puerta justo cuando ambas iban a entrar…

34. Más dilemas sentimentales

Lucía

Simona no trae su mejor cara —me resulta muy raro verla así—, pero se acerca y nos saluda hasta que se sienta al lado de Bea. Maca repite el ritual y se sienta en la única silla libre que hay entre Simo y yo.

Empiezan a parlotear sobre una discusión que Bea ha tenido en el trabajo y yo, ensimismada en mi mundo pensando en las palabras de Paula, bajo las manos para colocarme la falda y, en un acto reflejo, miro hacia mi prima. Tiene las manos entre la mesa y sus piernas y entrelaza los dedos de forma nerviosa. De repente, siento una pequeña punzada en el pecho y salgo de mi letargo mental al fijarme en el pedrusco que lleva puesto en el dedo anular de la mano derecha.

—Maca… —le digo impactada y con la cara más desencajada que el cubo de Rubik de un niño de un año. Las demás se dan cuenta y dejan de hablar. ¡NO PUEDE SER!—, ¿qué llevas en la mano?

Mi prima se pone roja como un tomate, le brillan los ojos y saca tímidamente la mano de debajo de la mesa. Nos enseña el anillo a todas con una sonrisa que serviría para iluminar un edificio entero durante un apagón, mientras da pequeños saltitos de alegría en la silla.

—¿¿¡NOOOOO!??? —exclama Bea gritando, tan asombrada como yo. A Paula casi se le desencaja la mandíbula de abrir tanto la boca.

—Estás de coña, ¿verdad? —le pregunta Simona sin poner el entusiasmo sarcástico que acostumbra cuando se trata de cosas románticas o relaciones—. ¿Fer ha hincado la rodilla? —Esa expresión ya es más del estilo de Simona.

—Tía, ¡qué ordinaria! —le reprende Paula chasqueando la lengua.

—¡SÍÍÍÍÍ! —exclama mi prima con una alegría y felicidad que no apreciaba en ella desde que hicimos la primera comunión y le regalaron la casita completa de *Barbie*—. ¡Me ha pedido que me case con él! —añade y no deja de moverse ni quita la sonrisa tonta que se le ha quedado desde hace rato.

—Pero ¿cuándo pensabas decírnoslo? O sea, al menos a mí, ¿no? —le reprendo algo ofendida. Bueno algo no, bastante.

Me jodería muchísimo que, con lo *famosa* que es mi prima, me enterara de la noticia con alguna publicación de Instagram. Supongo que yo tengo prioridad, ¿no?

—Sí, cariño —me dice pasándome la mano por el brazo—, no te preocupes. Nadie lo sabe por ahora, bueno, solo los padres de Fer, sus hermanos y mis padres. Justo antes de venir aquí, he pasado por casa.

»Todo pasó ayer por la noche y, por supuesto, pensaba contároslo cuanto antes. Cuando vi el mensaje de Simo en el grupo, pensé que era el momento perfecto —añade abrazándome e intentando consolarme por mi amago de enfado indignado—. Pero no chilléis mucho, por favor, a ver si el resto de la familia se va a enterar por las redes sociales…

—¿Tu hermano y mi madre aún no lo saben? —le pregunto frunciendo el ceño.

—Bueno, al parecer, Gabri lo sabía. Fer le contó que lo iba a hacer para saber qué le parecía y bla bla… Típicas inseguridades de los tíos —me dice aireando una mano y poniendo los ojos en

blanco—. ¡Ah! ¿Os acordáis cuando vieron a Fer con mi cuñada de compras y empezaron a decir que me ponía los cuernos? ¡Estaban comprando el anillo!

Mi prima empieza a reírse como si no hubiera un mañana. Se nota que está muy feliz y, al verla así, me vienen a la mente tantos recuerdos de las cosas que hemos pasado juntas. Nunca nos hemos separado y, verla tan feliz, hace que me sienta pletórica y un poco ñoña… hasta que no puedo más y se me escapan unas lagrimillas.

—*Chiqui*, ¿qué te pasa?

—No sé, me siento tan feliz por ti… He imaginado mil veces el día en que alguna de nosotras diría que se casaría, pero no sabía que me iba a poner tan sentimental —le respondo aun secándome las lágrimas con la servilleta de la mesa.

¿Me pasará eso a mí algún día? ¿Tal vez con Marc? Yo misma me caigo del guindo al acordarme de que Marc jamás se volverá a casar. Además, lo nuestro ni siquiera está definido, así que no tiene por qué ser el hombre con el que comparta el resto de mi vida. Quién sabe, a lo mejor el destino me sorprende. Aunque, si por mí fuera, no estaría mal ver ese cuerpo todas las mañanas durante lo que me resta de vida.

—Ay, calla, ¡yo no puedo con estas cosas! —me riñe Bea desde el otro lado de la mesa y empieza a secarse las lágrimas con mucho cuidado para que el rímel no se le corra.

De pronto, todas nos ponemos medio sentimentales y nos damos una especie de abrazo alrededor de la mesa. Cuando llega el camarero, nos interrumpe y nos pregunta qué vamos a pedir. Como Simona ya ha estado aquí antes, le dejamos que escoja y, una vez pedido, nada más darse la vuelta el camarero, empezamos a bombardear a Maca con preguntas sobre cómo fue la pedida de mano.

Empieza a explicarnos todo con pelos y señales, sin dejarse absolutamente nada atrás; así es mi prima. Le encanta contar historias, poniéndole énfasis y hacerlas más extensas de lo que ya son de por sí. Al parecer, ayer por la noche, cuando llegó a casa, se encontró una notita en la puerta que hay del garaje a la casa.

Para resumir —y no extenderme tanto como ella—, fue encontrándose notitas en cajitas de madera con algún que otro (demasiados para mi gusto) ramos de flores en una especie de caminito que Fer hizo por toda la casa hasta llegar al jardín trasero. Él la estaba esperando ahí, con todo el jardín lleno de luces tenues y una mesa para dos con velas y flores (y más parafernalia decorativo-romántica desperdigada por todo el jardín). Cuando la vio llegar, la cogió de la mano, se arrodilló y le sacó la cajita con el anillo y le dedicó sus correspondientes palabras sensibleras.

—¡Me muero de verdad! A mí me pasa eso y me caigo al suelo.

Todas nos quedamos embobadas después de la historia megaromántica de su pedida de mano, pero Paula (que le gustan poco esas cosas, nótese la ironía) ha sido la primera en reaccionar.

—Pues, hija, como esperes eso de Gabri… la llevas clara… —le contesta Bea riéndose y Paula le suelta un manotazo aprovechando que la tiene a mano.

—Me alegro tantísimo por ti, *gordi*, no mereces menos —le digo a mi prima cogiéndola de las manos y con los ojos de nuevo vidriosos.

Ella me da un abrazo como respuesta.

—Bueno, habrá que ir pensando en la despedida de soltera y esas cosas, ¿no? —dice Bea arqueando las cejas con cara de perversión.

—¡Relaja la raja, amiga! Que aún tenemos que informar a la familia y a mis *followers*, que si no veréis la que me cae luego —responde mi prima. Esa es la parte que menos me gusta de su

trabajo, que siempre tiene que estar pendiente de que todo el mundo sepa lo que hace con su vida o lo que deja de hacer—. Oye, tú no has dicho nada, con lo que a ti te gusta una fiesta, ¿estás bien? —le pregunta mi prima a Simona sintiéndose incómoda al recordar que fue ella quien nos pidió vernos—. Siento… siento haberte fastidiado lo que ibas a decirnos.

—¡No! ¡No! Para nada, *gordi*, estoy muy feliz por ti —le dice con una sonrisa cómplice y la coge de la mano—. Solo es que hace tiempo que quería hablar algo con vosotras y no me he atrevido, pero ya se me ha hecho una montaña de lo que se suponía que era un granito de arena que iba a desaparecer y… no estoy pasándolo bien, sinceramente.

—¿Has matado a algún paciente porque te ha desquiciado y ya no sabes dónde meter el cadáver? Te podemos ayudar, conozco una fábrica abandonada a las afueras… —le dice Bea bromeando para quitar hierro al asunto, aunque me pregunto si realmente está bromeando o va en serio. Con Bea nunca se sabe.

—¡Qué exagerada eres, hija mía! —le reprende Paula—. Deberías haber estudiado arte dramático, serías una actriz maravillosa.

—Si fuera eso, sería más fácil —contesta Simona siguiéndole la broma—. Sé que no vais a juzgarme por lo que os voy a contar, o eso creo. He hecho algo que va en contra de mi ética personal, profesional…

—Joder, tía, me estás acojonando —le respondo bastante rayada.

No es que Simona haga en todo momento lo que se debe hacer, al contrario. Siempre ha sido independiente y le gusta hacer lo que le da la gana y cuando le da la gana, pero al mencionar su ética profesional, es cuando me quedo un poco en treinta y tres. Con su vida personal hace y deshace lo que quiere, con quien quiere y como quiere sin dar explicaciones a nadie, pero con su trabajo siempre ha sido una persona seria y correcta, así que no entiendo muy bien a qué viene esto…

—Bueno, a ver… —empieza a hablar apoyando ambos codos sobre la mesa y se pasa la mano derecha por la frente para sacudirse el pelo nerviosa—, hace un par de meses vino a mi consulta un chico, bueno… ¡un tío hecho y derecho con sus cuarenta tacos! Empezó a venir a terapia porque estaba pasando un momento profesional de mucho estrés, tenía ansiedad, las cosas en casa no iban muy bien con su mujer porque le reprochaba que no pasaba tiempo con ella y con sus hijos… En fin, ¡historias para no dormir! —añade haciendo un pequeño aspaviento con la mano y vuelve a apoyarse en el respaldar de la silla cruzando los brazos sobre el estómago.

»Hace algo más de un mes lo vi bastante bien, él me dijo que se encontraba mucho mejor y, total, decidí darle el alta. Ese mismo día me dijo que si podía invitarme a tomar un café, puesto que ya no era mi paciente. —Simona pasa su mano derecha por el antebrazo izquierdo algo avergonzada—. No sé por qué lo hice, pero le dije que sí y, bueno, una cosa llevó a la otra y desde entonces nos vemos a escondidas…

Todas nos quedamos atónitas mirando a Simona a ver si dice algo más. Creo que nos cuesta digerir lo que acaba de contar. Es decir, no me sorprende que Simona se acueste con un hombre casado, pero me sorprende que haya sido su paciente.

—¡No me jodas! —exclama Maca—. Pero ¿en qué momento se te ocurrió meterte en semejante berenjenal?

—Pues no lo sé, tía, sinceramente… —responde ella tapándose la cara con las manos y vuelve a poner los codos sobre la mesa—. Pero cada vez me jode más cuando se va, lo echo de menos, empiezo a sentir cosas y creo que él solo quiere *divertirse* conmigo… —añade haciendo el gesto de las comillas cuando dice la palabra divertirse.

—¿Está bueno? —pregunta Bea, que parece que el hecho de que esté casado y con hijos lo ha pasado un poco por alto.

—¿Tú qué fumas, tía? —le regaña Paula y la otra se encoge de brazos.

Simona se ríe.

—Hombre, tengo que admitir que no es el Dios griego al que se tira esta —dice señalándome a mí y noto cómo mis mejillas se ponen de color granate—, pero no está nada mal. Es alto, esbelto, tiene los ojos verdes y, no sé, para mí es atractivo…

—Venga, ¡enséñanos una foto! —exclama mi prima intrigada metiendo también algo de cizaña.

Simona saca el móvil y nos enseña su foto de perfil. Aparece con sus hijos de la mano y, al ver esa imagen, se me encoge un poco el corazoncito al pensar en lo que su padre está haciendo… Pero, a lo que vamos, es bastante atractivo, tal y como lo ha descrito, con el pelo negro algo alborotado —como se lleva ahora—, definido por sus hombros anchos y joder, ¡exageradamente alto! Valdría para cualquier equipo de baloncesto.

—Pues sí, es un auténtico mechero de *chochetes* —dice Bea de repente frunciendo el ceño y pasándose la mano por la barbilla, como si estuviera pensando algo que no quisiéramos saber lo que es.

Las demás nos reímos, menos Paula que se lleva la mano a la frente y pone los ojos en blanco al oír la expresión que ha usado Bea. Como saques a Paula de un simple «Joder», se le pone una cara de vergüenza que no puede con ella.

—Bueno, sí, el tío es guapo, pero está llevando una doble vida acostándose contigo y engañando a su mujer y a sus hijos por un par de polvos, ¿correcto? —le digo a Simona y ella asiente juntando los labios y haciendo un mohín—. Y luego tú te quedas hecha polvo cuando no estás con él… Tía, por mi experiencia, cuando yo fui la cornuda —le digo arqueando una ceja y evitando la mirada. Recordarlo siempre me da una punzada en el estómago—, te digo que él saldrá ganando. Te dejará tirada y volverá con su mujer como si no hubiera pasado nada. O, en el peor de los casos, os dejará tiradas a las dos. Los tíos son así de asquerosos…

—Joder, tía, ¿vas a superar algún día lo de Aitor? —me pregunta mi prima señalándome con la palma de la mano hacia arriba—. ¡No todos los hombres son iguales! Si no, mírate, *estás* con uno con el que hasta ahora te va de puta madre…

Las palabras de mi prima me dejan en silencio, tiene más razón que un santo, pero la puñetera sombra del miedo siempre está ahí.

—Si tiene razón… al final será lo que pase y la culpa es mía por dejarme embaucar por Nacho en todo esto, pero es que es tan… No sé cómo describir la sensación de estar con él —responde Simona y se nota cómo se le ruborizan las mejillas y se le ilumina un poquito la mirada.

—Mira, tía, quítate eso de la cabeza. Dos no juegan si uno no quiere, así que aquí cada uno tenéis vuestra parte —le responde Bea con su típico tono de voz que parece enfadada, pero que te está dando un consejo o su punto de vista—. En todo caso, él sería quien más culpa tendría, es un hombre casado y tiene una familia; y tú estás soltera e independiente, así que deja la paranoia mental.

—Bea tiene razón, pero en mi opinión, deberías cortar antes de que vaya a peor y las cosas se vuelvan más turbias de lo que ya están… —añade Paula y, como si hubiera hablado la voz de la sabiduría, porque ha dicho lo que todas pensamos, asentimos con la cabeza a la vez.

—Ya… Creo que lo he dejado alargar mucho y al final no será bueno para ninguno de los dos

—responde Simona tocándose la nariz con el dedo índice y un brazo apoyado sobre el otro en el abdomen—. Mañana hablaré con él y espero que acabemos de la mejor manera posible.

Le sonrío cómplice y estiro la mano encima de la mesa para que me dé la suya, gesto que las demás repiten. Simo se sienta apoyada, pero nuestro momento romántico amistoso se corta de nuevo cuando el camarero llega con las bebidas y algunos de los platos que hemos pedido.

El resto de la noche transcurre entre los mil planes que a Bea y a Simona se le ocurren para putear a mi prima en su despedida de soltera, los intentos fallidos de Paula por cambiar el tema y centrarlo en todo el romanticismo que nos rodeará hasta el día de la boda, la desesperación de Maca al saber que somos capaces de cumplir con todas esas trastadas y yo que me limito a reírme de todo y de, vez en cuando, echo un poco de leña al fuego con alguna que otra idea.

En medio de la cena, recibo un mensaje de Marc.

Marc:
¿Va todo bien, preciosa?

Lucía:
Todo bien, guapetón. Problemas amorosos de Simo, no tiene importancia.

No voy a entrar en detalles con él porque las cosas de mis amigas se deben quedar entre nosotras…

35. Una conocida

Lucía

Al acabar de cenar, pagamos la cuenta a medias. Paula, Maca y yo nos quedamos en la mesa a la espera de que las otras vuelvan del baño para irnos a casa. Me doy la vuelta para coger mi abrigo de la silla y, al otro lado del restaurante, veo a una chica cuya cara me resulta familiar. Está sentada cenando con dos chicas más, pero la miro fijamente sin que se pueda dar cuenta, hasta que me viene a la mente de qué la conozco.

—¿Te pasa algo, Lu? Parece que te ha dado un aire —me dice Paula riéndose.

—¿Veis a la chica del fondo con un jersey morado? La que está sentada con otras dos chicas.

—Sí —responden las dos al unísono y miran a la chica.

Este es el típico momento en el que le pides a alguien que mire disimuladamente, pero que, por poco, se disloca el cuello para girarse. Menos mal que las otras están enfrascadas en su conversación y ajenas a que les estamos haciendo un escáner con la mirada.

—Es la exmujer de Marc… —respondo en voz muy baja. Mi prima se lleva la mano a la boca y Paula abre los ojos como platos.

—¿Qué pasa? —pregunta Bea, que llega del aseo con Simona, y Paula les dice casi susurrando lo que sucede—. ¡Hostias! Pues nada que envidiar, oye… —responde siguiéndonos el tono de voz—. Pero ¿de qué la conoces?

—Vi una foto de su boda en casa de Marc —respondo y casi me duele el pecho tras acordarme de la foto—. En fin, vámonos, al final se darán cuenta de que estamos hablando de ella.

Al salir del restaurante, es inevitable que la gente no nos mire. Somos cinco chicas con tacones que caminan por un piso de madera, imposible hacer más ruido. Miro de reojo a la mesa de Silvia y me doy cuenta de que nos está mirando, el tiempo suficiente para fijarme bien en ella. Las chicas dicen que no tengo nada que envidiar, pero me parece una chica guapa, atractiva y se nota que es mayor que yo.

Nos despedimos en la puerta del restaurante y camino con mi prima hasta el coche, que lo tiene aparcado una calle por debajo del mío. No paramos de hablar sobre cómo mis tíos se han tomado la noticia y apostamos a que mi madre ya lo sabe porque mi tía se habrá ido de la lengua. Maca está más ilusionada que nunca y, aunque me alegro muchísimo, mi mente no deja que me contagie por la misma ilusión después de haber visto a Silvia en el restaurante.

De pronto, se me han venido a la cabeza mil películas sobre cómo fue su relación con Marc. ¿También se acostó con ella en los mismos sitios donde lo hemos hecho nosotros? ¿Qué pasaría si él vuelve a verla? Si ella volviera y le pidiera perdón, ¿le daría otra oportunidad? En ese caso, ¿me daría una patada en el culo o cumpliría con su promesa de no hacerme daño? Las paranoias no dejan de dar vueltas en círculo dentro de mi cabeza hasta que estoy en la cama y el agotamiento mental me deja dormir.

36. Fantasmas del pasado

—Mi vida, ¿qué te parece si esta noche vamos a cenar a casa de mis padres? —le pregunta Dani a Bea mientras desayunan.

—¿Otra vez? Ya fuimos el lunes… —contesta ella sosteniendo la taza y mirándolo con cara de aburrimiento.

—Mi madre me ha preguntado si queríamos ir hoy a cenar, que iba a preparar una lasaña y, bueno… le he dicho que lo hablaría contigo —responde él con media sonrisa.

—Cómo quieras, decide tú… —le dice Bea levantándose de la mesa y pone la taza en el lavavajillas—. Hablamos luego, ¿vale? Llego tarde —añade despidiéndose de su novio que le pone la cara para que le dé un beso en la boca, pero ella se lo da en la frente y le acaricia la cabeza con una sonrisa sin mostrar los dientes.

Hablando de dientes, cuando va camino del trabajo, fumando el primer cigarrillo del día, se da cuenta de que estaba tan apurada por salir de aquella conversación y de casa que se ha ido sin cepillarse los dientes, pero no le importa demasiado. La situación se le hace cada vez más grande y, entre más pasan los días, se hace ideas en su cabeza sobre cómo decirle a Dani lo que está sintiendo. Está cansada de no tener intimidad con su chico o de no hacer planes porque sus padres lo chantajean emocionalmente. Empieza a cuestionarse un futuro sin él, a pesar de que es lo que más quiere…

Lucía

A las nueve en punto, suena el despertador y abro un ojo como si estuviera haciendo un esfuerzo titánico. Son demasiadas horas estudiando, madrugando y quedándome —hasta bien entrada la noche— repasando el temario. Me giro hacia la mesita de noche para apagar el despertador que suena en mi móvil. Tengo un mensaje de mi primo:

Gabri:
Paso por tu casa a las cuatro, tengo que hablar contigo.

Qué raro… Como venga a decirme que quiere dejar a Paula, lo tiro por la ventana del salón sin miramientos. Tengo otro mensaje de Marc, más raro aún —si cabe— que el de mi primo:

Marc:
Prepara una maleta para el fin de semana y mete bastante abrigo. A las seis pasaré por tu casa para recogerte. No preguntes nada y límitate a disfrutar. Te veo luego, preciosa.

¿Una maleta? ¿El fin de semana? ¿Qué me estás contando? Pero ¡si el lunes tengo el examen! Bueno, en realidad, lo llevo bastante bien. Si pongo en un lado de la balanza pasar el fin de semana con Marc y, en el otro lado, pasar el finde encerrada en casa repasando… Creo que la balanza se inclina más por lo primero. Dios mío, ¿¡qué me pasa!? Yo antes no era así de irresponsable, me está cegando el amor y…

Espera, ¿«amor»? ¿Acabo de pensar en que siento *amor* por Marc? Madre mía, ¡esto es lo que pasa cuando te pones a pensar por la mañana antes de tomar el café!

∞∞∞

Aprovecho todo lo que puedo de la jornada matutina para repasar mientras preparo la maleta. No voy sobrada con el estudio, pero lo llevo lo suficientemente bien como para darle una última ojeada rápida antes del examen y listo. De todas formas, he metido los apuntes entre la ropa. No sé dónde piensa llevarme Marc, pero en algún que otro momento me dará tiempo de echarles una ojeada, o eso espero.

Me ha dicho que lleve bastante abrigo… ¿Me llevará a algún país del norte de Europa? ¿A casa de sus abuelos en Inglaterra? Madre mía, ¡qué vergüenza! Aunque pensándolo fríamente, ¿me presentaría a sus abuelos antes que a sus padres o a su hermana? Dudo mucho que quiera presentarme a sus padres.

Estoy creando una película preciosa en mi cabeza que dista mucho de la realidad. Bueno, sea dónde sea y haga el frío que haga, no es una mala ocasión para estrenar el conjunto de ropa interior que me compré hace un par de semanas y que aún no he usado. Si hace frío, él puede calentarme…

Después de casi terminar la maleta, me doy una ducha y preparo el almuerzo. A las cuatro y veinte, cuando estoy recogiendo la cocina, suena el porterillo de casa. Abro directamente porque sé que es Gabri, aunque llega veinte minutos después de la hora prevista y eso es raro en él, nunca suele llegar tarde. Dejo la puerta de la entrada entreabierta y vuelvo a la cocina para acabar de secar los platos. Toca en la madera con los nudillos antes de entrar.

—¡Pasa, idiota! ¡Está abierto! —le grito desde la cocina.

Escucho cómo cierra sin contestar y, cuando me doy la vuelta hacia la entrada de la cocina, siento cómo si me dieran una patada en mitad del estómago y me devolvieran al pasado.

No es Gabri, sino Aitor, y está en el quicio de la puerta de mi cocina. Ha sido como teletransportarme a los años en que estaba en la universidad. Me quedo pasmada, con un plato en una mano y el trapo de secar en la otra sin saber qué decir, y con la sensación de que voy a desmayarme en cualquier momento.

—Vaya recibimiento, con insulto incluido, supongo que me lo merezco —me responde riéndose.

Noto cómo el estómago se me encoge cada vez más y parece que vaya a quedarme sin respiración o a vomitar hasta la bilis.

—¿Qué haces aquí? O sea, perdona, pensé que era Gabri… Como comprenderás, no esperaba que fueras a aparecer en mi casa de repente, pero… ¿¡qué coño haces aquí!? —le respondo con miles de dudas apilándose en mi cabeza, como una estantería a punto de caer por el peso. Dejo el plato y el paño sobre la encimera.

—Ya, lo sé… —me dice pasándose la mano por la nuca.

Me detengo a observarlo y no ha cambiado nada, al contrario, ha mejorado con los años, como el buen vino. Sigue vistiendo con ese *look* desenfadado de siempre; lleva el mismo corte de pelo rapado y la barba casi imperceptible. Aunque diría que ahora va mucho más al gimnasio que antes, al menos es lo que aprecio debajo de su chaqueta de cuero. Parece que lleva los brazos más marcados y anchos, al igual que los pectorales.

—Sé que no eres de montar numeritos, pero te pido por favor que me escuches y, sobre todo, no te enfades con tu primo bajo ningún concepto. Solo le he pedido un favor.

—¿Qué coño me quieres decir con eso? —le pregunto frunciendo el ceño y arqueo la ceja izquierda alucinando ante esta situación tan surrealista en la que no me salen más que tacos por la boca.

O sea, mi exnovio, el que me jodió la vida poniéndome los cuernos, se presenta en mi casa después de años. Por lo visto, el caraculo de mi primo tiene algo que ver, cuando sabe que tengo algo con Marc. ¿Dónde está la cámara oculta?

—A ver, tranquila…

—Uy, sí, ¡las circunstancias me tranquilizan muchísimo! ¡Todo muy normal! —le respondo haciendo aspavientos desesperada con las manos.

—Mira, Lu —me dice dando un paso hacia delante y se mete en la cocina para apoyar la cintura sobre la barra—. Sabía que, si te mandaba un mensaje o te llamaba, no me ibas a responder. Necesitaba hablar contigo, así que le pedí el favor a Gabri para que me ayudara, ¿vale? —añade con la respiración algo entrecortada—. Él, en un principio, no quiso. Sus palabras fueron algo así como «Si no es porque Lu ha superado lo vuestro, te partiría la cara allí mismo», pero luego le expliqué la situación y accedió a regañadientes.

—Vale, perfecto. —Cada vez entiendo menos lo que está pasando y la estantería de mi cabeza está a nada de caer al suelo—. ¿Y qué es eso tan importante que quieres decirme como para que mi primo te haya dado carta blanca para venir a mi casa? ¿Has dejado a algún paciente sin dientes y necesitas una abogada? —le pregunto cruzándome de brazos y noto que mi cabreo va en aumento, pero él se ríe.

—Tranquila, por ahora no he cometido ningún delito y, si te tranquiliza, le he dado mi palabra de que no tocaría ni un pelo. Tampoco lo haría sin tu consentimiento, pero me ha pedido que se lo jurara —me dice encogiéndose de brazos y ladeando los labios. Cuando hace ese gesto, me produce una especie de electricidad interna. Genial, la atracción no ha muerto por más que haya intentado asesinarla un millón de veces—. El caso es que voy a abrir mi propia clínica dental y sé que tu primo es un arquitecto de puta madre, he visto trabajos suyos y buah, ¡qué pasada! —De repente, me doy cuenta con esa expresión de que no ha madurado del todo, ¿o será que estoy acostumbrada a mantener conversaciones más interesantes con Marc?—. Quisiera que él se encargara de todo, es decir, quiero contratarlo para mi proyecto, pero pensé que sería más *legal* hablar primero contigo para saber si estás de acuerdo…

Cuando termina, siento como si me hubiera quitado un peso de encima. Por unos instantes, creía que quería pedirme perdón y que volviéramos a intentarlo. Por la cabeza me estaba rondando mil ideas de cómo salir corriendo de mi propia casa.

—¿Eso es todo? ¿Quieres que te dé permiso para contratar a mi primo? —le pregunto con un gesto más amable, aunque me da en la nariz que solo ha sido una excusa barata para volver a verme—. Te agradezco que lo quisieras hablar conmigo, pero lo nuestro terminó hace tiempo. No tienes por qué pedirme permiso para eso, ni siquiera cuando se trata de mi familia. Es decir, no nos tenemos que dar explicaciones —añado riéndome.

Sería de locos que tuviera que darle explicaciones a mi ex sobre lo que hago o dejo de hacer…

—Está bien, te lo agradezco muchísimo. Creía que debía hablar contigo, supuse que era lo más ético —me dice con una sonrisa que enseña sus dientes de odontólogo arreglados, no por él obviamente, sino por su padre, que también es odontólogo—. Y, bueno, no te voy a negar que

me apetecía verte, ver cómo estabas y qué tal te iba todo…

Vale, ahora sí que me he dado una hostia metafórica en el mismo esternón. Todo iba genial hasta que ha dicho «Tenía ganas de verte». Si ya sabía yo que había algo detrás de tanta parafernalia sin sentido… Todavía actúa igual que antes.

—Lo mismo de siempre, ya sabes, con las chicas y demás… El lunes tengo el examen de las oposiciones y, con un poco de suerte, en unos meses seré jueza oficialmente —respondo con media sonrisa que no sé de dónde ha salido y también me apoyo en la barra—. ¿Y tú? ¿Aún no has sentado cabeza? No te pregunto por el trabajo porque, por lo que me has contado, deduzco que te va muy bien.

—Ya sabes que es muy difícil que yo me vuelva a comprometer con alguien, la cagué una vez y no quiero volver a cagarla. —Sus palabras me dejan en un estado de letargo, como si estuviera escuchando ese «Estoy jodido» que llevo años esperando escuchar, pero que llega demasiado tarde—. Si tuviera una relación seria, solo tú me vienes a la mente, pero después de lo que hice, he tardado años en darme cuenta de que eso será imposible…

¡ZAS! Hostión sentimental sin haberlo visto venir.

—Pues sí, tendría que ocurrir un milagro para que eso pasara, no te voy a engañar —le respondo contundente.

No quiero que piense que tiene la más mínima posibilidad de retomar una relación conmigo porque sería como tirar por tierra el trabajo de años y mi orgullo.

—Lo tengo asumido, tranquila —me dice ladeando una sonrisa—, pero si algún día te apetece tomar algo o que hablemos, no me importaría.

Sé lo que está intentando, sigue tratando de ganar terreno —como cuando me conquistó—, así que es el momento de cortar por lo sano.

—Te lo agradezco mucho, Aitor, que hayas venido y todo esto, pero me pillas un poco justa de tiempo —le digo echando una ojeada al reloj con una mentira piadosa. Tengo tiempo de sobra, pero no quiero que encuentre mi punto débil porque, aparte de Marc, él podría ser la única persona que lo encontrara—. Voy a pasar el finde fuera y tengo que acabar la maleta, y en fin…

—Ah, sí, claro, no te preocupes, si yo ya me iba —responde separándose de la barra y se coloca la chaqueta—. ¿Te vas por ahí con las chicas?

—Sí, vamos a pasar un finde de chicas. —Mentirosa pecadora. Supongo que mentirle a tu ex, cuando él te mintió antes a ti, no cuenta como mentira, ¿no? Quizás convalida…

—Me alegro de verte, ¿puedo darte un abrazo? —me pregunta tímido y yo asiento con una sonrisa amistosa.

Se acerca hasta mí para abrazarme. Huelo su perfume, sigue siendo el mismo y me transporta a tantos momentos vividos… Noto cómo se enciende esa electricidad dentro de mí, así que es el momento de cortar el abrazo o esto acabará muy mal. Me alejo un poco de él y se dirige hacia la puerta dando pasitos hacia atrás. Lo acompaño hasta el rellano.

—Por cierto, estás muy guapa, no sé… diferente —me dice mirándome a los ojos cuando está fuera del piso.

—Gracias, espero que lo de *diferente* sea en sentido positivo —le digo apoyada en la puerta y nos reímos a la vez.

—Adiós, Lu, ya nos veremos.

—Adiós, Aitor. Mucha suerte con tu nuevo proyecto —me despido levantándole la mano y cierro la puerta mientras él espera a que el ascensor llegue.

Me voy a mi habitación y me siento en la cama a pensar. ¿Qué clase de situación surrealista

acabo de vivir? En apenas tres cuartos de hora, se ha abierto la caja de recuerdos y sentimientos, la cual estaba cerrada con candado desde hace años. Así, sin previo aviso, ¡PUM!

Aitor aparece de nuevo, precisamente el único tío del que me he enamorado en toda mi vida, haciéndome sentir cosas con una mezcla entre nostalgia y rechazo. Justo ahora que he iniciado *algo* con el otro único tío por el que he sentido algo. El problema es que ni siquiera sé qué es ese algo...

Marc y yo nos conocemos desde hace poco más de un mes. Llevamos cuatro semanas casi sin separarnos, de no ser por su trabajo y por los días en los que yo me he enclaustrado a estudiar o cuando estaba en la pastelería. Cualquier persona diría que tenemos una relación, pero ninguno de los dos hemos sabido —ni queremos— ponerle nombre a lo que tenemos, dejándonos manejar por el miedo y los fantasmas del pasado. Lo peor es que mi fantasma acaba de volver del pasado en carne y hueso para visitarme…

37. La pregunta clave

Lucía

A las seis en punto, recibo un mensaje de Marc para decirme que ya está abajo esperándome. Cojo la maleta, cierro la puerta de casa con llave y me subo al ascensor.

En los pocos minutos de trayecto desde el ascensor hasta el coche, no puedo evitar pensar en lo que ha pasado esta tarde. ¿Será que aún siento cosas por Aitor? Tal vez no lo había superado como yo creía, pero ¡joder! ¿Por qué tiene que aparecer cuando estoy tan bien con Marc? ¿Por qué la puñetera vida no puede ser como las películas de Hollywood? ¡Chico conoce a chica, se enamoran, se casan y final feliz! Bueno, más o menos como lo que Maca está teniendo; que, por cierto, la ha liado parda cuando ha colgado la foto de su anillo en Instagram. Es la noticia del día…

No entiendo por qué la vida no me puede poner delante a un tío normal, fiel y sin traumas del pasado que lo impidan demostrar sus sentimientos. Cuánto dramatismo puedo crear a mis veintisiete años, cuando ni yo misma me atrevo a mostrar mis sentimientos por Marc…

—Hola, preciosa, ¿preparada para pasar un fin de semana conmigo? —me pregunta Marc con una sonrisa de lo más seductora cuando llego al coche, y los pensamientos anteriores se me olvidan un poco.

Esa pregunta ha sonado a todo un fin de semana de sexo sin tregua, y —¡oh, sí!— por supuesto que estoy preparada.

—Bueno… cuando me digas a dónde me llevas —le respondo tratando de sonsacarle algo—. Por cierto, no sé si te acuerdas, pero el lunes tengo el examen más importante de mi vida y tú me llevas por el mal camino los días de antes…

—Lo he hecho para que desconectes y te relajes antes del examen —me dice poniendo el pulgar en mi barbilla para besarme, pero me aparto.

—¿Eso significa que me harás un masaje para aliviar tensiones? —le pregunto picarona.

—Te haré lo que tú me pidas —me responde.

Me agarra con fuerza por la cintura para pegarme a él y besarme de tal forma que enciende todos y cada uno de los puntos erógenos que existen en mi cuerpo.

—Si todo el finde va a ser así, acepto el trato —le respondo cogiendo aire al separarme de sus labios y él se ríe. Metemos mis cosas en el maletero y salimos rumbo a dónde quiera que sea que vayamos.

Durante el trayecto, Marc me pregunta cómo llevo el examen y qué tal fue la noche con las chicas. Cuando le cuento que Maca se casa, se alegra, aunque se le desencaja un poco la cara. Deduzco que le ha pillado un poquito de miedo al tema de las bodas y el matrimonio, así que cambio de tema y le pregunto a él por su trabajo.

Me habla de una campaña publicitaria en la que va a participar, algo sobre otro periódico que le ha ofrecido una oferta de trabajo para darle un espacio a sus textos y que ha rechazado. En fin, a causa de las sensaciones que he tenido con Aitor, no llego a prestarle mucha atención. Además, también me viene a la mente Simona y el tema del tal Nacho. ¿Habrá hablado con él?

Mientras contemplo distraída el paisaje, se me pasa por la cabeza contarle a Marc que Aitor

ha estado en mi casa, pero me da miedo que pueda fastidiar el fin de semana que vamos a pasar juntos. Sin embargo, debería ser sincera con él. Si se lo escondo, no estaría yendo de frente. Pero ya no es solo por eso, sino porque si esto sale bien, no puedo guardar secretos de base…

—Oye, Marc —lo interrumpo mientras me cuenta lo del trabajo.

—Dime.

—¿Alguna vez me has escondido algo que yo debería saber? Quiero decir, desde que hemos empezado a vernos.

He dicho *vernos* porque no sé exactamente qué hacemos. Si estamos saliendo, follando, amigos que follan, no sé…

—Bueno, aparte de cuando *te escondí* que estuve casado, creo que no. ¿Por qué me preguntas eso? —me dice frunciendo el ceño, parece bastante descolocado por mi pregunta.

—Hoy me ha pasado algo que deberías saber, no sé, no me gustaría que hubiera secretos entre nosotros —le digo entrelazando los dedos nerviosa sobre los muslos. Él se da cuenta de que estoy inquieta y coloca su mano sobre mi pierna para que me sienta más cómoda.

—Puedes contarme lo que sea, tranquila —me dice con una sonrisa.

Cojo aire y le cuento que Aitor ha estado en mi casa, el motivo de su visita, cómo se compinchó con mi primo para hacerlo y, sin tapujos, le cuento que me ofreció tomar algo para vernos y charlar.

Marc me escucha muy atentamente, pero sin quitar la mirada de la carretera. Puedo apreciar que su mandíbula se tensa cada vez más a medida que voy hablando y hasta noto cómo hace el esfuerzo por no cerrar el puño que tiene sobre mi muslo. Creo que él mismo ha captado que no puede exigirme explicaciones, puesto que no somos *nada*. Cuando acabo de hablar, se crea un silencio muy incómodo.

—Lu —respira hondo, me mira por un segundo y rompe el silencio—, quiero que me contestes con sinceridad a una pregunta, ¿vale? —Yo asiento con la cabeza con pavor—. ¿Te ves a ti misma pasando el resto de tu vida con él?

¡Dios! Vaya pregunta... Me esperaba algo como «¿Habéis follado en tu casa?» o «¿Quieres volver con él?», pero esto me deja *shockeada*. Me tomo un tiempo para pensar en la respuesta y, por más vueltas que le doy, no me veo pasando el resto de mi vida con Aitor, tampoco envejeciendo con él. Es más, creo que ni siquiera llegué a imaginarlo cuando estábamos juntos…

—En el caso de que tuviera cualquier duda sobre si volver o no con Aitor, te aseguro que con esa pregunta lo hubiera aclarado —le respondo tajante mirándolo—. No, no me imagino pasando el resto de mi vida con él, ni teniendo hijos con él, ni envejeciendo juntos… Creo que jamás me lo llegué a imaginar. Y, en caso de hacerlo, fue producto de mi ceguera en ese momento.

—Mira… —me dice apartando su mano de mi muslo y la pone en el volante. Joder, cómo me pone verlo conducir—, yo también tengo que ser sincero contigo. Si te digo que su visita no me ha jodido, te estaría mintiendo. De hecho, me dan ganas de reventarle la cara a ese capullo y no sé por qué, pero me tranquiliza saber que no te imaginas un futuro con él.

—Esa es la pregunta clave para saber si estás enamorado de una persona, ¿no? —le digo riéndome yo misma de mi ocurrencia.

—Sí, te lo dice un perro viejo…

—Entonces, permíteme que te pregunte, ¿con quién te imaginas pasando el resto de tu vida? —le digo levantando las cejas y acomodándome en el sillón del copiloto para volverme hacia él. Se ríe.

—Ahora mismo tengo la imaginación escasa, no te voy a mentir —responde—, pero quizás

empiece a imaginarla contigo.

Trago saliva a duras penas. Su respuesta me ha puesto un nudo en la garganta que no me deja casi ni respirar. ¿Quiere decir sutilmente que se está enamorando de mí? A ver, tengo que ser honesta conmigo misma. Cuando antes me ha hecho la pregunta, yo también me he imaginado un futuro con él, con una relación estable y madura. Pero lo he descartado porque ni siquiera tenemos una relación y dudo mucho que él quiera tener una de ese tipo. ¿Puede que yo también me esté enamorando de él?

38. Un lugar para recordar

Lucía

No respondo a lo que me ha dicho, solo le sonrío cómplice y él me devuelve la sonrisa, le cojo de la mano y así vamos durante todo el trayecto. Conduce por lugares cada vez más inhóspitos, llenos de árboles y donde no hay rastro de humanidad. Como al coche le dé por romperse aquí, podemos darnos por muertos. Parece una especie de paraje natural protegido. Todo es precioso, frondoso y verde.

De pronto, los árboles se disipan un poco y, a lo lejos, veo un lago enorme aún más precioso, de un color azul que parece el reflejo del cielo. Hay varias casitas alrededor, bastante separadas las unas de las otras, pero a cada cual más bonita que la anterior. Es un paisaje espectacular.

Marc se acerca con el coche hacia una de las casitas que hay alrededor del lago. Bueno, quien dice «casitas» dice *casoplones*, porque de cerca son unas señoras casas. ¿Quién vivirá aquí?, ¿algún famoso o descendientes de la casa real?

Cuando llega a la puerta de la casa, se para justo delante y me pide que me baje. Yo, que sigo impactada por el paisaje que tengo a mi alrededor, no soy capaz de articular palabra. Desabrocho el cinturón y me bajo del coche.

Joder, ¡sí que hace frío!

—¿Te gusta el sitio? —me pregunta dando la vuelta al coche. Se posiciona detrás de mí, envolviéndome entre sus brazos.

—Pero ¿tú has visto qué preciosidad? ¡Me encanta! —le respondo de lo más contenta—. Espera, ¿nos vamos a quedar aquí?

—Sí, justo en esta casa —me dice señalando a la casa frente a donde hemos aparcado que, por cierto, es la más bonita de las que he visto por el camino—. ¿Qué te parece?

—¡Me parece increíble! Pero ¿cómo has conseguido esta casa? —le pregunto incrédula, girándome hacia él con los ojos como platos.

—Es de los padres de mi cuñado, están forrados de pasta y le han dejado esta casa como *herencia en vida* —me dice poniendo los ojos en blanco—. Mi hermana viene de vez en cuando para echarle un vistazo o para pasar algún finde, pero desde que está embarazada no pasa por aquí, así que se la he pedido prestada.

—¡Jo-der! Tu cuñado debe de ser hijo de algún duque o conde o algo de eso, ¿no? —Marc suelta una carcajada al escucharme.

—¡Ya le gustaría a él! —contesta en tono burlesco—. Venga, ¡bajemos las cosas y entremos!

Sacamos las maletas del coche y entramos a la casa. Si por fuera es preciosa, por dentro es de ensueño. Se nota que la hermana de Marc la mantiene bien cuidada y con un toque de decoración rústica exquisito. Tiene un enorme salón comedor, con tres sofás gigantescos y una chimenea de piedra superbonita.

Debajo de la escalera de madera —que sube a la segunda planta— está el baño, y al otro lado, la cocina más grande que he visto nunca y eso que mi primo es arquitecto y he visto sus proyectos. Tiene una isla en medio, de madera maciza y un enorme ventanal que da a un pequeño porche con vistas al lago.

Marc enciende la calefacción para no morirnos de frío, y subimos a la planta superior. Hay tres habitaciones, dos individuales, un baño —es como toda mi casa— y una habitación de matrimonio con su propio baño, un vestidor y otra cristalera con vistas al lago. Impresionante.

De mi boca no sale otra expresión que no sea «¡Qué pasada!». Debo de parecer la persona más cateta del mundo, ¡como si jamás hubiera salido de mi casa!

—Entonces, ¿te gusta? —me pregunta Marc abrazándome por detrás mientras miro por el ventanal de la habitación hacia la inmensidad del lago.

—¿Que si me gusta? ¡Me vendría a vivir aquí! ¡Es increíble! —le contesto y me giro hacia él.

—Me alegra saberlo, pretendía que pasaras un fin de semana desconectada de todo antes del examen, para que pudieras descansar y relajarte —me dice y empieza a acariciar la punta de mi nariz con la suya.

—¿Descansar? Creo que contigo será complicado descansar, además, he traído mis apuntes para repasar… —le contesto y pongo las manos en sus nalgas para insinuarme.

—Los fines de semana son para descansar, aunque el lunes tengas el examen más importante de tu vida —contesta y me besa el cuello. Está bien, demasiado hemos aguantado… También ha logrado encender mi caldera interna sin tocar ningún botón—. Además, aunque no descanses, intentaré que te relajes lo máximo posible —añade y sube sus labios hasta el lóbulo de mi oreja para succionarlo.

—Tendré que pensarlo antes de aceptar la oferta que me propones, ¿no? —le respondo.

Él me empuja hacia la cristalera para pegar su cuerpo al mío y se me escapa un leve gemido.

—Te advierto que soy muy bueno cerrando tratos. —Sube su mano derecha hasta uno de mis pechos y empieza a masajearlo—. ¿Quieres que te lo demuestre?

Asiento con una sonrisa traviesa. Marc pone las manos en la parte posterior de mis muslos y me coge en peso para llevarme hasta la cama y dejarme sentada en el borde. Se agacha despacio hasta que se inclina sobre mí para echarme hacia atrás en la cama con los brazos apoyados a ambos lados de mi cuerpo. Me besa la oreja y baja hasta el cuello. Noto cómo, de repente, empieza a hacer demasiado calor. Entre la calefacción y la combustión que hay entre los dos, podríamos provocar un incendio.

Me mira fijamente a los ojos con esa puñetera mirada tan *sexy* y con una sonrisa que dice «Voy a hacer que te corras en dos segundos». Se levanta, se quita el jersey y se desabotona la camisa despacio mientras lo observo, como si quisiera que disfrutara viendo lo que está dejando al descubierto. Y vaya que sí lo disfruto, usaría su torso como plato para comer cada día. Joder, ¡está tremendo!

Me pregunto qué le habrá llamado la atención a un tío que está como un queso de una chica como yo, normal y corriente. No tengo la explosividad de Simona, ni el desparpajo de Maca que la hace *sexy*, aunque algo debo de tener para que esté conmigo…

Cuando acaba con el último botón de la camisa, se acerca a mí, coge el bajo de mi jersey y mi camiseta juntos y los saca por encima de mi cuello para dejarme en sujetador. Tira las prendas sobre un sillón y, mientras tanto, aprovecho para quitarme las zapatillas y los calcetines sin usar las manos, que las tengo bastante ocupadas tocando los abdominales de Marc y pasando mi lengua por ellos.

Él me coge las manos y me pone en pie. Besa mis pechos y mi vientre hasta que llega a la cinturilla de mi vaquero. Desabrocha el botón y la cremallera y, con un movimiento de caderas, lo ayudo a dejarlo caer en el suelo para quedarme con la ropa interior. Pone sus labios sobre los míos y, con suavidad, vuelve a inclinarme en la cama. Se levanta de nuevo para desabrochar su

pantalón, pero cuando tiene las manos sobre los botones del vaquero, las aparto y soy yo quien lo desabrocha. Lo dejo caer al suelo y me doy cuenta de que ya no lleva zapatos ni calcetines. Joder, ¡eso sí que es rapidez!

Lo vuelvo a besar por la zona abdominal, la cinturilla de la ropa interior y pongo ambas manos a los lados para quitárselos y dejarlos caer junto a los vaqueros. Con su erección a la altura de mi cara, me percato de que nunca hemos practicado sexo oral, aunque tampoco me lo ha pedido. ¿Le gustará? Creo que es el momento perfecto para comprobarlo con Marc.

Levanto la mirada mordiéndome el labio inferior y, sin pensarlo dos veces, la introduzco dentro de mi boca y empiezo a succionar. Él no me frena, al contrario, pone sus manos sobre mi pelo y noto cómo su erección crece aún más dentro de mi boca.

—Joder, Lu… —me dice con la respiración entrecortada por los gemidos.

Baja sus manos hasta mi sujetador, lo desabrocha y lo lanza en alguna parte de la habitación mientras yo sigo a lo mío.

—Si sigues haciendo eso, no duraré mucho tiempo… —añade con voz grave pasando su mano por mi mejilla.

Se aparta de mi boca y me pide que me tumbe sobre la cama mientras pasa las yemas de sus dedos por mis pezones. Me inclino hacia atrás y me tumbo en el centro de la cama. Él se pone de rodillas sobre mí, con las piernas a ambos lados de mi cuerpo y baja la única prenda de ropa que me queda. Coloca una mano sobre uno de mis pechos y, con la otra, masajea mi punto débil muy despacio. Después de un mes, parece que se ha adaptado a mi ritmo.

Mi respiración se va acelerando cada vez más y noto los latigazos internos, pero no quiero acabar ya, así que lo contengo un poco más. Sin que se note que estoy atrasando el orgasmo, me levanto y trato de ponerme encima de él para hacerlo sufrir un poco. No obstante, al intentar levantarme, Marc me da la vuelta con suavidad y me deja boca abajo en la cama, de espaldas a él.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto inquieta. Aún no estoy preparada para el sexo anal ni creo que lo vaya a estar nunca.

—Tranquila, no haré nada que no quieras —me dice apartándome el pelo de la cara y me da un tierno beso en la sien que me tranquiliza.

Me quedo en esa posición y veo cómo se inclina hasta su pantalón vaquero para sacar un preservativo del bolsillo. ¿Cómo coño tiene un preservativo siempre a mano? Bueno, quizás el problema lo tenga yo, que voy por la vida desnudándome sin acordarme de que no llevo profilácticos. Tomo la píldora desde hace años, desde que estaba con Aitor, pero soy tan maniática con el tema que siempre uso condón. Sin embargo, con Marc me siento tan… segura. Yo nunca he tenido relaciones con nadie sin preservativo y él pues, bueno, imagino que con su exmujer sí, pero de eso hace dos años…

Me doy la vuelta y me quedo sentada en la cama mientras él sigue de rodillas sobre mí tratando de abrir el plastiquito.

—Marc —le digo con una voz tímida.

—¿Estás bien, Lu? —me pregunta asustado y se agacha un poco poniendo las manos sobre mis muslos.

—En los dos últimos años, ¿has tenido relaciones con chicas sin usar preservativo? —le pregunto y me pongo roja como un tomate.

Quizás es ahondar demasiado en la intimidad, pero él suelta una leve carcajada.

—¿Estás de broma? Eres la primera chica con la que he estado desde hace dos años, y

siempre lo hemos usado —me contesta arqueando la ceja sin saber aún por dónde va mi pregunta.

No es que no me crea que no haya estado con nadie, pero me cuesta pensar que un tío tan atractivo como él se cerrara en banda como para no tener sexo, y mucho más me cuesta pensar que ninguna tía se le haya insinuado.

—¿Puedo confiar en ti? —pregunto.

—Claro que sí, no tendría por qué mentirte. Además, si lo hubiera hecho, te lo contaría sin problema —me contesta y echo un vistazo a su erección que, sorprendentemente, después de la chapa que le estoy dando, sigue al pie del cañón.

—Pues dame esto. —Le quito el preservativo de las manos y lo dejo sobre la mesita de noche —. Sé que debería habértelo dicho antes, pero… tomo la píldora. Nunca lo he hecho con nadie sin usar condón, me daba reparo.

Su cara es una mezcla entre asombro y alivio.

—Ni tienes por qué hacerlo ahora si no te sientes segura de ello —me responde ladeando una sonrisa y me acaricia el brazo.

—Quiero hacerlo. Contigo no tengo miedo…

Esas palabras son el preludio de una explosión de deseo y placer. Marc se recoloca sobre mí y me besa en los labios de una forma tan tierna como sensual. Vuelvo a tumbarme sobre la cama, coloco mi cabeza sobre la almohada y él se inclina sobre mí.

Noto su erección rozando entre mis piernas y, extremadamente despacio, empieza a penetrarme sin parar de besarme de una forma muy dulce, como si quisiera que disfrutara de cada sensación que me está produciendo esta *primera* vez. Lo hace una y otra vez, despacio, muy suave, y siento su piel en la mía más que nunca. No puedo parar de gemir con el desorbitado placer que estoy sintiendo.

Nadie me advirtió de que el culmen de la cuestión, sin profilácticos, llega mucho antes. Cuando ya no puedo aguantar más, me dejo llevar por las descargas de satisfacción y llego —sin duda— al punto más álgido de mi sexualidad. Él no tarda ni treinta segundos en dejarse ir dentro de mí, y noto esa sensación caliente de la que tantas veces me hablaron las chicas, pero que hasta ahora no había probado.

Me da un profundo beso y se tumba a mi lado para abrazarme, pero enseguida se levanta y va hacia el cuarto de baño para traer un paquete de pañuelos que me tiende con una sonrisa. ¡Uf! Menos mal, no sabía qué se hacía en estos casos.

Cojo los pañuelos y me voy al cuarto de baño. Cuando vuelvo a la cama, me acuesto junto a él bajo el nórdico y me acomoda sobre su pecho. Aún le late el corazón muy rápido y tiene la piel calentita. Me abraza fuerte, como si sintiera que hay algo más entre los dos y no quisiera dejarme ir. Al fin y al cabo, acabo de poner en él toda la confianza del mundo haciendo lo que hemos hecho, y no me arrepiento para nada. Ha sido una sensación íntima e indescriptible.

Me acaricia el pelo mientras yo disfruto del olor de su piel, que aún después del sexo sigue oliendo a perfume. Ahora mismo tengo la sensación de estar en un sueño tan perfecto que no quiero despertarme nunca…

39. Un sueño

Lucía

—¿En qué piensas? —pregunto para romper el silencio que se ha establecido en la habitación.

—En que nunca creí que pudiera volver a… —se para en seco durante un segundo y carraspea— a encontrar a alguien con quien me sintiera tan bien.

¿Qué ha significado ese silencio? ¿Acaso quería decir «volver a enamorarme»? De pronto empiezo a agobiarme un poco. Marc se incorpora apoyándose sobre un brazo y me mira a los ojos mientras yo sigo tumbada en la cama.

—Dime que eres real —me suplica tras unos segundos de silencio—, dime que esto no es un sueño.

Suelto una pequeña carcajada cuando lo oigo decir eso.

—Claro que soy real. Mira, te pellizco para que lo compruebes —le digo riéndome mientras le pellizco el costado.

Él se ríe, aunque no sé si lo hace por mi broma o porque le he hecho cosquillas al pellizcarlo.

—Estoy empezando a imaginar más momentos futuros contigo…

Y me lo suelta así, de repente. ¡PUM!

¿Significa esto una declaración de amor en su idioma?

—Puede que yo también, pero ¿quieres decir que terminemos lo de *dejarnos llevar* y pasar a otro punto?

¡Ala! Si tú sueltas la bomba sin avisar, yo te la devuelvo.

—Me gusta que sigamos dejándonos llevar. —Sonríe y me acaricia el pelo.

Ahora es cuando podría levantarme y acosarlo a preguntas sobre hacia dónde va nuestra relación o qué es lo que hay entre nosotros y ponerme histérica, pero me siento tan a gusto que no quiero entrar en ese tipo de líos mentales. Estoy segura de que arruinarían lo que tenemos ahora. Seguiremos dejándonos llevar y el tiempo dirá…

∞∞∞

El fin de semana no puede definirse mejor que con la palabra *perfección*.

El viernes cenamos en el pequeño porche de la cocina, viendo el reflejo de la luna en el lago. Bueno, al menos lo intentamos, hasta que el frío acabó por meternos dentro entre carcajadas porque los dos estábamos haciendo un pulso interno por ver quién aguantaba más antes de congelarse. Dormimos abrazados y sin ropa, disfruté de su piel y de su calor, como si fuera la primera vez que lo tenía desnudo a mi lado.

El sábado por la mañana preparamos un pequeño picnic y nos fuimos de caminata por medio del campo. Una idea que me pareció fantástica y divertida hasta que, cuando terminamos de comer sentados junto al lago, empezó a caer el diluvio universal. Tuvimos que recoger todo a la

velocidad de la luz y correr hasta la casa entre carcajadas, metiéndonos bajo algunos árboles que encontrábamos por el camino para cobijarnos, pero igualmente acabamos calados hasta la médula, por no hablar del frío que pasamos. Al menos, nos hicimos alguna foto mientras el tiempo era favorable y habían salido preciosas.

Al llegar empapados a la casa, llenamos la bañera del cuarto de baño con agua caliente y nos metimos para entrar en calor, pero el calor de nuestros cuerpos en la bañera hizo más que el agua. Pasamos la tarde en uno de los sofás gigantes del salón, abrazados, con la chimenea encendida y tapados con una manta viendo una película; nos costó bastante ponernos de acuerdo, todo hay que decirlo.

Al final me rendí y dejé que la eligiera él, fingiendo que también me gustaba. Lo único que quería era tumbarme en el sofá con sus dedos yendo de mi espalda a mi vientre, haciéndome caricias que terminaron por adormilarme tanto que caí redonda.

Cuando me desperté, había preparado la cena para comer en la cocina; no había narices de salir fuera con el frío. Preparó un picoteo con un poco de todo, colocó dos velas y, mientras cenábamos, lo acribillé a preguntas sobre su pasado sentimental y, cómo no, sobre su exmujer. Ya no era un tema tabú, podíamos hablarlo sin tapujos.

Le confesé que la otra noche la vi en el restaurante. No le dije que sentí celos, pero le pregunté qué haría si ella volviera. No podía aguantar más con esa duda. Su respuesta fue que jamás volvería con ella y que ya no sentía nada de lo que sintió hace años. Eso me dejó más tranquila.

Él aprovechó que yo me había lanzado para hacerme preguntas sobre mi relación con Aitor, si estuve con más chicos después de él, etcétera. Le incomodó cuando le comenté que estuve con dos chicos más, pero que no fue nada serio, sino un par de *quedadas*. Me paré a pensar en si su incomodidad era por celos o porque manteníamos relaciones sexuales sin protección ante posibles ETS, así que me vi en la obligación de recalcar que no lo hice sin preservativo con nadie. Él es el primero.

El domingo por la mañana tardamos bastante en desperezarnos y salir de la cama. Entre el vino y las confesiones íntimas, la noche anterior acabó siendo una continua sucesión de sexo y caricias. Primero en el sofá, más tarde en la cama y por último en el respaldo de la bañera para volver luego a la cama.

Más que descansar durante el fin de semana, parecía que habíamos ido a hacer un triatlón, me dolían hasta las pestañas de tanto ejercicio. No obstante, me sentía bien, diferente, relajada, incluso feliz. Me quedo con las confesiones a la luz de las velas, las carcajadas corriendo hasta la casa mientras nos empapábamos, el roce de mi piel interna con su piel, sus besos, su olor, su forma de mirarme cuando le contaba algo, su sonrisa al descubrir mi extraña pasión por coleccionar las entradas de los espectáculos y conciertos a los que he ido y, sobre todo, con la manera en que se ha abierto sentimentalmente conmigo. Ha sido especial y mágico. Sin prisas, sin horarios, sin relojes y sin nadie que nos interrumpiera en la nube en la que estábamos.

∞∞∞

—¿Lo has pasado bien? —me pregunta al llegar al portal de mi casa.

—Uff… muchísimo mejor que bien —le respondo sonriente y me coge de la mano.

—¿Tú también empiezas a imaginar un futuro? —me pregunta tímido.

Me quedo en pausa, no sé cómo reaccionar. Si le digo que sí, ¿sería demasiada sinceridad? No me importa, es lo que siento y necesito ser sincera con él para ser sincera conmigo misma…

—Empiezo a imaginarme muchos fines de semana como este, me encantaría. —Le sonrío y le doy un beso en la mano.

Él se acerca para besarme tiernamente en los labios.

—Vendrán muchos más… —responde con media sonrisa—, pero ahora tenemos que volver a la realidad. Mañana es tu día.

—Sí… no me lo recuerdes, estoy muy nerviosa —le contesto pasándome la mano por la frente agobiada.

Pensar que mañana es un día decisivo para el resto de mi vida, me pone un nudo en el estómago que me dan ganas de vomitar. ¿Y si apruebo el examen, pero me dan la plaza en otra ciudad? Estaría lejos de Marc, de mi familia, mis amigas, de todo… Justo que ahora las cosas me van bien en todos los aspectos.

—Todo saldrá bien, eres la mejor y confío muchísimo en ti —me dice tranquilizándome y pasa la mano por mi brazo.

—¿Y si tuviera que mudarme a otro sitio? Dejaríamos de vernos…

—Me vendrá bien cambiar de aires —me responde sonriente.

¿Qué ha querido decir? ¿Se vendría conmigo? Eso significaría convivir juntos, y mandar a tomar viento lo de dejarse llevar… Ahora sí que me ha dejado en treinta y tres.

No quiero pensar en cosas que aún no sé a ciencia cierta si van a suceder, así que me despido de él con un beso y dándole las gracias por el maravilloso fin de semana. Me desea suerte y quedamos en vernos mañana por la tarde, después de mi examen.

Cuando llego a casa, aún son las cinco, pero mi madre está más preocupada por mi estómago que por saber cómo lo he pasado. Le comento que hemos almorzado por el camino, y ahí respira más tranquila para preguntarme qué tal ha ido. Le hago un resumen *grosso modo* y no puedo evitar ver que mi madre sonríe con la cara iluminada mientras hablo. Puede que sea feliz porque me nota feliz, porque le gusta como Marc me hace sentir o quizás por ambas cosas.

Dejo la maleta a un lado del cuarto y el bolso sobre mi escritorio. Saco el móvil, el cual apenas he mirado durante el fin de semana porque la cobertura era nula. Tengo como quinientos mensajes de las chicas, uno de mi primo para pedirme perdón por lo de Aitor y, —Oh, mira, ¡qué bien! (ironía)— un mensaje de Aitor deseándome suerte para mañana. Paso de él, no quiero revolver mierda...

Leo los mensajes de las chicas, quienes me preguntan dónde estoy hasta que Maca escribe «Tu madre me lo ha confesado» y Simona dice «Cuéntanos todo, perra mala». Me río al ver la que se ha liado con mi ausencia y les envío una nota de voz para explicarles todo, pero quedamos mañana para más detalles. Como es de esperar, Paula contesta con un «Ohhhh, qué bonito» lleno de corazones, y las demás siguen en el bucle del tema sexo.

Deshago la maleta, me doy una ducha y me siento en mi escritorio por última vez a repasar para el examen, aunque más bien me limito a leer los apuntes para no saturarme demasiado. Una vez acabo, ceno un vaso de leche y me siento en el sofá con mi madre a ver una serie de estas moñas que nos gustan para desconectar. Sobre las diez de la noche, recibo un mensaje de Marc.

Marc:
Mañana todo saldrá bien, recuerda que eres la mejor. He pasado uno de los mejores fines de semana y quiero imaginarme muchos días así. Te veo mañana, preciosa. Qué descanses.

Al leer el mensaje, una sonrisa tonta me aparece en la cara, incluso mi madre se da cuenta y se le escapa una risa con movimiento de cabeza incluido, queriendo decir «Vaya pánfila». El disimulo nunca ha sido mi fuerte.

Supongo que «Quiero imaginarme muchos días así» significa un «Me imagino un futuro a tu lado». O ¿quizás lo dice porque quiere seguir pasándolo bien conmigo?

Marc no deja de ser un enigma difícil de descifrar. Es como una especie de juego de pistas que me permite desentrañarlas poquito a poco, pero siempre voy con el miedo a que no me deje seguir descubriendo más. Aunque, puestos a sincerarnos, tampoco tengo claro del todo qué es lo que quiero…

No voy a engañarme a mí misma, porque sí, me imagino cada vez un poquito más un futuro con Marc. No imagino mis días sin verlo o sin compartir esos ratitos tan nuestros en el sofá de su casa hablando de cualquier tema. Sin embargo, aún me da miedo que todo esto sea tan perfecto que, en algún momento, deje de serlo y me dé tal hostión sentimental que me haga caer del guindo.

Quiero confiar en que todo saldrá bien entre nosotros, en que hacemos bien dejando que todo fluya, pero no puedo obviar el hecho de que le tiene pavor al compromiso. Además, yo aún le sigo temiendo a mi fantasma, aunque cada vez menos cuando estoy con él…

40. Unas con cal y otras con arena

Son las ocho y cuarto de la mañana. Bea se ha despertado más tarde de lo normal. Bueno, siendo claros, casi no ha pegado ojo en toda la noche, llorando a escondidas y pensando en lo que ha pasado ese fin de semana con Dani.

El viernes cedió ante la petición de cenar en casa de sus padres. Hasta ahí bien. Al fin y al cabo, fueron a cenar —aunque a ella no le apeteciera— y volvieron a casa sobre las once y media.

El problema llegó el sábado por la tarde, cuando estaban en el sofá haciéndose arrumacos y llegaron los padres de Dani, abriendo la puerta con la llave de repuesto. Bea salió corriendo hasta la habitación para colocarse la ropa y vestirse sin la presencia de sus suegros. Dani, por su parte, se subió los pantalones en dos segundos y se colocó la sudadera que dejó tirada en el sofá. Entraron como Pedro por su casa, de lo más alegres y como si fuera lo más normal del mundo, pero no sabían que estaban desatando el principio del fin.

Para colmo, traían una especie de máquina para cocinar que les compraron esa misma mañana —sin que ellos pidieran nada, claro— y pretendían enseñarles cómo funcionaba. Vamos, que acabaron haciendo un pastel de manzana sin comérselo ni bebérselo. Por parte de Bea, cuando digo *sin comérselo*, lo digo literalmente. Ni siquiera probó el pastel. Pasó toda la tarde con un cabreo que se intuía a kilómetros y que aumentaba al darse cuenta de que Dani no reprobaba la actitud de sus padres. A eso de las diez y media de la noche, los padres de él se fueron, porque ¿para qué cenar en su casa pudiendo cenar en casa de su hijo?

Nada más cerrar la puerta, se armó la mismísima Tercera Guerra Mundial —metafóricamente hablando— en aquel pisito de ochenta metros cuadrados. Bea ya no soportaba la situación y acabó estallando, diciéndole a Dani de todo. Como si estuviera poseída, sacó todo lo que tenía dentro. Él, como siempre, se limitaba a decir que sus padres no lo hacían con mala intención, que solo pretendían ayudarlos y que no hanía nada de malo. Seguía sin entender que estaban en una relación en la que sus padres estaban presentes el ochenta por ciento de las veces. Tenían dependencia de él, y Bea entendió que Dani también había desarrollado cierta dependencia hacia ellos.

Acabó con la conversación porque sabía que no llegarían a ningún lado, como siempre, así que se dio una ducha y se acostó a *dormir*. Quien dice dormir, dice llorar y pensar. Algo que también hizo durante todo el día siguiente. Para colmo de males, el domingo era el cumpleaños de uno de los primos de Dani y quedaron en que irían, pero fue él solo, excusándose ante la familia con que Bea estaba mal del estómago.

—Dani —dice Bea cogiendo aire mientras se pone el abrigo para ir a trabajar—, me voy.

—Vale, nos vemos luego —le responde cortante e indignado porque ella siga enfadada.

—No, me voy de casa —contesta ella acabando de colocarse el abrigo y cogiendo el bolso.

—¿Qué? —Dani cambió su tono. Se volvió más vulnerable y empezó a respirar más rápido, como si estuviera muy nervioso.

—Creo que necesito tomarme un tiempo, unos días, para pensar en si realmente quiero seguir aguantando lo que conlleva nuestra relación —le contesta haciendo la máxima fuerza posible

para no llorar.

Todo lo que pasó el fin de semana ha acabado por colmar su paciencia y pensó en hacer caso a Paula, quien siempre tiene sabias palabras.

—¿Cómo que «lo que conlleva nuestra relación»? —Dani está nervioso, alza un poco el tono y le cuesta hablar y respirar a la vez—. ¿A qué te refieres? ¿A qué viene esto ahora?

—Me refiero a tus padres y vuestra relación —responde Bea cogiendo aire para ser lo más tajante posible y no andarse con rodeos—. No quiero tener una relación contigo y con tus padres. Yo te escogí a ti para compartir mi vida, para decidir sobre nuestras vidas y compartir todo contigo, pero no escogí a tus padres. Han sobrepasado el límite y ahora ni siquiera tenemos intimidad en nuestra propia casa…

—Pero Bea… —la interrumpe él.

—Déjame hablar. —Ella lo coge de las manos—. Tengo muy claro que eres el amor de mi vida y que quiero estar contigo para siempre —añade haciendo hincapié al decir *contigo* y ahí se rompe porque no aguanta más las lágrimas—. Pero no de esta forma, no me compensa…

»Necesitas establecer los límites entre la relación con tus padres y nuestra relación. A mí no me corresponde hacerlo, así que me voy unos días para pensar. También lo hago para que tú pienses y tengas claro qué es lo que quieres. —Le pasa la mano por la mejilla, le da un abrazo y un beso tierno en los labios—. No te preocupes, estaré en casa de Simona. —Le dedica una media sonrisa mientras se aparta de él—. No quiero que dudes ni un minuto que eres lo que más quiero en el mundo, a pesar de todo esto.

—¿Me estás pidiendo que elija entre mis padres y tú? —exclama Dani desesperado. Hace rato que está llorando, tiene los ojos y las mejillas rojas—. No te vayas, Bea, por favor. Te quiero muchísimo —añade.

Se abalanza sobre ella para abrazarla e impedir que se vaya, pero ella se separa y se acerca más a la puerta.

—Nunca te pediría tal cosa, solo te pido que establezcas unos límites —responde contundente para no venirse abajo—. Tengo que irme a trabajar. Si necesitas algo, llámame. Te quiero mucho, Dani.

Bea le sonríe una última vez, pero antes de que él pueda contestar, abre la puerta y se marcha sin derrumbarse.

∞∞∞

Son las nueve y media de la mañana. Simona arrastra un cabreo interno monumental desde el fin de semana por no ver a Nacho; son sus días libres y tiene que ejercer de padre. Eso fue lo primero que Simo pensó, pero con ayuda de la poca paciencia que le quedaba y su necesidad de imponer su organización para organizar la vida de los demás —valga la redundancia—, acabó por estallar.

Se pasó la tarde del domingo acostada en el sofá, con la manta, sin ni siquiera quitarse el pijama y viendo *Friends* por decimonovena vez con la esperanza de reírse. Enganchó un capítulo con otro para que se le pasara el mal trago, pero —atención, *spoiler*— la primera ruptura de Rachel y Ross liberó las lágrimas que llevaba reteniendo desde hacía días, a sabiendas de cómo acaban en la serie.

Bea la llamó y la puso al tanto de su —también— complicada situación sentimental, a lo que

ella le aconsejó que pusiera tierra de por medio y se dedicara unos días a sí misma para reflexionar sobre si eso es lo que quería para el resto de su vida. Se ofreció a acogerla durante unos días en su piso, en caso de necesitarlo. Después de llorar y desahogarse, aplicándose a sí misma sus propios consejos profesionales —y los que nosotras le dimos la otra noche—, cogió el teléfono y le escribió un mensaje a Nacho para decirle que tenía que hablar con él.

Quedaron para verse por la mañana en la cafetería, que queda justo al lado de su consulta, así que allí está. Sentada en una de las mesas con su falda marrón plisada, blusa de gasa blanca y sus tacones color arena con el abrigo a juego. Se había maquillado, incluso más de lo normal en la zona de los ojos para que no se notara que estuvo llorando. Aun así, no dejaba de ser la rubia explosiva y atractiva que era.

—Buenos días, guapa —le dice Nacho apareciendo por detrás de ella, que está de espaldas a la puerta—. ¿Está ocupada? —añade señalando la silla vacía.

—Puedes sentarte —le dice ella con media sonrisa.

—¿Todo bien? Te noto seria —pregunta él frunciendo el ceño.

Hace el amago de coger la mano que Simona tiene apoyada sobre la mesa, pero se da cuenta de que están en un lugar público y recula.

—He estado mejor —responde haciendo un mohín y quita las manos de la mesa al percatarse de lo que iba a hacer él y no ha hecho.

—¿Pasa algo? —pregunta mostrando preocupación—. ¿Estás enferma?

—No, ¡por Dios! —le responde ella chasqueando la lengua.

¿Qué creía que quería decirle? ¿Que tiene un cáncer terminal?

—Pasas tú, es decir, *nosotros* —añade Simona señalándolos a ambos y dudando al decir la palabra porque sabe que no existe un *nosotros*.

—Ajá… —responde él y el semblante le cambia por completo.

Nacho se inclina hacia atrás, apoya la espalda en el respaldo de la silla y cruza los brazos. Simona, desde su punto de vista profesional, intuye que eso es un gesto de autoprotección, así que baja un poco la guardia porque no tiene nada que reprochar. Ella solita se metió en eso, y ahora lo único que quiere es cerrar esta etapa de su vida quedando con él de la mejor manera posible.

—Dime lo que necesites decirme —dice Nacho.

—A ver… —Simona resopla y se acomoda en la silla apartando su taza de café a un lado para colocar los codos sobre la mesa—, Nacho… yo no he sido del todo sincera contigo, ¿vale? Me gustaría que me escucharas y no me interrumpieras, y luego ya me dices lo que quieras. —Él asiente con la cabeza con un gesto serio mientras Simona vuelve a resoplar y respira hondo.

»Desde que empezó todo lo que ha pasado entre nosotros, yo sabía dónde me estaba metiendo. Jamás te he pedido explicaciones de lo que haces cuando no estás conmigo ni tú a mí. Creo que, desde un principio, los dos asumimos lo que queríamos del otro y nos ha ido bien. Pero… desde hace varias semanas, se me ha olvidado cuál es el fin principal de nuestra *pseudorelación* y no he podido evitar dejarme llevar un poco, echarte de menos cuando no estamos juntos, por ejemplo… —añade ella mordiéndose el labio inferior algo nerviosa con un gesto de rendimiento.

»Sé que eso no es bueno, ni para ti ni para mí. Para mí porque es como si me estuviera autoapuñalando cada vez que nos vemos y te vas, pero estoy deseando volver a hacerlo cuando vuelvas, rollo masoquista. Y para ti porque tienes una familia y lo que menos quieres es romperla para tener algo conmigo, cuando tus intenciones desde un principio fueron las mismas que las

mías: vernos un par de veces a la semana para follar y seguir cada uno con sus vidas —Simona nota que está a punto de que se le empañen los ojos, pero saca fuerzas de donde puede y se repone.

»Estaba claro que esto no saldría bien. Aunque no lo creas, es muy habitual, lo veo cada día en muchos de mis pacientes, así que creo que la mejor decisión es que lo hablemos y cortar esto ahora que estamos a tiempo de que no vaya a más y uno de los dos salga perjudicado.

Tras decir esto último, ella sabe que ya está algo perjudicada, pero si lo para a tiempo, reponerse será más fácil.

Nacho se queda callado durante un buen rato. Se pasa la mano por la frente, suspira, se inclina para apoyar los codos en la mesa y se pasa las manos por la cara con un gesto de desesperación y de no saber qué hacer o qué decir. Se queda con los dedos entrelazados apoyados sobre los labios.

Simona, que está acostumbrada a escuchar y a tener paciencia, no dice nada y se limita a esperar a que le conteste algo, si es que lo va a hacer… Si no lo hace, interpretará su silencio como una otorgación.

—Mira, Simo… —por fin se arranca a hablar—, el día que yo acudí a ti para que me ayudaras con todos los problemas que estaba teniendo, mi matrimonio ya estaba haciendo aguas, y tú lo sabes. Me ayudaste muchísimo y hay cosas que he logrado mejorar, como el tema del trabajo y la ansiedad, por ejemplo —añade con una sonrisa de satisfacción—, pero entre esas cosas que he conseguido mejorar, y por más que lo intentara durante meses, no está mi matrimonio —dice apretando los labios sintiendo decepción hacia sí mismo.

»No quiero decir que hayas hecho mal tu trabajo, evidentemente —añade con una sonrisa tímida—, pero creo que estaba roto desde hace mucho tiempo. Cuando te empeñas en cerrar una herida que se abre cada vez más, poniéndole una simple tirita, al final no vas a cerrarla, sino que necesitarás un medio más drástico, como un hilo o unas grapas para acabar con ello.

—¿Qué me estás queriendo decir con todo esto? —pregunta Simona frunciendo el ceño un poco desconcertada.

Estaba claro que llevaba un mes y pico acostándose con ella, pero creía que su matrimonio *había mejorado*.

—No estoy enamorado de mi mujer, Simo. —¡Eso sí que es ir directo al grano!—. Lo he intentado por los niños, pero hace mucho tiempo que no siento nada, y contigo… —se para a coger aire—, contigo es todo tan diferente. Has sido como la brisa del aire fresco que necesitaba, compartir cosas diferentes con alguien diferente. Contigo me divierto y, joder, ¡me siento deseado! Eso en mi matrimonio es algo que había muerto, era como una rutina —exclama en voz baja para que nadie se entere de que está con su amante—. Yo… quiero dejar a mi mujer, pero entiéndeme, la situación no es tan fácil. Tenemos dos niños pequeños…

—¿Me estás pidiendo que te espere hasta que dejes a tu mujer? —Simona arquea una ceja y se lo pregunta directamente, no le gusta andarse por las ramas.

—Sí… —responde apenado, como quien tiene una oferta de trabajo mucho mejor, pero no puede dejar su puesto actual hasta que acabe su contrato—, por favor. Quiero estar contigo porque me encantas, y no pretendo que me esperes eternamente, solo que me des algo de tiempo para resolver las cosas bien, sobre todo por los niños…

Simona coge aire. Esto no era algo que entrara en sus planes como posibles respuestas de Nacho, así que ahora tiene que pararse un momento y pensar. ¿Vale la pena esperar por un hombre que dice que quiere separarse de su mujer y que, para más inri, tiene dos hijos de por

medio en todo ese trámite? Se pasa la mano por el pelo inquieta. ¿Qué se supone que debe hacer ahora?

Sabe que nada de eso puede salir bien, que Nacho y ella nunca serán felices y comerán perdices, sobre todo porque él ha construido una familia y, teniendo en cuenta que ella aún no está preparada para tener hijos, no entra en sus planes —ni mucho menos— *cuidar* de los hijos de otro.

Pero eso es lo que piensa la cabeza, su corazón piensa en algo totalmente diferente, y ponerlos de acuerdo nunca es tarea fácil, por no decir imposible. Lo racional sería decirle a Nacho que siguiera con su vida, aunque se separe de su mujer, pero que busque a otra persona que quiera tener el tipo de vida que llevará después de separarse. Sin embargo, lo irracional —lo que le dice el corazón— quiere esperarlo, que puede salir bien. Que, si nunca lo intenta, nunca sabrá lo que habría pasado. Con la fe y la esperanza de que saldrá bien.

Y así es cómo siempre acabamos guiándonos por nuestra parte emocional, porque la esperanza es la que nos dice lo que queremos escuchar. Sin embargo, el cerebro siempre nos dice lo que no nos gusta, aunque pasado el tiempo, muchas veces tenemos que pedirle perdón y prometerle que la próxima vez le haremos caso…

—Nacho… —Simona consigue hilar palabras después de su diálogo interno sobre la razón y el corazón—, si lo que me estás diciendo es cierto, estoy dispuesta a esperarte, pero no lo haré eternamente ni tampoco quiero que me pidas explicaciones sobre lo que haga o deje de hacer hasta que resuelvas tus problemas. Eso sí, no tardes demasiado, porque la paciencia no es una de mis virtudes fuera del ámbito laboral —añade tajante. Se levanta de la silla, se coloca el abrigo y coge su bolso—. Ahora me voy, tengo que trabajar. El tiempo empieza a correr… —le dice poniéndole la mano en el hombro con una pequeña caricia y una sonrisa. Él coloca la mano sobre la suya, pero ella se va.

Simona sale por la puerta, dejándolo sentado, esperando que reflexione sobre cómo quiere encauzar su futuro y los problemas que tiene por resolver. Cuando llega a su consulta, escribe un mensaje por el grupo para decirnos que nos vemos esta noche en su casa y celebrar que he hecho el examen. A mí me apetece bastante pasar un rato con las chicas y contarles lo increíble que ha sido mi fin de semana, así que contesto que sí con muchos emoticonos alegres.

∞∞∞

Son las diez de la mañana. Paula está sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, observando cómo duerme Gabri. Le acaricia el pelo y la espalda. Él remolonea un poco, le pasa el brazo por encima de los muslos y la atrae hacia su cuerpo para poner la cabeza sobre su muslo izquierdo.

En el trance en el que se despierta, ella no para de mirar cada detalle de su cuerpo; sus mechones de pelo que se enredan entre los dedos, el lunar grande que tiene justo en el centro de la espalda, su piel tostada por los restos de Sol que le quedan de las vacaciones de Semana Santa, sus pestañas largas, sus cejas pobladas y sus labios finos, que para ella son perfectos.

Empieza a pensar en qué momento se hizo realidad un sueño que llevaba tanto tiempo esperando que ocurriese, incluso perdió la esperanza de que sucediera. Desde que era casi una niña, conoció a Gabri y soñó con cómo sería estar con él, compartir cosas, ir a su casa como su novia y no como la amiga de su hermana. Incluso con cómo sería el día de su boda, porque

siempre tuvo claro que solo se casaría si era con él. Pero eso ahora puede esperar… Llevan muy poco tiempo juntos y el pasado *casanova* de Gabri siempre la tiene pensando en que en cualquier momento podría bajarla del tren y la dejaría en cualquier estación que le pillara de paso.

—Ven —le dice Gabri con voz de medio dormido y tira suavemente de ella para que se acueste junto a él.

—Sabes que, como vuelva a cambiar mi horario de trabajo por quedarme aquí, me van a echar, ¿verdad? —le dice ella riéndose y se acurruca junto a él en la cama.

Solo lleva un año siendo la jefa de recursos humanos de una importante multinacional, y no le hace gracia tomarse su trabajo de manera *poco seria*, pero cuando se trata de Gabri no tiene nada que hacer…

—No pasa nada, para eso eres la jefa —le responde él con una sonrisa pícara y le da un beso en los labios abriendo la caja de los deseos sexuales matutinos.

—Por eso mismo, debería dar ejemplo, no como tú —contesta Paula entre sonrisas tontas de esas que te salen cuando estás enamorado—. Me da a mí que, como sigas llegando a trabajar cuando te dé la gana, en vez del jefe, serás el recepcionista.

—No me importa, también se me dan bien las teclas del ordenador, te lo puedo demostrar —le responde juguetón metiendo la mano por dentro de sus braguitas.

—Al final acabarás llevándome por el mal camino… —contesta Paula con un gemido—, pero me gusta.

41. Mi examen

Lucía

Son las once menos veinte de la mañana. Estoy a veinte minutos de hacer un examen para el que llevo un año y algo preparándome. A ratos mejor y a ratos peor, pero lo he llevado bien. Antes de que mi tío Pedro se pusiera enfermo y tuviera que hacerme cargo de la pastelería, lo llevaba mucho mejor. Tenía más tiempo para dedicarle a mis apuntes, pero entre eso y pasar tiempo con Marc, dejé el hábito de estudio un poco apartado.

Hoy hace un poco de calorcito, así que me he puesto un vestido de manga corta para hacerme a la idea de que se acerca el verano. Desde que ayer llegué a casa, no se me ha quitado la sonrisa tonta de la cara, incluso me costó concentrarme para acabar de repasar. Solo se me pasaban por la mente cosas que viví durante el fin de semana.

Me acordé de cuando quise levantarme del sofá gigante y me hice tal lío con la manta que me tropecé y terminé en el suelo. Marc no paraba de reírse de mí y, aunque intentaba parecer indignada, yo tampoco podía parar de reír.

O cuando intentó darme un beso mientras cenábamos y le dio un golpe a una vela que cayó en medio de la mesa. Corrimos como locos a por la botella de agua para tirarla encima y que no se quemara nada. Menos mal que la vela estaba dentro de un vasito de cristal y no salió de ahí, pero el estropicio con el agua también fue gracioso. Después nos paramos a pensar en que parecíamos dos idiotas yendo a por una botella de agua para apagar lo que habría sido una mesa de madera incendiada.

Un mensaje de mi tío me saca de mi paseo mental por los dos días anteriores. Me envía una foto en la pastelería, con una sonrisa que casi no le cabe en la cara, deseándome buena suerte. Me alegro muchísimo de verlo así. Hoy es el primer día que vuelve al trabajo desde que se puso enfermo y tiene que estar más contento que unas pascuas.

Otro mensaje de mi madre, de mis primos, de las chicas, de Marc… y así se me pasan los veinte minutos que faltan para empezar el examen. La puerta del aula aún está cerrada, pero fuera hay muchísima gente y me agobio tanto que tengo ganas de vomitar. ¿Cuántas personas hay aquí? ¿Doscientas o trescientas? No lo sé, ni quiero saberlo. Para mí son mil millones de personas a las que me tengo que enfrentar, haciendo un buen uso de mi memoria, de mi capacidad de raciocinio y de mantener la calma cuando tenga el examen delante. Hay bastante gente de diversas edades, desde chicos y chicas que estudiaron la carrera conmigo hasta personas de unos cuarenta y pico. ¿Significa eso que repetiré el examen con cuarenta y siete años? No quiero ni pensarlo…

Miro a Manu, que está a mi lado, y me tranquiliza saber que hay gente conocida y no estoy sola. Estuvo en mi clase durante toda la carrera, es el típico alumno megaestudioso que se sentaba en la primera fila de clase, siempre llevaba sus apuntes en correcto orden y hacía preguntas interesantes a los profesores. Yo tuve mucha conexión con él desde el primer día, me caía muy bien, excepto cuando se pasaba de listillo —me resultaba pedante—, pero lo vi tan reservado que me daba cosita que no hiciera amigos, así que solía sentarme a su lado en clase y siempre nos hemos llevado muy bien. Durante este último año, apenas he hablado tres veces con

él. Decidió hacer —de la buhardilla de su casa— una especie de búnker para estudiar sin que nadie lo molestara, incluso apagaba el teléfono móvil, así que era imposible hablar con él para saber cómo le iba. Juan, su novio, es un bendito y habrá tenido una paciencia infinita durante todo este año.

Con un golpe que nos asusta a todos, abren la puerta del aula. Manu y yo damos un pequeño saltito al escuchar el ruido, nos miramos y nos partimos de la risa al darnos cuenta de lo tontos que acabamos de parecer. Entramos por la puerta, le cojo de la mano y la aprieto deseándole suerte. Él hace lo mismo conmigo. Luego nos sentamos en el sitio que nos han asignado por orden alfabético, nos explican cómo será el examen y ya está.

Que sea lo que el destino quiera…

∞∞∞

A la una y media, salgo del aula no muy satisfecha por cómo me ha salido, pero soy de esas personas que nunca salen contentas de un examen y luego puede pasar cualquier cosa. En el recibidor del edificio, lleno de paredes de cristal, me encuentro a Juan esperando a Manu. Como siempre, mi amigo es de los últimos en entregar el examen porque lo repasa una y otra vez.

Me acerco hasta él y le doy un abrazo enorme, hacía un montón de tiempo que no lo veía. Le pregunto qué tal y nos ponemos un poquito al día de nuestras vidas. Me hace una señal de que viene Manu, me giro y también lo abrazo porque ya estamos los dos más aliviados que antes de entrar al examen. Voy a empezar a hablar para preguntarle cómo le ha ido, pero me interrumpe.

—Creo que te están esperando —dice dirigiéndome con la mirada hacia la zona que está detrás de Juan—. No para de mirar hacia aquí, supongo que será por ti. Te aseguro que ninguno de nosotros dos consigue a ese hombre ni en sueños.

—¡Oye! Yo tengo aún mi público, *chato* —responde Juan indignado.

Me giro y, cómo no, es Marc. Está de pie, apoyado junto a una de las paredes de la entrada. Intuyo que viene de la oficina porque lleva un traje gris claro, camisa blanca y una corbata azul oscuro. Está impoluto y con un aire de *mojabragas* brutal. Pero lo que más me sorprende es lo que lleva en la mano, un ramo de flores precioso. ¿Será para mí? ¡Obviamente, Lucía, pareces tonta!

Me sonríe desde lejos y levanto la mano para decirle que espere un momento. Me despido de los chicos y quedamos en tomar algo ahora que somos libres. Ellos salen de la mano por la puerta y yo me dirijo hacia Marc, con mi ropa interior pidiéndome a gritos salir de debajo de mi vestido. Él sabe que me encanta verlo con traje y estoy segura de que lo ha hecho adrede. Sin olvidar lo roja que me pongo y el calor que me entra al mirar el ramo de flores.

Mientras camino, me fijo en que hay dos chicas en el mostrador de recepción que no le quitan el ojo de encima, pero mi diablillo interno sonríe al pensar que es mío y que soy yo quien lo disfruta. ¿Qué buena obra hice para que me pusieran en el camino a este pedazo de manjar? Además, es inteligente, divertido y… joder, ¡lo tiene todo!

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sonriente y roja como un tomate al llegar hasta él. Me coge por la cintura y me planta un beso de desmayarme del gusto. ¡Chupaos esa, chicas de recepción!—. Ya veo que te alegras de verme —añado tímida al notar su erección cuando me ha acercado hasta él.

—¿Y tú a mí no? Porque me encantaría quitarte ese vestido, estás increíble —me dice

separándose un poco de mí, pero sin dejar de agarrarme la cintura.

—El juego lo has empezado tú, ya sabes lo que me pasa al verte con traje… —le contesto mordiéndome el labio inferior y levanto las cejas. Él se ríe.

—Esto es para ti. Enhorabuena, preciosa —me dice separándose de mí para darme el ramo de flores y me da otro beso.

Aunque me encanta, estoy desconcertada. No suele besarme en público y jamás pensé que llegaría a regalarme flores. Otra cosa que añadir a la lista de lo que tenemos en común: le gustan los detalles.

—Gracias, no tenías por qué —le respondo sin saber dónde meterme. Bueno, sí, me metería debajo de su ropa. Hace años que un chico no me regala flores y no puedo negar que me encanta —. Solo he hecho un examen, no es mi cumpleaños ni nada. Aunque mis favoritas son las margaritas… —añado riéndome.

—Me lo apunto para regalarte un ramo de margaritas por tu cumpleaños —contesta él siguiéndome la broma—. ¿Te apetece almorzar conmigo?

—¡Claro! —contesto sonriente—. Esta noche he quedado con las chicas y no te podría decir que sí si me invitaras a cenar, así que almorzaré contigo.

—Oh… entonces, ¿soy tu segundo plato o algo así? —me pregunta irónicamente mientras caminamos hacia la calle arqueando una ceja.

—Prefiero que seas mi postre, es lo que más disfruto —le contesto guiñándole el ojo. Me agarra por la cintura y vuelve a darme un beso, esta vez en la sien—. Oye, ¡luego tendrás que traerme a por mi coche!

—¡Lo que usted mande, señorita! —responde sarcástico.

42. Una cita con el jefe

Lucía

Cuando llegamos al restaurante, Marc ya había hecho la reserva, así que nos llevan a la mesa. No paro de pensar en mi ramo de flores; lo he dejado en el coche y se puede estropear con el calor, es tan bonito...

Nunca he estado aquí, y menos mal que esta mañana elegí el vestido y los botines de tacón. Este no es uno de esos sitios a los que vayas en zapatillas y sudadera. Tiene pinta de ser de los caros, solo viendo la decoración —parece sacada de una revista de moda— y el uniforme impoluto de los camareros, lo dice todo del lugar. Nos sientan en una mesa junto a una de las ventanas y empezamos a ojear la carta.

—La carne aquí es espectacular —me dice Marc.

—¿Has estado antes?

—Sí, una vez vine a almorzar con los jefes.

—Pero ¿el jefe no eres tú? —le pregunto confundida.

—Sí, pero no soy el jefe de la empresa a nivel nacional, solo de la ciudad —contesta riéndose ante mi pregunta—. El jefe siempre tiene más jefes, a no ser que seas un multimillonario dueño de un imperio.

—Oh… qué lástima, me ponía mucho pensar en ir a tu oficina y montármelo en el despacho del jefe… —le respondo con cara traviesa haciendo un puchero.

—Puedes hacerlo cuando quieras, pero como sigas diciéndome cosas así, no me quedará más remedio que llevarte a algún lado donde nadie nos vea y quitarte ese vestido.

Marc arquea una ceja mientras coloca los codos sobre la mesa para acercarse a mí.

—Yo no seré la jefa de ninguna oficina, pero sí de mi cuerpo, así que solo cuando yo te dé permiso, lo podrás hacer —le respondo acercándome a él, imitando su movimiento—, pero antes tengo hambre.

Él sonríe y ladea la cabeza. Dejamos nuestra conversación subida de tono para pedir la comida y una botella de vino blanco. Mientras comemos, evito que la conversación se desvíe por los derroteros sexuales porque, con las ganas que nos tenemos, terminaremos empotrándonos en el baño del mismo restaurante. Aunque a lo mejor no sería mala idea…

Después de hablar durante un rato sobre mi examen, le pregunto a Marc qué tal le ha ido la mañana. Me cuenta que ha rechazado la oferta del periódico que quería contratarle porque no le gusta su forma de trabajar. Que ha tenido dos reuniones aburridas y que sus amigos de la oficina no han parado de increparlo con preguntas burlonas acerca de mí. Al parecer, una revista nos sacó una foto la semana pasada mientras cenábamos en un sitio cerca de mi casa. Parece que es poco interesante, ya que ni siquiera la han impreso, sino que la colgaron en las redes sociales de la revista. Me resulta extraño que Maca no me haya dicho nada, ella siempre está al día con las redes, pero con los preparativos de la boda, imagino que estará un poco desconectada.

En un momento en que Marc va al baño, saco mi teléfono y busco la foto. Joder, ¡¿cómo coño han conseguido hacer una foto desde ahí?! ¡Es prácticamente imposible! Se nos ve en la puerta del local, Marc tiene su brazo por encima de mis hombros y yo lo estoy abrazando.

Realmente solo se le aprecia a él, quizás por eso nadie conocido se ha dado cuenta de que soy yo. Casi no se me ve la cara, sin embargo, a él sí. Yo estoy de lado, pero tengo el pelo delante del rostro. No me da tiempo a leer la noticia entera, pero —entre líneas— dicen que Marc ha encontrado una nueva ilusión después de dos años de *sequía sentimental* tras la ruptura con su exmujer. Qué bien… soy la otra, o la nueva. No sé qué es peor, pero en fin, si algo me ha enseñado mi prima sobre las redes sociales, es que no hay que hacerles caso.

Cuando acabamos de comer, intento pagar la cuenta, pero Marc insiste en que es un regalo porque es *mi* día. Volvemos de nuevo a la conversación de que el hombre no siempre tiene que pagar, pero como no voy a hacerle entrar en razón, me rindo. Ya me las ingeniaré para pagar la cena completa otro día sin que se dé cuenta.

Nos subimos al coche, enciendo la radio y suena *Physical* de Dua Lipa. Como ya he perdido todo tipo de vergüenzas con Marc, me pongo a cantar metida del todo en la canción. Se nota que hace tiempo que las chicas y yo no salimos de fiesta, no nos vendría mal acabar esta noche en alguno de esos garitos donde te hartas de chupitos y acabas con los pies tan destrozados de tanto bailar que te planteas volver descalza a casa.

De vez en cuando, lo miro y veo cómo se ríe de mí, pero no me importa, yo sigo a lo mío. Tanto que no me doy cuenta de que no volvemos al aulario a por mi coche, sino que vamos en dirección al centro.

—¿A dónde vamos? —le pregunto al percatarme—. Tengo que recoger mi coche, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo perfectamente, pero antes quiero comprobar si es verdad todo lo que dices —me responde con una sonrisa traviesa que me tranquiliza porque veo que no va por un lado negativo.

—A ver qué se te habrá ocurrido ahora… —le digo riéndome.

—Ya verás. —Me sonríe y guiña un ojo.

Una vez dentro de la ciudad, empezamos a callejear con el coche hasta que llegamos a la calle donde está su oficina. Recuerdo que es ahí porque nunca olvidaré el día que salimos corriendo del restaurante de debajo porque al tío Pedro le había dado un infarto.

Marc avanza hasta quedar frente a la puerta del *parking*, coge un mando y abre. Creo que ya sé por dónde van los tiros…

—No te atreverás… —le digo girándome hacia él arqueando una ceja entre la risa y el morbo.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Marc sonríe y pone la mano sobre mi muslo. La sube poco a poco hasta que lo paro con un toque sutil, es posible que la gente de la calle me esté viendo las bragas a través de las lunas del coche. Cuando aparto su mano, se ríe y acelera para entrar.

Aparca en su plaza de garaje, nos bajamos y, cuando me alcanza, me agarra de la mano, no sin antes apretarme fuerte una nalga aprovechando que no hay nadie alrededor. Nos dirigimos hacia el ascensor que sube hasta las plantas superiores y, en consecuencia, hasta su oficina. Dentro del ascensor, como si fuera suyo, se abalanza sobre mí y empieza a besarme el cuello y los labios. Coloca una mano en mi cuello, y con la otra agarra mi culo para apretarme con fuerza contra su cuerpo, y…. ¡clin! Suena el ruidito del ascensor para abrir la puerta. Me da un susto que me pone el corazón más acelerado de lo que lo llevo, porque no sé quién nos ha visto cuando se ha abierto la puerta. Por suerte, no hay nadie. Entramos en su oficina y está vacía. Lógico, es la hora de comer…

Nada más entrar, observo que todo es blanco con tonos nórdicos: grises, azules… A la izquierda hay un mostrador alto que parece la recepción, a la derecha una salida de emergencia para las escaleras y, justo al lado, un despacho con paredes de cristal transparente en el que se ve una mesita con dos sillas, una estantería, otro mueble con documentos. En fin… lo que viene siendo el despacho de Amalia, su secretaría, dato que Marc me aporta cuando me quedo mirando hacia el habitáculo.

Entre el despacho de Amalia y el de Marc hay una pequeña sala de espera con un sofá, mesita y dos sillas, y luego pasamos al de él. Está cubierto por una pared de cristal opaco que da hacia el interior de la oficina. Saca las llaves del bolsillo de su pantalón y abre la puerta.

¡Joder! ¡Pedazo de despacho! Al fondo tiene una cristalera que le aportaría mucha luz a la habitación, si no fuera porque ahora mismo tiene las persianas echadas. Hay una mesa enorme de madera —de espaldas a la cristalera— con su silla, ordenador y demás. A la derecha, se encuentra la pared con la que sueña todo lector: una biblioteca enorme que cubre casi toda la pared, como la que tiene en su casa, seguida de un mueble que tiene pinta de guardar documentos importantes. A la izquierda, delante de la mesa de su despacho, un sofá, con una mesita de centro y dos sillas en frente y, justo al lado de la puerta, un perchero de madera.

—Vaya… pues para no ser el jefazo gordo, no te lo montas nada mal —le digo observando su mesa y pasando la mano por encima para apoyarme en ella. Siento un leve cosquilleo al fantasear con ser yo la que esté encima de esa mesa.

—Ya ves… —contesta quitándose la chaqueta y la cuelga en el perchero—. Aquí paso la mayor parte de los días, como mínimo debería de ser un lugar agradable, ¿no?

—Y tanto… —respondo estupefacta aún por el pedazo de despacho que tiene y admirando todo lo que hay. Marc se acerca hasta a mí remangándose las mangas —. ¿Vas a satisfacer mi fantasía sexual? —le pregunto incitándole, porque ya sé qué es lo que va a hacer.

—Haré lo que tú me pidas —me dice acercándose.

Me agarra por la cintura y se queda a dos centímetros de mi boca.

—Quiero que me hagas el amor sobre la mesa —le digo mordiéndome el labio inferior y me acerco más a él, pero sin llegar a rozar los labios.

Marc sonríe y no espera a ningún otro preámbulo. Me besa agarrándome la cabeza por detrás con una mano y, con la otra, sube desde mi muslo hasta mi cintura pasando por mi culo. Sin parar de besarme, me coge con ambas manos y me sube para sentarme sobre la mesa. Se pega a mi cuerpo en el borde y noto que tiene tantas ganas como yo.

Le desabrocho uno a uno los botones de la camisa hasta que se la quito del todo y la tiro en la silla de su despacho. Cuando ya tiene el torso desnudo, subo las manos por su espalda clavándole las uñas. Él no para de besarme por todo el cuello, estremeciéndome por dentro. Se aleja un poco, pone las manos sobre los bordes inferiores de mi vestido y lo saca por encima de mi cabeza.

—Estaba deseando hacer esto —me dice jadeante y sonríe.

Vuelve a besarme, y sus labios bajan por el cuello para quitarme el sujetador y lanzarlo al sofá. Con ayuda de mis pies y mi arte para quitarme los zapatos sin las manos, dejo caer mis botines sobre el parqué. Me quedo únicamente con las medias y las braguitas puestas, pero a las medias poco les queda de vida. Cuando Marc tira de ellas hacia abajo para quitármelas, se enganchan en su reloj y se rompen. Los dos nos reímos a la vez, no sé si por los nervios o por el morbo de la situación. Consigue sacarlas del todo y las tira a un lado.

—Eres perfecta —me dice alejándose un poco para contemplar mi cuerpo casi desnudo, a

excepción de las braguitas que aún llevo puestas.

Sonrío y me sonrojo cuando me lo dice. No me considero más que una chica del montón, pero me gusta saber que soy la perfección para él. Él también lo es para mí. Vuelve a acercarse y me inclina hacia atrás sobre la mesa con cuidado para que no me haga daño al apoyarme.

Se inclina y, con una mano, me masajea un pecho y, con la boca, succiona despacio jugueteando con la lengua sobre mi pezón. Mis gemidos empiezan a subir de tono y, de pronto, me doy cuenta de que puede que no estemos solos, así que bajo el tono. Miro hacia la derecha y me doy cuenta de la pared que da hacia fuera. Al fin y al cabo, es un cristal, aunque sea opaco. Puede que nos vean.

—Marc —le digo poniendo mis manos en su pelo—, ¿no crees que puedan vernos desde fuera? —le pregunto incómoda.

—Tranquila, hasta las cuatro no viene nadie —responde mordiéndome el pezón y me hace gemir un poco más fuerte—. Disfruta.

Está bien. Si él lo dice, así será. No creo que se arriesgara a que lo vieran follando en la oficina y lo echaran, ¿no? Sería de masoquistas…

Durante un buen rato, sigue con su boca en mis pechos, pasando de uno al otro como si ya los conociera al dedillo. Aprieta los dedos contra mis caderas poniendo ambos índices sobre la cinturilla de mi braguita y la baja por mis piernas hasta que caen al suelo. Yo sigo recostada y jadeando sobre la mesa; él juguetea sin parar con uno de mis pezones mientras escucho que, con la otra mano, se desabrocha el cinturón y el pantalón del traje.

Cuando consigue hacerlo, me coge por debajo de la espalda con ambas manos y me alza hasta dejarme sentada en la mesa frente a él. En esta posición, mis ojos quedan justo a la altura de los suyos y me doy cuenta de cómo me clava la mirada con una especie de brillo intenso en sus ojos grises y sonríe.

—Eres todo lo que pensé que nunca encontraría —me dice sonriente y me aparta el pelo de la cara—. Quiero esto todos los días. Te quiero a ti todos los días.

Dios mío, ¿por qué tiene que ser tan difícil? Primero quiere dejar las cosas como están y que sigamos dejándonos llevar, y ahora que me quiere todos los días. ¡Me va a volver loca! Pero estoy tan cachonda que no estoy para mantener una conversación profunda.

—Yo también quiero esto todos los días —le respondo después de unos segundos de silencio pensativo.

Me vuelve a sonreír y me besa de una forma muy dulce. Me coge por las nalgas y me acerca un poco más al borde de la mesa. Se baja la ropa interior y, por fin, después de que casi se lo tuviera que pedir a gritos, se mete dentro de mí dispuesto a complacer mi fantasía sexual. Y vaya que sí lo hace…

∞∞∞

Tras montar una escena digna de una película porno —ojo, me ha encantado—, Marc y yo salimos de la oficina. Aún no ha llegado nadie. Son las tres y media, así que salimos como si no hubiera pasado nada.

Me lleva hasta el aulario para recoger mi coche y nos despedimos para volver a vernos mañana. Nos cuesta un buen rato despegarnos; Marc no quiere volver al trabajo y yo quiero pasar la tarde con él. Cuando voy a subirme al coche, me coge de la cintura y vuelve a besarme,

y así unas cinco veces, hasta que toma conciencia de que tiene que trabajar, y yo de que tengo que dejarlo ir, así que nos montamos cada uno en nuestro coche.

¿Puede ser más maravilloso?

∞∞∞

Llego a casa sobre las cuatro y media, mi madre —hoy trabaja de noche— me está esperando. Me pregunta qué tal ha ido el examen y me dice que suponía que he ido a almorzar con Marc, aunque lo confirma tras ver el ramo de flores. ¿Cómo me conoce tan bien? Le cuento la versión resumida de la mañana, el examen, el reencuentro con Manu y Juan y, por último, dónde hemos almorzado. El dato de la oficina lo omito, no creo que sea necesario.

Aún son las cinco y he quedado con las chicas a las ocho y media en casa de Simona, así que me da tiempo a echarme un ratito.

43. Decisiones tomadas

Lucía

A las ocho, estoy preparada para salir hacia casa de Simona. Me he arreglado un poco más de lo normal, quién sabe dónde acabaremos la noche. Hoy nos toca celebrar, aunque sea lunes, ¡qué más da!

Me visto con un vaquero negro de cintura alta, zapatos de tacón a juego, un top lencero color vino, un par de pendientes monos tonos dorados y el abrigo color camel. Me siento *sexy* y diosa, sobre todo después de lo que ha pasado en el despacho de Marc. No imaginaba que conocería a una persona con la que llegaría a compaginar en todos los aspectos, incluido en el sexual. El sexo con Aitor era buenísimo, pero había veces en las que él se preocupaba más por su placer que por el mío, y eso con Marc no me pasa; él siempre busca que yo disfrute primero para luego disfrutar juntos. Sé que las comparaciones son odiosas, pero es una verdad y hay que decirlo.

∞∞∞

Cuando aparco cerca del piso de Simo, me encuentro con Paula, que viene caminando por el final de la calle. Me extraña que Bea no venga con ella, siempre se ponen de acuerdo para venir juntas, pero tal vez venga de casa de mi primo.

—Hola, *prima* —le digo bromeando porque sé que le jode que la llame así—. ¿Dónde está Bea? ¿No viene contigo?

—Punto número uno: sabes que no me gusta que me llames así —me dice sacando la mano del abrigo y alzando el dedo índice y yo me río—, y punto número dos —añade con el segundo dedo—: le escribí para venir juntas, pero me dijo que ya estaba aquí. No sé, supongo que habrá salido antes de trabajar o algo.

—Bueno, pues vamos a subir, entonces, *prima* —le respondo y recibo un puñetazo en el hombro sin advertencias.

—Por cierto, estás muy guapa, cabrona.

—Gracias por los dos cumplidos. —Me río.

Tocamos el porterillo de Simona que, como siempre, abre sin preguntar quién es. Al llegar arriba, la puerta está abierta y entramos. Justo al fondo del pasillo, vemos dos maletas. Paula y yo nos miramos la una a la otra frunciendo el ceño, extrañadas. Dejamos los abrigos en el perchero de la entrada y veo colgado un abrigo de pelitos que reconozco a la primera porque, desde que mi prima se lo compró, me enamoré de él y me lo ha prestado varias veces, así que deduzco que también ha llegado ya.

Paula y yo avanzamos despacio por el pasillo con el repique de nuestros tacones y escuchamos que están hablando en el salón, además de que —al pasar por la cocina— no hay nadie. Estando las dos en la puerta del salón, vemos a Maca sentada en el sofá junto a Bea —parece que ha llorado— y a Simona en el sillón individual.

—¿Qué hacéis aquí tan amargadas? ¿Y a dónde te vas con esas maletas?, ¿un mes a recorrer

Europa o qué?

—Son mías… —responde Bea con la voz tomada haciendo que yo cierre la boca al instante.

Definitivamente, mis sospechas son ciertas y mi amiga ha estado llorando. Esto empieza a coger un tono feo. Paula y yo nos acercamos y nos sentamos en los dos huecos que quedan libres: yo en el sofá junto a Bea, y Paula en el otro sillón que está a mi lado.

—Lo siento, *gordi*, perdóname por el comentario… —le digo dándole un abrazo. No sé qué le pasa, pero me siento horrible—. ¿Qué ha pasado?

Bea se encoge de brazos y veo cómo le sale una lágrima. Miro a Paula, que está tan extrañada como yo, y luego a las demás.

—Le ha pedido un tiempo a Dani y se va a quedar aquí —responde mi prima con tono de preocupación.

La abrazo, y Paula se levanta para ponerse por detrás del sofá y hacer lo mismo. Dejamos que se desahogue tranquila y, cuando ya está más repuesta y se siente con fuerzas, nos cuenta lo que ha pasado. Nada que yo no esperara. Conozco a Bea desde hace años y sabía que estallaría por algún lado ante esa situación. Y es lo más lógico del mundo… En el fondo, sé que se puede arreglar. Son dos personas que se adoran, pero ahora mismo no es lo que necesita.

Necesita que la apoyemos, que la ayudemos a distraerse y a aclarar bien su cabeza pasando unos días sin Dani. Sin embargo, Paula, guiándose siempre por el romanticismo que la caracteriza, ha optado por decirle todo lo contrario a lo que yo pienso: que no se preocupe, que se arreglará, que Dani hablará con sus padres, etc.

Simona y yo nos miramos apretando los labios y ambas ponemos los ojos en blanco negando con la cabeza mientras Paula sigue en su mundo de princesas. Sé que algún día tendrá razón. Las personas más humildes y que nunca tienen nada malo que decir de nadie, son aquellas de las que te acuerdas cuando las cosas te salen bien.

—Bueno, ya está, ya llegará la solución —dice Bea de repente secándose las lágrimas—. Ahora ponnos los dientes largos diciéndonos cuántas veces has follado este finde, no creas que voy a dejar que te escapes por esto —me dice señalándome con el dedo índice de la mano en la que tiene el pañuelo y todas nos echamos a reír. Si algo me gusta de Bea es que siempre sabe sacar el lado gracioso de los malos momentos.

—Que sí, os lo contaré, pero antes deberíamos saber si Simo ha puesto en práctica los consejos que le dimos, ¿no? —Arqueo una ceja mirando a Simona.

—Ah, sí, ya nos lo ha contado antes —dice Bea mirándose las uñas—. El tío pretende separarse de su mujer y que Simona lo espere —añade soltando un bufido y hace una mueca de lo que pretende ser asco.

—¿En serio? —pregunta Paula que vuelve a sentarse en el sillón pequeño, Simona asiente con la cabeza y da un trago a una copa de vino que está bebiendo—. ¿Y qué le has dicho?

—Pues… —duda por un momento— le he dicho que primero arregle sus problemas y que, cuando estén resueltos, me avise. Pero también le he advertido de que no lo esperaré eternamente —añade moviendo la mano en la que tiene la copa y junta los labios.

—Vamos, le has dejado en bandeja que vas a esperar por él —digo yo levantando las cejas y con las palmas de las manos hacia arriba.

—¡No, joder! No quiero que piense que me tiene ahí cuando le dé la gana… —exclama Simona y pone la copa en la mesita del salón. Sube los pies al sillón y encoge sus brazos alrededor—. ¿Sabes? Es complicado. Quiero estar con él, pero pienso en que tiene dos niños y que, si se separa de su mujer, tendré que *aguantarlos*. No me malinterpretéis, ya sabéis a lo que

me refiero… —añade poniendo los ojos en blanco—. No sé, me echa un poco para atrás… ¡Es una puta mierda!

—Bueno, al menos te has puesto en tu sitio y le has dejado las cosas claras, y eso por ahora te da ventaja, querida —le dice Maca pasándole la mano por la espalda.

—¡Está bien! Pasemos a cosas alegres, ¡se supone que hoy celebramos mi libertad estudiantil! —exclamo y me levanto dando palmas yo sola para animarlas.

—¡Tienes razón! Voy a traer las dos copas que faltan y vamos a brindar —responde Simona y sale disparada para la cocina a traer copas para Paula y para mí.

Vuelve en menos de un minuto, coge la botella de la mesa y nos sirve a todas un poco de vino.

—¡Por Lu!, que por fin es libre y está follando más que todas nosotras juntas —dice Simo levantando la copa y las demás se ríen a carcajadas mientras nos levantamos para brindar.

—Y por Maca, ¡que se nos casa por fiiin! —añado dando saltitos y alargando mucho la *i* de la emoción.

—Vale, ahora empieza a soltar por esa boquita o te echo de la que será mi casa temporal —me dice Bea riéndose cuando acabamos de brindar y de abrazarnos.

No me queda más remedio que contarles todo lo que hicimos durante el fin de semana, incluidos los datos sexuales. Simona y Bea no paran de reírse porque al fin he perdido la *virginidad sin condón*, y mi prima y Paula no hacen más que poner pucheros y decir «Ohhh, qué lindo». Les importa tres pimientos cómo me ha salido el examen, porque ninguna me ha preguntado desde que he llegado; se ve que mi vida amorosa/sexual es más interesante. Les cuento que hoy vino a buscarme con un ramo de flores precioso, que me invitó a almorzar y todo lo que pasó en su despacho. Ninguna sale de su asombro a medida que voy aportándoles más datos. No me extraña, en un mes y medio he pasado de ser *La Virgen Lucía* a dedicarme a dar clases de educación sexual.

—Tía, yo estoy flipando, te lo juro. O sea, ¿cómo se os ocurre ir al despacho? ¡Os pueden pillar! —pregunta Paula incrédula.

—Hija mía, ¿nunca lo has hecho en la playa? ¿Ni en un baño público? —le pregunta Simona frunciendo el ceño.

—O en la calle… —añade Bea y todas nos quedamos mirándola—. ¿Qué pasa? ¡Ahora resulta que todas sois unas santas!

—¡No! Yo nunca he hecho nada de eso, ni lo haré. Por dios, qué vergüenza… —responde Paula horrorizada y roja como un tomate.

Las demás empezamos a reír como si no hubiera un mañana. Acaba de quedar como si tuviera setenta años y se hubiera criado durante la época de la postguerra.

—Tranquila, Gabri te pondrá al día de esas cosas. Eso tenlo claro, conociéndolo… —le contesta Simona.

—¿Te has acostado con Gabri? —pregunta Paula sin venir a cuento.

—¡No, tía! ¿Qué dices? Me refiero a que él tiene un pasado *movidito*, eso es sabiduría popular… —responde entornando los ojos.

—Bueno, ¡ya está bien de hablar de la vida sexual de mi hermano! No me interesa saber dónde la ha metido y con quién —exclama Maca agobiada—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Si, porfa, a mí tampoco me interesa —añade Paula subiendo las piernas al sofá para cruzarlas.

—Oye, ¿y a dónde vas tú hoy tan explosiva? —me pregunta mi prima mirándome desde los

tacones hasta el top lencero.

—No sé, creía que íbamos a emborracharnos y cabría la posibilidad de salir a perrear un rato, pero esto parece un cumpleaños, ¿eh? —respondo cruzándome de piernas y me apoyo sobre el brazo del sofá.

—Sí, estoy yo para ponerme a perrear hasta abajo… —me contesta Bea—, lo máximo a lo que le perrearía sería a la almohada —añade riéndose sola.

—Bueno, vamos a dejarnos de amarguras y pedimos unas *pizzas*, ¿qué os parece? —dice Simona levantándose del sillón y va a por su teléfono móvil.

Tardamos media hora en elegir las *pizzas*; a una no le gustan los champiñones, a la otra no le gusta el atún, Paula dice que está intentando comer sano y que pidamos una de verduras… A Simo y a mí nos dan igual los ingredientes, así que dejamos que se peleen entre ellas y decidan. Cuando por fin llegan a un consenso, pedimos las *pizzas* y, en menos de veinte minutos, el repartidor toca al porterillo. Nos sentamos en la mesa del comedor, donde el vino nunca falta.

De pronto, suena mi móvil. Es Marc.

Marc:
Espero que te lo estés pasando.
Me encantaría tenerte conmigo en el sofá.

Se me pone de nuevo la sonrisa de idiota en la cara. Bea se da cuenta, me arrebata el móvil y se pone a dar vueltas alrededor de la mesa mientras lee el mensaje en voz alta hasta que la alcanzo y cojo mi móvil mientras las demás se mean de la risa. Contesto al mensaje de Marc y, por fin, nos sentamos a cenar y a hablar del tema que será imprescindible de aquí en adelante: la boda de Maca.

Ya tienen fecha, de hecho, se casan en unos meses. Todas nos quedamos flipando cuando nos lo dice, pero si te puedes permitir una *wedding planner* como la de mi prima —es de las más famosas de Instagram—, es normal que puedas preparar un evento de esa magnitud en apenas unos meses.

Paula se queja porque dice que no le dará tiempo de seguir con la dieta para llegar perfecta a la boda, a lo que Bea le responde que ella está peor porque no sabe ni siquiera si irá con acompañante, riéndose de sus propios problemas. ¡Qué arte tiene!

Mientras tanto, mi prima no para de hablarnos del sitio, de colores para las flores, las mesas, elementos decorativos, de que ya tiene cita para el vestido, pero que irá sola con mi tía porque quiere que sea una sorpresa. Repite insistentemente en que no quiere una despedida de soltera a lo garrulas, aunque no le contestamos, sino que nos reímos con malicia. Ella vuelve a advertirnos una y otra vez, pero me parece a mí que sus advertencias caerán en saco roto.

44. Y al final pasó…

Lucía

De repente, tras un largo periodo de indignación, Maca mira el móvil y para de hablar al instante. Abre un mensaje y le cambia la cara por completo, pero se gira para que no veamos la pantalla.

—¿Qué te ha pasado, tía? ¿La *wedding planner* no ha encontrado las rosas blancas? —le pregunta Bea y las demás nos reímos.

Maca sigue en un silencio incómodo mientras está leyendo algo.

—Lu… —titubea mi prima y se lleva la pantalla del móvil contra el pecho—. Me acaba de escribir María, ya sabes, la chica esta amiga mía que es *instagrammer*, que se compró una cas….

—Sí, ¿qué pasa? —la interrumpo viéndome venir su larga explicación.

—Me ha mandado esto, preguntándome si eras tú… —responde mi prima apartando el móvil de su pecho—. Si tienes que llorar, llora. Si tienes que gritar, hazlo. Pero, por favor, no me rompas el móvil.

No entiendo una puta mierda de lo que mi prima me quiere decir, pero sea lo que sea, su móvil está por encima de mis sentimientos.

—¿De qué estás hablando, tía? —le pregunta Simona con cara de desconcierto.

—Mirad, lo envío por el grupo, ¿vale? Y así podéis entenderme… —dice Maca y reenvía el mensaje.

—Joder, Maca, me estás asustando —le contesto cogiendo mi teléfono.

Abro el grupo de las chicas y lo primero que veo es una noticia en miniatura con una foto de Marc. El corazón me va a dos mil por hora. Pincho en el enlace y la noticia se abre. En primera plana, un montaje de dos fotos; a la izquierda, una foto de hoy dándole un abrazo a Silvia; y, a la derecha, una foto —también de hoy— de nosotros besándonos en el *parking* del aulario. Empiezo a leer la noticia:

El conocido publicista, Marc Williams, parecía haber encontrado una nueva ilusión en brazos de una joven de ojos azules. Desde hace más de un mes, han visto juntos a la pareja en diversas ocasiones. Sin embargo, hoy ha sido cazado en la puerta de su oficina junto a su exmujer (de la que lleva dos años separado por una infidelidad de esta) en un aspecto más que amistoso, como pueden ver en la foto. Algo que el joven ha compaginado por la tarde haciéndose arrumacos con la que hasta ahora parecía ser su chica. ¿Estará el publicista jugando a dos bandas? Todo parece indicar que así es…

Acabo de leer la noticia y me quedo como una estúpida mirando el móvil. Tengo ganas de vomitar del asco. Me cuesta respirar y la ira se abre paso cada vez más dentro de mí. Durante un tiempo, enormemente indeterminado, nos quedamos calladas. Yo sigo mirando el teléfono, pero ellas me miran a la espera de que diga algo. No me sale nada. Bueno, sí, gritarle a la cara que es un hijo de la gran puta.

Ahora lo entiendo todo. Ahora sé por qué quería dejarse llevar y no comprometerse a algo

más conmigo: estaba intentando volver con Silvia, pero mientras se divertía conmigo haciéndome ilusiones y, dicho sea de paso, se reía de mí en mi puta cara. ¿Cómo he sido tan gilipollas de caer en la misma trampa? ¡Me prometió que no me haría daño! Y me la juega de esta manera, cuando me dijo que nunca volvería con ella. ¡Menudo cabrón impresentable!

—Lu, ¿estás bien? —Mi prima rompe el silencio incómodo pasándome la mano por el brazo.

No, no estoy bien. Quiero largarme de aquí para decirle a la cara lo cabronazo que es y, de paso, también aprovecharía para darle una patada en los huevos.

—Me tengo que ir —les digo a las chicas levantándome de la mesa obnubilada.

—¿Qué dices? ¿A dónde vas a ir? —me pregunta Bea preocupada.

—Voy a ir a casa de ese capullo a decirle a la cara todo lo que pienso de él.

—Lu, tranquilízate, te estás precipitando… —me dice Paula agarrándome del brazo.

—¿Precipitándome? ¡Ese cabrón me dijo ayer que quería un puto futuro conmigo y, mientras tanto, está intentando volver con su exmujer! ¿Y soy yo la que me estoy precipitando? ¡Hemos compartido tanta intimidad que podría hundirle la puta vida si quisiera, pero ya se la ha hundido él solito! —empiezo a vociferar dejando que el cabreo salga de dentro de mí—. ¡Solo quiero quedarme tranquila sabiendo que le he dicho todo lo que tenía que decirle!

—Pero Lu… —añade mi prima con la boca chiquitita.

Sabe que, cuando se me mete algo en la cabeza, es difícil hacerme entrar en razón.

—¡Ni *peros*, ni hostias! ¡Estoy harta de que los tíos se crean que pueden engañarme cuando les da la gana!

—A ver, ¡tranquilizaos! —dice Simona—. Si quiere cantarle las cuarenta a ese cabrón, tiene que ir si así se va a sentir mejor —añade pasándose por el forro su profesionalidad y eso de *las cosas no se hablan en caliente*—, pero no vamos a consentir que vayas sola. No sé qué harán las demás, pero yo voy a acompañarte y te esperaré en la puerta el tiempo que haga falta.

—Yo también voy —dice Bea.

—Por supuesto que yo también iré —añade mi prima.

—Está bien… iré con vosotras —sentencia Paula ante la presión social.

45. El tiempo

Lucía

Me monto en el coche de Simona hecha una furia, sin decir nada. Maca es quien la guía hasta la casa de Marc, sabe que vive junto a la pastelería de mi tío. Ninguna se atreve a decir nada. El camino se me hace inmensamente largo y, por alguna razón que desconozco, no me sale ni una lágrima a pesar de que me siento como una verdadera mierda. Quizás la rabia sea más fuerte que la tristeza. Ya se sabe lo que pasa cuando una relación acaba: primero llega la fase de la rabia, luego te quieres comer el mundo y, por último, te llega el bajón que te devuelve a la realidad, pero ¿en realidad eso es lo que voy a hacer? ¿Cómo voy a acabar con una relación que ni siquiera había empezado?

Me pasan mil cosas por la cabeza a un ritmo vertiginoso y tengo muchísimas dudas. ¿Por qué Marc me mintió? ¿Por qué no me dijo que se veía con ella si no éramos pareja? ¿Por qué me repitió mil veces que no me haría daño si actuaba de esa manera a mis espaldas? El mismo día, ¡estuvo con las dos! Lo pienso y se me revuelve el estómago.

En la foto se veía que llevaba la misma ropa que cuando estuvo conmigo esta tarde, después de hacer lo que hicimos en su oficina. Y si antes de mí… ¿estuvo con ella haciendo lo mismo? Dios… voy a vomitar, me falta el aire. ¿Cómo me ha hecho esto después de todo lo que hemos compartido? No entiendo nada, pero tampoco pienso pedirle explicaciones… Le diré que se olvide de mí y que esto se acabó.

Joder, ¿por qué? Todo parecía ir bien. Soy la tonta a la que, todos los tíos por los que siente algo, le ponen los cuernos. Y ahora, para colmo, lo sabe todo el país…

—Es aquí —le digo a Simona cuando llegamos al portal de Marc.

—¿Esta puerta gris?

—Sí —respondo abriendo la puerta del coche—. Esperadme aquí, no tardaré.

—*Gordi* —me dice Maca agarrándome del brazo—, vamos a quedarnos aquí hasta que vuelvas. Pero, por favor, no digas ni hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

Sé que mi prima se está conteniendo un «Te lo advertí» como una casa, pero me quiere tanto que prefiere comerse sus palabras. Asiento con la cabeza y sonrío a mi prima juntando los labios.

Me bajo del coche y, como si me fuera a enfrentar al paredón, me dirijo hacia la puerta del portal de Marc. Me tiemblan las piernas y noto que me falta el aire, pero no pienso echarme atrás. Si él ha tenido cojones para hacer lo que ha hecho, le voy a demostrar que yo tengo ovarios para plantarle cara. No voy a permitir que nadie se vuelva a reír de mí en mi propia cara.

Toco el timbre del portal, y supongo que me ve por el videoporterillo, porque ni siquiera pregunta quién es. Subo al ascensor y, mientras llego a su planta, me sudan las manos. Empiezo a tener calor, pero de repente me da frío. Es una sensación muy extraña. Pienso rápidamente qué le diré, pero quiero decir tantas cosas que ni siquiera me da tiempo de saber cómo empezar cuando se abren las puertas del ascensor.

Observo que la puerta está abierta, porque se ve en el rellano la luz de su casa encendida. Son las diez de la noche y no quiero armar un escándalo, así que camino muy despacio para no montar una fiesta con el ruido de los tacones. Cuando llego a la puerta, Marc está apoyado en

ella, esperándome y sonriente, con un pantalón de chándal negro y sin camisa. Dios… ¿por qué me lo pone más difícil?

Sin embargo, yo no muestro un ápice de sentimientos ni sensaciones, aunque me encantaría partirle la cara, o ponerlo contra la pared. No sé por cuál de las dos cosas me decantaría si se diera la situación.

—Creía que no íbamos a vernos esta noche… Estás muy guapa, por cierto —dice con un gesto extrañado en la cara.

—¿Puedo pasar? —le pregunto con toda la serenidad que me es posible mantener.

—Sí, claro, pasa… —me dice, abriéndome paso hacia su casa con un tono más preocupado.

Intenta darme un beso, pero yo sigo de largo. Paso dentro, él cierra la puerta y me quedo de pie en silencio en el hueco que hay entre el salón y la cocina.

—¿Te pasa algo, Lu?

—A ver… por dónde podría empezar. —Respiro hondo tamborileando los dedos contra mis labios—. ¿Qué te parece por tu relación a dos bandas entre tu exmujer y yo? ¿O por el hecho de que me hayas mentido? De por qué tienes *miedo* de dar un paso más allá. O mejor, ¿qué tal si hablamos de la promesa que me hiciste de no hacerme daño y que te la has pasado por el forro de los cojones? —pregunto casi sin coger aire.

Noto cómo alzo el tono de voz y hago aspavientos desesperados con las manos, como si estuviera perdiendo los nervios. Así que intento volver a serenarme.

—Pero Lu… ¿qué…? —me pregunta con cara de extrañeza, como si el asunto no fuera con él, haciéndose el nuevo—. ¡No entiendo nada de lo que me estás diciendo! ¿A qué viene esto?

—Mira, Marc, no hace falta que te hagas el tonto conmigo, ¿vale? —le digo con calma y me paso la mano por la frente soltando aire—. Lo he visto todo. He visto cómo has estado esta mañana con ella, y luego viniste a buscarme a mí. Joder, ¡me hiciste el amor después de estar con ella! —vuelvo a alzar el tono de voz gesticulando demasiado. Su cara es un poema indescifrable —. Sé que no debería pedirte explicaciones porque no somos *nada*, pero ahora entiendo por qué querías seguir *dejándote llevar*, por qué no te atreves a dar un paso más conmigo, por qué…

Ya no puedo más y las lágrimas contenidas corren por mis mejillas a borbotones.

—Lu, déjame explicarte todo, por favor, te prometo que no es nada de lo que piensas —me dice poniendo un tono de voz desesperado y, con la respiración agitada, se acerca a mí para abrazarme.

—No me toques, por favor… —le pido—. No puedo con esto.

Marc se aleja de mí y se gira hacia la pared con la cara desencajada y las manos apoyadas en la cintura.

—¡JODER! —grita y hace el amago de pegarle un puñetazo a la pared, pero recula—. Lucía, por favor, déjame explicártelo, pero deja de llorar, te lo ruego. Te juro que me estás matando viéndote así.

—¿Qué me quieres explicar, Marc? Si todo el país se ha enterado de que soy *tu diversión* mientras intentas volver con tu exmujer.

Noto cómo si, cada lágrima que me cae por las mejillas, me quemara la cara poco a poco.

—¿Qué estás diciendo? —vuelve a preguntarme desconcertado.

Harta de que me pregunte lo mismo de nuevo, saco el teléfono móvil y le enseño lo que he leído. Su cara se va transformando entre la ira y la rabia. Se muerde el labio inferior con fuerza, hasta el punto en que creo que va a hacerse sangre, y me devuelve el teléfono.

—¡hijos de la gran puta! —pega un grito con muchísima rabia que consigue asustarme—.

¡Sabía que irían a por mí!

—¿De qué hablas, Marc? —le pregunto entre sollozos.

Ahora la que está desconcertada soy yo.

—Te lo voy a explicar todo, ¿vale? —me dice intentando volver a acercarse a mí, pero reculo para que no me toque. Al notar que no quiero su contacto, él respeta mi espacio—. ¡Ese es el puto periódico sensacionalista al que le rechacé la oferta de trabajo! —me dice señalando a mi móvil con cara de rabia contenida—. Por eso han hecho esto, quieren joderme por no querer trabajar para ellos.

—Marc, no hace falta que me mientas. Te he visto abrazándote con ella, ¡llevabas la misma ropa que cuando estabas conmigo! Joder, ¡no me tomes por imbécil haciéndome creer que es un puto montaje! —le grito ante la posibilidad de que quiera salir impune de esto.

—¡Lucía, lo sé! Y sí, esta mañana vi a Silvia y me siento el tío más mierda del mundo por no contártelo, pero tenía miedo —exclama dando vueltas por el pasillo hasta que se queda parado delante de mí.

»Silvia se presentó esta mañana en la oficina cuando yo salía, pero le pedí a Amalia que le dijera que no tenía nada que hablar con ella y que, por favor, se fuera. Cuando fui a comprarte las flores, estaba en la puerta esperando a un taxi y me la encontré de frente. Me paró y me pidió que, por favor, la escuchara dos minutos. Acepté a regañadientes porque la conozco y no me dejaría tranquilo hasta que me dijera lo que tuviera que decirme.

¿Se lo estará inventando o será verdad? No sé si dejar que siga hablando o largarme de aquí.

—Quería hablar conmigo porque vio que el piso aún sigue en venta y me hizo una oferta para comprarlo —continúa—. Le dije que me lo pensaría porque aún no lo tenía claro. Me preguntó cómo me iban las cosas y le hablé de ti. —¿Perdona? Esto sí que es un giro de los acontecimientos—. Le dije que estaba conociéndote y que me sentía muy a gusto contigo. Incluso le di las gracias porque, si no hubiera sido por lo que hizo, jamás nos habríamos conocido ni habría pasado nada entre nosotros.

Ahora sí que me he quedado muerta. Estoy tan quieta que no sé si sigo respirando o no, pero la duda de si lo que me está contando es cierto todavía está ahí.

—Ahí fue cuando *hicimos* las paces. Me dio un abrazo y me dijo que se alegraba mucho por mí porque me lo merecía. ¡y ya está! No pasó nada más, Lucía, te lo juro —me dice poniéndose las manos en la cara desesperado—. Luego se fue y yo me fui a comprar tus flores, te lo juro por mi sobrino.

La versión de la historia suena convincente, incluso lo sería si yo no viviera con mi puñetero fantasma a cuestas. Ese fantasma que ahora me hace dudar de todo lo que pueda decir.

¿Y si se lo ha inventado para seguir conmigo? Tampoco tendría mucho sentido… Si quisiera volver con ella y ella viera las imágenes que yo, supongo que reaccionaría de la misma manera, ¿no? Sería lo más lógico, pero en esta vida lo que parece lógico, nunca lo es. Y si fuera verdad, me mintió por no contarme que la había visto, sobre todo cuando me abrí en canal contándole que Aitor estuvo en mi casa.

Lejos de aclarar nada, en mi cabeza cada vez hay más dudas dando vueltas.

—Si eso fue así, ¿por qué no me contaste que la habías visto? Al fin y al cabo, fue una tontería lo que hablasteis, según tú… —le reprocho.

—No lo sé, Lu, de verdad… Tenía miedo —se para a respirar hondo pasándose los dedos por la sien—, tenía miedo de que pasara lo que está ocurriendo, y al final la he cagado. Te he hecho daño y no te imaginas lo que esto está siendo para mí…

—Pero ¡no entiendo nada! —exclamo abriendo los brazos al borde de la desesperación—. Si eso es cierto, ¿por qué tienes tanto miedo de ponerle un nombre a lo nuestro? Yo también tenía miedo, pero conseguiste que poco a poco fuera desapareciendo.

Las lágrimas siguen saliendo de mis ojos sin parar y, por fin, me sincero con él y conmigo misma después de tantas dudas.

—No, Lu, por favor… —me pide cogiéndome de los brazos—. Te pido que me entiendas, por favor. Quiero estar contigo, no quiero perderte, pero aún no estoy preparado para enfrentarme a lo que supone una relación seria con otra persona.

—¿Y qué cojones se supone que quieres de mí, Marc? ¿Crees que tienes que comer con mi familia todos los fines de semana?, ¿o que tenemos que abrirnos una cuenta conjunta en el banco? —le recrimino soltándome de sus brazos—. Tienes miedo, joder, ¡y si quieres estar conmigo deberías superar ese miedo!

Al decirle esto, pienso para mí misma que yo tampoco he superado el miedo de mis fantasmas del pasado.

—No puedo, Lu, necesito tiempo para afrontar la situación —me dice apoyando la espalda en la pared del pasillo y pone las manos con los dedos entrelazados sobre su frente—, y creo que tú también necesitas tiempo para superar todos esos miedos que aún arrastras… —añade refiriéndose a mi ataque de celos por los *supuestos* cuernos.

»Me encanta estar contigo, has hecho que vuelva a sentirme vivo, que vuelva a tener ganas de comerme el mundo, pero te prometí que no te haría daño, y al final lo he hecho sin darme cuenta…

—¿Esto quiere decir que se acabó? —le pregunto sollozando.

—Solo quiero decir que quizás deberíamos terminar de aclarar nuestros problemas internos para saber si podemos dar ese otro paso —me dice con los ojos vidriosos—. Yo pensé que te hacía feliz, pero después de verte así, me va a costar perdonarme a mí mismo…

—Y me haces feliz, Marc, pero no puedo perdonarte que me hayas mentido. Fuera lo que fuera, me mentiste —le respondo abatida, mirándolo a los ojos—. Tienes razón, yo también necesito resolver esas inseguridades que aún arrastro, pero tú necesitas aclararte y saber qué es lo que quieres —le digo acercándome a él y le coloco la mano en la mejilla—. Cuando sepas qué es lo que quieres, no puedo prometerte que estaré ahí. No puedo parar mi vida y dejar que dependa del momento en que tú sepas si quieres estar conmigo o no… —Me agarra la mano que tengo en su mejilla y le da un beso. Una lágrima silenciosa cae de cada uno de sus ojos—. Creo que es mejor que me vaya.

Le seco la lágrima con la mano y me dirijo hacia la puerta, viendo cómo él se queda sollozando con la espalda pegada a la pared y las manos en la cara.

—Lu, por favor… —me dice en un intento desesperado para que me quede, pero no puedo.

Cierro la puerta tras de mí con la esperanza de que no salga en mi búsqueda. Subo al ascensor y ahí me rompo a llorar como si me estuvieran desgarrando por dentro, sobre todo al mirarme al espejo y ver que tengo la cara demacrada, como hacía años que no la veía.

Cuando llego al portal, las chicas están fuera, apoyadas en el coche esperando ansiosas y muertas de frío. Tengo la sensación de que me estoy dirigiendo a casa con las personas siempre han estado ahí.

¿En qué momento todo lo bonito se volvió una mierda? Hacía años que no tenía esta sensación de querer llorar hasta quedarme vacía por dentro. Esta tarde salí feliz de casa, con ganas de comerme el mundo y salir de fiesta. Tengo unas amigas estupendas, y creía que también

tenía una vida de envidia y un chico que me hacía feliz. Ahora, lo único que queda de todo eso, somos nosotras. De repente, todo se ha torcido. En un mes y medio, ya no queda nada de lo que éramos.

Maca se va a casar con un hombre que la adora, Paula ha conseguido que el amor de su vida quiera estar a su lado, a pesar de sus dudas. No obstante, la suerte no ha sido tan buena con Simo, que ha pasado de ser la más fuerte e independiente a sentirse vulnerable y en tierra de nadie esperando por un tío casado del que se ha enganchado. Bea no sabe qué hacer porque, de la noche a la mañana, se ha visto sin la persona con la que lleva años compartiendo su vida y, aunque aún quiere seguir con él, se ha *separado* a causa de personas que ni forman parte de esa relación. Y yo… En fin, mejor ni hablamos.

Siento un nudo en el mismo estómago al pensar en el giro que mi vida ha dado en las últimas semanas. Desde que conocí a Marc, no soy la misma persona. A pesar de que me he hecho más fuerte, sigo sintiéndome frágil cuando se trata de él. Pensar en su olor, en su piel, sus sonrisas, la atención con la que me escucha, los momentos extraordinarios que hemos compartido que, aunque han sido breves, me devolvieron la ilusión de que conocerlo significaba un punto de inflexión. Que, tal vez, todo lo que nos pasó antes de conocernos era necesario para llegar al día en que entró por la puerta de la pastelería y le serví el primer café. Puede que me haya equivocado, o puede que haya pecado de inocente al creer que conocernos supondría superar los miedos y pasar de página para empezar algo nuevo y sincero.

Quién sabe, a lo mejor vuelvo a equivocarme, o tal vez el día menos pensado sea yo la que tenga una relación idílica. No sé si Marc volverá a mi vida algún día, ni siquiera sé qué ha significado eso de que «necesita tiempo para afrontar la situación». Solo él sabrá cuánto tiempo será. ¿Una semana? ¿Dos días? ¿Un año? No le he prometido que lo esperaré, aunque algo me dice que van a pasar muchas cosas de aquí en adelante.

Me quedaré con lo que me ha sugerido. Sería bueno que me dedicara tiempo a mí misma, a intentar resolver mis problemas internos y saber qué es lo que quiero y cómo lo quiero para soltar los lastres que no tienen cabida en mi vida. A partir de ahora, lo mejor que puedo hacer es ocuparme de conocer realmente a Lucía.

Epílogo

Cuando conocí a Lucía

Viernes, 15:30 p.m.
Grupo de WhatsApp de las chicas.

Bea: Lu, tienes que ver lo que he visto en Instagram, lo ha publicado esta mañana y creo que deberías leerlo.

Paula: ¿El qué?

Maca: ¡Jolín! Sí que me está afectando la boda, vosotras estáis más al día que yo en redes. A ver, cuéntanos…

Simona: ¡Envíalo ya, petarda!

Bea: ¡Ya voy! El wifi de mi oficina va a pedales… Lu, si no quieres leerlo, no lo hagas, ¿vale? Solo creo que… Bueno, os lo envío y decides lo que haces ❤

Lucía: Tranquila, *gordi*, no me voy a cortar las venas. ¡Lo prometo!

Bea nos envía un enlace sin foto en el que pone mi nombre. Es de un periódico digital. Si mi memoria no está jodida después de todo lo que he llorado estos días, creo que es el periódico para el que escribe Marc. Me puedo esperar cualquier cosa ya… Pero, una vez más, Marc irrumpe en mi vida después de varios días sin saber nada de él para dejarme sin palabras y ponerme de nuevo el mundo al revés…

Cuando conocí a Lucía:
Qué curiosa la vida y su manera de sorprendernos, de hacernos subir tan alto en tan poco tiempo para estamparnos contra el suelo en mucho menos de lo que tarda una estrella fugaz en permitirnos pedir un deseo.

Subí, sí. Volví a tocar el cielo casi con los dedos durante lo que me pareció un breve lapso de felicidad, porque comparado con lo que pudiera llegar a ser, todo fue tan corto que me arrepiento de no haber guardado en una cajita todos esos momentos para poder revivirlos. Ahora todo eso se ha quedado alojado en mi memoria y, por suerte, en algunas fotos que no puedo parar de mirar.

Me ahogaba, sentía que el peso en mí cada vez era mayor como para volver a subir a la superficie. Pero entonces llegó, con esos ojos azules en forma de salvavidas para, poco a poco, ayudarme a volver a respirar, a sentir que estaba destinado a intentarlo.

Y me agarré, me aferré a ella como cualquier niño se aferra a la inocencia cuando empieza a hacerse mayor. Y valió la pena. Joder que si valió la pena…

Me devolvió el aire, las razones, los motivos para intentarlo. Con esa manera tan suya de hacerme sentir que podía ser yo, sin armaduras ni caparazones. Porque con ella me sentía seguro, a salvo. Ya podía volver a formarse una guerra que, con ella a mi lado, sabía que nada malo pasaría.

Pero me asusté, empecé a nadar con mi salvavidas, empecé a sentir que era capaz de cualquier cosa, y eso me hizo huir, soltar aquello que me hacía seguir respirando. Y volví a hundirme de nuevo, a ponerme mi caparazón, porque volví a ser el mismo cobarde de nuevo.

Sin acordarme de cómo había cambiado mi vida cuando conocí a Lucía.

—Marc Williams

Agradecimientos

A mi marido, por confiar en mí y ayudarme a que mis sueños se hagan realidad. Te quiero, mi vida. A mi hermana, por ser mi casa, mi respiro cuando lo necesito y creer en mí desde el minuto cero. A mis padres, en especial, por ayudarme —sin querer— a darme cuenta de que lo socialmente establecido no tiene por qué ser lo correcto, y que vale la pena luchar por los sueños. A mi familia, por apoyarme siempre. A mis amigas y amigos, por estar siempre para celebrar lo que haga falta y servir de cimiento en todo.

A Isela Domínguez (@idobodas) y Paula Beltrán (@puar.t) por ayudarme a ponerle cara a la maravillosa Lucía y a contar su historia a través de la portada de la primera edición de este libro, y a Valeria (@val.ilustr) por crear una cubierta que no podía haber sido mejor para la reedición del mismo.

A Sandra (@libertyeagle20) por las correcciones y maquetación de esta bilogía y, sobre todo, porque sin ella, ni este proyecto ni yo habríamos salido adelante. Eternamente agradecida.

A todas las personas que, sin saberlo, han servido de inspiración para este libro. Hay un poquito de todo mi entorno en cada uno de los personajes que lo conforman. Y, en resumen, gracias a todos aquellos que han estado conmigo en este camino de letras y, como dije al principio del libro, gracias también a los que no creen en mí, porque me sirven de estímulo para seguir intentándolo.

Biografía

Ciara Quintana Pérez (conocida como Ciara Giannetti) nació un tres de mayo de 1993 en Gran Canaria. Es graduada en *Traducción e Interpretación* e hizo un máster de Formación del Profesorado, ambas en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, con el propósito de ser profesora de inglés. Sin embargo, su verdadera pasión es la escritura desde los trece añitos. En enero de 2018, decidió lanzarse para cumplir un sueño y, a esa primera mezcla de pensamientos autopublicados, la tituló *La suerte de haberte conocido*, que vino seguida de *El momento equivocado* y, finalmente —acompañada de la editorial Poesía eres tú—, *La vida en letras* y *Fénix.*

Antes de que leas alguno de sus libros, debes saber que solo escribe para ser feliz y que intenta, poco a poco y con esfuerzo, hacer realidad su sueño de, algún día, poder decir sin miedo «Soy escritora».

Puedes encontrar a la autora en las siguientes redes sociales:

Instagram: @ciaragnt_

Web: lasuerteesmiablog.wordpress.com

X: @ciaragnt

TikTok: @ciaragnt